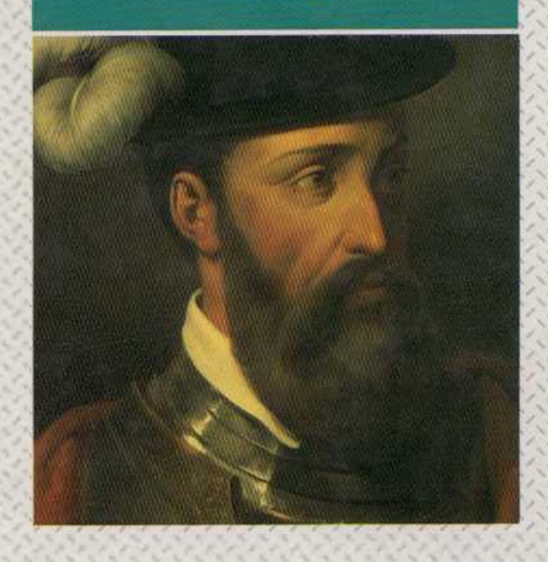
Memoria de la Historia

La conquista erótica de las Indias

Ricardo Herren



PLANETA DeAGOSTINI

La conquista erótica de las Indias

Ricardo

Herren

Durante la conquista de México, un soldado de Palos de la Frontera, de apellido Álvarez, tuvo en tres años treinta hijos de mujeres indígenas. Las huestes españolas al mando de Álvaro de Luna desarrollaron tal actividad sexual con hembras aborígenes durante la conquista de Chile, que en su campamento "hubo semanas en que parieron sesenta indias de las que estaban al servicio" de los soldados. Anécdotas de una parte de la historia que estuvo públicamente escamoteada.



Memoria
de la Historia

La conquista erótica de las Indias

Ricardo
Herren

PLANETA DeAGOSTINI

Director editorial: Virgilio Ortega
Coordinación: Fernando Mir
Diseño cubierta: Hans Romberg
Cobertura gráfica: Jordi Royo

Fotografía de la cubierta: Detalle de un retrato de Francisco Pizarro (foto Dagli Orti; Archivo IGDA, Milán)

ISBN: 84-395-6062-1
Depósito legal: M.19.940-1997
Imprime: BROSMAC, S. L., Ctra. de Móstoles a Villaviciosa, Km 1
Villaviciosa (Madrid)
Distribuye: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S. A.
Carretera de Irún, Km 13,350
variante de Fuencarral - 28034 Madrid
Printed in Spain - Impreso en España

Índice

Mapas

A mi padre, que, entre muchas otras cosas,
me enseñó a amar la Historia.
A mis abuelas indias, cuyos genes generosos
contribuyeron a fijar mi amor a la tierra.
A mi bisabuelo bávaro, pionero en Argentina,
que en Esperanza, Santa Fe, fue muerto
de un flechazo en la espalda.

INTRODUCCIÓN

En un sentido, la conquista española de América fue una conquista de mujeres.

MAGNUS MÖRNER

I

La mesnada del almirante Lope de la Puebla, natural de Landa del Burgo, Soria, navega durante dos meses por la ruta equinoccial hasta llegar a las costas del golfo Triste, en la actual Venezuela. Desde allí remontan el río Orinoco y luego toman por el Apure.

Son de los primeros europeos en pisar los inmensos llanos del norte del subcontinente suramericano: hombres rudos, gente de guerra con sus yelmos y armaduras, espada, lanza y adarga, arcabuces y ballestas. Desembarcan, cruzan el Arauca y, tras una esforzada marcha, la hueste española consigue alcanzar el primer poblado de los indios achaguas.

«Los tercios todos regáronse por la inesperada aldea. Mas la desnudez de los habitantes los excitó en sumo grado. Aquellas mujeres eran muchas de ellas jóvenes y hermosas, aunque con la piel extremadamente morena; con los pechos al aire y las partes pudorosas del mismo modo, sin la menor señal de vello. Los soldados se sintieron fuertemente atraídos y comenzaron a meterse en el interior de las viviendas.

»Las indias mirábanlos con no poca extrañeza y curiosidad; aquellos hombres cubiertos de acero, con barbas, la

mayoría con el cabello corto llamábanles mucho la atención. Ellos lo comprendían así y hacían esfuerzos por acercárseles, pero ellas huían...

»Los conquistadores pasaron ahí todo el día y toda la noche... La Puebla envió a uno de sus legionarios al Paso, donde habían quedado los soldados con las acémilas y las barcas. Era la medianoche cuando apareció el enviado, con los tercios dejados y las acémilas. Llegó con ellos el vino... y con el vino completóse el manjar de la yuca y las sabrosas carnes de peces y ciervos.

»Los pellejos [de vino] quedaron exhaustos; a los indios los primeros tragos no les vinieron bien a la tripa, mas catados los primeros sobrevenían otros y otros. La soldadesca satisfizo sus apetitos, sus hambres, sus pasiones. A la mañana, la masa indígena y la masa europea se mezclaban y se retorcían en la orgía placentera y bulliciosa. [...] Era aquélla la tierra de los encantos, de la molicie, de la dulzura.» La Puebla, tras la noche de placer, bautizó el poblado con el pío nombre de San Esteban de los Llanos.

Ésta es una crónica romántica, seguramente apócrifa, escrita por Diego Albéniz de la Cerrada dos siglos después de la época en que, supuestamente, ocurrieron los hechos.[1] Describe una situación, más o menos ideal, que, sin embargo, es probable que se haya dado en la realidad numerosas veces, aunque los cronistas del siglo XVI omitieran describirlas con tan generosos rasgos como el galante Albéniz de la Cerrada lo hace en el siglo XVIII.

Con mucho menos cortesanía y buen estilo quedan, sin embargo, numerosos registros ciertos de la otra fiebre que, además de la del oro y la de la fama, agitó incansablemente a los conquistadores españoles en América.

Durante la campaña de México, un soldado de Palos de la Frontera, de quien el cronista Bernal Díaz del Castillo sólo recuerda su apellido, Álvarez, tuvo en tres años treinta hijos en hembras americanas.[2]

1. Contenida en el legajo 2 999, sección Manuscritos, de la Biblioteca Nacional de Madrid.

2. América fue un invento europeo: antes de la llegada de éstos no existía entre las poblaciones nativas una idea continental y, consecuentemente, no tenía nombre. Pasando por alto el inevitable absurdo del origen de esa denominación, americanos son, en primer lugar, los llamados «indios», por otra confusión inicial. No es el menor de los disparates que actualmente se llame «americanos» a los descendientes de los últimos europeos en llegar al continente, los cuales probablemente son los que menos derecho histórico tienen a tal gentili-

Las huestes españolas al mando de Álvaro de Luna —apenas un centenar de hombres— desarrollaron tal actividad sexual con mujeres aborígenes durante la conquista de Chile que, en su campamento, «hubo semanas que parieron sesenta indias de las que estaban al servicio» de los soldados.

En Asunción del Paraguay, mientras tanto, el presbítero Francisco González Paniagua, denunciaba en 1545 que el «español que está contento con cuatro indias es porque no puede haber ocho, y el que con ocho porque no puede haber dieciséis [...] no hay quien baje de cinco y de seis» mancebas indígenas.

Éstos son sólo algunos ejemplos de la infatigable actividad genésica de los conquistadores españoles con mujeres americanas desde el Descubrimiento hasta mediados del siglo XVI, que en conjunto constituye, probablemente, el festín licencioso más grande y prolongado de la Historia.

Casi cinco siglos más tarde, los frutos de aquel proceso de miscegenación comenzado con este ejercicio maratoniano del arte de amar están a la vista: decenas de millones de mestizos pueblan el continente americano como testimonio vivo del más gigantesco proceso de mezcla racial conocido que ha producido la Humanidad. Estos, relativamente, pocos varones españoles consiguieron cambiar, con hembras indígenas, la composición étnica del Nuevo Mundo: la absoluta mayoría indígena fue reemplazada, a lo largo de los siglos, por los mestizos. Hoy los indios puros son sólo una escueta minoría en el conjunto de Iberoamérica.

II

«Oro, mujeres, sudor humano, ha sido el botín de argonautas y conquistadores desde que el hombre salió de sus braseros de la prehistoria, y progresó y se organizó.»[3] En las innúmeras invasiones de un pueblo por otro, las hembras del conquistado siempre, o casi siempre, han servido para

---

cio. Esto tal vez se deba al curioso hecho de que Estados Unidos de América es uno de los pocos países del mundo que carecen de nombre propio, ya que su denominación es apenas una descripción del sistema político y una vaga referencia geográfica.

3. Antonio Tovar, *Lo medieval en la Conquista y otros ensayos americanos*, México, 1981.

saciar los apetitos de los vencedores e, inevitablemente, para engendrar en ellas una estirpe mestiza.

Mestizos son casi todos los pueblos de Europa y, en mayor o menor grado, todos los del planeta. Lo sorprendente del caso americano, en todo caso, son las proporciones de la miscegenación que acabó creando un mundo nuevo, y su contraste con lo ocurrido en la tardía colonización anglosajona de América septentrional. Esta mezcla de razas, que prefigura el futuro de la Humanidad —si es que la Humanidad tiene futuro—, ante el vertiginoso aumento de las comunicaciones entre los pueblos del planeta.

Como ocurre con la amplia mayoría de los grandes procesos históricos, ésta no es una historia de aventuras galantes y amores volcánicos con final feliz, aunque éstos, ocasionalmente, no falten. La Conquista de América, en su conjunto, fue un largo y doloroso proceso donde abundó la brutalidad, el latrocinio, el sometimiento, la esclavización, el desprecio por el otro.

Con muy contadas excepciones, lo que predomina en las relaciones entre conquistadores y hembras aborígenes es —desde la perspectiva de los primeros— el amor carnal y la relación utilitaria, antes que el amor pasión o la devoción conyugal. Se puede afirmar de un modo general, como hace Mörner,[4] que «la captura de mujeres fue sólo un elemento más en la esclavización general de los indios que tuvo lugar en el Nuevo Mundo durante las primeras décadas del siglo XVI».

Sin embargo, en la larga sucesión de encuentros sexuales entre europeos y americanas no están ausentes las pasiones desbordadas que, por ejemplo, llevan a varios ibéricos a abandonar a los suyos y a huir a tierra de indios por el amor hacia una mujer de piel morena. O la devoción fiel y lealtad incondicional que prodigaron las americanas a sus amos de piel pálida.

Las fuentes de las que me he valido son las crónicas y los documentos de la época de la Conquista, que se extiende hasta mediados del siglo XVI. He querido eludir toda fantasía o versión novelada de los hechos para que éstos —tal como los relatan las crónicas contemporáneas— hablen por sí solos.

Por pudibundez, o porque se consideraba *normal* en la

4. Magnus Mörner, *La mezcla de razas en América Latina*, Buenos Aires, 1970.

época, no abundan las referencias a la actividad erótica de los españoles en América. No obstante, hay suficientes testimonios para poder trazar un cuadro expresivo de este aspecto nada baladí de la Conquista americana que tan a menudo ha sido escamoteado, disimulado o pasado por alto en los manuales de Historia.

III

La cosecha de mujeres no acaba, naturalmente, con la Conquista, sino que prosigue hasta nuestros días con variaciones obvias. Pero presentar un panorama completo de casi 500 años de relaciones entre españoles e indígenas no sólo tendría una extensión descomunal sino que sería capaz de aburrir a las ovejas: las situaciones, naturalmente, se repiten y se han repetido hasta el hartazgo. De modo que me he limitado a los primeros decenios de la presencia española en América, que han dejado una impronta que dura hasta hoy. Y he tomado sólo algunas campañas conquistadoras y colonizadoras, las que he considerado más importantes, como buen ejemplo de lo que ocurrió en todo el continente.

Intencionalmente omito a otros grandes actores en la mezcla racial del Nuevo Continente: los negros, traídos de África como esclavos, generadores de mulatos y zambos, y de las infinitas combinaciones raciales que se dieron y se dan en Hispanoamérica, que merecen una obra aparte.

Para facilitar la lectura he *traducido* fielmente, en las citas, los textos escritos en español arcaico al castellano moderno, procurando que no perdieran la sustancia.

En cuanto a la interpretación de los hechos, he procurado escapar de las leyendas negra y rosa que, sorprendentemente aún siguen vigentes en historiadores de prestigio. Con demasiada frecuencia todavía, el patriotismo y los prejuicios suelen anteponerse a una versión comprensiva de los acontecimientos y de sus protagonistas. Pueden entenderse y explicarse históricamente el indigenismo latinoamericano con su demonización de lo español y divinización de lo aborigen, tanto como el hispanismo imperial que rezuma desprecio por lo americano junto con una exaltación zarzuelera de lo español. Pero ambos están igualmente lejos de la realidad y han contribuido eficazmente a distanciarnos.

Por eso esta obra parte de un intento de *poner en situa-*

ción histórica a españoles por un lado y americanos por el otro. Si es inevitable caer en el anacronismo de juzgar con ojos actuales a personajes del siglo XV o XVI, o a individuos cuyas culturas se habían desarrollado aisladamente, dentro de su pequeño marco geográfico, también es prudente hacer el esfuerzo, siempre imperfecto, de meternos idealmente en sus pellejos —en suma, de comprenderlos—, aun cuando no los justifiquemos moralmente; eso es harina de otro costal. Uno puede explicarse la obsesión por la sangre y el canibalismo de los aztecas, pero es difícil no sentir, al mismo tiempo, un rechazo visceral frente a esas prácticas, porque pertenecemos a una cultura en la que la antropofagia, el incesto y el homicidio constituyen sus tres grandes tabúes. Del mismo modo, las actuaciones de tantos psicópatas de yelmo, espada y adarga no pueden despertar la simpatía de nadie.

El lector al que le interese sólo la sucesión de los hechos puede saltarse los capítulos iniciales, más ensayísticos que narrativos, dedicados a españoles e indios. Pero yo no lo recomiendo.

He sido consciente de que la historia de la Conquista es mal conocida de este lado y del otro del Atlántico. El relato de los hechos que aquí interesan se inscriben dentro del marco de la historia de la dominación española del Continente, sin el cual se entenderían mal. El desarrollo de esta obra es, pues, predominantemente cronológico, e incluye la narración de las circunstancias en que se produjo *la conquista erótica de las Indias y de las indias*. Aunque he obviado etapas en la que los testimonios sobre las relaciones españoles-indias —orígenes del mestizaje— eran escasas o no aportaban nada nuevo.

Hubo también relaciones indios-españolas. Como una cabal muestra de las estrechas relaciones que existen entre sexo y poder, allí donde los españoles no consiguieron un rápido triunfo sobre los indígenas por la obstinada resistencia de éstos, se produjo «el mestizaje al revés»: los indios fecundaron en vientres de españolas, en su gran mayoría cautivas, los hijos que acabarían siendo sus amos, como le pronosticó altivamente un capitán español a un indio en el sitio de la guarnición chilena de Arauco: la bravía nación araucana sólo fue sometida después de la independencia, a fines del siglo pasado. Pero este asunto resulta en sí mismo tan vasto y complejo que ya es otra historia.

R. H.

Madrid, abril de 1991.

LOS ESPAÑOLES

I

América es descubierta por y para los europeos en 1492.[1] Pero pasarán veintisiete años antes de que los españoles, asentados inicialmente en las Antillas, consigan conquistar uno de los dos grandes imperios del continente. En los años que preceden al de 1519, los peninsulares en América se limitan a asentarse en varias islas del Caribe, desde donde lanzan expediciones al Continente, muchas de las cuales fracasan con fuertes pérdidas de vidas y hacienda.

Durante el reinado de Fernando el Católico, que fallece en 1516, los españoles sólo logran instalarse en una pequeña región del Continente, llamado entonces con toda razón Tierra Firme: el Darién, aproximadamente en el actual territorio atlántico de Colombia y de Panamá.

Pese a la enorme vitalidad y rapidez de descubrimientos y ocupaciones o conquistas, y a las más de catorce toneladas de oro americano que llegan entre 1503 y 1520 a la Península, en los primeros años del siglo XVI América ya ha descorazonado a muchos. Hacia fines del reinado de Fernando V, los yacimientos insulares estaban agotándose y los trabajadores indígenas se encontraban en franca extinción. Tras la euforia inicial, la Conquista y el Descubrimiento pasan por períodos de desilusión y escepticismo que limitan las emigraciones de españoles a Indias. Cuando Carlos I

1. También para los americanos, posteriormente. Como se ha dicho ya, los aborígenes carecían de una idea continental de su tierra hasta que la Conquista y el imperio españoles se la dio. Por tanto en 1992 podría conmemorarse tanto el Descubrimiento como la Invención de América. (Cfr. Edmundo O'Gorman, *La invención de América*.)

asume el trono de Castilla, en 1517, el proceso da un vuelco sustancial. Dos años más tarde, Hernán Cortés desembarcará en las costas atlánticas de México. La fabulosa conquista del imperio de los aztecas dará un impulso notable a nuevos esfuerzos conquistadores: la mitología medieval que hacía hervir el cerebro de los españoles (Eldorado, la Ciudad de los Césares, la Fuente de Juvencia, la Cibola, etc.) parece cobrar nuevamente visos de realidad.

El emperador no se había enterado de la aventura de Cortés cuando manda organizar la expedición de Hernando de Magallanes encargada de cumplir, casi treinta años más tarde, el objetivo del viaje de Colón: llegar a Asia y a la Especiería, tierras que ya habían alcanzado —por el este— los portugueses, con gran provecho económico.

Para no violar los tratados con la Corona lusitana, era preciso encontrar el modo de superar la extensa barrera de 14 000 kilómetros de longitud que ofrece el Continente y llegar con las naves al otro mar, por el que se accedía a Asia, que Vasco Núñez de Balboa había descubierto en 1513 desde las costas occidentales del istmo de Panamá.

Para ese entonces se sabía o se sospechaba que desde Canadá al río de la Plata, explorado por Juan Díaz de Solís en 1516, no existía tal paso interoceánico. Era preciso buscar más al sur. La expedición de Magallanes, costeada por el monarca español y por empresarios privados, que invirtieron 4 000 ducados (el equivalente de medio millón de pesetas actuales, aproximadamente) en la aventura, consistió en cinco naos con provisiones para dos años y 265 hombres de tripulación. Al año siguiente, Magallanes consiguió descubrir el paso interoceánico en el extremo sur. Tres años después de haber zarpado, un puñado de sobrevivientes (18 en una sola nao) al mando del guipuzcoano Juan Sebastián Elcano regresaban a la Península, tras haber dado la primera vuelta al planeta en el sentido de los paralelos, cuando los españoles ya eran prácticamente dueños de México.

Al año siguiente Juan Ponce de León, el conquistador y colonizador de Puerto Rico, desembarca en la Florida, que había descubierto nueve años antes. Entre 1522 y 1526 los españoles recorren y conquistan parte de la región de América Central que separaba al nuevo dominio de Cortés de los enclaves de Tierra Firme. Un año más tarde Francisco Pizarro descubre el imperio de los incas, que conquistará entre 1532 y 1533 con un puñado de hombres.

En el Atlántico sur, Pedro de Mendoza funda Buenos

Aires en 1535 y parte de sus hombres se instalan 1 500 kilómetros al norte, en Asunción del Paraguay dos años después.

Desde el Perú, Pedro de Valdivia ocupa una parte de Chile hacia 1540 y Francisco de Orellana recorre el Amazonas en 1543.

La fiebre exploradora y descubridora no cesará en los siguientes años y siglos: hacia 1540 Francisco Vázquez de Coronado recorre el sur de Estados Unidos buscando la mítica ciudad de Cibola o la no menos fantástica Quivira (a fines del siglo XVIII, los marinos españoles llegarán hasta las costas de Alaska), y en la segunda mitad del 1500, Pedro Sarmiento de Gamboa funda dos ciudades con colonos españoles en el estrecho de Magallanes. Pero a mediados de ese siglo, la Conquista propiamente dicha había casi terminado, dejando paso a la colonización: en 1556 la monarquía española recomienda que se hable de *descubrimientos* y de *pobladores* en vez de emplear los términos *Conquista* y *conquistadores* usados hasta entonces.

Cuando el emperador abdica, unas cuantas decenas de miles de españoles han conseguido someter y controlar un territorio de alrededor de 2,5 millones de kilómetros cuadrados (unas cinco veces la España actual), poblado por unos sesenta millones de personas que representaban aproximadamente la quinta parte del género humano de aquel entonces.

En comparación, el número total de españoles debía de ser, aproximadamente, de unos siete millones de individuos, entre los súbditos de los reinos de Castilla (las tres cuartas partes), Aragón y Navarra, que habitaban medio millón de kilómetros cuadrados de una tierra escasa en recursos naturales. En la que pronto iba a convertirse en capital del imperio, Madrid, vivían 37 000 personas hacia mediados del siglo XVI, en Sevilla 90 000, en Toledo, la antigua capital visigótica, 55 000.

Los dos grandes imperios americanos, el azteca y el inca, poblados por más de 40 millones de personas, fueron conquistados por poco más de un millar de españoles en total, unos pocos extranjeros blancos y decenas de miles de indígenas aliados.

¿Quiénes eran estos hombres, capaces de semejantes proezas militares, a quienes una parte de la historiografía ha cubierto de ditirambos y la otra ha execrado con saña?

El *Catálogo de pasajeros de Indias* indica que la mayo-

ría eran andaluces (el 36 por ciento) en el primer medio siglo. Le seguían los castellanos (28 por ciento) y luego los extremeños (alrededor del 14 por ciento).[2]

Esto es lo que indican los registros oficiales, incompletos, ya que sólo dan cuenta de los pasajeros legales, cuyo desplazamiento estaba controlado por las autoridades. Esos mismos catálogos dan la cifra de 45 000 aproximadamente para el total de españoles que viajaron a América en el siglo XVI, cantidad, desde luego, muy exigua y que refleja sólo una parte de la totalidad. Algunos especialistas[3] creen que habría que multiplicar por seis (lo que daría unos 270 000), mientras que otros defienden cantidades algo menores. Lo cierto es que, aunque los flujos anuales de emigrantes fueron variables y hubo años, en el siglo XVI, en que nadie viajó a las Indias, durante el reinado de Felipe II se levantaron voces de alarma por el despoblamiento de la Península, hasta el punto de que, en la segunda mitad del siglo, el monarca se vio obligado a poner coto a la sangría demográfica, limitando los desplazamientos al Nuevo Mundo. A la emigración hacia las Indias se habían unido como factores de despoblación, primero, las campañas militares de Italia y luego las de Flandes que sacaban de Castilla unos 8 000 varones por año. En todos los casos se trató principalmente de hombres jóvenes en edad de procrear, a quienes además se les pueden atribuir una cierta calidad por su capacidad de riesgo y su inteligencia, en general, superior a la media. Este drenaje ocasionó probablemente «alguna pérdida en la calidad genética de la totalidad de la población» que quedó en España.[4]

La historia de la Conquista y colonización es, en cierto sentido, la de las abismales contradicciones entre los buenos deseos de la monarquía y lo que ocurrió en la práctica. Las ilusiones y fantasías despertadas por el Descubrimiento del Nuevo Mundo llevaron desde muy temprano a los monarcas españoles a intentar preservar a los territorios de allende el océano de las lacras que padecía la sociedad española. Para ello se procuró limitar legalmente el acceso

2. La hueste de Hernán Cortés estaba compuesta por un treinta por ciento de andaluces, 20 por ciento de castellanos, 13 por ciento de extremeños, 5 por ciento de vascos y 1 por ciento de gallegos. Las proporciones son similares a las del *Catálogo*.

3. Georges Baudot, *La vida cotidiana en la América Española en tiempos de Felipe II. Siglo XVI*, Madrid.

4. J. H. Elliot, *El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650*, Madrid, 1984.

a las Indias a muchos sectores de la población peninsular que, según la Corona, eran indeseables.

Para empezar, los disidentes religiosos —categoría que incluía a judíos, islámicos y protestantes, aunque se hubiesen reconciliado con la Iglesia— tenían prohibido pasar a América. Los viajeros de Indias debían ser cristianos viejos, es decir, provenir de un linaje que hubiese practicado ese credo durante los últimos dos siglos, por lo menos.

A los no españoles se les ponían serias dificultades para atravesar el océano, incluso aunque se tratase de miembros extranjeros de órdenes religiosas. No obstante hubo numerosas excepciones: necesitado de pobladores blancos, en 1526 Carlos I autorizó a sus súbditos del continente europeo a pasar a las Indias.

Gitanos y abogados estaban igualmente excluidos de la emigración, estos últimos «porque se consideraba particularmente dañina su profesión por su influencia sobre los indios y colonizadores, su afición a los pleitos, su pasión por la trácala y su capacidad de engullir bienes y fortunas en procesos interminables».[5] Otros indeseables, como delincuentes, pillos o pícaros y prostitutas, al menos en la letra de la ley, estaban impedidos de cruzar el Atlántico.

La realidad estuvo bastante lejos de los deseos de las autoridades, desde el principio: la tripulación del primer viaje de Colón se completó con algunos presidiarios. Tras el segundo viaje del Almirante, los que volvían de las Indias hicieron tal campaña en contra de las tierras recién descubiertas, que para el tercer viaje de Colón se recurrió nuevamente a los convictos.

Tampoco faltaron las prostitutas. En agosto de 1526, dos reales cédulas, firmadas por el secretario del emperador y por tres piadosos obispos (los de Osma, Canarias y Ciudad Rodrigo), autorizaron la instalación de sendos lenocinios en Santo Domingo y en San Juan de Puerto Rico con mujeres que, al menos en parte, eran blancas. Según Pérez de Barradas,[6] en 1516, el secretario del rey, Lope de Conchillos, tenía en Santo Domingo diez o doce mozas desempeñándose como prostitutas. Hacia fines del siglo, en la rica Potosí había hasta 120 profesionales del amor pago, en buena parte europeas, para servicio de los señores que desdeñaban ayuntarse con indias o mestizas. Esclavas blan-

5. Georges Baudot, *op. cit.*
6. J. Pérez de Barradas, *El mestizaje americano*, Madrid, 1948.

cas, principalmente moriscas, fueron enviadas legalmente a partir de 1512 a América para que casaran con los españoles que se negaban a mezclar racialmente su descendencia legítima.

Aunque las hembras peninsulares estaban exceptuadas del permiso oficial para viajar a América, y a pesar de los esfuerzos de la Corona para que los colonos emigraran con sus respectivas esposas, el poblamiento europeo del nuevo continente lo hicieron casi exclusivamente los varones; entre 1493 y 1539 la proporción de mujeres fue apenas de seis cada cien. En los veinte años siguientes, el porcentaje se elevó a dieciséis, repartidas aproximadamente en partes iguales entre casadas o viudas y solteras.[7] Esto, no obstante el exceso de mujeres que había en Europa al final de la Edad Media —por la sangría de varones debida a las guerras y conquistas— y a las oportunidades de matrimonios ventajosos con indianos que podían presentárseles a muchas.

Pero lo más importante es que la emigración real superó con creces a la legal y las interdicciones impuestas fueron alegremente burladas por muchos miles de viajeros de Indias: por 50 ducados (unas 60 000 pesetas de la actualidad) era posible embarcarse ilegalmente en las carabelas, naos y galeones que viajaban a América. Por ese medio se infiltraron decenas de miles de personajes de toda laya deseosos de hacer fortuna en América; conversos o «herejes», judíos y moriscos, delincuentes, prostitutas, gitanos, pillos, marginados sociales y, naturalmente, abogados.

«Por todos los informes, los hombres que fueron a La Española en los primeros diez años eran la más escogida colección de gentuza que nunca se juntó: ex soldados, nobles arruinados, aventureros, criminales y convictos. El que hubiera algunos hombres de ideas elevadas entre ellos, no altera apreciablemente el panorama general, y su presencia, en cualquier caso, es sólo una conjetura», piensa el historiador Lesley Bird Simpson.[8]

No es mucho más favorable la opinión del mismísimo Cristóbal Colón. O la de Hernán Cortés en carta al emperador: «La mayoría de los españoles que han venido aquí son de baja calidad, violentos y viciosos..., y si a tales personas

7. Más de la mitad de las mujeres peninsulares llegadas a América en los primeros setenta años de dominio español eran andaluzas, una cuarta parte castellanas y un 15 por ciento extremeñas.

8. Lesley Bird Simpson, *Los conquistadores y el indio americano*, Madrid, 1970.

se les diera permiso para ir libremente a los pueblos de los indios, convertirían a los indios a sus vicios.»

Para Miguel de Cervantes, las Indias eran «refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores».[9]

Sin embargo estas descalificaciones globales de los viajeros de Indias no pueden ignorar que en los registros oficiales hay infinidad de labriegos y artesanos.[10]

Campesinos y «oficiales de manos», como se los llamaba entonces, constituían la mayor parte de los súbditos de una nación eminentemente rural y agrícola como la España del siglo XVI. La proporción de hidalgos (pertenecientes a la alta o baja nobleza) que llegaron a América entre 1520 y 1539, por ejemplo, fue sólo del 4,6 por ciento, cuando el porcentaje de nobles en la población española era del 10 por ciento, aproximadamente. En líneas generales, como afirma Konetzke, «todas las capas de la sociedad española se encuentran representadas también en el Nuevo Mundo»,[11] y los que maldecían a los emigrantes probablemente idealizaban al conjunto de los españoles o ignoraban lo que daban de sí sus paisanos cuando se los ponía en situación, fuera de los más estrictos bretes de la sociedad peninsular.[12]

Como siempre ocurre, emigraban hacia América aquellos individuos que veían estrechadas sus posibilidades en su suelo natal: campesinos sin tierra, artesanos sin trabajo, gente sin oficio, segundones perjudicados por la institución del mayorazgo que daba al primogénito la totalidad

9. Al menos en este caso, no se puede ignorar que el Manco de Lepanto tal vez juzgara con resentimiento: intentó ir a las Indias como funcionario colonial, pero su instancia fue rechazada.

10. Esto coincide con los hallazgos hechos por el chileno Mario Góngora sobre la condición social y el oficio de los primeros españoles llegados a su país.

11. Richard Konetzke, *América Latina. II. La época colonial*, Madrid, 1987.

12. El prejuicio español contra *lo americano* (que no se hace extensivo a lo estadounidense en la actualidad) surge en el siglo XVI y pervive hasta nuestros días. Según él, todo lo proveniente de Hispanoamérica (individuos y bienes) es, forzosamente, de categoría inferior. Probablemente la envidia a los indianos ricos y la idea de que lo americano era extraño, salvaje y basto, hayan contribuido a fabricarlo. Este prejuicio pudo haber estado presente ya en las opiniones que los peninsulares del 1500 vertían sobre sus paisanos que cruzaban el océano.

de los bienes de la herencia paterna, marginados o perseguidos. Y también aquella fuerte proporción de aventureros y soldados de fortuna ansiosos de conquistar por las armas o por un golpe de suerte la fama, la honra y la riqueza que ya no podía conseguirse en España de igual modo.

«Cuando los españoles se embarcan para venir a estas tierras —se burla el franciscano Toribio de Benavente, *Motolinia*, en su *Historia de los indios de la Nueva España*—,[13] a unos les dicen, a otros se les antoja, que van a la tierra de Ofir, de donde el rey Salomón llevó el oro muy fino, y que allí se hacen ricos cuantos a ella van; otros piensan que van a las islas de Tarsis o al gran Zupango, a do por todas partes es tanto el oro, que lo cogen a haldadas; otros dicen que van en demanda de las Siete Ciudades, que son tan grandes y tan ricas, que todos han de ser señores de salva. ¡Oh locos y más que locos! ¡Y si quisiese Dios y tuviese por bien que de cuantos han muerto por estas partes resucitase uno para que fuese a desengañar y testificar y dar voces por el mundo, para que no viniesen los hombres a tales lugares a buscar la muerte con sus manos!»

Si se exceptúa a algunos religiosos misioneros y a otro puñado de funcionarios de la Corona imbuidos de su sentido del deber y del servicio, el común denominador de los viajeros de Indias es la ambición de riquezas y de fama, principal y, a veces, único motor de la emigración a América.

II

Con demasiada frecuencia se ha juzgado la actuación de los conquistadores y colonizadores españoles en América con ojos del siglo XIX o XX. Por eso mismo, antes de emitir los inevitables juicios éticos sobre la conquista de mujeres, hombres y tierras, parece prudente intentar una aproximación al mundo cultural del que eran portadores sus principales protagonistas. Sujetos que, ciertamente, no habían sido influidos por las grandes transformaciones que se produjeron en el mundo occidental desde la Edad Moderna y, sobre todo, en los últimos dos siglos, a partir de la Ilustración y que conforman la mentalidad del hombre contemporáneo.

Los conquistadores españoles eran personas del medie-

13. Madrid, 1985.

vo todavía, aunque indudablemente influidos por los aires renovadores del Renacimiento, «hombres que vivían en la tensión resultante de sus supersticiones medievales y de su espíritu moderno de curiosidad».[14] Pero no hay que olvidar, como afirma Elliot, que «el Renacimiento suponía en algunos aspectos, al menos en su primera etapa, una cerrazón más que una apertura del pensamiento. La veneración por la antigüedad se hizo más servil; la autoridad adquirió nuevas fuerzas frente a la experiencia».[15]

Hoy percibimos como descomunales la ignorancia y la pobreza de conocimientos de que adolecían los europeos del siglo XVI. Pero entonces ellos, lo mismo que los hombres de todas las épocas, estaban persuadidos de que en su tiempo se había llegado a la cumbre de la sabiduría. Su punto de referencia era el pasado y no el futuro ignoto. Esto, desde luego, no cerraba a cal y canto la posibilidad de nuevos progresos, pero los limitaba en la medida en que la autoridad de la tradición ejercía su enorme influencia conservadora.

Para el hombre del final del medievo existían básicamente dos fuentes de autoridad para fundamentar su *weltanschaaung* y explicarse el mundo que lo rodeaba: la fe religiosa con sus documentos fundamentales, el Nuevo y el Antiguo Testamento, más la autoridad de la Iglesia y sus padres; y por otro lado, los clásicos griegos y romanos.

Cuando un mundo extraño como el de las Indias aparece ante sus ojos, descubridores, conquistadores, cronistas citan permanentemente estas fuentes para respaldar sus explicaciones o especulaciones. Es obvio: lo desconocido se *digiere* cotejándolo con lo conocido, haciéndolo entrar, aunque sea con fórceps, dentro del limitado universo de la propia cultura.

Los europeos no salen de su estrecha representación mental del mundo cuando llegan a América, sino que intentan meter a América en su universo mental.

De ahí el azoramiento que les produce a los españoles del 1500 ciertas constataciones, como la de que los indios no eran ni blancos, ni negros, ni moriscos o canarios, que constituían las únicas categorías raciales y de pigmentación de la piel de los seres humanos que se conocían en Europa hasta entonces. Para poder meter a los indios en sus esque-

14. I. A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, 1979.
15. J. H. Elliot, *op. cit.*

mas conocidos, los españoles recurren a argucias que hoy parecen cómicas, como imaginar que los indígenas eran descendientes de alguna tribu perdida de Israel; o suponer que, en realidad, eran blancos, pero como andaban desnudos, la piel se les tostaba con el sol.

Debido a esta actitud inevitable, los primeros decenios de la Conquista (y, en muchos aspectos, los últimos cinco siglos también) son de una incomprensión mutua que permanentemente raya en lo trágico y también en lo cómico.

Entre las instrucciones que los Reyes Católicos dan a uno de los primeros gobernadores de Santo Domingo, Nicolás de Ovando, está la de que el funcionario se ocupe de impedir que los indios «se bañen tan frecuentemente como lo hacen ahora, porque somos informados de que les hace mucho daño». No hay más que recordar la historia o leyenda sobre la camisa de Isabel de Castilla, para percibir desde qué perspectivas higiénicas se realizaba la recomendación.

El aborigen de América fue idealizado como el arquetipo de la pureza y la inocencia, ciudadano del Edén, o maldecido y pintado como «un monstruo nunca visto, que tiene cabeza de ignorancia, corazón de ingratitud, pecho de inconstancia, espaldas de pereza y pies de miedo», según el padre Gumilla. Para el obispo de Puebla de los Ángeles, Juan Palafox y Mendoza, en cambio, los indios estaban libres de cuatro pecados capitales: codicia, ambición, soberbia e ira. Son más templados que otros en la gula, pereza y sensualidad. Su pobreza es voluntaria y más rígida que la de los franciscanos, su gran virtud es la paciencia. Ante los agravios, «lo ordinario es padecer, callar y pasar y, cuando mucho, ausentarse de unas tierras a otras». Según el almirante Colón, «son gente de amor y sin cudicia... En el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos, y tienen un habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa».[16] Se podrían multiplicar *ad infinitum* las opiniones polarizadas en un sentido o en otro. Cualquiera de estas valoraciones extremas liquidaban toda posibilidad de comprender una civilización extraña, regida por distintos valores, producto de

16. En carta a los Reyes Católicos. Estas opiniones del Almirante no le impidieron al genovés dedicarse prontamente a la caza de indígenas para intentar venderlos como esclavos en España y, de ese modo, engrosar sus arcas personales.

una evolución diferente, adaptada a una realidad que nada tenía que ver con la europea. Pero no se les podía pedir más a los hombres de aquellos tiempos.

Tras la fascinación inicial por *los buenos salvajes*, vino el desprecio hacia los indios, hacia lo diferente e incomprensible, a menudo condenable, aunque no faltaron religiosos que siguieron mirándolos caritativamente.

El Vaticano se vio obligado a dictaminar, después de sesudas reflexiones y no pocas dudas, que los indios americanos eran seres humanos y tenían una alma que salvar.

«Al error de los conquistadores, que en su mayoría consideraban y trataban a los indios como animales, correspondía el error de los indios, quienes, tan paradójicamente, veían en el conquistador a un dios», señala Urs Bitterli.[17]

III

Los conquistadores españoles eran hombres provenientes de una sociedad férreamente jerarquizada no sólo por la costumbre sino también por la legislación vigente. La igualdad de los ciudadanos ante la ley es, en todo caso, un principio que sólo aparecerá en Europa después de las revoluciones norteamericana y francesa. Esta organización jerárquica se consideraba fundamental para mantener el orden social, político, económico, moral de la sociedad y difícilmente se imaginaba, entonces, una alternativa a ella.

Los hombres blancos que recalaron en América durante los primeros decenios después del Descubrimiento habían nacido en un país formado por dos comunidades separadas entre sí: la de los nobles o hidalgos y la de los plebeyos o estado llano. Los primeros constituían la clase o estamento privilegiado: estaban exceptuados de impuestos, ocupaban en cada comunidad la mitad de los cargos municipales, cualquiera fuera su número, no estaban sujetos a prisión por deudas y, si eran castigados con la cárcel, ésta era distinta de la de los plebeyos; no sufrían penas infamantes, y en la práctica sus delitos eran juzgados con una benevolencia infinitamente mayor que la que se aplicaba al común.

La nobleza se asociaba al prestigioso oficio militar: dentro de la concepción medieval y en cierto modo platónica

17. Urs Bitterli, *Los salvajes y los civilizados. El encuentro de Europa y Ultramar.*

de la sociedad, los hidalgos defendían a la colectividad con las armas, el clero —otro estamento privilegiado— se ocupaba de las relaciones con la divinidad y los plebeyos sostenían al conjunto social con su trabajo y sus contribuciones o *pechos*.

Normalmente se nacía hidalgo, no se hacían hidalgos. La nobleza era una cuestión de sangre y, como tal, estaba sujeta a la herencia, pese a que, en la práctica, era posible llegar a ella a través de medios legales e ilegales. El monarca podía conceder hidalguías e incluso venderlas; mediante adulteraciones de los padrones municipales algunos conseguían pasarse del registro de plebeyos al de hidalgos; o utilizando falsos testimonios se podía probar que la propia familia siempre había sido tenida por hidalga. A partir de 1505, las Leyes de Toro, que regulaban los mayorazgos, permitieron a los ricos acceder a la nobleza. Todo esto, naturalmente, costaba dinero y, por tanto, no estaba al alcance de cualquiera.

Las masas, por su parte, aceptaban como natural este estado de cosas. «Entonces el camino que se ofrecía al ambicioso, al descontento, no era el de procurar el derrocamiento del sistema, sino tratar de buscar mejor acomodo dentro de él»,[18] y la riqueza era uno de los recursos más eficaces, tanto o más que en estos tiempos.

En un estrato superior de la plebe estaban los cristianos viejos, aquellos que podían mostrar pureza de sangre. Por debajo de ellos en la estimación social, los cristianos nuevos o conversos, provenientes de un linaje de judíos o moriscos. Los primeros no disimulaban su orgullo y su sentido de la dignidad que han sido proverbiales en el español de a pie y que se reflejan cabalmente en las obras literarias y teatrales del Siglo de Oro.

Plebeyos e hidalgos estaban unidos por la concepción caballeresca de la vida y su estricto código de honor, al menos como ideal no siempre realizado ni realizable.

En lo que no cabe duda de que ambos estamentos estaban ideológicamente hermanados era en el ideal de la vida noble; vivir opulentamente sin trabajar. El más alto valor en cuanto a perspectiva vital es —como dice el historiador Ronaldos Vainfas— «el habitus aristocrático de la frivolidad, del desdén por el trabajo, del apego a la ociosidad».

18. Antonio Dominguez Ortiz, *El Antiguo Régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid, 1974.

Los funcionarios coloniales se quejan permanentemente a la Corona o al Consejo de Indias de que labriegos y artesanos se niegan a ejercer sus oficios cuando llegan a las Indias. Si no consiguen oro o dominar imperios quieren, al menos, vivir como si fuesen señores, aunque sea de aborígenes: encomenderos. En América, los estamentos sociales se alteran fácilmente: por debajo del gañán español hay una caterva de indios para dominar y explotar.

En 1542, después de casi veinte años de experiencia en México, el misionero franciscano Toribio de Benavente, *Motolinia*,[19] escribe sobre los estancieros de su país de misión: «... la mayor parte son labradores de España, hanse enseñoreado de esta tierra y mandan a los señores principales naturales de ella como si fuesen sus esclavos..., se hacen servir y temer como si fuesen señores absolutos y naturales, y nunca hacen otra cosa que demandar, y por mucho que les den nunca están contentos; a doquiera que están todo lo enconan y corrompen, hediondos como carne dañada, y no se aplican a hacer nada sino a mandar; son zánganos que comen la miel que labran las pobres abejas, que son los indios». En realidad, no hacían más que imitar la conducta de los señores que hacían otro tanto en España.

Cualquier ganapán que llegaba a las Indias se sentía hidalgo con todos los privilegios inherentes a este estado, y aún más, en la medida en que por debajo de él estaba separado por un abismo de los indígenas. Cuando hacia 1582 el monarca español ordena vender algunas hidalguías en el Perú para recaudar fondos destinados a las exhaustas arcas de la Corona, el virrey Martín Enríquez de Almansa le contesta que eso es imposible puesto que «no habría tres que las comprasen porque en las Indias todos son caballeros, y esto es una de las cosas que las puebla».

Durante el siglo XVI todavía la caballería, surgida en Europa en las postrimerías del primer milenio, era una ideología que impregnaba por completo la vida de los españoles de todas las clases. Las novelas y cantares de gesta —expresiones no sólo literarias, sino también ideológicas—, con las fantásticas proezas de sus héroes, eran enormemente populares, sobre todo a partir de la invención de la imprenta. «Una sociedad empapada de estas obras y sorprendentemente crédula respecto a la veracidad de su contenido, tendía de modo natural a modelar, en cierto aspecto, su vi-

19. *Op. cit.*

sión del mundo y sus principios de conducta sobre la base de los extravagantes conceptos popularizados por los libros de caballería. ¿Qué cosa más natural que el misterioso mundo americano proporcionase un escenario para su realización? Por ignorantes e iletrados que fueran Pizarro, Almagro y sus compañeros, todos ellos habían oído hablar del reino de las amazonas y esperaban hallarlo.»[20]

Las ficciones del mundo de la caballería están omnipresentes en los primeros años de la Conquista. Bernal Díaz del Castillo, soldado de Cortés y cronista de la campaña de México, recuerda que cuando él y sus compañeros vieron las ciudades aztecas «nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuenta en el libro de Amadís», la más popular de las novelas de caballería de la época.

IV

A mediados del siglo XIII, el mallorquín Ramón Llull escribió el *Libre de l'ordre de cavalleria*, un tratado que constituye una obra de indudable autoridad, imitada, copiada y traducida a varios idiomas europeos —entre ellos el castellano— en los siglos posteriores, donde explica las esencias de la práctica y la ética caballerescas.

Llull comienza por asegurar que la caballería fue instituida para defender a la gente y para contenerla en tiempos inmemoriales, tras la caída del hombre. «El más leal, el más fuerte y el de valor más noble» es elegido para esa tarea, uno entre mil.

El caballero debe poseer, en primer lugar, «la más noble de las bestias», el caballo, la mejor armadura y un escudero para que le sirva. Su manutención tiene que correr a cargo del pueblo, que trabaja y a quien él defiende con su esfuerzo y, si es preciso, con su vida. La condición de caballero debe ser hereditaria, por lo que hay que instruir a los hijos en el arte de la equitación y de la guerra a través del ejercicio de la caza, poniéndose a prueba en justas y torneos, y leer las crónicas de las proezas de los héroes de la antigüedad para tomar ejemplo. Y, sobre todo, el caballero debe transmitir a sus descendientes la ética propia de esta condición.

20. J. H. Elliot, *La España imperial*, Madrid, 1989.

El primer deber del caballero es defender la fe de Cristo contra los infieles: el espíritu de Cruzada. Además, tiene que proteger a los débiles como las mujeres, los niños y los huérfanos contra las arbitrariedades de los fuertes y ser fiel a su señor de este mundo. El caballero estará siempre dispuesto a salir de su castillo para perseguir a los malhechores y defender a sus víctimas. Para cumplir con estos deberes deberá instruirse en las virtudes imprescindibles: lealtad, sabiduría, caridad, sinceridad, vigor, largueza, humildad y, sobre todo, valor. El caballero evitará el orgullo y apreciará el honor, será cortés y de nobles palabras, bien vestido y hospitalario; se abstendrá de la ociosidad, de la traición y de la lujuria. La presentación tiene tintes religiosos que posteriores tratadistas obviarán para poner más el acento en las glorias terrenales del caballero.

Como dice Maurice Keen,[21] «la caballería supone una búsqueda constante y nunca satisfecha por alcanzar el éxito». Otro teórico (y práctico) de la caballería, Godofredo de Charny, establece un principio básico: «El que logra más es el más valioso.» Con todo, De Charny no ignora el lado religioso de la caballería: es un medio de salvación, tanto o más elevado que cualquier otro. Jean de Bueil, el gran capitán francés en la guerra contra los ingleses, asegura que «nosotros, pobres soldados, salvaremos nuestras almas por las armas de la misma manera que podríamos vivir en contemplación con una dieta de raíces». De Charny sostiene que la caballería impone normas mucho más estrictas que las de cualquier orden religiosa: aquel que toma las armas por una causa justa salvará su alma como el anacoreta o el monje.

Pese a que la caballería es eminentemente seglar, converge y se asocia con lo religioso: el caballero es, sobre todo, un soldado de Cristo en defensa de la fe,[22] al mismo tiem-

21. Maurice Keen, *La caballería*, Barcelona, 1986.

22. Hernán Cortés expresa claramente esta ideología cuando exhorta a sus hombres a penetrar en México. «Y yo los animaba diciéndoles que mirasen que eran vasallos de vuestra alteza, y que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que estábamos en disposición de ganar para vuestra majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo. Y que demás de hacer lo que como cristianos éramos obligados en pugnar contra los enemigos de nuestra fe, y por ello en el otro mundo ganaríamos la gloria y en éste conseguíamos la mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó. Y que mirasen que teníamos a Dios de nuestra parte, y que a él ninguna cosa es imposible, y que lo viesen por las victo-

po que su mayor objetivo como hombre será siempre la salvación por el medio que Dios le ha puesto en su camino y de acuerdo con su condición social y su vocación.

Todo esto es el ideal. Aun sin salir de lo puramente doctrinario, la caballería estuvo carcomida por claras contradicciones. La Iglesia prohibía los duelos, que para el caballero constituían su principal ejercicio de armas y de valor. Por otra parte, poco se condecía el ejercicio profesional de la guerra y sus efectos de matanzas, cautiverios, destrucciones con la compasiva y dulce doctrina predicada en los Evangelios. Sin embargo las necesidades de una sociedad dividida en feudos que lucharon entre sí a lo largo de toda la Edad Media, se impusieron por encima de cualquier disquisición teológica.

Más abismales aún fueron las diferencias entre la ética de la caballería y su práctica, sobre todo en las postrimerías de la Edad Media. El modo de aprender el oficio de las armas y templarse en él era, inevitablemente, hacer la guerra. Además, para los hidalgos pobres de toda Europa, que apenas tenían recursos que les permitieran comprarse los caballos y armamentos necesarios para ejercer de caballeros, la guerra tenía el siempre poderoso atractivo del botín.

Cervantes expresa esta mentalidad, en la que la supuesta justicia o heroísmo enmascaraban el ansia de riquezas, cuando le hace decir a don Quijote, que va a enfrentarse con los molinos de viento: «... treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer». Konrad de Megenberg persuadía a los jóvenes de la nobleza pobre para que buscaran la fortuna en las guerras de Italia.[23]

Este país y otros de Europa se llenaron de caballeros y de *condottieri* extranjeros y nacionales, que se convirtieron en una plaga para la sufrida población. No cabe duda de que «la escuela de armas y de la caballería podía convertirse con gran facilidad en escuela de bandolerismo».[24]

---

rias que habíamos habido, donde tanta gente de los enemigos eran muertos y de los nuestros ninguno.» (Hernán Cortés: carta enviada a la reina doña Juana y al emperador Carlos V, su hijo..., en *Cartas de relación de la conquista de México*, Madrid, 1982.

23. La pobreza del caballero era un motivo para perder la condición de noble.

24. Maurice Keen, *op. cit.*

Y no sólo la escuela de caballería sino el ejercicio mismo de la caballería podía resultar en un pingüe negocio para caballeros ávidos de hacer rápidas fortunas con los botines que cobraban, y en horror, desolación y muerte para sus numerosas víctimas.

Carlos VIII de Francia, en el siglo XV, lanzó una memorable expedición de rapiña a la península italiana, que incluyó el saco de Roma, el expolio de Nápoles y la violación sistemática de las mujeres italianas por parte de los soldados. Esto no impidió que el rey francés se sintiera un cruzado defensor de la fe contra los sarracenos y soñara con coronarse rey de Jerusalén. Sus adversarios españoles, al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba, no les iban a la zaga en materia de actos vandálicos. Muchas fortunas amasadas a fuerza de pillaje en Italia se invirtieron luego en expediciones americanas,[25] y numerosos conquistadores de Indias hicieron su escuela de guerra en la asolada península.

La diferencia entre los caballeros de la alta nobleza y los mercenarios de las compañías libres que guerreaban por su cuenta cuando acababan una faena a las órdenes de un señor, era puramente formal. Philippe de Mézières describió a estos segundones sin recursos que «a causa de la pobreza están frecuentemente obligados a participar en guerras que son injustas y tiránicas para mantener su estado de nobleza, ya que no conocen otra profesión más que la de las armas y obran tan mal con ello que sería espantoso contar todo el pillaje y los crímenes con que oprimen a la gente pobre». Ricos y pobres se sentían igualmente seducidos por el botín y recurrían a los mismos métodos aberrantes para la ética caballeresca a fin de conseguir sus objetivos. Miles de señoríos fueron fundados en los primeros cinco siglos de este milenio con fortunas amasadas con el pillaje, las violaciones, los asesinatos, la explotación inmisericorde del trabajo ajeno.

Fortuna y honor, oro y fama van íntimamente unidos en la ideología caballeresca, más allá de las teorizaciones de los tratadistas que se refieren siempre a los ideales y no a la realidad. En el mejor de los casos, para mantener las virtudes caballerescas (falta de codicia, largueza, gene-

25. Notoriamente, la fracasada expedición de Pedro de Mendoza al Río de la Plata fue financiada con el botín obtenido por el primer fundador de Buenos Aires en las guerras de Italia. Martín del Barco Centenera recuerda que Mendoza fue «a conquista de paganos / con dinero robado entre romanos».

rosidad, hospitalidad, etc.), era necesario contar con cuantiosos recursos económicos. Además, el ejercicio de la guerra y de los torneos implicaba siempre el riesgo de caer cautivo; esto no constituía un deshonor (huir sí lo era), pero acarreaba la obligación de pagar gruesas sumas en rescate, que podían arruinar al más poderoso.

El caballero no busca acumular el oro con la misma finalidad que lo hacen los burgueses, es decir, como capital para multiplicarlo: el comercio era la *innobilis mercatura* vedada a los caballeros cristianos que, curiosamente, es protegido y exaltado en el islamismo, religión creada por un comerciante entre comerciantes. La fiebre de riquezas caballeresca está motivada porque el oro brinda la posibilidad de realizar el ideal de la vida noble, como señor de vasallos rodeado de toda la parafernalia de los símbolos de su *status* y poder, dedicado a una vida improductiva ejerciendo las únicas actividades dignas de un noble: cazar, competir en justas y torneos, guerrear, ejercer su dominio sobre los súbditos, enriquecerse con el producto del trabajo de ellos.

Las brutalidades que los conquistadores castellanos perpetrarán en América en el siglo XVI con la población indígena son, en lo sustancial, una repetición de lo que se había hecho en Europa a lo largo de siglos, con la justificación de esa contradictoria ideología caballeresca y del espíritu de Cruzada que solía enmascarar una codicia superlativa y una lujuria descontrolada.

En este sentido los españoles no inventan nada. Los usos y las costumbres de la guerra, y los modelos de vida ociosa que la leyenda negra intentó presentar como propios de españoles particularmente crueles, codiciosos, pródigos y nada industriosos constituía, en realidad, un patrimonio de todos los europeos,[26] cuyo oficio era el de las armas.

26. Y no sólo europeos. Los islámicos —turcos, árabes, mogrebíes—, lo mismo que los pueblos orientales, tampoco hacían gastos de generosidad y humanismo con los enemigos y con la población civil en aquellos tiempos. Serán necesarios dos siglos más para que en Europa aparezcan concepciones menos brutales de la guerra alentadas por el humanismo del siglo XVIII.

V

Los castellanos tenían su propia experiencia nacional que los había forjado de un modo peculiar dentro de esa gran cultura europea de la guerra, la caballería y los ideales nobles.

En 711, los árabes musulmanes invaden la Península y la ocupan casi totalmente, a excepción de una franja junto al Cantábrico, Galicia y algunas zonas de los Pirineos, en el escaso tiempo de siete años. Casi ocho siglos necesitarán los cristianos para recuperar su territorio y expulsar a los moros.

El espíritu de Cruzada, copiado en buena parte del de la *yijad*, o guerra santa de los musulmanes, permanece vivo a lo largo de todo este tiempo. En oleadas sucesivas e intermitentes, los cristianos lanzan campañas contra los árabes —de las que a menudo participan caballeros y soldados de otros países europeos—, empujando a los musulmanes hacia el sur. Hay largos períodos de paz y relativa convivencia durante los cuales los caballeros no se quitan la armadura ni se apean del caballo: la poderosa clase militar que se ha creado en Castilla aprende pronto a vivir no sólo de los botines de guerra sino también de los tributos de los amenazados. Los pequeños y débiles reinos de taifa musulmanes consiguen sobrevivir impidiendo su invasión y destrucción por los caballeros cristianos merced a que les pagan fuertes sumas, en un sistema que, en lo sustancial, no se diferencia mucho del empleado, siglos más tarde, por los gángsters en Chicago o por las organizaciones terroristas actuales.

La ideología y el *pathos* o mística que recubre y potencia toda esta actividad es el espíritu religioso de Cruzada contra los infieles. Con todo, las primeras incursiones contra los árabes tras la invasión de 711 no fueron impulsadas por el espíritu religioso, sino por el afán de cobrar rescate. Como lo expresa Elliot, «en aquellas primeras campañas los nobles castellanos comprobaron a su entera satisfacción que la verdadera riqueza provenía esencialmente del saqueo y de la tierra. Así pues, sus más altas admiraciones quedaron reservadas para las virtudes militares de valentía y honor. De ese modo se estableció el concepto del perfecto hidalgo, como hombre que vivía para la guerra, que podía realizar

lo imposible gracias a un gran valor físico y a un constante esfuerzo de voluntad, que regía sus relaciones con los otros de acuerdo con un estricto código de honor y que reservaba sus respetos para el hombre que había ganado riquezas por las fuerzas de las armas y no con el ejercicio de un trabajo manual. Este ideal de hidalguía era esencialmente aristocrático, pero las circunstancias contribuyeron a difundirlo por toda la sociedad castellana, ya que la migración popular hacia el sur, a remolque de los ejércitos victoriosos que caracterizó a la Reconquista, alimentó el desprecio popular por la vida sedentaria y los bienes fijos e imbuyó así en el pueblo ideales semejantes a los de la aristocracia».

La idea de Cruzada es una superestructura ideológica que se emplea en Europa lo mismo que luego en América como motor emocional para la guerra y la conquista, como cínica justificación de cualquier acto vandálico o expedición de saqueo, o como excusa de los monarcas para aumentar las contribuciones de sus vasallos. Y, a veces, todo junto a la vez. Porque lo que Orwell llamó *double thinking*, o la capacidad de creer en dos o más cosas contradictorias entre sí al mismo tiempo, no se inventó en *1984*.

VI

Entremezclado con el espíritu de Cruzada estuvo el mandato evangélico. No era lo mismo luchar contra los infieles, que rechazaban la religión cristiana, como ocurría con turcos y árabes, que hacerlo contra pueblos que nunca habían oído hablar de ella, como los indios. El Papa había dado los territorios de América a la Corona española para que convirtiera a los indígenas. Pero ¿cómo debía hacerse esa labor? Los usos de la época señalaban que cuando una población de infieles se sometía, los vencedores les permitían seguir viviendo en barrios separados y manteniendo sus costumbres y creencias, aunque tuvieran que pagar un tributo a sus nuevos señores cristianos. Pero los que se resistían eran reducidos a la esclavitud, vendidos y su producto servía para pagar los gastos de la guerra.

Respecto a los indios americanos se admitía que sólo aquellos aborígenes capturados en una guerra justa eran esclavizables, mientras que los indios pacíficos debían ser considerados súbditos de la Corona. La cuestión era saber

cuándo una guerra era justa o injusta. En los primeros años de la Conquista quedó claro que para las huestes castellanas toda guerra de la que ellos participaban y les conviniese era justa. A partir de 1513 se recurrió al hoy irrisorio sistema del requerimiento,[27] un formalismo jurídico que, en la práctica, fue poco más que una mera coartada moral para justificar el sometimiento por la fuerza. De todos modos, la permanente preocupación ética y teológica de la Corona y de muchos clérigos y juristas por las relaciones con los indios y los derechos de la monarquía española sobre ellos, es una típica reacción medieval de esta España que no acertaba a salirse de la vieja mentalidad. Lo moderno hubiese sido no haberse planteado siquiera el problema de la legitimidad de la Conquista, como harían más tarde otras naciones europeas.

El apoderamiento de las islas Canarias, la lucha final contra los árabes en España hasta la rendición de Granada y las guerras de Italia dirigidas por el Gran Capitán son el ensayo de lo que se llevará a cabo en América en el terreno bélico. Muchos de los soldados y de los caudillos de la Conquista eran veteranos de las guerras de Granada y de las campañas italianas. La conquista de América se realizará con el mismo espíritu y similares usos de guerra que la Reconquista: botín y esclavización de los enemigos, dos recompensas legítimas según el derecho bélico de la época.

«Creíanse caballeros y eran, en realidad, salteadores de caminos»,[28] porque la diferencia entre unos y otros era

27. La hueste española estaba obligada, cuando se encontraba frente a un pueblo aborigen, a que el escribano le leyera (y un intérprete si lo había— lo tradujera) un texto redactado por el letrado real Palacios Rubios: el requerimiento. En él se les explicaba la cosmogonía cristiana y la donación que el Papa había hecho a los reyes de España de sus tierras. Finalmente se exhortaba a los indios a someterse al monarca y a convertirse al cristianismo. Si los aborígenes no aceptaban, se les podía hacer una «guerra justa» y esclavizarlos junto a sus mujeres e hijos. La formalidad suena disparatada y así la calificó fray Bartolomé de Las Casas, para quien los requerimientos eran «injustos, absurdos y de derecho nulos». Sin embargo, al mismo tiempo significaban una inusual preocupación ética, según la mentalidad de la época, por parte de la monarquía española, aunque la solución se hubiese planteado en términos tan alejados de la realidad, en lo que parece, además, una búsqueda de conciliación entre quienes sostenían que era menester hacerles primero la guerra a los indios para, una vez sometidos, predicarles el Evangelio y los que defendían formas de catequización no violentas.

28. Georg Friederici, *Der Charakter der Entdeckung und Eroberung Amerikas durch die Europäer*, Stuttgart-Gotha, 1925.

más aparente que real. Bernal Díaz del Castillo observa que los soldados de Francisco de Garay, en la campaña de Pánuco, «se juntan de quince en quince y de veinte en veinte y se andan robando los pueblos y tomando mujeres por fuerza, como si estuviesen en tierra de moros». A un lado y a otro del Atlántico, junto al oro, las hembras constituyeron parte principal del botín de guerra o presa fácil de los apetitos de los caballeros y su falta de pruritos éticos para abusar de su superioridad física.

Las contradicciones entre los usos arraigados de la sociedad civil y la doctrina cristiana que iban a implantar y predicar en América no provocaron, por lo general, grandes crisis de conciencia entre los conquistadores y colonizadores del Nuevo Mundo.

El sacramento de la confesión *in articulo mortis* los redimía de cualquier atrocidad que hubiesen cometido en sus vidas. De ahí la obsesión de los conquistadores por incorporar a sus mesnadas a religiosos que los confesaran en caso de ser heridos de muerte y les abrieran las puertas del paraíso, independientemente del mérito de sus actos a lo largo de sus vidas.[29]

La fe católica se prestaba fácilmente al cinismo y a la hipocresía moral, un aspecto criticado a menudo por los indígenas. La religión de la época era extremadamente formalista, al punto de que, por ejemplo, la Inquisición en España, en los años veinte del 1500 se ocupa de perseguir y condenar a devotos de corrientes como la de los alumbrados que predicaban una religión más intimista, alejada de los rituales exteriores del boato eclesiástico: esto, simplemente, se veía como una amenaza a la ortodoxia.

En todo caso, la conciencia moral de los primeros decenios de la Conquista —la que evidencia claramente la incoherencia de los cristianos entre lo que dicen creer y lo que hacen— la encarnan los dominicos. En 1511 —¡diecinueve años después del comienzo de la esclavización de los indígenas!, más vale tarde que nunca— fray Antonio de Montesinos se enfrenta a los encomenderos con su célebre sermón en la iglesia de Santo Domingo.

29. Hay excepciones, naturalmente, aunque sea a toro pasado. Bernal Díaz del Castillo recuerda a por lo menos seis compañeros de armas suyos durante la conquista de México que, después de la campaña de Cortés, acabaron abandonando todos sus bienes —algunos eran ricos— y entregándose a la vida monacal: cinco franciscanos y uno dominico, más un séptimo que se hizo anacoreta.

Los frailes se niegan a dar la comunión a los encomenderos y, pese a la persecución a que los someten los españoles de Indias y a los argumentos de los áulicos de Carlos V, como Juan Ginés de Sepúlveda,[30] consiguen la abolición definitiva de la esclavitud de los indios[31] con la promulgación de las Leyes de 1542.[32]

Sin embargo ese avance fue más teórico que práctico: las humanitarias Leyes de Indias se aplicaron poco y mal en América, gracias a la cínica coartada con que se recibían las disposiciones reales del otro lado del Atlántico: «Se acata, pero no se cumple.» La Corona toleró esto en la práctica porque tenía razones de peso para ello: sin indios que trabajaran duramente, los cristianos no tenían cómo alimentarse y, por tanto, su presencia en América estaría amenazada. Además, al menos inicialmente hasta que comenzó la importación masiva de esclavos negros, el trabajo de los indios era indispensable para que siguieran llegando las remesas de oro y plata que cada vez eran más vitales para la economía de la Península: los monarcas necesitaban pagar sus guerras dinásticas y de religión para mantener el imperio y la bandera de la Contrarreforma. Durante muchas décadas, en Potosí, los indígenas mantuvieron el monopolio tecnológico de la conversión del mineral en plata.

Éstas eran razones de suficiente peso como para que la Corona, aparte de dictar normas jurídicas de preclaro contenido humanista, careciera de voluntad política de hacerlas cumplir.[33] Por el contrario, cuando se trató de asuntos que afectaban directamente a los intereses del Estado, la

30. De Sepúlveda, capellán e historiógrafo del emperador, fue el más destacado defensor de la conquista de América y de la esclavización de los indios. Se basó para ello en las doctrinas aristotélicas que sostenían la «esclavitud natural» de ciertos pueblos «inferiores». La evangelización debía ser precedida por una «guerra justa» para someterlos a la obediencia natural a la que estaban obligados en razón de inferioridad.

31. En las culturas americanas la esclavización de los enemigos y la toma de mujeres y niños como botín en las guerras entre pueblos indígenas o contra los españoles, lo mismo que el exterminio del vencido, jamás provocaron el más mínimo cuestionamiento ético.

32. Doce años antes había sido prohibida por la Corona, pero la decisión fue revocada cuatro años después. La norma de 1542 encontró varias excepciones, entre ellas en Chile, donde los araucanos oponían una feroz resistencia al dominio español, lo que justificó la esclavización de los mapuches.

33. En este sentido la hipocresía de la Corona era análoga a la de sus agentes conquistadores en América.

monarquía demostró que tenía los hombres y los medios para desfacer entuertos con todo rigor y eficacia. Tal es el caso de los intentos feudales de algunos conquistadores o sus descendientes, como el de Martín Cortés en México o las guerras civiles entre los Pizarro y los Almagro, alzamientos o pretensiones que fueron cortados de cuajo.

VII

Los castellanos provenían de un mundo fanáticamente seguro de que la única religión verdadera era la suya y de que, además, era la mejor para el perfeccionamiento del ser humano. «Se veían a sí mismos como un pueblo elegido y por tanto superior, que tenía encomendada una misión divina encaminada a la consecución como fin del imperio universal... El mayor deber y la mayor responsabilidad de Castilla era el defender y extender la fe, conduciendo a una forma de vida civilizada y cristiana (ambas cosas eran consideradas sinónimas) a todas aquellas gentes ignorantes que, por misteriosas razones, no habían oído hasta entonces el mensaje del Evangelio.»[34] Cualquier otra forma de devoción religiosa era aberrante: estaba inspirada por el demonio.

Como no consiguen salir de su propio mundo cultural, los peninsulares llaman «idolatría» a la religión practicada por los indígenas, e «ídolos» cuando no, simplemente, «demonios», a sus dioses. Arrancarlos de esas creencias y prácticas era, para los españoles, no sólo cumplir con el mandato de su Dios («Id y predicad a todas las naciones...»), sino también un acto de sublime caridad y generosidad, porque, amén de introducirlos en la «civilización», se les daba la oportunidad de la salvación de sus almas. El rechazo y la negativa a aceptar el mayor obsequio que, según ellos, podía hacerse en este mundo —nada menos que la Verdad y la salvación eterna— desataba las iras y la violencia contra los impíos contumaces. Esperar otro enfoque del problema en el siglo XVI sería tan anacrónico como ridiculizar a Julio César por no haber utilizado las armas de fuego en sus campañas contra los galos.

Al fin y al cabo, como afirma el etnólogo francés Jean

34. J. H. Elliot, *España y su mundo, 1500-1700*, Madrid, 1990.

Monod, «España prometía un estatuto de ser humano al salvaje dispuesto a entrar en el camino de la gracia divina; los norteamericanos jamás consideraron cohabitar con los indios».[35]

La arrolladora conquista de América fue una tarea titánica realizada por un puñado de hombres que no solamente estaban convencidos de que eran poseedores de la Verdad y de que estaban protegidos por su Dios, sino que además pertenecían a una cultura en pleno apogeo. Cuando se inició la gran aventura americana los españoles acababan de desalojar a los moriscos de su territorio y en pocos años más se convertirían en la potencia de mayor relevancia en Europa.

La superioridad tecnológica bélica con respecto a las grandes civilizaciones americanas es relativamente pequeña y no alcanza para explicar conquistas portentosas en las que pocos centenares de hombres dominaron imperios que contaban con cientos de miles de guerreros y decenas de millones de habitantes.[36] Más decisivo fue, entre otros, el factor psicológico: los españoles venían de una civilización confiada en su capacidad y en su superioridad. El optimismo exultante de los peninsulares se enfrentaba a culturas, como la azteca, profundamente fatalistas, que tenían que mantener vivos a sus dioses implacables y al mundo, a fuerza de sangre y muerte mediante permanentes sacrificios humanos.

Los modelos caballerescos les daban una delirante confianza en la ilusión de que, en cualquier momento, se haría realidad el sueño acariciado: oro, ciudades fabulosas, reinos de quimera, hembras, esclavos. Tras las conquistas principales aparecen las *entradas* de quienes quieren ir siempre más allá y, que a menudo, deben ser detenidas por las autoridades.

Hasta sir Walter Raleigh, pirata y tradicional enemigo de los españoles, se sorprende de esta capacidad de los con-

35. «Viva la etnología», en *El etnocidio a través de las Américas*, México, 1976.

36. Teniendo que operar a tan gran distancia de sus bases de aprovisionamiento en la Península, los conquistadores sufrían con mucha frecuencia problemas logísticos que, materialmente, los colocaban en las mismas o peores condiciones que los indios: la pólvora se acababa, las cuerdas de arcos y ballestas se rompían, las armas de fuego se estropeaban, las herraduras no podían reponerse, los caballos morían o tenían que ser devorados y sólo contaban con los recursos naturales del país que los aborígenes conocían, en principio, mejor que los extranjeros.

quistadores para resistirlo todo. «Es muy difícil o imposible encontrar otro pueblo que haya soportado tantos reveses y miserias como los españoles en sus descubrimientos en las Indias... Tempestades y naufragios, hambres, derrotas, motines, calor, frío, peste y toda clase de enfermedades, tanto conocidas como nuevas, además de una extrema pobreza y de la carencia de todo lo necesario, han sido sus enemigos. Muchos años se han acumulado sobre sus cabezas, mientras recorrían apenas unas leguas. No obstante, más de uno o dos han consumido su esfuerzo, su fortuna y su vida en la búsqueda de un dorado reino, sin obtener de él al final más noticias que las que al principio ya conocían. A pesar de todo lo cual... no se han descorazonado. A buen seguro están de sobra compensados con esos tesoros y esos paraísos de que gozan, y bien merecen conservarlos en paz.»

Este frenético impulso dura casi un siglo, hasta la segunda mitad del XVI. Que es el tiempo durante el cual transcurre esta historia.

VIII

Los conquistadores y viajeros de Indias en general pertenecían en su mayoría a la cultura del Mediterráneo: gente que suele otorgar un altísimo valor a la pasión mucho más que a la fría razón, dotada de una sensualidad a flor de piel y de un espíritu pagano apenas recubierto por un barniz de cristianismo moralista. Combinación que, antes y ahora, suele traducirse en conductas farisaicas por la práctica de una doble moral, la pública y la privada, la que se aplica a las mujeres y aquella con la que se juzgan las conductas masculinas.

En la España de fines del siglo XV la moralina represiva convivía con un cierto libertinaje. Hasta el reinado de Enrique IV, el desorden que imperaba en Castilla y la supervivencia de usos medievales había permitido cierta lenidad en materia de conductas sexuales. La llegada al trono de su hermana Isabel, dispuesta como estaba a conformar un Estado poderoso, unificado y ordenado que fue dado a luz en las Cortes de Toledo de 1480, significó un considerable estrechamiento del ámbito de las libertades privadas de los castellanos. En 1476 los Reyes Católicos habian reorgani-

zado la policía casi omnímoda de la Santa Hermandad y en 1483 nacía la Inquisición.[37]

«No es fácil definir las actitudes de los españoles [del siglo XVI] respecto a las pasiones del amor, sus comportamientos dentro y fuera del matrimonio...», afirma Bennassar.[38] «Una sola certeza: las cosas del amor, y más concretamente del sexo, interesan al más alto grado a los españoles, y esto es constantemente cierto después del siglo XVI», añade. En las actas inquisitoriales que Bennassar revisó consta que en las conversaciones populares «los problemas del amor y del sexo las ocupaban a menudo». «Se encuentra siempre [en las charlas] que uno de los interlocutores pretende que la fornicación con una mujer pública o con una soltera de mala vida no es pecado o, al menos, que no lo es si no se está casado, si se le paga o si no hace más de siete veces el amor.»

La falta de medios anticonceptivos eficaces daba como resultado una buena cantidad de hijos naturales, que son mucho más frecuentes entre la población de lo que es dable imaginar. En una parroquia de Valladolid, San Miguel, en el lustro que va de 1592 al 1597 fueron bautizados cincuenta y dos niños ilegítimos, hijos de padres solteros.[39] De los cinco Pizarros que participaron en la conquista del Perú, sólo uno era hijo legítimo, Hernando. Los otros cuatro, incluido el gobernador Francisco, habían sido habidos fuera del matrimonio.[40]

Abundan los casos de sirvientas y esclavas seducidas por sus amos. Igual que lo que ocurrirá en América, en España «las relaciones sexuales fuera del matrimonio se establecían frecuentemente dentro del cuadro de una relación de dependencia de la mujer respecto del hombre».[41] Aquellos

37. La Inquisición no se ocupaba de los pecados o delitos sexuales sino de los errores de la fe que, por ejemplo, proclamaban la inocencia de la actividad sexual fuera del matrimonio. Afirmar públicamente, por ejemplo, que masturbarse o mantener relaciones sexuales con otra persona con la cual uno no estuviese santamente casado, era materia inquisitorial; pero practicar la masturbación o coito extraconyugal era pecado reservado a los ordinarios.

38. Bartolomé Bennassar, *L'homme espagnol. Siècle XVI. Attitudes et mentalité*, París, 1975.

39. Bartolomé Bennassar, *op. cit.*

40. Los bastardos en España no estaban tan mal considerados en el país como en Inglaterra o Alemania. Ramiro I de Aragón, Enrique II de Castilla, fueron ilegítimos, lo mismo que Juan de Austria, Álvaro de Luna, condestable de Castilla, el padre Mariana, Tirso de Molina o Gonzalo Fernández de Oviedo.

41. Bartolomé Bennassar, *op. cit.*

que tenían alguna parcela de poder tenían mayores posibilidades de tener acceso carnal a mayor número y calidad de mujeres.

Los curas, que mantenían un notable predicamento sobre la feligresía, solían aprovecharse de esta circunstancia para dar rienda a sus debilidades sexuales. Dos siglos más tarde, el viajero inglés Townsend creía que la actividad sexual de los curas, condenados a la eterna soltería por el celibato sacerdotal, era una de las causas principales de la tan difundida infidelidad conyugal en la Villa y Corte de Madrid.

Esto no implica que se pueda hablar de libertad sexual, ni mucho menos, sino más bien de numerosas y frecuentes transgresiones a una normativa muy rígida, impulsadas por la represión y el temperamento apasionado de estos mediterráneos. La escasa población de la mayoría de los pueblos de España contribuía a establecer un estricto control social sobre las conductas públicas y aun privadas de hombres y mujeres. Probablemente en los dos extremos de la escala social —los marginados sociales y la aristocracia— se diera una mayor libertad que, por el contrario, resultaba harto difícil ejercer a la gran mayoría de los españoles. Al punto de que la desnudez de las mujeres que los castellanos encuentran a su llegada a América tiene que haber sido una experiencia nueva para muchos, que no habrían podido contemplar un cuerpo femenino sin pesados ropajes ni siquiera en la pintura de la época, monotemática, obsesivamente religiosa.

Si la heterosexualidad fuera del ámbito matrimonial estaba reprimida, respecto a la homosexualidad la intolerancia era total. Desde luego, se daban casos de homofilia en la sociedad civil, militar o religiosa,[42] pero el «pecado nefando» provocaba iras y repugnancia[43] en grados que hoy consideraríamos terriblemente exagerados y claramente sospechosos. Naturalmente, en una sociedad que reglamentaba tan estrictamente las relaciones hombre-mujer, el amor

42. En los archivos de la Inquisición se conservan las actas de un escandaloso proceso (1687) seguido a fray Manuel Arbustante, jefe de estudios del convento de la Merced de Valencia. Hombre de exquisita cultura y encendido verbo, había usado sus dotes intelectuales para seducir y sodomizar a casi todos los novicios y frailes jóvenes del convento. AHN, legajos 560 y 561.

43. La pederastia era causa de indignidad en la fundación de mayorazgos, por la que el heredero perdía todos sus derechos.

entre los de un mismo sexo no podía estar ausente, aunque fuera de un modo episódico en la vida de muchos españoles y españolas.

La sexualización de la sociedad —y también, sin duda, su neurotización— era paradójicamente agudizada por el obsesivo acento que la Iglesia católica ponía en los pecados de la carne. La represión no sólo es el supuesto necesario para avivar el deseo, sino que también puede ser un notable catalizador de éste.

De todos modos, la insistente prédica contra la lujuria en España indicaba también dónde estaba la debilidad de las almas que querían salvar. Esta predilección por la carne contribuyó a que la mayoría de los españoles superaran los prejuicios raciales frente a las indias. Prejuicios que, ciertamente, estuvieron omnipresentes, pero que solían esfumarse, al menos momentáneamente, ante un par de pechos y unas caderas femeninas, de cualquier color que fueran.

LOS INDIOS

I

Hablar de *los indios* genéricamente, como han hecho los blancos europeos a lo largo de siglos, implica utilizar un concepto casi tan confuso como el de *bárbaros* para los romanos. En América, desde el punto de vista español, *los otros*, lo que no se integra en el *nosotros*, son *los indios*.

Medio milenio después de que fueron *descubiertos* por los europeos, todavía suele identificarse como indios a unos seres asociados con plumas y semidesnudeces, que montan caballos a pelo, pegan fuertes alaridos, saludan diciendo «*jaug*» y siempre pierden las batallas contra los blancos-buenos gracias a que en el último momento aparece el imbatible 7.° de Caballería de la Unión. Una caricatura, ciertamente, inventada y difundida por Hollywood, que no sólo busca entretener sino también justificar el exterminio sistemático de las poblaciones aborígenes del actual territorio norteamericano.

La diversidad de los habitantes originarios de América es infinitamente mayor, aunque los que llamamos equívocamente *indios* tienen elementos comunes —desde la óptica europea— más allá del hecho de que habitaban y habitan una misma unidad continental: poseen algunas características raciales —son aproximadamente mongoloides— diferenciadas de los caucasianos europeos y su desarrollo tecnológico era, a fines del siglo xv, considerablemente inferior en complejidad al que habían alcanzado los habitantes del Viejo Continente.[1] En todo lo demás, hay diferencias abis-

1. Notoriamente, ningún pueblo americano descubrió el hierro y su metalurgia, aunque algunos trabajaban hábilmente el cobre, el

males entre un cazador-recolector de las llanuras de América del Norte y un indio del Tahuantinsuyu, el imperio incaico, y entre éste y un aborigen tupí o guaraní del Paraguay o del Mato Grosso.

Los indios son de remoto origen asiático. Hace unos 35 000 años, tal vez más, sucesivos grupos de cazadores, probablemente persiguiendo sus presas, cruzaron desde Asia el estrecho de Bering, en el extremo noroccidental del continente americano. Europa, en esa época, estaba habitada por el hombre de Cromañón. El último período glacial, durante el cual los mares septentrionales se habían congelado, favoreció la migración de hordas asiáticas. Llegaban a un continente jamás pisado por ningún otro hombre u homínido, según lo que sabemos hasta ahora.

Migraciones posteriores por el Pacífico, a lo largo de muchos milenios, alcanzaron con sus embarcaciones distintos puntos de las costas americanas. Provenían de Oceanía, tal vez de China continental, y de otras regiones asiáticas.

Hacia el 15000 a. JC. recalan en las costas americanas nuevos pobladores del mismo origen, cazadores que poseían técnicas más evolucionadas que sus predecesores. Lentamente, en desplazamientos que ocupan a muchas generaciones, avanzan hacia el sur, hasta llegar al subtrópico meridional.

Algunos de estos grupos, muy progresivamente, van pasando de un modo de vida eminentemente recolector y cazador o pescador, a un sistema basado sobre todo en la agricultura. Es decir, van abandonando su vida nómada, en permanente migración, siguiendo o buscando a las presas, para comenzar a subsistir básicamente de los cultivos agrícolas. Esto marca el paso a la sedentariedad: se instalan en un territorio determinado, construyen viviendas más estables y duraderas, descubren la cerámica, adoptan formas de organización diferentes. Y sientan las bases para el surgimiento de civilizaciones complejas.

Para ello fue necesario, previamente, domesticar especies vegetales silvestres (maíz, papa, yuca, frijoles, calabazas), un proceso que sólo se produce entre el 5000 y el 3000 a. JC.

Otros numerosos grupos humanos quedaron anclados a

---

oro y la plata. La rueda era desconocida en todo el continente, pese a que se han descubierto juguetes infantiles de cerámica que sí la empleaban, pero sólo para entretener a los niños.

lo largo de muchos milenios, hasta la aparición de los españoles y, aún hasta la actualidad, en formas de vida arcaicas, primitivas, como los cazadores recolectores de los extremos norte y sur del Continente o los selvícolas de la cuenca del Amazonas.

De cualquier manera que haya sido, hacia el siglo xv, antes de la llegada de los primeros europeos, la población se había distribuido a lo largo y a lo ancho del Continente, desde Tierra del Fuego hasta Alaska, desde las costas de Brasil hasta el largo espinazo de América, los Andes y el litoral del Pacífico. Pero de un modo escasamente uniforme: desde 40 habitantes por kilómetro cuadrado de densidad demográfica en las grandes civilizaciones de México y Perú, hasta un habitante por cada 50 kilómetros cuadrados en la selva amazónica o en los grandes desiertos. En total, unos 60 millones de habitantes,[2] la misma población actual de Italia, repartidos en un territorio 140 veces mayor que el de este país: 42 millones de kilómetros cuadrados.

Esos hombres formaban comunidades de variado tamaño que mantenían escasos o ningún contactos con otras alejadas de su medio geográfico. Los americanos carecían de la idea de que formaban un continente y, por tanto éste no tenía nombre.

Una de las dificultades para las comunicaciones eran las lenguas: más de 130 familias lingüísticas sin ninguna vinculación entre sí existían en el continente a fines del siglo xv, una variedad extrema difícil de explicar, pero que indicaba también la atomización en que vivían los grupos humanos y su heterogéneo origen. Otro obstáculo era el escaso desarrollo de la tecnología de la navegación, que volvía difíciles y arriesgadas las comunicaciones marítimas de larga distancia, aunque éstas existían en el Pacífico y en el Caribe. La falta de animales de carga (a excepción de la llama andina, de difusión muy limitada), silla o tiro obligaba a que todos los desplazamientos terrestres se hicieran exclusivamente a pie, con las cargas a hombros o a la rastra: ningún pueblo americano descubrió por sí el uso de la rueda.

2. Los cálculos que se han hecho sobre la población de América a fines del siglo xv van desde 13 millones (Kroeber y Rosenblatt) hasta más de 100 millones (Escuela de Berkeley). Recientes estudios permiten inclinarse por una cifra que puede oscilar entre los 60 millones y los 80 millones de individuos para todo el continente.

II

El grado de evolución —es decir, de complejidad— de las distintas sociedades indígenas iba, a la llegada de los europeos, desde los más primitivos de formaciones tribales hasta los Estados, pasando por las sociedades de jefaturas o señoríos y todas sus formas intermedias.

En las sociedades tribales sus miembros se agrupan en función del parentesco. La tierra es poseída en común, por lo que existe una débil idea de la propiedad privada y de la individuación. Desde el punto de vista económico, son grupos humanos que viven a niveles de subsistencia, incapaces de producir excedentes apreciables que permitan un intercambio comercial. Los miembros de estas comunidades fabrican sus propios objetos y consiguen los alimentos según una muy poco estructurada o nula división del trabajo: no hay especialistas. La religiosidad presenta aspectos primarios, de tipo animista, con escasos o muy simples rituales y creencias poco elaboradas.

El jefe tribal no ostenta privilegios ni forma parte de un estamento social diferenciado del resto: en muchos casos es elegido según las necesidades y sus funciones finalizan cuando desaparecen las circunstancias que motivaron su elección, como pueden ser una operación de guerra o una expedición de caza. El paso a la sociedad tribal viene condicionada por adelantos tecnológicos o transformaciones naturales que permitan la producción de excedentes. El grupo se vuelve más denso demográficamente. El incremento de la productividad hace necesaria la elección de alguien —el jefe— que cumpla las tareas de redistribuir los bienes y mantener el orden social. Surgen los especialistas o artesanos y una clase militar ofrecida por el jefe a la comunidad para su protección y beneficio. Las creencias religiosas y los rituales se complejizan, lo que hace necesaria la aparición de una clase sacerdotal incipiente.

Las funciones gerenciales y militares permitirán la formación de jerarquías sociales, políticas y económicas rígidas y permanentes, a menudo hereditarias, basadas en el poder de quienes ostentan la jefatura.

Esta estructuración jerárquica es el germen del que surgen las clases o estamentos sociales y de un aparato de po-

der que constituye el grado más complejo de evolución: el de las sociedades de Estado.

A la llegada de los españoles sólo existían en América dos sociedades de Estado: los aztecas en México y los incas del Perú. En la península de Yucatán y la actual Guatemala, la cultura maya había entrado en decadencia quinientos años antes por causas todavía misteriosas.

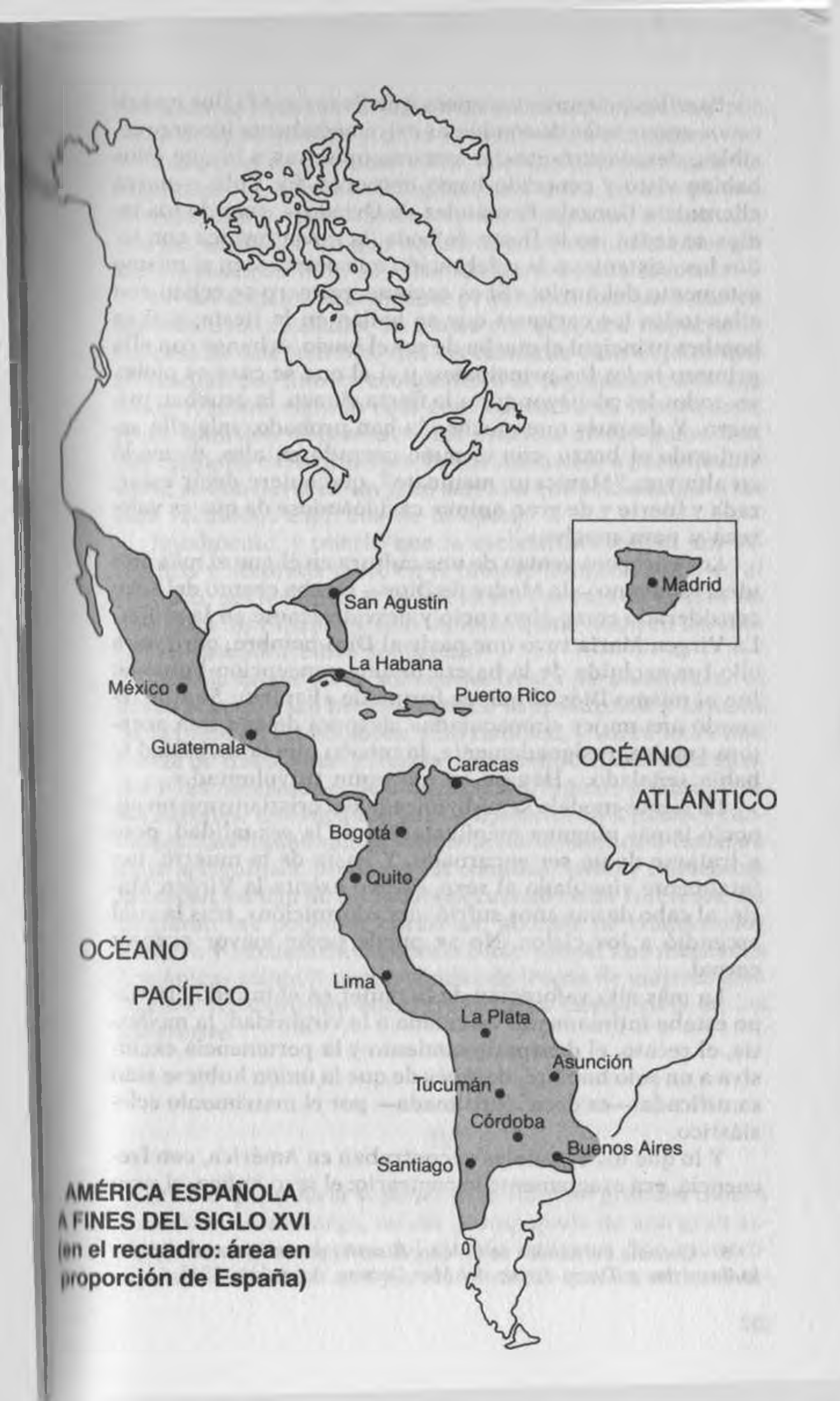
La mayoría de la población americana, pues, se hallaba en estadios inferiores de complejidad cultural. Los pueblos taínos del Caribe, los primeros que encuentran los españoles, por ejemplo, estaban en una etapa de transición entre la sociedad tribal y la de jefaturas,[3] por lo que ha de tomarse con pinzas las denominaciones de «rey» o «reina» que los españoles adjudicaban a sus dirigentes. Sus vecinos y mortales enemigos, los caribes, eran un pueblo guerrero de cazadores de hombres con una estructura social bastante más primitiva, que estremeció a los españoles por sus prácticas canibalísticas,[4] usos que volverían a encontrar los europeos incluso en sociedades mucho más complejas como las del imperio de los mexicas.

III

También las mores sexuales de los indios estaban condicionadas por el tipo de sociedad en la que vivían: en líneas generales, a mayor grado de evolución, mayor represión de lo instintivo. Dado el bajo nivel de complejidad y su mayor proximidad a la naturaleza de la mayoría de las sociedades americanas, la libertad sexual predominaba muy por encima de las limitaciones.

3. Cfr. José Alcina Franch, «La cultura taína como sociedad de transición entre los niveles tribal y de jefatura», en *La cultura taína*, Madrid, 1989.

4. En América el canibalismo, al parecer, estaba alentado por una circunstancia peculiar: el continente, en general, padecía de la falta de grandes mamíferos herbívoros capaces de aportar una buena dosis de proteínas en la alimentación. Exceptuando algunas especies selvícolas, los grandes búfalos del norte de América y los guanacos en el cono sur, la mayoría de la población indígena tenía que conformarse con pequeños mamíferos del tipo de los perros desnudos de México o de los conejillos de Indias. Los seres humanos eran, en realidad, los únicos mamíferos abundantes, predominantemente herbívoros, que existían en el continente. Esta escasez fue sentida y sufrida por los propios europeos.



AMÉRICA ESPAÑOLA A FINES DEL SIGLO XVI (en el recuadro: área en proporción de España)

Para los primeros europeos que llegaron allí, los americanos eran gentes de conductas extremadamente incomprensibles, desconcertantes, a menudo opuestas a lo que ellos habían visto y conocido hasta entonces. En Cuba —narra el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo—, cuando los indios se casan, en la fiesta de boda, la novia fornica con todos los asistentes a la celebración que pertenecen al mismo estamento del novio: «Si es cacique, primero se echan con ellas todos los caciques que se hallan en la fiesta; y si es hombre principal el que ha de ser el novio, échanse con ella primero todos los principales; y si el que se casa es plebeyo, todos los plebeyos que a la fiesta vienen, la prueban primero. Y después que muchos la han probado, sale ella sacudiendo el brazo, con el puño cerrado en alto, diciendo en alta voz: "Manicato, manicato", que quiere decir esforzada y fuerte y de gran ánimo, casi loándose de que es valerosa y para mucho.»[5]

Los europeos venían de una cultura en el que el más alto ideal femenino —la Madre de Dios— estaba exento del sexo considerado como algo sucio y desvalorizante en la mujer. La Virgen María tuvo que parir al Dios-hombre, pero para ello fue excluida de la bajeza de una concepción humana: fue el mismo Dios el que en forma de «Espíritu Santo» fecundó una mujer «inmaculada», después de que ésta aceptara sumisa, resignadamente, la misión que la divinidad le había señalado: «Hágase en mí según tu voluntad.»

La mujer-modelo semidivinizada del cristianismo no conoció jamás ninguna manifestación de la sexualidad, pese a tratarse de un ser encarnado. Y hasta de la muerte, tan fatalmente vinculada al sexo, estuvo exenta la Virgen María: al cabo de sus años sufrió una «dormición», tras la cual ascendió a los cielos. No se puede pedir mayor asepsia carnal.

La más alta valoración de la mujer en el mundo cristiano estaba intimamente vinculada a la virginidad, la modestia, el recato, el desapasionamiento y la pertenencia exclusiva a un solo hombre, después de que la unión hubiese sido santificada —es decir, legitimada— por el matrimonio eclesiástico.

Y lo que los españoles encontraban en América, con frecuencia, era exactamente lo contrario: el sexo lúdico, el sexo

5. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Océano*, Asunción, 1945.

hedónico, la intrascendencia de las relaciones carnales y por tanto de la virginidad y de la «pureza» de las mujeres.

Incapaces de entender estos «desvaríos», los cronistas españoles —y, debemos imaginar, casi todos los europeos— desvalorizan a estas «zorras» y las comparan, a menudo, con los animales. Lo que no les impide, naturalmente, gozar copiosamente de sus facilidades y de sus favores.

En las sociedades indígenas primitivas, lo mismo que en las más evolucionadas, la mujer cumplía una importante función de intercambio. Allí las hembras eran objetos que se vendían por interés económico o se regalaban como signo de amistad, para lo cual eran educadas en la más completa sumisión al hombre: esta práctica de los guaraníes, por ejemplo, es la razón por la que Asunción, a poco de fundada, se convierte en un gran serrallo que escandaliza a los más recatados espíritus de la época.

Igualmente, y puesto que la esclavitud estaban tan extendida y aceptada tanto en el mundo indígena como en el europeo, las hembras eran apetecidas presas de guerra no sólo para los españoles sino también como botín en los conflictos armados entre indígenas.

Pero la mujer no es sólo carne fresca para satisfacer el deseo sexual y las necesidades de reproducción y crianza de la prole de los hombres, sino también, y sobre todo, una fuerza de trabajo servil o esclava nada desdeñable para atender a las necesidades de alimentación, higiene y sanidad de los varones. Los españoles las emplearán en similares funciones. Las indias van en busca de los alimentos o trabajan en la agricultura, preparan las comidas, lavan y remiendan las ropas, cuidan de los hombres cuando están enfermos, les preparan las pociones curativas, además de confortarlos afectiva y sexualmente cuando están sanos. Las mesnadas hispánicas solían ir acompañadas de tropas de mujeres aborígenes virtualmente encargadas de la intendencia de los guerreros.

IV

Contra lo que podría suponerse, la falta de grandes tabúes sexuales, sin embargo, no iba acompañada de una gran actividad genésica dentro del mundo indígena. Son numerosos los testimonios que parecen indicar que los varones in-

dios eran más bien apáticos. Incluso un viajero español del siglo XVIII asegura que no existía una armonía entre el tamaño de los genitales de los varones indios, demasiado pequeños, y las grandes dimensiones de las vaginas de las aborígenes.[6]

Probablemente sea cierto que «la gran oferta de objetos deseados en la etapa de promiscuidad primitiva provoca la debilidad de la demanda masculina. Solamente después, cuando los humanos son capaces de escoger y preferirse unos a otros, se reduce la demanda y el deseo aumenta y se hace impetuoso», según el criterio economicista de J. Schwartz.[7]

En otras palabras, para exacerbar el deseo tiene que haber represión: el objeto deseado tiene que ser dificultosamente alcanzable, y aun inaccesible, al menos en algunos casos.

V

A los indios, a las indias, les toca en esta historia el papel de derrotados, sometidos, desculturalizados, explotados. Cuando ocasionalmente se invierten los papeles, como en el caso de Chile, donde a veces los indios se alzan con la victoria, son los europeos quienes tienen que soportar el papel de avasallados: las españolas pasan a integrar los serrallos de los caciques y guerreros indígenas que engendran en sus vientres, y los blancos que no son muertos acaban reducidos a la servidumbre o a la esclavitud. Sexo y poder, poder y sexo van siempre unidos de un modo más o menos evidente.

En la mayoría de los casos, durante la Conquista y en etapas posteriores, las mujeres indias cumplieron y aún cumplen un importantísimo papel como medios de comunicación e intercambio entre los dos mundos masculinos

6. Las casi inevitables fantasías conscientes o inconscientes que asocian el tamaño del pene al poder masculino, pueden hacer dudosas estas afirmaciones de Félix Azara. Los indios derrotados, sometidos, esclavizados no podían tener grandes penes. Por contra, se puede observar que los africanos, igualmente esclavizados, tienen fama de estar exageradamente dotados en el tamaño de sus genitales. Objetivamente, empero, se sabe que los varones de las razas asiáticas suelen tener penes de menor volumen.

7. Joel Schwartz, *The sexual politics of Jean-Jacques Rousseau*, The University of Chicago Press, 1984.

abismalmente divididos que se encontraron (o, más bien, chocaron) a partir de 1492.

Las indias, cuando descubren a los españoles, parecen preferirlos y no sólo por razones eróticas, que, sin duda, también importaron mucho. Intuyen que un hijo mestizo tendrá mejor cabida en el nuevo mundo en formación que un hijo puramente indio. Su vástago miscegenado le sirve, además, para adaptarse al universo de los nuevos amos, establecer lazos de sangre con ellos y poder, hasta cierto punto, transculturarse con más facilidad que los varones indígenas, algo que en muchas culturas autóctonas, aún hoy, les resulta prácticamente imposible.

Pocos años después del Descubrimiento, algunas indias comienzan a decolorarse la piel para parecer blancas, y así no sólo gustar más a los castellanos, que las preferían claras, sino también parecerse a sus mujeres: las indias de La Española (Santo Domingo), «como tienen envidia de ver a las mujeres de España blancas, toman las raíces del guao y las asan muy bien. Y después que están muy asadas y blandas, las traen entre las manos un buen rato, frotándolas... y las convierten en pasta de ungüento. Con ello se untan la cara y el pescuezo y todo lo que quieren que les quede blanco, y sobre aquello ponen otras unciones de hierbas y zumos confortativos, para que el guao no las ase vivas o lo puedan soportar. Y al cabo de nueve días se quitan todo aquello y se lavan, y quedan tan blancas que no las conocerían, según están mudadas y blancas, como si hubieran nacido en Castilla».[8]

Muy tempranamente, en los primeros años de la Conquista, hubo comunidades que optaron por la solución opuesta y se resignaron al suicidio colectivo porque carecieron de recursos culturales propios de adaptabilidad que aseguraran la supervivencia del grupo frente a la, sin duda, cruel y despiadada dominación de los invasores. Es natural que no para oponerse militarmente al extranjero —lo que de seguro era imposible—, sino para plantearse estrategias exitosas de adaptación a las nuevas circunstancias, como hicieron todos los pueblos de la Tierra que consiguieron sobrevivir a una devastadora invasión foránea o a una catástrofe.

La solución numantina resulta admirable desde el punto de vista heroico y romántico. Pero despreciable, o al me-

8. Gonzalo Fernández de Oviedo, *op. cit.*

nos deplorable, desde la perspectiva del más deseable triunfo de la vida sobre la muerte.

En muchos casos sólo el mestizaje permitió la adaptación y, al mismo tiempo, la pervivencia de la sangre y, lo que es más importante, de algunos elementos de las viejas culturas aborígenes de América en sus descendientes miscegenados.

EL ENCUENTRO: «USABAN DE ELLAS A SU VOLUNTAD»

El Descubrimiento de América comienza siendo una descomunal confusión. Cristóbal Colón cree haber llegado al Asia y morirá, muchos años más tarde, sin cambiar de opinión. Para los primeros americanos que el Almirante ve, los españoles y sus tres carabelas han llegado del cielo o de las profundidades del mar y son de carácter divino. De otro modo, estos seres que han vivido durante siglos en un mundo estrecho e incomunicado, con tecnologías primarias, no pueden explicarse esas enormes casas flotantes en las que han aparecido, sus extrañas vestimentas, sus rituales mágicos, el color pálido de su piel.

Al Almirante y a sus hombres también los sorprende la apariencia de estos seres humanos a los que, como producto de la confusión, llamarán «indios». «Ellos andan desnudos como su madre los parió y también las mujeres, aunque no vi más que una, harto moza —escribe en la noche del 12 de octubre—. Todos los que vi eran mancebos, ninguno de más de treinta años, muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras.» La estupefacción por la falta de ropas de los indios se volverá obsesivamente repetitiva en su diario y en las cartas a los Reyes Católicos. Es muy probable que los nativos, con más razón, se sorprendieran de ver a estos hombres sucios y malolientes abrigados con capas de grana, terciopelos, ropas de lana[1] en el tórrido clima tropical, lo que debe de haber contribuido

1. Durante muchos años los españoles en la América tropical se negaron a vestirse con ropas de algodón por prejuicios culturales, puesto que ellos venían de un país donde se producía una de las mejores lanas del mundo y ese tejido era el que tenía prestigio.

no poco a su aura de seres no humanos. A muchos indígenas americanos, los ropajes que ocultaban el cuerpo les producían la misma sensación de vergüenza y pudor que a los europeos la desnudez.

En un primer momento, los aborígenes ocultan a sus mujeres. Tal vez se haya debido a su temor de quedar mágicamente preñadas por la visión de los extranjeros, según la interpretación del antropólogo Maldonado de Guevara[2] (los arahuacos no conocían la relación entre coito y concepción y atribuían ésta a causas mágicas). O simplemente al razonable deseo de los indios de preservar a sus mujeres de los desconocidos. Las hembras aparecerán en días sucesivos y el Almirante observará a cuatro días del Descubrimiento que ellas «traen por delante [de] su cuerpo una cosita de algodón que escasamente les cobija su natura». «... las mujeres casadas traían bragas de algodón, las mozas no, salvo algunas que eran ya de edad de diez y ocho años».

Colón, un esclavista entusiasta, no puede dejar de observar el primer día del encuentro «que ellos deben ser buenos servidores», y cuando se dirige por carta a los Reyes Católicos les advierte, dos días más tarde, que «los pueden llevar a todos a Castilla o tenerlos en la misma islas cautivos, porque con cincuenta hombres los tendrá sojuzgados y les hará hacer todo lo que quisieren». El sometimiento de los americanos y la búsqueda de oro constituyen su principal preocupación a lo largo de los tres meses de su primera estancia en América y durante el resto de su vida. A esta extraña personalidad, tal vez fronteriza, no parecen interesarle las indias más que como motivo de sorpresa y como mercancía.

Poco después iniciará el hábito de capturar indios mansos como si fuesen palomas, con la excusa de conseguir *lenguas*, es decir, intérpretes para entenderse con los aborígenes, lo que constituirá una constante en descubridores y conquistadores.

Se apodera inicialmente de siete indios en la primera isla que toca, Guanahaní. Cuando llega a Cuba captura cinco mancebos que, llevados por la curiosidad, habían ido a visitar en su canoa a los extranjeros. «Y después envié a una casa, que es de la parte del río del Poniente y trajeron

2. Francisco Maldonado de Guevara, *El primer contacto de blancos y gentes de color en América*, Valladolid, 1924.

siete cabezas[3] de mujeres entre chicas y grandes y tres niños. Esto hice porque mejor se comportan los hombres en España habiendo mujeres de su tierra que sin ellas»... «Así que teniendo [los indios] sus mujeres tendrán ganas de negociar lo que se les encargare.» En otras palabras, les suministra a los varones indios (y a sus tripulantes) un tranquilizante sexual para asegurar su obediencia, además de apropiarse de unos cuantos para llevar a España como botín y prueba de sus hallazgos. Algunos de ellos se le escapan en la primera oportunidad que tienen.

Las capturas que ordena hacer el Almirante envenenan las relaciones cordiales entre descubridores y descubiertos en Guanahaní o San Salvador. Los indígenas aprenden pronto a huir ante la presencia de los extranjeros por temor ante lo desconocido o porque saben lo que hacen los blancos con ellos, y los asocian con sus principales enemigos: los caribes o canibas.

Dentro de su limitado mundo mental no se equivocan demasiado. Los indios, observa complacido el Almirante, «no tienen armas y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas y muy cobardes, que mil no aguardarían a tres. Y así son buenos para mandarlos y hacerles trabajar, sembrar y hacer todo lo otro que fuera menester y que hagan villas y sean enseñados a andar vestidos y [adoptar] nuestras costumbres», escribirá poco tiempo después.

Por fin, el 12 de diciembre, tres marineros consiguen aprehender una «mujer muy moza y hermosa» y la llevan a la nao. «Los nuestros, persiguiendo a la muchedumbre —narra Pedro Mártir de Anghiera—,[4] tan sólo capturaron a una mujer y habiéndola conducido a las naves, después de saciarla de manjares y de adornarla con vestidos (pues toda aquella gente sin distinción de sexo, andaba desnuda y contenta con su natural estado), la dejaron ir en libertad. Tan pronto como la mujer se reunió con los suyos... y les hizo ver cuán admirable era el adorno y generosidad de los nuestros, corrieron todos a porfía a la playa, pensando ser aquella una gente caída del cielo.»

Multitudes de indígenas se arremolinan en las costas. La tripulación de las carabelas se maravilla de la blancura

3. En el lenguaje de los traficantes de esclavos «cabezas» o «piezas», se llamaba a los seres humanos reducidos a la condición de mercancías.

4. Pedro Mártir de Anghiera, *Décadas del Nuevo Mundo*, Madrid, 1989.

de las mujeres: «En cuanto a la hermosura, decían los cristianos que no había comparación, asi en los hombres como en las mujeres, y que son más blancos que los otros, y que entre los otros vieron dos mujeres mozas tan blancas como podían ser en España.»

Es un asunto que los intrigará a lo largo de años. «... son los más hermosos hombres y mujeres que allí hubieron hallado: harto blancos, que si vestidos anduviesen y guardasen del sol y del aire, serían cuasi tan blancos como en España, porque esta tierra es harto fría...», dice el Almirante, refiriéndose a la isla La Española.

López de Gómara cree que no era Colón el primer europeo en llegar a aquellas tierras, lo que podría explicar la extraña blancura de las nativas (en realidad, tan extraña o sorprendente como afirmar que La Española era «tierra harto fría»). Las indias blancas habrían sido el producto de una miscegenación anterior. Según el historiador, que publicó su *Hispania Victrix*[5] en 1552, una carabela española o portuguesa había tocado tierras americanas antes que el Almirante. Ignora cuánto tiempo permaneció en aquellas tierras, pero asegura que sólo volvieron el piloto y tres o cuatro marineros vivos a Madera, las Azores o Portugal; que los tripulantes murieron a poco de arribar y que el piloto falleció «en casa de Cristóbal Colón, en cuyo poder quedaron las escrituras de la carabela y la relación de todo aquel largo viaje, con la marca y altura de las tierras nuevamente vistas y halladas». Huelga decir que no existen pruebas de ese viaje precolombino y que tampoco López de Gómara ofrece ninguna pista, pues no menciona la fuente de su información.

Lo cierto es que después de dos meses de navegación por el Caribe, Colón se siente seducido por los indígenas, especialmente por su mansedumbre y su natural inclinación a someterse a esos seres celestiales venidos por el mar. Sobre todo, necesita entusiasmar a sus mentores, los Reyes Católicos, con sus hallazgos y les repite que «Vuestras Altezas los harán todos cristianos, y serán todos suyos, que por suyos los tengo».

Pero éstas no son manifestaciones de ternura. El frío con-

5. Francisco López de Gómara, *Hispania Victrix*, primera y segunda parte de la *Historia general de las Indias, con todo el Descubrimiento y cosas notables que han acontecido desde que se ganaron hasta el año 1551*, Madrid, 1985.

table que hay en Colón no tardará en calcular que, vendiendo a todos los habitantes de La Española (se calculan en algo menos de un millón, en aquel entonces) y explotando el palo brasil de la isla, conseguiría unos 40 millones de maravedíes, estimación que, suponía, iba a excitar también la codicia de los reyes.

Se entiende diplomáticamente con los caciques y reyezuelos de los taínos de La Española, intercambiando bagatelas por oro y demostrándoles el poderío de sus armas de fuego, mientras piensa en las buenas ganancias que le darán en el mercado de esclavos.

En La Española, Colón ha dado con una etnia particularmente pacífica y generosa para con esos seres celestiales. «Crean Vuestras Altezas que en el mundo no puede haber mejor gente, ni más mansa», escribe. Y son tantos los actos de generosidad con que los reciben los naturales que el Almirante parece enternecerse: «... son gente de amor y sin codicia y convenibles para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos, y tienen una habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa. Andan desnudos, hombres y mujeres —insiste por enésima vez— como sus madres los parieron. Mas, crean Vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas y el rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente que es placer de verlo todo. Y la memoria que tienen, todo quieren ver, y preguntan qué es y para qué».

Los taínos eran básicamente agricultores que completaban su dieta con los productos de la caza y la pesca. Abundaba la poliginia: un cacique podía llegar a tener hasta treinta mujeres. Las hembras hacían gala de gran libertad sexual, al punto de que, años más tarde, el cronista oficial de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, con su obsesiva moralina dirá de ellas que «son las mayores bellacas y más deshonestas y libidinosas mujeres que se han visto en estas Indias o partes».

El Almirante oculta en sus escritos estos hábitos *non sanctos* de sus futuros súbditos que, tal vez, hubieran disgustado a los reyes, empalideciendo su proeza. Los mismos ditirambos que Colón gasta en ponderar el paisaje y la naturaleza de la tierra que ha incorporado a la Corona, los emplea en admirar las virtudes de sus pobladores, ignorando toda mácula, excepto que son cobardes, lo que, de todos modos, facilitará su sometimiento.

Los favores de las indias tienen que haberse contado entre los regalos con que los pueblos de La Española dieron la bienvenida y expresaron su admiración por los recién llegados. Pero Colón, recatadamente, no hace ninguna mención específica de ello.

Con todo, en este viaje, el Almirante no puede evitar alguna fantasía de tono erótico. Pero con respecto al planeta Tierra, cuya forma cree haber descubierto: no es totalmente esférico sino que se parece a «una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar de ella fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte de este pezón sea la más alta y más propincua del cielo».[6] Esa tierra que ha hallado es tan buena que tiene que ser como el rosado, lúbrico, nutricio pezón del mundo.

No es difícil imaginar el impacto que causó entre la tripulación colombina —compuesta exclusivamente por varones— la visión de las mujeres con los pechos al aire exhibiendo sin rubores su sexo, cuyas formas se aproximaban bastante a los ideales de belleza de la época.

Los hombres de Colón venían de una sociedad considerablemente pacata y reglamentada, condenada a la estricta monogamia indisoluble, bajo el dominio casi omnímodo de una religión sexofóbica que se contradecía con el viejo paganismo sensual de los pueblos del Mediterráneo. Los tripulantes habían soportado largos meses de navegación incierta y se encontraban en un mundo fantástico para ellos que parecía escapado de las novelas de caballería.

La población aborigen los recibía como a dioses con un entusiasmo desbordante —una vez desaparecidas las aprensiones iniciales—, aunque la mayoría de los tripulantes no fuesen más que patanes analfabetos.

Provenientes de una sociedad sin sentido desarrollado de la propiedad privada, los indios lo daban todo a los extranjeros: «... y hay muy lindos cuerpos de mujeres y ellas las primeras que venían a dar gracias al cielo y traer cuanto tenían, en especial cosas de comer, pan de ajes y gonza avellanada y de cinco o seis maneras de frutas».

6. *La historia del viage quel almirante D. Cristóbal Colón hizo la tercera vez que vino a las Indias... Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles...*, coordinada por Martín Fernández Navarrete, Buenos Aires, 1945.

La tripulación se aprovecha y el Almirante tiene que intervenir para evitar que abusen de la generosidad de los nativos «porque como fuesen tan francos los indios y los españoles tan codiciosos y desmedidos...» —dice fray Bartolomé de Las Casas— podían emponzoñarse las relaciones.

El día de Navidad de 1492, la nave capitana *La Marigalante* o *La Gallega*,[7] rebautizada por Colón como la *Santa María*, encalla en las costas de La Española: la impericia de un grumete a quien, insensatamente, le da el gobernalle de la nao, ocasiona el siniestro. El alucinado Almirante cree que se trata de un accidente por designio divino y decide emplear los restos de la nave para construir el fuerte Natividad. «Así que, Señores Príncipes, que yo conozco que milagrosamente mandó quedar allí aquella nao Nuestro Señor, porque es el mejor lugar de toda la isla para hacer el asiento y más cerca de las minas de oro», escribe a los reyes.

Colón no duda de que está iluminado por Dios ni de que el Altísimo está vivamente interesado en que él haga una buena cosecha de oro, mujeres y esclavos. «También diz que supo el Almirante que allí, hacia el este, había una isla a donde no había sino solas mujeres, y esto diz que de muchas personas los sabía», cuenta Las Casas.

Lo cierto es que no puede hacer otra cosa porque en dos naves que le quedan le resultaría difícil, si no imposible, llevar de regreso a toda la tripulación. Deja allí a treinta y nueve hombres al mando de Diego de Arana, alguacil de la armada y pariente de su amante, Beatriz Enríquez, razón por la cual muchos de sus subordinados sospechan que recibió el favor del mando.

No encuentra dificultades para conseguir voluntarios. Mucha gente de esta que va aquí me había rogado y hecho rogar que les quisiese dar licencia para quedarse», dice. Los terrores sufridos durante los días de navegación por alta mar se habían convertido en entusiasmo ante la posibilidad de un rápido enriquecimiento y la perspectiva de gozar de los favores de tantas mujeres disponibles.

Antes de partir, sus hombres hacen despliegues militares para impresionar a los aborígenes, con banderas al viento y tambores. Son pocos contra cientos de miles, de modo

7. Salvador de Madariaga cree que los nombres de las carabelas «más proceden de marineros mujeriegos que de castos Quijotes de la mar. El tono de la expedición en aquel momento preparatorio era el de una aventura viril, alegre y despreocupada». *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón.*

que recurren a una política de aterrorizamiento de la población: un grupo de los hombres de Colón mata sin ningún motivo a varios indígenas. «Contra lo que fuera de esperar, Colón se alegra del hecho, pensando que servirá para que sean temidos y respetados sus hombres del fuerte.»[8]

A los suyos les encarga que vayan a descubrir «la mina de oro porque a la vuelta que volviese el Almirante hallase mucho oro», narra Las Casas. Colón pide al manso y fiel reyezuelo Guacanagari que proteja a sus hombres. Seguramente tenía buenos motivos ya para recomendarles a sus subordinados del fuerte Natividad que se cuidaran «de hacer injuria o violencia a las mujeres, por donde causasen materia de escándalo y mal ejemplo para los indios e infamia para los cristianos». Y se marcha llevándose a bordo a los primeros sifilíticos europeos que infestarán el Viejo Mundo.[9]

Quedan treinta y nueve hombres aislados en un mundo fantástico, que no están dispuestos a volver a España si no es como ricos hombres. La cosecha de oro había resultado hasta entonces magra —producto del trueque o rescate con los indios—[10] y se la llevaba el Almirante para probar a los reyes la importancia de su hallazgo.

Las informaciones proporcionadas por los naturales hablaban de ricas minas de oro en La Española. Por otra parte, sus vivencias de los últimos meses y el mundo de fantasía que se habían forjado los inclinaban a profundizar la aventura. Por allí cerca suponían que estaba, por ejemplo, la isla de Matinino, una especie de reino de las Amazonas o de Eldorado sexual. El mismo Colón, en el viaje de regreso, asegura que divisó tres sirenas saliendo del mar, «pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara». Y no se trataba de la primera vez que las veía porque en sus viajes por Gui-

8. J. Oliva de Coll, *La resistencia indígena ante la Conquista*, México, 1976.

9. El mal de bubas, como se llamaba entonces, hace su primera aparición en Europa durante el sitio de Nápoles en la guerra que Fernando el Católico libraba contra Carlos VIII de Francia, y llega a Calicut, India, en 1498, llevada por los hombres de Vasco de Gama. Entre los indígenas antillanos era casi endémico, aunque se les presentaba en forma benigna.

10. Los arahuacos apreciaban el metal sólo como objeto decorativo y servía para el pago de la dote. Lo elaboraban por el sistema de batido o lo empleaban tal como lo hallaban porque no conocían las técnicas de fundición.

nea —dice— se había topado con otras hembras con cuerpo de pez.

Los hombres del fuerte Natividad no eran gente recomendable. En el posterior proceso de Colón contra la Corona, uno de los testigos contó cómo fueron reclutados los tripulantes del primer viaje del Descubrimiento: «Martín Alonso [Pinzón] traía tanta diligencia en allegar gente y animarla como si para él y para sus hijos hubiera de ser lo que descubriese. A unos decía que saldrían de miseria; a otros que hallarían casas con tejados de oro; a quien brindaba con buena ventura, teniendo para cada cual halago y dinero; y con esto y con llevar confianza en él se fue mucha gente de las villas.»

No ha quedado claro si la tripulación se completó con presidiarios o no. Pero es probable que la cuarta parte de las noventa personas que iban en las tres carabelas fueran convictos.[11]

De todos modos, Colón no oculta su desprecio por los hombres que lo acompañan, aunque tal vez cargase las tintas para justificarse a sí mismo, en lo que pone siempre especial cuidado. «Juro que la multitud de hombres que han venido a las Indias no merecen el agua de Dios ni del hombre», escribirá años más tarde.[12]

Lo que ocurrió en detalle en el fuerte Natividad durante el año de ausencia de Colón, será siempre un misterio. Cuando el Almirante regresa en su segundo viaje, encuentra que, dos semanas antes de su arribo al fuerte, los indígenas liderados por Caonabó, señor de la Maguana, esposo de la gentil Anacaona, lo habían atacado y destruido, matando a la totalidad de sus hombres.

11. «Tengo por averiguado que de las cien personas que salieron de Palos, unas veinticuatro procedían de las cárceles de Palos y de Huelva», dice Ricardo Capa en sus *Estudios críticos acerca de la Colonización de España en América.*

12. No parece que hayan sido mucho mejores los hombres de la mar británicos que acompañaron a Cook, más de dos siglos después, en sus viajes. El naturalista alemán Georg Forster, que participó de la segunda expedición de Cook, los describe como «seres absolutamente insensibles. Puesto que su propia conservación los traía en gran medida sin cuidado, resulta fácil entender que sus sentimientos hacia los demás fuesen aún menores. Sometidos al más severo mando, ejercen un dominio tiránico sobre aquellos que tienen el infortunio de caer en su poder. Pese a que pertenecen a naciones civilizadas, forman, por decirlo así, una clase especial de hombres desprovistos de sentimientos, rebosantes de pasión, vengativos, aunque también al mismo tiempo valientes, sinceros y leales entre sí». Georg Forster, *Werkein vier Bändem,* tomo I, Frankfurt, 1967.

Todo indicaba que habían sido víctimas de su propia anarquía, de su voracidad y de sus reiterados actos de brutalidad con la población local, de cuyas mujeres habían abusado sin miramientos. Arana había sido incapaz de mantenerlos unidos y sujetos. Los españoles, divididos en bandos, se dedicaron al pillaje y así resultaron una presa más fácil para las represalias indígenas. Algunos murieron de enfermedad —la sífilis comenzaba a hacer estragos—, otros, en sus disputas internas, el resto, a manos de los indios.

«... les tomaban las mujeres —narra Fernández de Oviedo—[13] y usaban de ellas a su voluntad, y les hacían otras fuerzas y enojos, como gente sin caudillo y desordenada». Otro cronista asegura que los indios contaron que uno de los españoles del fuerte «tenía tres mujeres, otros cuatro; de donde creemos que el mal que les vino fue de celos».

«Pues la gente que había seguido al Almirante en la primera navegación —dice Pedro Mártir de Anghiera—[14] en su mayor parte era gente indómita, vaga y que, como no era de valer y no quería más que libertad para sí de cualquier modo que fuera, no podía abstenerse de atropellos, cometiendo raptos de mujeres insulares a la vista de sus padres, hermanos y esposos, dados a estupros y rapiñas, tenían lleno de perturbación el espíritu de todos los indígenas.»

Los taínos o arahuacos disponían de una larguísima experiencia como víctimas del robo sistemático de sus mujeres perpetrado tradicionalmente por los belicosos caribes o canibas. En sus incursiones, estos guerreros antropófagos capturaban a los varones para sus sacrificios religiosos y para devorarlos, mientras que las hembras eran mantenidas con vida a fin de tener descendencia en ellas. Las utilizaban como esposas adicionales, al punto de que era un pueblo bilingüe: los hombres hablaban caribe y las mujeres el arahuaco.

Poco tardarían los taínos de La Española en darse cuenta de que esos seres celestiales se parecían demasiado a los caribes en su voracidad por la carne humana: los varones para servirlos y las mujeres para satisfacer su lujuria. A esto se sumarían las destempladas exigencias de oro y el robo de alimentos. Hartos de sus atropellos, cambiaron su actitud inicial de generosidad y entrega por la ira y la ven-

13. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias...*, Asunción, 1945.

14. Pedro Mártir de Anghiera, *op. cit.*

ganza. Los dioses venidos del cielo se habían convertido en vulgares saqueadores a los ojos de los indios.

La primera experiencia comprobada de mestizaje entre las dos razas acaba, pues, trágicamente. Colón tiene la certidumbre de la participación, aunque fuera pasiva, de su aliado Guacanagari, pero no toma represalias. Tal vez se haya persuadido de que la conducta de sus hombres no era defendible, o creyera inoportuno vengarse en ese momento. A los que acababan de llegar de España con la imaginación inflamada por los relatos de Colón, esta matanza debe de haberles caído como un balde de agua fría.

«El Almirante» —dice el doctor Diego Álvarez Chanca, partícipe del viaje— «no sabía qué hacer.» Y optó por perseguir racionalmente sus intereses. «Acordó... nos tomásemos por la costa arriba, por donde habíamos venido de Castilla, porque la nueva del oro era hasta allí», escribe Chanca.

Las hembras indígenas, mientras tanto, ya habían empezado a parir los primeros mestizos americanos.

A FUERZA DE AZOTES

Colón había iniciado su segundo viaje por todo lo alto: 17 barcos en los que viajaban 1 200 hombres (ninguna mujer), de los cuales sólo 200 voluntarios no cobraban sueldo de la Corona. Iban soldados, labradores, artesanos, el médico Álvarez Chanca y, si se ha de creer a Bartolomé de Las Casas, todos llevaban sus armas, listos para conquistar lo que, de buen grado, no se les entregara.

El Almirante estaba en la cumbre de su fama y del favor real. «No hay duda de que Colón se veía como un casi rey de las Indias.»[1] Tanto, que provocó la irritación de los reyes ante su pretensión de llevar consigo *continos* o centuria de guardias de corps, un privilegio que sólo tenían los monarcas. «Para este viaje no ha menester de continos algunos, pues todos los que allí van por nuestro mandado han de hacer lo que él, en nuestro nombre, les mandase; hacer apartamiento de suyos y ajenos podría traer muchos inconvenientes», comenta Isabel la Católica, evidentemente malhumorada, en una carta a Rodríguez de Fonseca. Además, Colón contaba con un respaldo excepcional: las cuatro bulas[2] del papa Alejandro VI (el español Rodrigo de Borja) que Fernando el Católico había obtenido. Por ellas el Pontífice, en su carácter de vicario de Cristo, concedía «la plena y libre y omnímoda potestad, autoridad y jurisdicción» sobre las tierras que se encuentran 500 kilómetros (100 leguas) al oeste de las islas Azores a los Reyes Católicos.

1. Francisco Morales Padrón, *Historia general de América*, Madrid, 1975.

2. *Inter coetera I y II* (3-5-1493 y 4-5-1493), *Piis fidelum* (25-6-1493), *Eximiae devotionis* (julio de 1493) y *Dudum siquidem* (26-9-1493, un día después de la partida de Colón en el comienzo de su segundo viaje).

Hoy este documento parece un soberano dislate.[3] Pero las bulas pontificias no resultaban, a fines del siglo xv, tan disparatadas como lo parecen ahora.

Eran el resultado de llevar consecuentemente hasta sus extremos la creencia de que existe sólo un Dios único verdadero y de que esa divinidad tiene una especie de vicediós (al modo de los virreyes) como representante en la Tierra. Si el Dios único y verdadero había creado el Universo, bien podía disponer de él a través de su representante o vicario terrestre. Esto resultaba lógico con tal de que se admitieran tales premisas.

No obstante, pronto estos títulos recibirían sañudas críticas de teólogos y juristas. Los otros monarcas cristianos

3. Es difícil resistir la tentación de imaginar invertida la dirección de la expedición colombina para contemplar en todas sus proporciones el absurdo. Supongamos por un momento que Moctezuma en Tenochtitlán decide, a mediados del siglo xv, enviar hacia el este una expedición al mando de uno de sus capitanes, con la orden de conquistar Europa, poblada por bárbaros infieles que niegan la existencia de la miríada de dioses aztecas y rehúsan hacerles sacrificios humanos. Invocando a Huitzilopochtli, dios de la guerra, y en nombre de Tonan Tlalteuctli, Nuestra Señora la Madre Tierra, Moctezuma, como sumo sacerdote, se hubiese dado, en su carácter de soberano del imperio azteca, el dominio sobre esas tierras de salvajes que ellos llaman Europa.

La flota imaginaria enviada por Moctezuma llega un buen día a Cádiz, desembarca la tropa y, en la playa, realiza algunos sacrificios de prisioneros capturados a lo largo de la travesía, invocando a los dioses. Acto seguido el capitán toma posesión de la península Ibérica en nombre de Tonan Tlalteuctli y de Moctezuma, tras lo cual invita a los curiosos que se han reunido en la playa a adoptar la nueva religión y a renunciar a sus despreciables hábitos; por ejemplo, tendrán que quitarse sus ropajes pesados y malolientes y vestirse con el braguero o maxtlatl y el tilmatli los hombres, con el huipil y el cueitl las mujeres y bañarse más a menudo. Todos los europeos vivirán como siervos al servicio de sus nuevos amos aztecas, hasta que comprendan cabalmente los misterios de la religión, la lengua nahuatl, en suma, la civilización y puedan, por fin, ser tratados como adultos. De lo contrario, diría el capitán azteca, los invadiremos, los pasaremos a degüello y los sobrevivientes serán convertidos en esclavos.

La fantasía no es tan delirante. Cuando en junio de 1543, los restos de la expedición de Hernando de Soto a La Florida abandonaban el actual territorio norteamericano por el río Mississippi vieron a un guerrero indio que, en su canoa, gritaba y gesticulaba dirigiéndose a los españoles. Uno de los nativos esclavos que llevaban éstos tradujo lo que el aborigen decía: «Si nosotros tuviésemos canoas tan grandes como las vuestras, os seguiríamos hasta vuestras tierrras y las conquistaríamos, para demostraros que somos tan hombres como vosotros.» Cit. por Charles Hudson *et als* en *First Encounters*, Gainesville, Florida, 1989.

que las rechazaron lo hicieron más para defender sus intereses nacionales y atacar las pretensiones españolas que porque percibieran el dislate. Portugal, sin ir más lejos, se había dotado de títulos papales similares para sus conquistas africanas. Todo era cuestión de fe, y la supuesta autoridad papal para administrar el mundo era un asunto teológicamente defendible.

Con todo, la tesis de que era lícito apoderarse de países recién descubiertos siempre que pertenecieran a príncipes no cristianos se aplicó también con gran sentido de la oportunidad porque, pragmáticamente, era válida sólo si la correlación de fuerzas resultaba favorable a los castellanos. Frente a reinos poderosos, como el imperio mogol del Gran Jan, cuyas noticias había llevado Marco Polo a Europa, los Reyes Católicos recomendaron a Colón que se presentara diplomáticamente, para lo cual lo munieron de respetuosas cartas de presentación en las que los monarcas hacían protestas de amistad. De cara a pequeñas tribus o imperios militarmente más débiles, muy otra iba a ser la actitud de los cristianos: en América jamás intentaron establecer relaciones de igualdad y respeto hacia los pobladores del Nuevo Continente y sus formaciones políticas. Como dice Konetzke: «No hubo durante el período colonial un asentamiento pacífico de europeos en el que se reconocieran los derechos de soberanía de los príncipes aborígenes. La idea que animó a los colonizadores fue la de dominar.»[4] Para eso, de acuerdo con la mentalidad formalista de la época, se habían atribuido solemne pero caprichosamente el dominio y el *imperium* sobre lo que habían descubierto.

Antes de llegar al fuerte Natividad, Colón realiza un largo rodeo por el sureste. Mientras va descubriendo nuevas islas, cosecha esclavos. Viaja con él un italiano desenfadado que luego narrará las andanzas del Almirante y su gente sin mayores eufemismos.[5]

Tras aprovisionarse en la isla Marigalante, llega a la de Guadalupe. «En la isla que trato —dice Michele de Cuneo— nos apoderamos de doce mujeres bellísimas y de buenas carnes de edad entre quince y diecisiete años y de dos mozos de igual edad. Éstos tenían el miembro genital cortado a raíz del vientre y juzgamos que sería porque no se mez-

4. Richard Konetzke, *América Latina. II. La época colonial. Historia universal siglo XXI*, Madrid, 1987.
5. Carta de Michele de Cuneo, Savona, 15 al 28 de octubre de 1495.

claran con sus mujeres o, de otra manera, para engordarlos y comérselos más tarde. Los mozos habían sido apresados por los caníbales que hacen incursiones en la isla. Nosotros los enviamos a los reyes, a España, como una muestra de aquellos habitantes.»

Naturalmente se desprenden de los jóvenes mutilados solamente.

Días más tarde los tripulantes de la nao colombina ven venir una canoa con tres indios caribes que llevaban dos mujeres y dos jóvenes prisioneros a los que acababan de castrar. Tratan de darles caza, pero los caribes se defienden con sus flechas, de las que eran hábiles tiradores «en tal forma que, a no ser por las adargas que traíamos, nos hubiesen hecho mucho daño». A uno de los españoles de poco le sirvió el escudo: una flecha se lo atravesó y le hirió en el pecho mortalmente.

«Apresamos la canoa con todos los hombres. Entre ellos había un caníbal herido de un lanzazo y, creyéndolo muerto, lo echamos al agua; pero vimos que súbitamente se echaba a nadar, de modo que lo pescamos con un bichero, lo acercamos al borde de la barca y le cortamos la cabeza con un hacha. Los otros caníbales, junto con los esclavos, fueron enviados a España.»

Otra vez, los héroes colombinos se quedan sólo con las mujeres. Y Michele de Cuneo dará cuenta de, al menos, una de ellas.

«Como yo estaba en el batel, apresé a una caníbal bellísima y el Señor Almirante me la regaló —escribe—. Yo la tenía en mi camarote y, como según su costumbre estaba desnuda, me vinieron deseos de solazarme con ella. Cuando quise poner en ejecución mi deseo ella se opuso y me atacó en tal forma con las uñas que no hubiera querido haber empezado.

»Pero así las cosas, para contaros todo de una vez, tomé una soga y la azoté de tal manera que lanzó gritos inauditos como no podríais creerlo. Finalmente nos pusimos en tal forma de acuerdo que baste con deciros que realmente parecía entrenada en una escuela de rameras.»

Con su experiencia, Michele de Cuneo puede hablar con soltura de los caribes: éstos, dice, «viven como bestias, comen cuanto apetecen, practican el coito públicamente cuando sienten deseo y, salvo los hermanos y hermanas, todo lo demás es común». Sus hábitos alimenticios sirvieron para que, según la mentalidad de la época, fueran excluidos de

las prohibiciones reales de esclavizar a los indígenas, y los bravos guerreros caníbales acabaron pronto exterminados, desapareciendo para siempre como etnia.

Nada detiene, sin embargo, al infatigable esclavista Cristóbal Colón, que continúa descubriendo y aprisionando indígenas, independientemente de la actitud o hábitos de sus víctimas. «Y allí tomamos a dos caciques que nos habían regalado muchos presentes —narra De Cuneo— y, queriendo éstos volver a tierra, el Señor Almirante no se lo permitió, diciendo que quería valerse de ellos para descubrir tierras y que más tarde los soltaría. Entonces, uno de ellos, señalando el cielo con una mano, le dijo que Dios estaba en el cielo, el cual a todos daba su merecido y que a Él le pedía justicia.» Al tripulante italiano le parece que el cacique era un hombre de buen sentido.

POR EL AMOR DE UNA INDIA

Tras enterarse de la mala nueva de la destrucción del fuerte Natividad, Colón busca un sitio mejor donde hacer una fundación. Al Almirante tiene que haberle resultado evidente que la supuesta inspiración divina para hacer su primera fundación no habia sido muy acertada. Cree encontrar el lugar apropiado a orillas del río Bajabonico, al norte de la isla, donde manda erigir la ciudad de La Isabela el día de Reyes de 1494, de la que nombra gobernador a su hermano Diego. Se equivocará otra vez.

Pronto el hambre y las enfermedades tropicales comienzan a hacer estragos entre los recién arribados. Aquellos que creían que era llegar, recoger el oro y marcharse se dan cuenta de que los esperan días muy duros. No se habitúan a la alimentación tropical y las simientes europeas que habían traído no se adaptaban fácilmente al clima tórrido.

Para colmo, la expedición había sido víctima de los pillos del puerto de Sevilla, que prometían cargar una cosa y metían luego otra de inferior calidad, o no proveían nada, como ocurrió con los caballos, mercancías varias y hasta con los hombres mismos: los encargados de controlar el equipaje se dejaban sobornar para dejar en tierra a los seleccionados y meter en su lugar a otros.

En La Española nadie quiere trabajar: hasta los gañanes han ido a convertirse en ricos hijosdalgo y no a seguir bajo el yugo del trabajo como en su tierra. Los oficiales de manos (obreros y artesanos) se resisten a ejercer su oficio en la construcción de la ciudad. «Los españoles que [Colón] llevó consigo eran más dados al ocio y al sueño que al trabajo y más amantes de sediciones y novedades que de paz y tranquilidad», apunta Pedro Mártir de Anghiera.

Las relaciones con los indígenas van de mal en peor, ante las imposiciones brutales de los españoles, que esquilman los alimentos de una sociedad acostumbrada a vivir dentro de los niveles de subsistencia y, como tal, productora de muy escasos excedentes. Los indios no entienden nada de los españoles, sobre todo cuando los obligan a trabajar en los lavaderos y minas de oro, labores que los extenúan porque no están nada habituados a los trabajos duros.

Colón consigue malquistarse con todos. Sus exageradas exigencias se dirigen también a sus paisanos, de los que no excluye a los hidalgos que han venido con él. La irritación contra el Almirante llega a su cúspide cuando obliga a los nobles a trabajar con las manos, violando un privilegio de clase que también era un tabú de la época.

A comienzos de 1494, Bernardino o Bernal Díaz de Pisa se alza contra Colón acusándolo de lo que casi todos creían o sospechaban: que había mentido a los Reyes y a ellos diciéndoles que habría riqueza a espuertas y que serian recibidos como dioses por los indios. Lo que hasta entonces habían visto era un fuerte incendiado, con todos sus ocupantes muertos, y el oro no aparecía por ningún lado. Colón aborta la rebelión encarcelando al alzado y a sus cómplices.

Entre sus críticos cualificados está un experimentado militar catalán, mosén Pedro Margarit, y un cura, el padre Boil, encargado de la evangelización de los indios. Acusan al Almirante de maltratar a los pobladores, de cargarlos de trabajos, de darles poco alimento y de ahorcarlos por un quítame allá esas pajas. Pese a ello, Colón encarga a Margarit que se ponga al frente de una hueste de cuatrocientos hombres que la envía al interior de La Española al mando de Alonso de Ojeda y que con ella se encargue de «pacificar» la isla, es decir de aplacar las protestas y resistencias de los nativos.

Ojeda inicia una política de terror y amedrentamiento de los indios que se negaban a someterse a los españoles. A un cacique que le desobedece al cruzar el río Yaqui, lo toma prisionero y, junto con varios de sus subalternos, lo envía a La Isabela, donde el Almirante ordena su ejecución sumaria.

El mismo Colón realiza un *raid* previo por la isla y captura mil seiscientos indios, a los que reduce a la esclavitud. Separa quinientos cincuenta para despachar al mercado de Sevilla y, a fin de contentar a los suyos, reparte a los res-

tantes, para que los utilicen como indios de servicio. Algunas mujeres con sus hijos pequeños llegan a abandonar a sus crías para poder huir en la primera oportunidad.

Luego Colón se embarca rumbo a las tierras del Gran Jan que, siguiendo las versiones de Marco Polo, tenían que estar por allí cerca. Se dirige a Cuba y frente a sus costas da un testimonio más de su carácter: ordena a su escribano que labre un acta en la que afirma que Cuba es un continente; para refrendar el aserto, obliga a su tripulación a que respalde sus afirmaciones so pena de cortar la lengua, azotar o multar a quien se niegue o lo contradiga. De Cuba se dirige a Jamaica en viaje de exploración.

Mientras tanto Margarit se lanza «a correrías entre las más pobladas y hospitalarias aldeas de la Vega Real, entregándose él y su gente, con el mayor desenfreno, a los atrevimientos a que los impulsaban sus apetitos sexuales y a otros actos opresivos contra los indígenas que provocaban en éstos la mayor indignación y no pocos clamores».[1] A los españoles no les falta con quien ayuntarse, pero pocas ganas les quedan: padecen un hambre endémica.

Margarit enferma de sífilis, seguramente obsequio de una manceba indígena. Esto, sumado a su descontento y a la escasa cosecha de oro que obtiene, lo hacen decidirse a regresar a España. Está dispuesto, junto con Boíl, a denunciar a Colón ante los Reyes.

El 24 de junio, el hermano de Cristóbal Colón, Bartolomé, llega a La Isabela desde España, portando el título de adelantado. Margarit y Boíl aprovechan la oportunidad, se apoderan de las naves y se hacen a la mar rumbo a la Península.

Los soldados que Margarit había dejado en el interior de la isla acaban por convertirse en algo más parecido a una partida de bandoleros que a una fuerza militar organizada: «Los españoles vivían sin regla ni disciplina destruyendo a los indios, atropellándolos para quitarles el oro y comiéndoles cuanto tenían... con sus lascivias y latrocinios», «de manera que todos los indios los aborrecían».[2]

Los indígenas se defienden como pueden y los hostigan permanentemente. De los cinco caciques importantes de la

1. Casimiro N. de Moya, *Bosquejo histórico del descubrimiento y conquista de la isla de Santo Domingo*, Santo Domingo, 1976.

2. Luis Joseph Peguero, *Historia de la conquista de la isla Española, I*, Santo Domingo.

isla, sólo Guacanagari les sigue siendo obstinadamente fiel. Por el contrario, el cacique Caonabó, esposo de la bella Anacaona, se destaca por su eficacia en su lucha contra los invasores: con su gente de guerra consigue sitiar durante un mes el fuerte de Santo Tomás, que había erigido el Almirante en el interior de la isla.

Pese a la hostilidad indígena, otros españoles de La Isabela huyen al interior de La Española acuciados por el hambre y tentados por el fruto de las correrías de sus compatriotas. Algunos consiguen instalarse como señores de indios después de amancebarse con hijas de caciques: «... si los caciques y señores tenían hijas, luego con ellas eran abarraganados y de esta manera estuvieron muchos años», cuenta Las Casas.

En La Isabela los castellanos se convencen de que si quitan de en medio a Caonabó cesará la resistencia indígena. El audaz Alonso de Ojeda, mintiendo propósitos de paz, consigue acercarse a él y lo convence de que le trae un valioso obsequio: unas pulseras como las que usa su rey en Castilla, le dice. El vanidoso Caonabó permite que se las coloque en las muñecas, tras lo cual no tarda en comprobar que son, en realidad, esposas de metal reluciente, merced a las cuales acaba pronto en la prisión de La Isabela.

Preocupado por las influencias de Margarit y Boil en la corte, el Almirante decide enviar, en febrero de 1495, a Antonio Torres con despachos y con los quinientos cincuenta indios capturados. Espera obtener de ellos, una vez vendidos como esclavos en el mercado sevillano, el dinero suficiente para comprar caballos y provisiones.

La llegada de esas *piezas* causa una pésima impresión a los Reyes Católicos, en particular a Isabel, que duda seriosamente de la legitimidad de esclavizar a sus flamantes súbditos americanos.[3] No obstante lo cual, el medio centenar de indígenas fueron vendidos en Sevilla en pública subasta y, al menos, cincuenta de ellos acabaron como galeotes de las galeras cristianas en el Mediterráneo.

Un año más tarde, un oficial de Colón, Francisco Roldán Jiménez, alcalde mayor de La Española, envía a Cádiz

3. La rectificatoria orden real del 16 de abril de 1495 dice: «Porque Nos queríamos informarnos de letrados, teólogos y canonistas, si con buena conciencia se pueden vender éstos [los esclavos] por sólo vos o no; y esto no puede hacerse hasta que veamos las cartas que el Almirante nos escriba para saber la causa por la que envía acá a cautivos.»

otra remesa de trescientos indios esclavos sin que, esta vez, nadie se alarme.

Los monarcas comienzan a desconfiar del Almirante por los humos y las atribuciones que se toma Colón, según lo que saben a través de los relatos de Margarit y Boil. Por fin, deciden enviar a Juan de Aguado, repostero de los monarcas,[4] con órdenes de investigar los hechos. Ante esto, Colón cree violados sus derechos y resuelve ir a España a reclamar.

Su hermano Bartolomé queda como gobernador de La Española, cuando parte a principios de 1496. Se lleva con él a Caonabó que, incapaz de resistir la prisión y el viaje encadenado, muere en alta mar y deja viuda a Anacaona.

Poco tiempo después en La Española se produce un incidente que resultará providencial para la nueva factoría. Miguel Díaz, un mancebo aragonés descendiente de conversos, tiene una disputa personal con uno de los criados de Bartolomé Colón y lo hiere malamente con su navaja. Creyendo que lo había matado, Díaz huye en dirección al sur en compañía de seis amigos suyos.

Llegan a tierras de la cacica Osema —que después de bautizada se llamará Catalina— y son acogidos por ella. Osema se enamora perdidamente de Díaz, a quien con el tiempo dará dos hijos, los primeros mestizos legitimados en América, productos de la primera historia de amor conocida entre una india y un español.

La cacica taína le cuenta a su amado dos secretos. El primero es el modo como los indígenas se curaban del mal de bubas,[5] la sífilis, que hacía estragos entre los españoles. Y el segundo, el que sirve para redimir a Díaz, es que a 35 kilómetros de su poblado hay unas minas de oro, en la región de Haina.

Con esta información y la seguridad de que el sitio donde él se encuentra, bajo la protección de Catalina y de su gente, es mucho más apto para sobrevivir que el de La Isa-

4. Aguado había estado ya en La Española.

5. He aquí la receta: aislar al enfermo y todos los días, con el cocimiento de las hojas de un arbolito llamado coralillo por los españoles, fregar las bubas (chancros) hasta que viertan sangre. En las llagas echar luego el polvo seco de las hojas del coralillo, cambiarle las ropas al enfermo y darle a beber el cocimiento del guayacán, árbol que por sus maravillosos efectos curativos los españoles bautizaron palosanto.

bela, se dirige, acompañado de dos guias nativos, a esta ciudad. Allí se entera de que su víctima no ha muerto y, animado por este dato, se presenta ante el adelantado Bartolomé Colón.

La Isabela está llena de enfermos, famélicos y airados hombres que no ven salida a su situación. El Adelantado tiene buenas razones para perdonar a Diaz su delito, sobre todo por la noticia que trae de la existencia de otras minas de oro. Resuelve acompañarlo de regreso a las tierras de Catalina. Una vez allí se convence de la oportunidad de cambiar el emplazamiento.

De los mil doscientos hombres que habían llegado, el Adelantado consigue sólo ochenta y siete hombres sanos para que lo acompañen en su fundación de la nueva ciudad, que se llamará Santo Domingo en homenaje a su padre, Domenico Colón. En dos carabelas da la vuelta a la isla y se asienta, a mediados de 1496, en el nuevo enclave. Años más tarde, Miguel Díaz será elevado por Diego Colón, hijo del Almirante, al cargo de alguacil mayor de San Juan de Puerto Rico.

«EN VEZ DE AZADONES MANEJARÉIS TETAS»

Bartolomé Colón, dispuesto a ampliar sus dominios, decide ir, después de la fundación de Santo Domingo, al reino de Xaraguá.[1] Los relatos que le llegan son más o menos fabulosos, pero todos coinciden, al menos, en que allí abundan los alimentos y en que las mujeres de Xaraguá son las más bellas y armoniosas de las islas. «Los indios de esta provincia se representan por todos los que los conocieron como más inteligentes, más civilizados y generosos de espíritu que los demás de la isla.»[2] Estas cualidades condenarán a la celebrada provincia taína a la temprana destrucción.

Allí vive ahora la viuda de Caonabó, Anacaona, reputada como una atractiva mujer y eximia poetisa indígena, junto a su hermano Bohechío, el rey de Xaraguá. Fray Bartolomé de Las Casas la describe como «mujer de gran prudencia y autoridad, muy palanciana y graciosa en el hablar y en sus meneos y que fue muy devota y amiga de los cristianos desde que los comenzó a ver y a comunicar», y asegura que las mujeres de Xaraguá eran tan hermosas como las más bellas damas de Castilla.

Gonzalo Fernández de Oviedo es mucho más explícito respecto a los encantos de Anacaona y de su gente: «Fue muy disoluta —dice—. Ella y las otras mujeres de esta isla, aunque con los indios eran buenas o no tan claramente lujuriosas, fácilmente se concedían a los cristianos o no les negaban sus personas.» Al parecer, Anacaona no guardaba rencores a los españoles por lo que habían hecho con su

1. Situado en el centro occidental de la isla, en lo que hoy es territorio de la República de Haití.
2. Washington Irving, *Vida del Almirante*, Madrid, 1987.

marido y su cuñado —víctima, también, de Ojeda— o, por lo menos, actuaba con mucha diplomacia, sabedora de su debilidad frente a los extranjeros.

Avisado de la visita del Adelantado, Bohechío apresta veinte mil hombres de guerra para defenderse. Pero Bartolomé Colón le manda decir que viene en son de paz, sólo a visitarlo y a conseguir que se haga amigo del rey de Castilla. La actitud del jefe indio cambia radicalmente y le prepara una ostentosa recepción.

«Al aproximarse saliéronles primeramente al encuentro treinta mujeres, todas ellas esposas del régulo [Bohechío], con ramas de palmeras en las manos, bailando, cantando y tocando por mandato del rey, desnudas por completo, excepto las partes pudendas que tapan con unas enaguas de algodón.

»Las vírgenes, en cambio, llevan el cabello suelto por encima de los hombros y una cinta o bandeleta en torno a la frente, pero no se cubren ninguna parte de su cuerpo.[3] Dicen los nuestros que su rostro, pecho, tetas, manos y demás partes son muy hermosas y de blanquísimo color y que se les figuró que veían esas bellísimas dríadas o ninfas salidas de las fuentes de que hablan las antiguas fábulas. Todas ellas, doblando la rodilla hicieron entrega al Adelantado de los manojos de palma que llevaban en las diestras, mientras danzaban y cantaban a porfía.»[4]

Los anfitriones ofrecen a Colón y a su gente una opípara cena y, luego, hamacas donde pasar la noche. Y si es cierto lo que dice el cronista Antonio de Herrera,[5] no la habrán pasado solos: en las fiestas de los indios —asegura— se ofrecían las mujeres «con tanta prodigalidad y con tanta oportunidad que no bastaba resistir».

Gonzalo Fernández de Oviedo, que ve las cosas desde su perspectiva sexofóbica (era hijo natural), asegura que Bohechío vivía en una corte lujuriosa y que a sus treinta mujeres las tenía «no solamente para el uso o ayuntamiento

3. En efecto, entre los taínos, las jóvenes que no habían conocido varón andaban completamente desnudas. Después de perder la virginidad usaban una falda de algodón que, como mucho, les llegaba hasta la rodilla. Las mujeres de más alta dignidad, como Anacaona, llevaban una falda hasta los tobillos como símbolo de su rango.

4. Pedro Mártir de Anghiera, *op. cit.*

5. Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, Madrid, 1934.

que naturalmente suelen haber los casados con sus mujeres, sino para otros bestiales y nefandos pecados».[6]

Al día siguiente, tras un abundante almuerzo, les presentan un espectáculo militar en forma de escaramuza entre dos facciones de guerreros con tal realismo y entusiasmo de los actores, que cinco combatientes caen muertos y el Adelantado tiene que pedir a los reyes de Xaraguá que suspendan el espectáculo.

Colón requiere a Bohechío que se someta a su rey y le pague tributos en oro, como condición para mantener las buenas relaciones. El jefe indígena le responde «que ellos no podían tributar porque en sus tierras no había oro que era lo que ellos buscaban... Díjoles el Adelantado: "Señores, no es voluntad de mi rey que sus vasallos le tributen de lo que no tienen."[7] De modo que aceptó de buen grado las contribuciones en algodón, sal, casabe[8] y pescado, imprescindibles para su gente que fenecía de hambre.»

Pero no soplaban buenos vientos para los Colón. Cuando el Adelantado regresa de su exitosa misión a La Isabela se encuentra con que la población está agitada por el levantamiento, durante su ausencia, del alcalde mayor de la isla, Francisco Roldán Jiménez, a quien ya habíamos visto enviando a la Península una partida de esclavos indios.

Roldán acaudilla un grupo de descontentos por las penurias que pasaban los pobladores, sus escasas ganancias, la estrictez del gobierno de los Colón y su resentimiento debido a que eran extranjeros quienes los mandaban. Los alzados quieren volver a España pero no hay naves que los lleven. Bartolomé Colón había reprendido, además, a uno de los hombres de Roldán por haberse ayuntado con una de las mujeres del cacique Guarionex (que pronto se convertirá en caudillo de una dura rebelión de los indígenas), lo que sirve de detonante para la asonada.

Al curioso grito de «¡Viva el rey!», rompen la alhóndiga real y se apoderan de armas, bastimentos y todo cuanto necesitan. Tras lo cual Roldán y setenta secuaces se dirigen

6. Quiere decir que Bohechío sodomizaba a sus mujeres, una práctica sexual extendida entre los pueblos americanos y que los españoles castigaban cruelmente con el aperreamiento, aunque se practicara dentro de las relaciones heterosexuales.

7. Peguero, *op. cit.*

8. El pan de casabe era la base de la alimentación de los naturales de la isla. Estaba hecho de yuca o mandioca.

hacia el norte proclamándose defensores de los indios frente a los abusos de los Colón. Su bandera es tan falsa como sus vivas al monarca: lo que quieren es aprovecharse directamente ellos de la labor esclava de los indígenas, y no los Colón o, por su intermedio, la Corona.

«... Vanse por los pueblos de los indios y a los señores y caciques publícanles que el Almirante y sus hermanos les han cargado de tributos y que Francisco Roldán y ellos han reñido con don Bartolomé Colón y don Diego porque no se los quitaban; y que han acordado ellos quitárselos y que no traten en adelante de darlos que ellos se lo defenderán del Almirante y sus hermanos, y si fuese menester, los matarán. Desde allí, diciendo "¡Viva el rey!", por toda la isla se suena que es el alcalde Roldán el que los liberta.»[9] En realidad, es el que asume el papel de recaudador de los tributos y explotador impiedoso de los indígenas. A Roldán acabarán llamándolo «rey» en la isla y, seguramente, era a este monarca al que vivaba.

Los alzados se dirigen primero a tierras de Guanacagari, el del fuerte Natividad, reputado como el único cacique amigo de los españoles, al que le exigen el pago de tributos. Como no tiene o no quiere darlos, le incendian su población y lo matan. Luego pasan al territorio de Manicatex, quien, aleccionado por la barbarie de la pandilla, les da cuanto tiene.

«Dondequiera que llegaban unos y otros les comían los bastimentos, los llevaban con cargas de tres o cuatro arrobas[10] a cuestas [y] les hacían mil fuerzas y violencias en las personas e hijos.»[11] Poco más tarde irán a asentarse a la provincia de Xaraguá atraídos por la riqueza del reino de Bohechío y la belleza y amabilidad de sus hembras. La región era «cuasi la corte real de toda esta isla, donde en la policía y en la lengua y en la conversación y en la hermosura de las gentes, hombres y mujeres, en los aires y amenidad y templanza de la tierra, a todas las provincias de esta isla excedía, y así, en aquella más que en las otras (puesto que también en todas), había grande aparejo para vivir desenfrenadamente los pecadores hombres, zambullidos en vicios».[12] En Xaraguá, dice Las Casas, cada uno de los espa-

9. Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias.*
10. Es decir, entre 35 y 45 kilos.
11. Bartolomé de Las Casas, *op. cit.*
12. Ibídem.

ñoles «tenía las mujeres que quería, tomadas por fuerza o por grado de sus maridos».[13]

Mientras tanto, Bartolomé y Diego Colón se sienten impotentes para enfrentar la rebelión: les han quedado muy escasos brazos, apenas la virtual corte de fieles que los rodeaba. Comienzan por declarar traidor a Roldán y a los suyos, pero de bien poco sirve el gesto sin el poder de reprimir la insubordinación del alcalde mayor.

A partir de la rebelión de 1496, la isla queda repartida en tres sectores: el que controlan los Colón, el que se encuentra bajo el mando de los alzados y las zonas inhóspitas y alejadas que aún dominan algunos caciques.

Los hombres de Roldán dan rienda suelta a todos sus apetitos. No sólo se llenan de concubinas sino que se rodean del boato y dignidades propias de los nobles españoles. En su propia cultura tenían modelos aprovechables: su jefe espiritual, el papa Alejandro VI, se paseaba a caballo por Roma con la espada al cinto y tuvo una collera de hijos naturales reconocidos, sacrílegos y adulterinos, en varias mujeres, y hasta se sospechó de que hubiese mantenido relaciones incestuosas con su hija, la célebre Lucrecia Borgia. Su rey, Fernando V el Católico, lo mismo que sus sucesores y predecesores, engendró numerosos hijos adulterinos en los vientres de sus amantes, a espaldas de su esposa.

Bartolomé de Las Casas[14] ha dejado un retrato vívido de estos fantoches indianos: «Ya no se preocupaban por andar a pie camino alguno, aunque no tenían mulas ni caballos, sino a cuestas de los hombros de los desventurados [si iban de prisa] o como en literas metidos en hamacas si iban despacio.

»Iban junto con indios que llevasen unas hojas grandes de árboles para hacerles sombra y otros unas alas de ánsar para hacerles aire; la recua de indios cargados para las minas de pan de casabe, con carga [propia] de asnos; yo vi muchos, y muchas veces los hombros y las espaldas de ellos [las tenían] como de bestias con mataduras.

»Dondequiera que llegaban en pueblos de indios, en un día les comían y gastaban lo que a cincuenta indios abundara; el cacique y todos los del pueblo habían de traer lo que tuviesen y andar bailando delante. No sólo estas obras de señorío y fausto vanísimo mostraban, sino que tenían

13. Ibídem.
14. Ibídem.

otras mujeres, fuera de la criada principal, oficialas como Fulana la camarera y Fulana la cocinera y otros oficios semejantes. Yo conocí un oficial carpintero... que tenía esas mujeres oficialas.»

Estas sirvientas, que en taíno se llaman *naborías*, «las habían tomado, igual que a los muchachos de servicio, a sus padres, andando por la isla matando y robando».[15]

Las Casas los pinta haciendo su parodia de señoritos, semidesnudos, con largas greñas, sucios,[16] descalzos, vistiendo a veces sólo un camisón de algodón que les dejaba las piernas al aire, haciéndose servir como grandes señores por un extenso séquito de indios. Y eligiendo para cada noche una compañera de cama distinta.

El estilo de los hombres de Roldán, ya establecido por los otros españoles que habían huido al interior de la isla, acabará por crear escuela y se convertirá en el modelo local que la mayoría de los peninsulares en las Indias aspira a imitar.

Como diría siglos más tarde Teophile Gautier, observando a los hombres de la Península, «en general, el trabajo parece a los españoles una cosa humillante e indigna de un hombre libre».[17]

Los villanos españoles, a lo largo del proceso de la Reconquista, sufrieron el contagio del ideal caballeresco de vida de la nobleza. La proverbial «soberbia» y «orgullo» de los hispánicos, aun cuando contrastaba palmariamente con su escasez de medios o su condición plebeya, tiene origen en esta difusión a todas las capas de la sociedad de la ideología caballeresca, dominante en el medievo entre las clases altas europeas, que ya hemos visto al principio de esta obra. Otro tanto ocurre con la afición a una vida de ocio y a la posesión de infinitos servidores.[18]

Dice Bartolomé Bennassar respecto a los arquetipos es-

15. J. Pérez de Barradas, *Los mestizos de América*, Madrid, 1948.

16. Amén de los hábitos higiénicos de los españoles de esa época que se bañaban tarde, mal y nunca, había escasez de jabón en La Española.

17. Coincide con la apreciación de Bartolomé Bennassar *(L'homme espagnol)*: «Los viajeros extranjeros y los españoles atentos observaron las débiles disposiciones de este pueblo por las labores manuales y más generalmente la pésima estima en la cual tenían al trabajo.»

18. Santo Domingo tendrá pronto un activo mercado de esclavos predominantemente indígenas, donde —dice Cristóbal Colón, a quien no le repugnaba el asunto— una muchacha costaba cien castellanos y aun las de nueve o diez años tenían su precio.



LA ISLA LA ESPAÑOLA (SANTO DOMINGO)
A COMIENZOS DEL SIGLO XVI

pañoles del siglo XVI: «Su ideal jamás fue atacado por el germen burgués, no pensarán jamás en burgués. Su modelo fue un estilo de vida aristocrática donde se expresaran totalmente las pulsiones del temperamento.»[19]

Obviamente, «los españoles, tan pronto como se asentaban en La Española, se consideraban hidalgos y se negaban a trabajar en sus oficios».[20] Su mayor preocupación era enriquecerse para realizar sus ideales de vida aristocrática, por medios igualmente caballerescos: la fuerza de las armas y la conquista militar, el coraje con desprecio por la vida, para ganar, además, fama y honra. De ese modo —y no trabajando o especulando como hubiese deseado un burgués— conseguir oro, y si no había oro, perlas, y si no había perlas, esclavos para traficar y para sí, y tierras donde fundar mayorazgo. «La sed de oro, no menos que la de tierras, es la que impulsa a los nuestros a desafiar tantos trabajos y peligros»,[21] observa con razón Pedro Mártir de Anghiera en unos hombres provenientes de un país en el que grandes porciones del suelo habían sido apropiadas de una vez para siempre y no había ya esperanzas de convertirse en dueños de tierras para los desposeídos.

La cuota de delincuentes aumentará en el tercer viaje que el Almirante preparaba en España, ignorante de los sucesos en La Española. Los hombres retornados a la Península habían difundido historias terribles sobre lo que acontecía en la isla, por lo que Colón no consiguió enrolar voluntariamente a suficiente cantidad de viajeros de Indias.

Tuvo que recurrir, entonces, a los presidiarios. Una cédula real dispuso que los condenados a muerte serían redimidos con dos años de servicios en las Indias y los condenados a prisión sirviendo un año allende los mares.

Colón envía por delante de él dos carabelas al mando de Pero Hernández Coronel con socorros para los pobladores. Antes de recalar en Santo Domingo, las naos tocan accidentalmente las costas próximas a Xaraguá, donde se encuentran con los alzados de Roldán.

El caudillo, codicioso de los bastimentos y hombres que traía Hernández Coronel, exhorta a los recién llegados a desertar y unirse a ellos prometiéndoles que, «en lugar de aza-

19. Bartolomé Bennassar, *op. cit.*
20. J. Pérez de Barrada, *op. cit.*
21. Pedro Mártir de Anghiera, *op. cit.*

dones, manejarían tetas, en vez de trabajos, cansancio y vigilias, placeres y abundancia y reposo».[22]

No necesitaba prometerles tanto para que el Almirante viera otra vez sus dotaciones de hombres adelgazadas, y los nativos de Xaraguá, sus tierras aún más pobladas de criminales convertidos en señores de indios.

22. Ibídem.

LA PASIÓN DE HERNANDO DE GUEVARA

A fines de agosto de 1498 Cristóbal Colón regresa a La Española y se encuentra con la sublevación de Roldán, que ya llevaba casi dos años de éxitos. Para el Almirante, que iba perdiendo el favor real por sus numerosos fracasos y arbitrariedades en la administración de la factoría americana, hallar que uno de los hombres nombrados por él para ostentar uno de los principales cargos de la isla es el caudillo de una revuelta mayúscula, tiene que haber sido un serio disgusto.

Tal vez eso explique que intente negociar por todos los medios haciendo a los rebeldes ofertas desmesuradas: el perdón y la posibilidad de volver a Castilla a todos los que lo quisieren, para quitarse de encima, de paso, a los indeseables revoltosos. Pero Roldán rechaza el ofrecimiento: se sentía en condiciones de exigir mucho más que eso, «pues él tenía fuerzas suficientes para destruir o sostener al gobernador según le pareciese».[1]

Y, efectivamente, consigue lo que se le antoja. A fines de 1498 el Almirante se humilla y se compromete a mantener a Roldán como alcalde mayor de la isla, a pagar los sueldos de los rebeldes aunque no hubiesen trabajado durante sus dos años de insubordinación y a concederles tierras en propiedad, según la carta-patente del 22 de julio de 1497, por la que los reyes lo autorizaban a ello.

Los que así lo desearan podían regresar a España llevándose un indio esclavo cada uno y además —según rezaban las exigencias de los rebeldes— «las mancebas que tenían preñadas y paridas en lugar de los esclavos que se les

1. Juan Bautista Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, Madrid, 1793.

habían de dar», oferta que aceptaron trescientos españoles. Los que optaron por quedarse desobedecieron la orden de Colón de deshacerse de los numerosos esclavos que tenían, pero el Almirante hizo la vista gorda ante el desacato.

El grupo de repatriados tuvo peor suerte. Debe de haber sido un espectáculo sorprendente para los andaluces ver desembarcar a este hato de nuevos señores harapientos seguidos por sus hembras indígenas, hijos mestizos y esclavos servidores,[2] que causaron una pésima impresión en las autoridades peninsulares.

Isabel la Católica se da, finalmente, por enterada del tráfico de esclavos indígenas y ordena la confiscación de todos los servidores de estos indianos y de las piezas que el Almirante enviaba a España para su venta, disponiendo que fueran devueltos a sus tierras por real cédula del 20 de junio de 1500.[3] La reina «recibió grandísimo enojo y dijo que el Almirante no tenía su poder para dar a nadie sus vasallos».[4]

A la soberana, lo que le indignó, sobre todo, fueron las atribuciones que se había arrogado Cristóbal Colón sobre sus súbditos, por encima de las que ella le había concedido, mucho más que el hecho de la esclavización de los indígenas: no era la primera vez que se mandaban remesas de carne humana americana a España. Hay que tener en cuenta la irritación que producía en la época ver a estos rotosos patanes venidos de las Indias con esclavos a sus órdenes, un privilegio que se veía natural lo ejercieran, en todo caso, los hidalgos.

Mientras tanto, en La Española, el grupo de Roldán quedó virtualmente de amo y señor de la isla, con el Almirante ejerciendo su autoridad en la medida en que esos hombres se lo permitían.

2. El gusto español por tener numerosos servidores es legendario. Tres siglos después del tiempo que nos ocupa, el censo ordenado por Floridablanca contabiliza 280 000 sirvientes en España, cifra superior al número de artesanos, que suman sólo 271 000. Los sirvientes en la España de fines del XVIII representaban el 11,5 por ciento de la población activa. A fines del siglo XVI había en España alrededor de 100 000 esclavos de distinta procedencia.

3. Sólo tres años más tarde se prohíbe la captura de indios para sacarlos de su tierra (lo que rara vez se cumplirá), pero de la orden real se exceptúan a los caníbales. El problema era, entonces, quién determinaba qué tribu era o no antropófaga.

4. «¿Qué poder tiene mío el Almirante para dar a nadie mis vasallos?», dicen que exclamó la soberana.

Repuesto con todas las atribuciones en el cargo de alcalde mayor, Roldán andaba un día por Xaraguá cuando apareció por esas tierras un hidalgo andaluz, Hernando de Guevara, hombre joven, apuesto y libertino que había sido deportado de Santo Domingo a causa de su vida licenciosa, con orden de que se embarcara en las naves de Alonso de Ojeda rumbo a España.[5] Pero Guevara llegó cuando la flota ya se había marchado.

Roldán lo atendió deferentemente porque el andaluz era primo de su amigo y cómplice del alzamiento de 1496, Adrián de Mójica. Le indicó que se instalase en la paradisíaca región de Cahay, donde Roldán tenía lebreles y halcones de caza, a fin de mantenerlo apartado de Xaraguá.

Seguramente Guevara se sintió atraído por la fama que rodeaba la corte de Anacaona y fue a visitarla. La reina, célebre por sus buenas maneras, su hospitalidad y buena disposición hacia los cristianos, le presentó a Higueymota, una bella adolescente, hija suya y del infortunado Caonabó, que lo dejó deslumbrado.

Guevara desplegó sus seducciones ante la madre y la hija, artes en las que era un maestro. Sus estilos de gentil cortesano tienen que haber subyugado a Anacaona. Hasta que logró que la señora de Xaraguá acordase concederle a Higueymota por esposa, autorizándolo para que la hiciera bautizar.[6] Guevara mandó llamar a un sacerdote e Higueymota adoptó el nombre cristiano de Ana.

El gran cacique blanco Roldán se entera de los enjuagues de Anacaona con Guevara y monta en cólera. Debe de haberse sentido el macho patriarca de todas las hembras de sus dominios y no podía permitir que un recién llegado

5. Alonso de Ojeda, que había estado en La Española, de regreso a España organizó una expedición con Américo Vespucio y Juan de la Cosa que salió del Puerto de Santa María en mayo de 1499 y regresó un año después. Sus barcos tocaron La Española en setiembre de 1499 para aprovisionarse de palo brasil y de esclavos. Enterado Colón, mandó a Roldán, con quien Ojeda tuvo varios incidentes sin mayores consecuencias.

6. Ésta era una condición previa para ayuntarse con ella, según los curiosos criterios religiosos de los españoles. Pecado era fornicar con una pagana, y ésta era la principal preocupación moral no sólo de los ibéricos sino también de la Corona. Lo del sexto mandamiento, en cambio, parece haberles importado poco o nada. Esto se parece a los más recientes criterios de los censores de prensa que permitían publicar fotos de mujeres desnudas sólo si eran negras o aborígenes.

se aprovechara de la hija de la reina, destinada a heredar sus posesiones y privilegios.

Las Casas asegura que Roldán se había colocado primero en la lista de espera para amancebarse con Higueymota, pero esto no es muy probable, a la luz de los acontecimientos posteriores.

Lo cierto es que ordena al donjuán sevillano que se recluya en la heredad de Cahay que le había sido asignada. El hidalgo sevillano le confiesa su apasionado amor por la hija de Anacaona y le pide permiso para prolongar su visita a Xaraguá, a lo que Roldán no accede. Guevara obedece, vuelve a Cahay, pero tres días más tarde, herido de nostalgia, retorna subrepticiamente a Xaraguá y se oculta en casa de Anacaona con la complicidad de la reina indígena.

A Roldán no se le escapa nada en Xaraguá, donde tiene infinitos espías. Y como está enfermo de la vista, envía a varios hombres suyos para que reconvengan una vez más a Guevara y lo envíen de regreso a Cahay. El sevillano los recibe con altivez e insolencia: les ordena que le recuerden a Roldán que no le conviene hacerse enemigos en un momento en que tiene tanta necesidad de sus amigos, puesto que él sabe que el Almirante planea cortarle la cabeza. Roldán responde con una orden para que vaya a Santo Domingo a presentarse ante Colón. Temeroso de perder de vista a su amada, Guevara se humilla, ruega, implora y finalmente el alcalde mayor lo autoriza a quedarse en Cahay, pero no en Xaraguá.

El enamorado sevillano se da cuenta de que Roldán es un obstáculo insalvable para sus propósitos y resuelve quitárselo de encima. Va en busca de otros españoles que detestan al tirano blanco de Xaraguá y se complota con ellos para asesinarlo o arrancarle los ojos.

Pero el omnipotente caudillo se entera una vez más de sus conspiraciones e irrumpe con otros hombres de armas en casa de Anacaona y lo aprisiona junto con media docena de sus cómplices delante de su llorosa prometida.

Por orden del almirante, Hernando de Guevara y los suyos son conducidos a Santo Domingo, encerrados en la prisión a la espera de ser juzgados y, seguramente, ahorcados.

Cuando su pariente Adrián de Mójica se entera, sufre un ataque de ira. Va en busca de la ayuda del alcalde de Bonao, Pedro Riquelme, y de otros amigos, a quienes insta a unirse para asaltar Santo Domingo, matar al Almirante y poner en libertad a Guevara.

Pero Colón y su nuevo aliado Roldán tienen mejor estrella que los complotados. Un vecino, de apellido Villasanta, se entera del plan y los denuncia. Acompañado por sus criados y escuderos el Almirante consigue sorprender en horas de la noche a Mójica y a varios de sus cómplices en casa del primero, los aprehende y los lleva al fuerte Concepción. Allí dispone que sean ahorcados.

Mójica pierde los estribos ante la perspectiva de una muerte cierta, y cuando llega el sacerdote para confesarlo da muestras de debilidad y se pone a acusar a unos y a otros de sus desgracias. Colón, indignado, ordena que sea arrojado desde lo alto de la muralla del fuerte.

También Pedro Riquelme cae en manos de los Colón y va a parar a las mazmorras de la fortaleza de Santo Domingo. Bartolomé Colón y Roldán son despachados a Xaraguá, adonde han huido otros complotados y, tras una implacable persecución, consiguen capturar a dieciséis de ellos. Esta vez el triunfo del Almirante y su alcalde mayor contra la conspiración es total.

Pero otras amenazas le llegan desde fuera. Se acercan naves al puerto. Los Reyes Católicos, hartos de los desafueros de los Colón y los rebeldes de Roldán, han mandado al comendador Francisco de Bobadilla como pesquisidor con plenos poderes.

Lo primero que divisa el enviado desde su nave, cuando llega a las puertas de Santo Domingo, son los cadáveres de dos españoles colgando de la horca: son cómplices de Mójica. El Almirante está ausente y Diego Colón, pretextando falta de instrucciones, se niega a entregarle el poder. Bobadilla, con su gente y algunos aliados enemigos de los genoveses, asaltan la fortaleza y se apoderan de los presos, entre los que está el enamorado Hernando de Guevara, Pedro Riquelme y otros que se encontraban en capilla, listos para ser ejecutados en los días siguientes. Los pone en manos del alguacil Juan de Espinosa hasta que se revea su causa. Poco tiempo después, serán absueltos.[7]

7. Hernando de Guevara se casó por la iglesia con Higueymota. De su unión nació una hija mestiza legítima, Mencía de Guevara, que años más tarde contraería matrimonio con Enriquillo, cacique taíno, jefe de la más importante y exitosa rebelión contra los peninsulares en La Española (1519-1533). No hay datos de la fecha en que Guevara desposó a Higueymota-Ana, porque poco después de ser liberado regresa a España. En enero de 1502 Guevara integra la segunda expedición de Ojeda a Tierra Firme y llega a Santo Domingo en octubre

Cristóbal Colón tiene menos suerte: cargado de grillos es enviado preso a España y nunca más volverá a pisar la tierra dominicana.

---

de 1503. Después, desaparece de las crónicas. Es probable que la destrucción del reino de Xaraguá en 1503 —que pensaba heredar— le haya hecho perder el entusiasmo por su matrimonio y que haya regresado a España.

EL TOQUE CASTELLANO

La gobernación de Bobadilla representó para los aborígenes la continuación y profundización de su catástrofe. Roldán y la mayoría de los escasos cuatro centenares de españoles que quedaban en La Española se acomodaron rápidamente al nuevo gobernador, que les dejó hacer basado en un principio que le gustaba repetir ante sus subordinados: «Aprovechad lo máximo posible mientras hay buen tiempo, porque nadie sabe lo que puede durar.» Pese a que sus instrucciones eran las de castigar a los rebeldes, se abstuvo de tomar medidas contra ellos.

No tardaron los Reyes en enterarse del desgobierno de Bobadilla y decidieron enviar al extremeño frey Nicolás de Ovando, comendador de Lares de Calatrava, con una poderosa flota —la más importante de las llegadas hasta entonces a América, en la que viajaron dos mil quinientos hombres— con la misión de relevar a Bobadilla e instalar un gobierno de orden en la isla. Con los indios en manos de los españoles, la Corona no recaudaba tributos suficientes, ni obtenía de las minas una cantidad apreciable de oro.

Ovando lleva dos tipos de instrucciones: en las públicas los reyes muestran una gran preocupación humanitaria por los indígenas y por su evangelización; pero en las secretas, que sólo debía leer Ovando, su interés se centra en la extracción de oro con mano de obra indígena, con destino a la Corona.

El comendador de Lares llega a mediados de 1502. Desde la borda de una de las naos, Bartolomé de Las Casas, que viene por primera vez a América en esta expedición, oye un diálogo entre los de a bordo y los de tierra.

«—En hora buena estéis.

»—En hora buena vengáis.

»—¿Qué nueva, qué nuevas hay en esta tierra?

»—Buenas, buenas, que hay mucho oro, que se cogió un grano [de oro] de tantas libras y que hay guerra con los indios, por lo que habrá hartos esclavos.»

Oro y esclavos son los dos temas noticiables en la colonia.

Bobadilla es relevado de su cargo y embarcado rumbo a España con otros peninsulares deseosos de regresar a su patria; entre ellos, Antonio Torres y el rebelde cacique Guarionex.[1] Antes de zarpar, también aparece, frente a Santo Domingo, Cristóbal Colón, en su cuarto y último viaje, quien pide permiso para desembarcar a fin de abastecerse. Las instrucciones recibidas de los reyes le prohibían tocar las costas de La Española. Ovando rechaza su petición. El Almirante se limita a advertir que, según su ojo de experto navegante, se preveía un fuerte huracán que volvía muy peligroso que la flota de Santo Domingo partiera. Ovando desprecia el consejo y el Almirante, sabiamente, va a protegerse del temporal a las costas de Azúa.

Los barcos enviados por Ovando no llegarán muy lejos. A poco de zarpar, la tormenta hace naufragar las naves a cuarenta kilómetros de Santo Domingo, con lo que se va al fondo del mar un riquísimo cargamento de oro con todos los ocupantes de las carabelas.

Mientras tanto, los recién llegados con Ovando se habían lanzado a una carrera furiosa hacia las minas de oro de Haina, dispuestos a rebañar con uñas y dientes todo el metal que, según creían, se obtenía con facilidad.

Era gente nada habituada a las duras labores mineras, lo que no fue un obstáculo para que, llevados por la fiebre del oro, se deslomaran trabajando, mal alimentados, bajo el tórrido clima de la isla. Pocos días después empezaron a regresar a Santo Domingo, atacados por otras fiebres, las tropicales, que acabarían provocando la muerte de un millar de los recién llegados antes del año, como si de una parábola moral contra la codicia se tratara.

Fue un duro golpe para la colonia. Entre los que se habían marchado, y los que habían muerto, a la llegada de

1. Ursula Lamb, en su biografía de Ovando (Madrid, 1956), niega que Roldán estuviese a bordo de los barcos zozobrados. Según ella, existe una cédula fechada en Segovia el 16 de setiembre de 1505 en la que se ordena un nuevo juicio de residencia contra Roldán, «el que estaba con el almirante». Tal vez sea cierto que «hierba mala nunca muere».

Ovando había sólo trescientos sesenta españoles en la isla, desaprovisionados de todo. Los que sobrevivieron a las fiebres del oro realizaron pingües negocios con los veteranos trocándoles lo que traían —ropas, alimentos, armas— por tierras de las que eran poseedores por su amancebamiento con cacicas o hijas de caciques o porque las habían recibido en el reparto de Colón tras sus acuerdos con Roldán.

La situación en la isla era particularmente dura. Los excesos de Bobadilla habían malquistado aún más a los indios con los españoles. Ya desde hacía algunos meses los isleños habían ideado una ingenua y terrible medida para quitarse de encima a sus explotadores: dejar de cultivar la tierra, en una decisión numantina que contribuiría aún más a la desaparición de los taínos.

Tal vez fuera lo único que podían hacer: los indios seguían sometidos a permanentes robos de alimentos y ultrajes a sus mujeres y no todos estaban en condiciones de huir al monte para escapar a la implacable mano de los peninsulares.

Un ejemplo de ello era lo ocurrido en la región oriental de Higüey. Durante el gobierno de Bobadilla, un español de apellido Salamanca, para divertirse, le había echado a un cacique un perro bravo entrenado para matar indios. Delante de su gente el can destrozó horrorosamente al jefe indígena. Las promesas de que Salamanca sería castigado por el gobernador jamás se cumplieron.

Ovando decide, a poco de llegar, ir a fundar Puerto Real, cerca de la antigua La Isabela, en el norte de la isla, para lo cual circunnavega en dirección al este. Cuando desembarca en la isla Saona, en el extremo suroriental, los indígenas del Higüey lo atacan para vengarse del crimen de Salamanca y de los atropellos y exacciones de los españoles. Éstos tienen así una buena oportunidad para tomar represalias y convertir en esclavos a los rebeldes. Derrotados, los caciques ofrecen someterse. La mitad de la mercancía humana capturada se separó para la Corona española.

A la reina Isabel, a la luz de los informes que le llegan de españoles quejosos de no poder explotar suficientemente a los nativos, le preocupa «la mucha libertad que los indios tienen», y cree que por esta razón «huyen y se apartan de la conversación y comunicación de los cristianos». Aunque se les quiera pagar, argumenta la reina en la cédula real de Medina del Campo de 1503, «no quieren trabajar y andan vagabundos, ni menos los pueden haber para doc-

trinarlos». A fin de acabar con los males de la «libertad» de los indios, ordena a las autoridades españolas que «en adelante, compeláis y apremiéis a los dichos indios que traten y conversen con los cristianos... y trabajen en sus edificios, y en coger oro y sacar oro y otros metales, y en hacer granjerías y mantenimientos», a cambio de jornal y comida.

Era el principio de la encomienda indiana. El mundo de los indígenas termina de desmoronarse: sus caciques quedan reducidos a simples entregadores de sus súbditos a los alguaciles y visitadores para ser encomendados a los españoles como mano de obra barata y como hembras de cama. Los que tienen derecho a indios de encomienda piden con excesiva frecuencia mujeres jóvenes para nutrir sus serrallos.[2]

Ovando quiere poner orden también entre los castellanos. Comienza con los más débiles, obligando a contraer matrimonio a los que, sobre todo en el interior de la isla, estaban amancebados con indias que disponían de tierras y de un buen número de naborías o sirvientes. Los españoles acatan la orden a regañadientes, temerosos de que el gobernador les quite, como ha amenazado, sus servidores y esclavos. Las Casas apunta, tal vez exageradamente porque idealiza a los indios, que algunos castellanos, «aunque hijosdalgo eran, y pudieran [tener] muy a honra suya vivir con los padres de aquellas señoras [indias] y con ellas, pues eran reyes y reinas y de noble sangre, [...] era tanta su amencia[3] presuntuosa y soberbia detestable y menosprecio que tenían por aquellas gentes... que no les pudo venir tormento, después de la muerte, que mandarlos con ellas casar, teniéndolo por grandísimo deshonor y afrenta. Pero para no perder el servicio y abundancia y señorío que con ellas poseían, tuvieron que pasar carrera». Semejante sacrificio les valió de bien poco: Ovando, tras hacerlos pasar por la vicaría, les quita los indios, tal vez «considerando que ellos, por estar casados con indias habían asimilado su misma calidad social inferior y, por tanto, no merecían tener repartimientos».[4]

2. «No es sorprendente que los encomenderos pidieran criadas. Como lo observó el obispo de México, Juan de Zumárraga, en su bien conocida carta de 1529 al emperador, esas criadas eran en la mayoría de los casos también concubinas.» Magnus Mörner, *op. cit.*

3. Es decir, su falta de seso.

4. Frank Moya Pons, *La Española en el siglo XVI*, Santiago, República Dominicana, 1978.

Efectivamente: para un español el matrimonio con una india implicaba un deslizamiento hacia los estratos inferiores de la sociedad colonial. Años más tarde fray Bernardino de Manzanedo apuntará que «muchos de los que están casados con las dichas cacicas y de aquí adelante se casarán, son personas de poca estima y manera». Una cosa eran los encuentros sexuales ocasionales o el concubinato con una india —la Conquista había sido cosa de hombres sin sus mujeres y, por tanto, todo estaba justificado—,[5] y otra muy distinta unirse a una india en matrimonio indisoluble.

La mayoría de los españoles preferían casarse con prostitutas blancas o moriscas antes que con mujeres indias, y no dudaban en abandonar a sus concubinas y a los hijos habidos, para desposar una europea cuando ésta aparecía. Años más tarde habrá tal demanda de mujeres peninsulares, que se autorizará la exportación a las Indias de rameras y esclavas blancas para que los indianos no tuvieran que desposar «gente tan apartada de razón».[6]

Es sólo una edulcorada explicación romántica suponer que el mestizaje surge como consecuencia de la ausencia de prejuicios de los españoles respecto de la población nativa de América, prejuicios que sí tuvieron, en cambio, los anglosajones. Como dice Salas, «la falta de repugnancia y de inhibiciones ante un hecho elemental y placentero no puede ser confundido con la falta de prejuicios».[7]

Aunque se registraran casos de genuinos amores de españoles por indias, éstos son más bien la excepción. Peguero destaca «el preternatural odio que los españoles tienen

5. La compañera sexual era intrascendente. «Que nadie en estas partes, teniendo casa, se puede estar sin tener mujeres, españolas o indias», afirmó el conquistador de Venezuela Juan de Carvajal. (Cit. por Juan Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, Caracas, 1961.)

6. Por real cédula del 23 de febrero de 1512 se autorizo la entrada de esclavas blancas, en su mayoría moriscas, en las Indias para que «puedan servir a los vecinos de aquellas partes», a fin de evitar el matrimonio de españoles con indias. Las autoridades de La Española protestaron contra esta importación argumentando que habia muchas mujeres y doncellas de Castilla que eran conversas —otra minoría que sufría el rechazo de los cristianos viejos— y que las esclavas vendrían a competir con ellas en la caza de maridos. Se suponía que las conversas perderían frente a las esclavas, «por lo que podrá resultar mucho deservicio a nos e daño a la dicha isla». Pero no les hicieron caso.

7. Alberto M. Salas, *Crónica florida del mestizaje*, Buenos Aires, 1960.

a los indios», lo que se contradice con el «entrañable amor [que sienten] por lo que ellas de sus entrañas producen; y es pensión propia de la naturaleza despreciar aquello mismo que se apetece».[8]

El Inca Garcilaso de la Vega narra una sabrosa historia ocurrida en Guatemala algunos años más tarde. Un numeroso grupo de españolas cazafortunas llega a Nueva España con Pedro de Alvarado, dispuestas a conseguir marido. Para darles la bienvenida al conquistador y a «las mujeres nobles» que con él habían llegado «hiciéronle por el pueblo muchas fiestas y regocijos, y en su casa muchas danzas y bailes que duraron muchos días y noches. En una de ellas acaeció que, estando todos los conquistadores sentados en una gran sala mirando un sarao que había, las damas miraban la fiesta desde una puerta que tomaba la sala a la larga. Estaban detrás de una antepuerta, por la honestidad y por estar encubiertas. Una de ellas dijo a las otras:

»—Dicen que hemos de casarnos con estos conquistadores.

»Dijo otra:

»—¿Con estos viejos podridos nos hemos de casar? Cásese quien quisiere, que yo por cierto no pienso casar con ninguno de ellos. Dolos al Diablo. Parece que escaparon del infierno, según están estropeados: unos cojos y otros mancos, otros sin orejas, otros con un ojo, otros con media cara, y el mejor librado la tiene cruzada una y dos y más veces.

»Dijo la primera:

»—No hemos de casar con ellos por su gentileza, sino para heredar los indios que tienen, que, según están viejos y cansados, se han de morir pronto, y entonces podremos escoger el mozo que queramos en lugar del viejo, como suelen trocar una caldera vieja y rota por otra sana y nueva.

»Un caballero de aquellos viejos que estaba a un lado de la puerta (en quien las damas, por mirar lejos, no habían puesto los ojos), oyó toda la plática y, no pudiendo sufrir escuchando más, la atajó, vituperando a las señoras con pa-

8. Luis Joseph Peguero, *op. cit.* Esto lo sabia bien el Inca Garcilaso de la Vega, hijo natural del capitán Garcilaso de la Vega y de la ñusta Chimpu Ocllo, sobrina del emperador Huaina Capac. Su padre abandonó a la madre de su hijo para desposar a la castellana Luisa Martel de los Ríos. Chimpu Ocllo se casó posteriormente con un oscuro soldado español. «Pocos ha habido en el Perú que hayan casado con indias para legitimar los hijos naturales y que ellos heredasen», escribe el Inca Garcilaso.

labras afrentosas, sus buenos deseos. Y volviéndose a los caballeros, les contó lo que había oído y les dijo:

»—Casaos con aquellas damas, que muy buenos propósitos tienen de pagaros la cortesía que les hiciereis.

»Dicho esto se fue a su casa y envió a llamar a un cura, y se casó con una india, mujer noble, en quien tenía dos hijos naturales. Quiso legitimarlos para que heredasen sus indios, y no el que escogiese la señora para que gozase de lo que él había trabajado y tuviese a sus hijos por criados o esclavos.»[9]

A diferencia de estas codiciosas españolas, las mujeres indígenas se sintieron, en general, atraídas por los europeos. «Según la índole general de las mujeres, que les gusta más lo ajeno que lo suyo, éstas [las indias] aman más a los cristianos», reflexiona Pedro Mártir.

Los españoles aparecen como un objeto sexual atractivo para las hembras indígenas por varios motivos: son distintos —color de piel y de cabellos, hirsutismo, estatura física en algunos casos, ropas con metales y colores desconocidos—, y poderosos, triunfadores sobre sus propios hombres. «Son muy amigas de los cristianos —dice Fernández de Oviedo con respecto a las mujeres de Cueva— porque dicen que son amigas de hombres valientes y ellas son más inclinadas a hombres de esfuerzo que a los cobardes, y conocen la ventaja que hacen a los indios. Y quieren más a los gobernadores y capitanes que a los otros inferiores, y se tienen por más honradas cuando alguno de los tales las quiere bien.»

La sexualidad de los españoles parece haber sido más rica que la de los varones indios. Dos siglos más tarde, en sus reducciones de indios guaraníes (pertenecientes a un mismo tronco étnico que los arahuacos de La Española), los jesuitas tuvieron que imponer un toque de campana a las diez de la noche para recordarles a los maridos que cumplieran con el deber conyugal.

A muchos cronistas les llama la atención la falta de celos de los hombres indígenas, lo que indicaría —imaginan— ausencia de pasión. Se puede suponer, además, que los españoles, por zafios que fuesen, provenían de una cultura, en general, más compleja y refinada que la de los indígenas. Si por un lado eran víctimas de muchos más prejuicios

9. Inca Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú*, Buenos Aires, 1944.

sexuales que los nativos, por el otro tenían una mayor sofisticación relativa.

El psiquiatra e historiador venezolano Herrera Luque[10] cree que los castellanos «dejaron fuera de combate, en sentido real y metafórico, a los hombres y, faltos de mujeres de su raza, se unieron con las indígenas», porque «la actitud del indio frente a su mujer era un atentado a las necesidades psíquicas más elementales, como son la seguridad por la vida y el afecto. El mérito político del español estriba en haber canalizado el resentimiento secular que la india tenía por sus dueños y en haberle concedido la mínima satisfacción que todo ser humano requiere».

Pero además de la pasión y las exigencias afectivas, españoles e indias se unían por intereses. Para el europeo, amancebarse con una india cacica o hija de cacique era un modo de apropiarse de su parcela de poder dentro del mundo indígena. El ganapán castellano que en su país no podía siquiera soñar con unirse a una mujer de familia hidalga, en las Indias tenía acceso a un estatus que, con un poco de fantasía, podía asimilarse al de la nobleza, con todos sus atributos de tierras, sirvientes y respetabilidad social... entre los indígenas.

A su vez, la india descubrió bien pronto que si no ella, al menos sus hijos, tendrían un destino más promisorio en tanto mestizos, que si fuesen indios puros. «Sus hijos, de piel más blanca, eran siempre una aproximación hacia el mundo del dominador, una lenta penetración en las casas señoriales y en los blasones.» Su descendencia mestiza conseguiría escapar «de los lavaderos de oro, del tributo, de la encomienda, de las infinitas opresiones y cargas que en la práctica y en los hechos sufría la raza vencida. De esta manera las mujeres indígenas fueron el vehículo más activo y eficaz de la colosal experiencia de transculturación que supuso la Conquista de América, como el hombre español fue mejor conductor de los elementos indígenas recibidos por la cultura occidental, que la mujer europea».[11] Para la india, convertirse en manceba de un español era, además, un seguro de supervivencia, lo supiera ella o no. Le permi-

10. Francisco Herrera Luque, *Los viajeros de Indias*, Caracas, 1975. El «resentimiento secular» es improbable que haya existido, pues los seres humanos tienden a adaptarse a su realidad cultural (y física). Más acertado sería imaginar que los indios perdieron a los ojos de las indias, en comparación con los ibéricos dominadores y triunfadores.

11. Alberto M. Salas, *op. cit.*

tía poner aunque más no fuera, la punta del pie en el territorio cultural de su amo y salvarse, ella y su descendencia, de la catástrofe a la que estaban condenados los indígenas.

Pero, además de las cuestiones prácticas, ¿había verdadero amor, tal como lo entendemos hoy, entre las indias y los españoles?

El antropólogo Maldonado de Guevara[12] cree que no era «Eros quien andaba enredando entre los blancos y la indias, ni quien matiza y afirma sus relaciones. Es necesario buscar por otra parte el medio de interpretar el caso corriente de que las indias en poder de los españoles se entregaban a ellos enteramente: eran sus mejores auxiliares para sus debates con los indígenas y con un desinterés y una lealtad emocionante y a toda prueba».

Para el antropólogo hay que recurrir a los mecanismos de la llamada mentalidad primitiva, en la que lo mágico se mezcla permanentemente con lo real tangible, para explicar ese extraño fenómeno. Y la clave cree encontrarla en *la entrega*, «el estado inmodificable en que se encuentra el que está en contacto y, por eso solo, bajo el influjo de las artes de un hechicero o de un espíritu. Es un estado definitivo y trascendental, que entraña una transformación del ser anterior. Quien se considera entregado se siente escindido y separado de su condición anterior. La entrega lo separa de su grupo social y de su auxilio. Le sería peligroso volver al grupo o que, estando en el grupo, se supiera que estaba entregado».

«Al ver escindidas todas sus anteriores relaciones —prosigue Maldonado de Guevara— siente que las sustituye y compensa con la nueva relación. A ésta, pues, pide todo lo que las otras dejan de servirle, y lo pide imperativamente. Pide el nuevo auxilio en sustitución del antiguo. Al hechicero, su nuevo señor, no puede abandonarlo. Tiene que asistirlo y hasta halagarlo: para eso está entregado con la renunciación que esto supone.

»Las indias que libertaba Colón no querían ser libertadas. Estaban entregadas... temían, además, la vuelta a su poblado.»

12. Francisco Maldonado de Guevara, *op. cit.*

EL ASESINATO DE ANACAONA

Un español afincado en el reino de Xaraguá tras la rebelión de Roldán, Sebastián de Viloria, escribe a mediados de 1503 una carta al gobernador fray Nicolás de Ovando. En ella le da cuenta de una conspiración en curso entre los indígenas liderados por Anacaona, heredera del reino tras la muerte de su hermano Bohechío, con el fin de alzarse contra sus dominadores blancos.

La situación es verdaderamente explosiva entre los indígenas de La Española, abrumados por los atropellos de los extranjeros. Los preparativos que denuncia Viloria parecen ser unos más entre las voces de insubordinación que corren entre los ya diezmados indígenas. Ovando decide aplastar la revuelta en ciernes de un modo ejemplarizador antes de que se produzca y anuncia a Anacaona que va a realizarle una visita, la primera de su gestión.

Es la vieja técnica de aterrorizar que los españoles emplearán con mucha frecuencia en América. El comendador de Lares tiene un motivo de más para actuar con toda severidad; Anacaona está reputada como un monstruo de lubricidad entre estos españoles, tan hipócritamente moralistas como lascivos, y al gobernador se le presenta una magnífica oportunidad de cultivar esa vieja afición de mezclar el sexo con la muerte.

El cronista oficial de las Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, la describe como «una mujer que tuvo algunos actos semejantes a los de aquella Semíramis, reina de los asirios, no en los grandes hechos que de ella cuenta Justino, ni tampoco en hacer matar muchos con quien se ayuntaba, ni en hacer traer a sus doncellas paños menores en sus vergonzosas partes. Porque Anacaona ni quería sus criadas tan

honestas, ni deseaba la muerte de sus adúlteros; pero quería la multitud de ellos y en muchas otras suciedades libidinosas le fue semejante».

La cacica de Xaraguá sentía debilidad por los españoles y sólo con ellos practicaba ciertas artimañas sexuales especiales que Oviedo no especifica, lamentablemente.[1] «Era muy deshonesta en el acto venéreo con los cristianos y por esto y otras cosas semejantes quedó reputada como la más disoluta mujer que de su manera ni otra hubo en esta isla. Con todo —reconoce— era de grande ingenio y sabia ser servida y acatada y temida de sus gentes y vasallos y aun de los vecinos.»

No caben dudas de que Oviedo utiliza esta descripción para exculpar a los españoles. «... Toda la suciedad de fuego de lujuria no estuvo en los hombres de esta tierra...», escribe, dando a entender que los varones ibéricos no eran más que victimas inocentes de las provocaciones de las indias.

Pedro Mártir de Anghiera la describe como una «mujer educada, graciosa y discretísima» de actitudes conciliadoras y pacifistas. De señora «de gran prudencia y autoridad, muy palanciana y graciosa en el hablar y en sus meneos, y que fue muy devota y amiga de los cristianos desde que comenzó a ver y a comunicar con ellos», la califica Bartolomé de Las Casas, para quien su reino era un paraíso terrenal: la provincia de Xaraguá constituía «cuasi la corte real de toda esta isla, donde en la policía y en la lengua y en la conversación y en la hermosura de las gentes, hombres y mujeres, en los aires y amenidad y templanza de la tierra, a todas las provincias de esta isla excedía, y así, en aquella más que en las otras (puesto que también en todas), había grande aparejo para vivir desenfrenadamente los pecadores hombres, zambullidos en vicios».

Ovando se proponía poner orden en la repartición de indios y tierras que por su cuenta había hecho Roldán entre sus cómplices. Por el acuerdo del cabecilla con Cristóbal Colón, el repartimiento había adquirido características feudales con derechos hereditarios a la propiedad de las tierras y poder absoluto sobre los indios. Los encomenderos

1. «... fácilmente a los cristianos se concedían o no les negaban sus personas. Mas en este caso esta cacica usaba otra manera de libidine...»

eran responsables ante el alcalde mayor y no ante la Corona o su representante.

El gobernador comienza por encarcelar a Roldan.[2] Luego se dirige a Xaraguá, distante 300 kilómetros de Santo Domingo, acompañado por trescientos infantes y setenta soldados de caballería.

Pese a que Anacaona y los suyos hacía años que eran víctimas de los atropellos de los españoles, la reina de Xaraguá organiza grandes fiestas para recibir al gobernador. Para ello manda llamar a sus caciques y a centenares de sus súbditos a Yaguana, la población central de la provincia que gobernaba.

Un día de fines de mayo de 1503 Anacaona y su corte salen a recibir a Ovando y su ejército con bailes de jóvenes provistas de hojas de palma, canciones —los areitos— y otros festejos. «Anacaona trató al gobernador con la gracia y dignidad natural por la que era celebrada. Le dio para su residencia la mejor casa de la población. Por muchos días fueron regalados los españoles con las riquezas naturales que daba la provincia y los divirtieron con numerosos juegos y exhibiciones.»[3]

La reina había aprendido a hablar español. Peguero[4] cita un diálogo, real o imaginario, entre Anacaona y Ovando, poco antes de que se precipitaran los acontecimientos, mientras ambos se encontraban gozando de los banquetes de los xaraguanos.

«—Comendador, ¿cuándo me cristianas?, porque sólo falta esta grandeza a mi corona. Yo sé ya los rezos de Castilla que me ha enseñado Céspedes [uno de los reconciliados hombres de Roldán], pero quería saber cómo me llamaré cuando sea cristiana.

»—Ana, quitando el *caona*.

»Tras lo cual [la reina] ordenó a sus súbditos que la llamaran Ana de Castilla y de Xaraguá.»

Cuando llega el momento en que Ovando y los suyos tienen que retribuir los homenajes, el comendador de Lares traza un frío y cruel plan.

Con la excusa de que sus caballeros iban a hacer exhibición del juego de cañas, el gobernador ordena que en lugar

2. Ursula Lamb, *op. cit.* Como se recordará, la biógrafa norteamericana del comendador de Lares niega que Roldán hubiera muerto en el naufragio junto con Bobadilla, como afirman muchos cronistas.
3. Washington Irving, *op. cit.*
4. Luis Joseph Peguero, *op. cit.*

de cañas se armaran de lanzas de combate para hacer el simulacro. Los peones también reciben instrucciones de ir armados.

Anacaona y su hija Higueymota piden permiso a Ovando para que ellas, sus caciques y su gente puedan asistir a los juegos de los españoles en la plaza principal de Yaguana. Una multitud de indios desarmados se reúne en torno a su reina. El gobernador, que estaba tranquilamente jugando al herrón para disipar toda sospecha, dice a Anacaona le transmita a los caciques que se reúnan en la casa grande, el *caney*, porque antes tiene que ir a darles sus instrucciones.

Ovando abandona su juego y se coloca en un lugar bien visible. De acuerdo con lo convenido, pone la mano en su pecho tocándose la cruz de oro que llevaba colgada. Es la señal para iniciar la carnicería. Los soldados se abalanzan sobre los indígenas y los pasan a cuchillo o los matan con sus armas de fuego. Hombres, mujeres, niños, caen en medio de la gritería y el espanto. No hay piedad para nadie. Algunos soldados que intentan salvar a algunos por compasión o para apoderarse de ellos como esclavos, ven fracasados sus intentos por sus compañeros, que, en medio de la fiebre de sangre desatada, no perdonan a nadie.

Mientras tanto los dos oficiales del gobernador, Diego Velázquez y Rodrigo Mejía Trillo, ya habían encerrado a los ochenta caciques en la casa donde les habían mandado quedarse. Atados a los palos que sostenían la construcción son sometidos a torturas para que confesasen su supuesta conspiración contra los españoles. Bajo el tormento, Ovando oye de los indios, «entre los que había alguno que no llegaba a los diez años», lo que quería oír.

Anacaona comienza a dar gritos «y todos a llorar diciendo que por qué causa tanto mal; los españoles danse prisa a maniatarlos; sacan sola a Anacaona maniatada; pónense a la puerta del *caney*... gentes armadas, que no salga nadie; pegan fuego, arde la casa, quémanse vivos los seres y reyes en sus tierras desdichados, hasta quedar todo, con la paja y la madera, hechos brasas».[5]

En medio de la confusión la hija de la reina de Xaraguá, Higueymota o Ana de Guevara, consigue escapar de la soldadesca, escondiéndose en un retrete.[6]

5. Bartolomé de Las Casas, *op. cit.*

6. Hernando de Guevara, su esposo, debe de haberse encontrado en la isla cuando estos hechos ocurrieron. Como capitán de una de las naves de la expedición de Alonso de Ojeda, la *Santa Ana*, regresó

Los pocos indios que logran sobrevivir son reducidos a la esclavitud y repartidos, en parte, entre los ochenta españoles de Xaraguá que durante años habían esquilmado y maltratado a los xaraguanos. Los peninsulares, además, reciben de manos de Ovando tierras, según la nueva legislación que primaba los intereses de la Corona y acababa con anteriores privilegios feudales de los pobladores.

La reina sufrió resignadamente numerosas vejaciones y, tres meses más tarde, «por hacerle honra», como dice Oviedo, fue ahorcada «por conspiración», probablemente en Yaguana, aunque hay cronistas que sitúan su ejecución en Santo Domingo. Anacaona, cuyo nombre quiere decir «flor de oro», tendría entonces unos treinta años de edad.

Peguero explica esta atroz matanza por las insidias de Viloria. El español, dice, había querido casarse con Anacaona para convertirse en rey de los xaraguanos y hacer caciques a sus amigos peninsulares, como base para apoderarse del conjunto de la isla. Ante la negativa y el rechazo de la gentil reina, urdió la trama que contó a Ovando para vengarse de ella. Semejante vileza no era infrecuente entre aquellos hombres, pero, lamentablemente, Peguero —que escribe en Santo Domingo en el siglo XVIII— no dice de dónde sacó esos datos.

Según él, tras la carnicería, Céspedes, el que había catequizado a la reina, confiesa al gobernador que todo había sido un complot de Viloria. Ovando, arrepentido, manda prenderlo, pero éste ya ha desaparecido. El remordimiento carcome al comendador por ordenar la muerte de una mujer que quería ser cristiana, antes de su bautismo. Es una buena historia, pero no se explica por qué tres meses más tarde Ovando mandó colgar, de todos modos, a Anacaona.

El resto de los cronistas no consiguen aclarar las causas de la terrible matanza de Xaraguá, que tendría consecuencias insospechadas. Aunque hubiese habido una conspiración en marcha, Ovando y sus oficiales sabían que podía

---

desde Tierra Firme en setiembre u octubre de 1502. El pleito entre Ojeda y sus socios acabó en sentencia dictada el 4 de mayo del mismo año. Ojeda apeló al día siguiente y la absolución final, dictada en Segovia, es de noviembre de 1503 y la ejecutoria de febrero de 1504. Se supone que éste partió a España poco después, pero de Hernando de Guevara se pierden los rastros. «Ignoramos cuándo volvieron a España Hojeda y su gente y aun si regresó también alguno de los buques de su expedición», dice Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos...*, Madrid, 1829. No hay noticias de que Guevara hubiera estado durante la matanza de Xaraguá.

ser abortada con métodos muchísimo menos sangrientos, como la simple detención de los principales caciques. En lo acaecido hay una dosis demasiado evidente de sadismo gratuito, cuya única función pudo haber sido la de aterrorizar aún más a los nativos de la isla. «El castigo... de Anacaona y sus secuaces —dice el cronista Oviedo, que representa el punto de vista oficial— fue tan espantable cosa para los indios que, de ahí en adelante, asentaron el pie llano y no se rebelaron más.» En otras palabras, fue una medida eficaz, y punto.

La noticia se difundió por Europa, dando origen a la leyenda negra sobre la conquista española de América. Isabel la Católica, enterada del espantoso suceso, juró delante del duque de Alba que Ovando pagaría por el genocidio. Pero la reina castellana estaba ya muy enferma y su muerte, acaecida en 1504, no le permitiría cumplir su promesa. Ovando, un eficaz funcionario de Estado defensor de los intereses de la Corona, seguiría gobernando La Española hasta 1509, año en que volvió a España con todos los honores.

Y, lamentablemente, no es ésta la única biografía de gobernadores de Indias que recibió la bendición y los plácemes de la Corona pese a sus horrorosas crueldades. Pedrarias Dávila, años más tarde en Panamá, repetirá la historia de atrocidades sin número que no sólo jamás fueron punidas por los monarcas, sino que le sirvieron de eficaz trampolín en su exitosa carrera administrativa. Frente a estas prácticas, la cristiana compasión de las incumplidas Leyes de Indias parece una broma de mal gusto.

«Tal es la historia trágica de la deliciosa región de Xaraguá y de sus amables y hospitalarios habitantes; lugar donde los europeos, según sus propias pinturas, hallaron un perfecto paraíso; pero que por sus viles pasiones llenaron de horror y desolación.»[7]

7. Washington Irving, *op. cit.*

LOS INDIOS SE ACABAN...

Tras la matanza de Xaraguá, Ovando mandó a sus oficiales que continuaran la campaña de represión y terror por las regiones de la Guahaba, la Sabana, Guacayarina y Aniguayaba, donde se capturaron numerosos esclavos. Un cacique sobrino de Anacaona, Guarocuya, se echó al monte con un grupo de los suyos en la abrupta región de Bahonuco, alzándose contra los españoles en protesta por la masacre. Pero acabó, como tantos otros, aprehendido y ahorcado en Bonao, cerca de Santo Domingo.

El cronista Fernández de Oviedo justifica la continuación de la matanza porque los habitantes de estas regiones eran gente «muy salvaje». «Vivían en cavernas... subterráneas y hechas en las peñas y montes.[1] No sembraban ni labraban la tierra para cosa alguna y con solamente las frutas, hierbas y raíces que la naturaleza producía se mantenían y eran contentos, sin sentir necesidad de otros manjares; ni pensaban en edificar otras casas, ni haber otras habitaciones más que aquellas cuevas donde se acogían. Todo cuanto tenían, de cualquier género que fuese, era común y de todos, excepto las mujeres, que éstas eran distintas y cada [uno] tenía consigo las que quería; y por cualquier voluntad del hombre o de la mujer se separaban y se concedían a otro hombre, sin que por eso hubiese celos y rencillas. Aquesta gente fue la más salvaje que hasta ahora se ha visto en las Indias.»[2]

1. Exactamente igual que muchos españoles en la Península hasta hace pocos años.
2. Gonzalo Fernández de Oviedo, *op. cit.* «Cada uno llama barbarie a aquello que no es su propia costumbre», escribió Montaigne.

Para conmemorar estas carnicerías que llamaban «pacificación», en enero de 1504, el comendador de Lares mandó erigir la ciudad de Santa María de la Vera Paz. La villa, poco después, será elegida como sede metropolitana del primer obispado de Santo Domingo, sin que se advirtiera la menor ironía en estos hechos; el humor negro era, entonces, involuntario.

En el extremo suroriental, Higüey volvió a levantarse en 1504 por las mismas causas de siempre. Al mando de Cotubanamá, los indígenas asaltaron un fuerte español con diez hombres y mataron a nueve de ellos. Cuatrocientos soldados batieron a los insurgentes, «que se pusieron en huida, quedando muchos muertos y presas las mujeres, que se repartieron en el ejército».[3]

«Los nativos hicieron prodigios de valor, prosiguiendo la lucha aun cuando estaban gravemente heridos, sacrificándose al desviar de su ruta a los españoles, para lo cual llegaron incluso a arrojarse por despeñaderos y arrecifes, suicidándose... con el fin de hacer caer en la trampa a los soldados españoles. Las mujeres y los niños se suicidaron de la misma manera cuando vieron perdida la causa de sus maridos y padres.»[4] El cacique higüeyano fue capturado en la isla Saona y ajusticiado en Santo Domingo. Poco más de un año después de haberse hecho cargo de la gobernación de La Española, el comendador de Lares podía descansar en una isla pacificada a sangre y fuego.

Pero entonces tuvo que abordar otro problema imprevisto. Después de más de un decenio de matanzas y explotación de los aborígenes de La Española, la población había descendido alarmantemente a la décima parte de la que existía a la llegada de los españoles.[5] Y el proceso seguiría irreversiblemente hasta la extinción de los taínos. Cuarenta años más tarde, escribirá Gonzalo Fernández de Oviedo sobre las terribles consecuencias de guerras y encomiendas: «Todos los indios de estas islas fueron repartidos

3. Antonio de Herrera, *op. cit.*

4. Ursula Lamb, *op. cit.* Esta autora, verdadera hagiógrafa, más que biógrafa, de Ovando es poco sospechosa de parcialidad hacia los indígenas.

5. De 600 000 que se calcula había en 1492 a unos 60 000, la pérdida demográfica había sido de 540 000 personas en cifras estáticas. Las Casas cree que la población originaria de La Española era de 3 000 000 de almas; fray Tomás de Angulo, de 2 000 000; el geógrafo López de Velasco, «más de 1 000 000».

y encomendados por el Almirante a todos los pobladores que a estas partes se vinieron a vivir; y es opinión de muchos que lo vieron y hablan de ello como testigos de vista, que halló el Almirante, cuando estas islas descubrió, un millón de indios e indias de todas las edades...; de los cuales todos y de los que después nacieron no se cree que haya al presente, en este año de 1548, quinientas personas... que sean naturales y de la progenie o estirpe de aquellos primeros.»[6]

Los sobrevivientes de las expediciones de castigo y caza de esclavos, de las enfermedades llevadas por los europeos, del agotador trabajo en minas y campos de cultivos, acabaron por sentir que la vida ya no tenía sentido para ellos. Los intentos de resistirse a los extranjeros por las armas habían fracasado estruendosamente y sólo consiguieron que el terror se les metiera en el cuerpo. El recurso de dejar de cultivar la tierra se había vuelto en su contra. Hubo quienes optaron por huir a las islas cercanas, como el cacique Hatuey, un sobreviviente de la matanza de Xaraguá que consiguió llegar a Cuba con un puñado de sus hombres. Pero allí lo atraparon los cristianos y lo quemaron vivo.[7]

«Su vida espiritual [sentimientos, creencias, jerarquías] estaba aniquilada, su sistema de vida desintegrado, sus clases dirigentes destruidas.» El indio «tuvo la sensación de su impotencia, de su inferioridad, de su esterilidad. La anarquía se adueñó de su mundo moral y psíquico. Lo que pasaba a su alrededor era para él enteramente incomprensible. De su familia poligámica, de su desnudez, se le quería llevar a la monogamia rígida, a vestirse, a un Dios único. Se sintió abandonado por sus zemíes protectores. Su "perversidad" llegó entonces hasta el punto de negarse "a los deberes de la reproducción" o a usar hierbas para practicar el aborto».[8]

6. Gonzalo Fernández de Oviedo, *op. cit.*

7. Hatuey, señor de la Guahaba, fue asesinado sólo por no someterse a los españoles. Cuando estaba atado al palo del sacrificio, un sacerdote franciscano trataba de convertirlo al catolicismo antes de que fuera ejecutado. Hatuey le preguntó si los españoles iban al cielo. El fraile le respondió que sí, pero sólo los buenos. «Dijo luego el cacique sin más pensar —cuenta Las Casas— que no quería él ir allí sino al infierno, por no estar donde éstos estuviesen y por no ver tan cruel gente.»

8. Ángel Rosenblat, *La población indígena y el mestizaje en América*, Buenos Aires, 1954.

Las autoridades españolas no entendieron lo que pasaba. El gobernador Ovando echa la culpa de la crisis demográfica que padecía su jurisdicción al adulterio de las indias con los peninsulares; según él, cuando las mujeres del país casadas con indios quedaban embarazadas de sus amantes blancos, abortaban para ocultar a sus maridos su infidelidad.

Es probable que esto haya ocurrido ocasionalmente, pero parece ingenuo atribuir a estos asuntos de alcoba el vertical descenso de los nacimientos que amenazaba dejar a La Española sin brazos para trabajar. Lo que seguramente tenía de atractiva esta causa para la mentalidad de Ovando era que ligaba el problema que a él como gobernador se le planteaba a la noción de pecado-generador-de-desdichas, castigo divino.

El comendador de Lares encuentra que esta situación debe resolverse, una vez más, con mano dura y escribe al rey Fernando proponiéndole castigar a los adúlteros, perspectiva que debe de haberle producido no poca satisfacción.

El adúltero y libertino Fernando el Católico, con gran experiencia en la materia, es más prudente: «A lo que decís del castigo de las mujeres indias que a sus maridos hacen yerros —le responde—, paréceme que vos no debéis actuar rigurosamente contra ellas, especialmente no acusándolas sus maridos, porque de ello se seguiría mucho inconveniente en semejantes cosas que aquí se han de hacer poco a poco; pero a los cristianos debéis amonestar, de forma que no venga a noticia de los maridos, porque sería mucho escándalo.»

La declinación demográfica se había debido, en realidad, a múltiples causas, entre las que el adulterio seguido de abortos no pasaba de ser un conjunto de anécdotas.

La catástrofe de población en las Antillas, que se desencadenó en sólo una generación, volvería a repetirse en toda América en los años sucesivos después de los primeros contactos entre aborígenes y europeos. Hoy quedan pocas dudas de que la principal causa de desaparición de los indígenas fueron las enfermedades que, involuntariamente, llevaron los españoles. Eran dolencias causadas por microorganismos desconocidos en el Nuevo Mundo merced al aislamiento en que sus habitantes se habían mantenido a lo largo de milenios. Los americanos carecían de anticuerpos, de defensas naturales contra los agentes causantes de enfermedades como la viruela, el tifus, la gripe, la neumonía y las dolencias eruptivas típicas de la infancia en Europa

como el sarampión o la rubeola. Y los españoles, con sólo haberlas padecido, eran portadores de los microorganismos que las producían, a los cuales ya eran inmunes. Pero en el cuerpo de los indígenas se desarrollaron con una virulencia extraordinaria capaz de aniquilar grupos enteros de población en corto tiempo.

«Cuanto más aislada del resto del mundo ha vivido una población —y tal era el caso de los indígenas de América—, tanto más destructivamente opera el contagio de los agentes patógenos, y cuanto más primitiva era una tribu indígena, tanto más rápidamente se extinguía.» «En los primeros veinte o treinta años, las epidemias, sobre todo de sarampión, viruela y tifus, segaron la vida de aproximadamente las tres cuartas partes de los indígenas. Sin duda, la receptividad de los indios a las enfermedades aumentó porque la disolución de sus formas tradicionales ejerció sobre ellos un influjo deprimente y a veces los impulsó a darse la muerte.»[9]

El mestizaje permitiría incrementar las defensas biológicas que los americanos puros no tenían, pero buena parte de los indios ya estaban condenados.

El hambre y la explotación inmisericorde de los nativos como trabajadores aportaron también su cuota causal a su extinción, aunque en menor grado que las enfermedades. Los indígenas de las Antillas vivían en una economía que sólo en determinados casos superaba apenas los límites de la subsistencia. Acostumbrados a una dieta eminentemente vegetariana de fácil obtención, no tenía demasiado sentido para ellos acumular excedentes. Por tanto, no estaban acostumbrados a trabajar duramente para pagar los tributos que les demandaban los españoles ni para compensar las pérdidas que les provocaban sus constantes robos. Además, el agotador trabajo de las minas y lavaderos de oro, con sus horarios rígidos, era algo desconocido para ellos, que quebraba sus propios ritmos vitales.

El licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, traficante de esclavos él mismo, se sorprende de lo que considera debilidad natural de los indígenas: «Es gente que de sólo vivir en orden[10] se muere, aunque sea holgando, como parece por las mujeres de esta nación que se han casado con espa-

9. Richard Konetzke, *op. cit.*

10. Naturalmente se refieren a su orden y no al orden de los indígenas.

ñoles, que con ser tratadas como es razón que los hombres traten a sus propias mujeres sin entender en cosa de trabajo, andando siempre vestidas y durmiendo en cama de Castilla y comiendo buenos manjares, son muertas la mayor parte y más, y la mayoría de ellas que son vivas viven héticas y dolientes.»

Las masacres de americanos perpetradas durante las guerras de «pacificación» contribuyeron, por su parte, a menguar el número de indígenas. Pero no se puede afirmar, como ha hecho la leyenda negra, que la extinción de millones de indígenas se debió principalmente a las campañas a sangre y fuego realizadas por los españoles contra los aborígenes. Esto implicaría atribuirle a las rudimentarias armas de la época la capacidad destructiva de las bombas nucleares.

Por último, la apropiación de gran cantidad de mujeres por parte de los españoles, en muchos casos, quitó a los indios la posibilidad de disponer de vientres para procrear y contribuyó a sumirlos en el estado de desconcierto y depresión anímica que Nicolás Sánchez Albornoz llama «desengaño vital». Fue ésta, en definitiva, la causa última de sus negativas a vivir o a reproducirse —incluso practicando abortos—, y de sus decisiones de acabar con sus sufrimientos por medio del suicidio.

«Y por tales tratamientos —escribe el franciscano Gerónimo de Mendieta—,[11] viendo los desventurados indios que debajo del cielo no tenían remedio, comenzaron a tomar por costumbre ellos mismos matarse con zumos de hierbas ponzoñosas o ahorcarse... y hombre hubo entre los españoles de aquella isla [La Española] que se le ahorcaron o mataron de la manera dicha más de doscientos indios de los que tenía en su encomienda.» Era su última protesta contra la destrucción de su mundo cultural y su esclavización.

Bartolomé de Las Casas cita el caso de un grupo de indios que, habiendo decidido suicidarse colectivamente, se enteraron de que su encomendero español iba a estar con ellos en el cielo o en el infierno, lo que fue suficiente para que se quitaran de la cabeza la idea de matarse.[12]

11. Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, libro I.

12. Fernández de Oviedo dice que los indios, «por su pasatiempo se mataron con ponzoña para no trabajar y otros se ahorcaron con sus manos propias y a otros se les recrecieron tales dolencias... que en breve tiempo los indios se acabaron».

Etnias indígenas sin ningún parentesco ni comunicación entre sí recurrieron a la voluntaria autoextinción, incapaces de soportar la invasión y el expolio de los extranjeros. Años más tarde, en el Perú, «fue tanto el aborrecimiento que nos tomaron» los indios, cuenta Cieza de León, que sus mujeres «se ahorcaban de sus cabellos o de los maures, de los árboles, y aullando con gemidos lastimeros dejaban allí los cuerpos y abajaban las ánimas a los infiernos».

En La Española la declinación de la población autóctona, en primer lugar, dio nuevos impulsos a la caza de esclavos en las islas vecinas llamadas hasta entonces las «islas inútiles» porque carecían de yacimientos de oro, y a la importación de africanos esclavos que ya habían hecho su aparición con la llegada de Ovando.

Se lanzan numerosas «armadillas» a las otras islas y a Tierra Firme, expediciones esclavistas con el propósito de capturar indios que, por su real o supuesta condición de antropófagos o por resistirse a los españoles, eran pasibles de esclavización. Estas armadillas, con intermitencias, se prolongarán durante muchas décadas y sus efectos están hoy a la vista: las Antillas se despoblaron de indígenas y tuvieron que ser repobladas con negros africanos, cuyos descendientes constituyen la mayor parte de la población actual.

La calificación de caníbales era, con demasiada frecuencia, caprichosa o falsa; a falta de actos comprobados de antropofagia, a los cazadores les servía cualquier hecho inusual, como la práctica de la circuncisión en algunas tribus, porque el detalle les recordaba, seguramente, a moros y judíos. Otro tanto ocurría con el sometimiento; en muchos casos a los indios no se les dejó otra opción que defenderse de los españoles, lo que los ponía en la posición de rebeldes y, posteriormente, de vencidos en «guerra justa», pues se daba por supuesto que rehusaban escuchar la predicación del Evangelio.

Santo Domingo se convirtió así en cabecera de un activo mercado de carne humana destinada a las explotaciones agropecuarias y mineras de las colonias y a los lechos de los españoles. Y en plataforma para amasar cuantiosas fortunas de indianos traficantes de esclavos indígenas.

La situación es tan escandalosa, desde un punto de vista elementalmente humanitario, que los dominicos, vanguardia del sentido de la vergüenza, se lanzan al ataque frontal contra esos caballeros henchidos de soberbia y de frívolas

actitudes religiosas dedicados a erigir sus vidas regias sobre el sudor y la sangre de otros seres humanos de piel más oscura.

Fray Antonio de Montesinos provocó el escándalo de los señores de Santo Domingo cuando pronunció delante de ellos, encabezados por el patéticamente necio Diego Colón, su célebre sermón de 1511.

«Soy voz de Cristo en el desierto de esta isla —les dijo—. Esta voz es que todos estáis en pecado mortal, y en él vivís y morís por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid: ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras, mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados sin darles de comer, ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren y, por mejor decir, los matáis para sacar y adquirir oro cada día?

»¿Éstos no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto que en el estado en que estáis no os podéis salvar más que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Cristo.»

Ciertamente los dominicos —feroces inquisidores en la Península— predicaban en el desierto. Son ellos los únicos hombres que reaccionan sensiblemente para denunciar la virtual esquizofrenia moral en la que se hallaban estos señores cristianísimos que repetían en sus oraciones lo de *amar al prójimo como a sí mismos* y al mismo tiempo sometían a su prójimo a las más crueles sevicias.

Coherentemente, los dominicos niegan la comunión a los encomenderos. Los indianos reaccionan con ira y consiguen que fray Antonio de Montesinos sea removido de sus funciones en Santo Domingo. Pero la orden ya había iniciado una sistemática e influyente campaña ante la Corona para humanizar el trato de los indígenas. De ella van a salir varios intentos de reformas, numerosas normas legales, algunos proyectos de colonización humanitarios que resultarán, en definitiva, más en un testimonio de buenas intenciones y mala conciencia que en realidades redentoras de la con-

dición de los indígenas. Quinientos años más tarde, ya sin españoles ni encomenderos de por medio, los aborígenes de América siguen reclamando la elemental justicia que les siguen concediendo el papel mojado de miles de normas legales, pero no la práctica.

Tras los titubeos iniciales, después del Descubrimiento, los Reyes Católicos habían ordenado, en 1500, que los españoles «no fuesen osados de prender ni cautivar a ninguna ni alguna persona ni personas de los indios de las dichas islas y tierra firme del mar Océano para traerlos a mis reinos ni para llevarlos a parte algunas, ni les hiciesen ningún otro mal ni daño en sus personas ni en sus bienes».

Tres años más tarde otra cédula real prohibió que se cautivaran indios exceptuando a los caníbales. Pero los pobladores se estaban quedando sin brazos y la Corona veía disminuir las remesas de oro porque no había quienes trabajasen en las minas.

Los procuradores que mandan los indianos a persuadir al rey de su crítica situación consiguen que éste dé marcha atrás en sus prohibiciones. Desde Puerto Real y Puerto Plata salen armadillas a cazar «caníbales» a las islas Lucayas, atrayéndolos con el cuento de que iban a llevarlos a la tierra de sus antepasados, pues los indios creían que sus muertos viajaban a otras regiones terrenas. Sin embargo, la añagaza duró poco y tuvieron que recurrir al salteo, por lo que Ovando hubo de poner trabas a las demasiado numerosas expediciones esclavistas.

En 1508 Fernando el Católico vuelve a autorizar la captura: «Yo os mando que de las islas de esa comarca... hagáis traer a esa dicha isla todos los más indios que pueda ser... por la forma que otras veces se han traído», dice eufemísticamente. En las instrucciones al sucesor de Ovando, Diego Colón, hijo del descubridor, se le señala «que algunas personas de esas Indias tienen voluntad, por virtud de la licencia que yo he dado, de armar para traer indios de las islas comarcanas... y que los traerán y nos darán la mitad de dichos indios que trajeren y que la otra mitad sea para ellos». Para esa época la falta de indios se había agravado, además, por el arribo de numerosos españoles que, igual que sus predecesores, exigían brazos morenos para que los sirvieran y vientres femeninos para que los divirtieran.

Pese a todo, en 1511 se repitió la interdicción, pero ese mismo año se autorizó la captura de caníbales a condición de que no los sacaran de las Indias.

Aunque estas normas admitieran muchas excepciones, y no obstante la lenidad y blandura de la Corona frente a la caza de esclavos indios y su participación como virtual socia en su captura y venta de esclavos, es rigurosamente cierta la afirmación de Konetzke de que «el intento, tan imperfecto, de mantener la esclavitud de los indios dentro de determinados limites legales..., aparece entonces como el primer despertar de la conciencia humana en las colonizaciones de ultramar».[13]

Cuarenta y cinco años después del Descubrimiento, en 1537, el papa Pablo III declara, por fin, que los indios son seres humanos pasibles de bautismo, es decir que tienen alma, a diferencia de los animales.[14]

Sólo en 1542, con las Nuevas Leyes, se prohibió categóricamente la esclavización de los americanos, y siete años más tarde se dispuso la libertad de todos los indios que hubiese en España.

Con todo, fueron necesarios muchos años más para que estas normas se hicieran efectivas, excepto en aquellos sitios, como Chile, donde los españoles se enfrentaban a una feroz resistencia indígena: allí la esclavitud de los indios se prolongó a lo largo de muchos decenios más.

Cuando aparecieron las Leyes Nuevas la conquista estaba llegando a su fin. El período colonial dispuso del ya bien establecido régimen de las encomiendas como sustituto de la esclavitud en lo que se refería a los indios, y de millones de esclavos africanos, considerablemente más eficaces para el duro laboreo de las minas y plantaciones.

13. Richard Konetzke, *op. cit.*

14. Muchos españoles de Indias les negaban la condición humana y asimilaban a los aborígenes a los animales. Bartolomé de Las Casas les recuerda a sus paisanos que, si fuera así, ellos serían culpables de un horrendo pecado, el bestialismo (zoofilia), pues se ayuntaban con sus mujeres.

... PERO LA COSECHA DE MUJERES NUNCA SE ACABA

La pérdida del favor real por parte de los Colón y el temor de los monarcas a las excesivas atribuciones que le habían conferido desde las capitulaciones de Santa Fe, facilitaron la multiplicación de los viajes de exploración y explotación realizados al margen del almirante y sus hermanos.

A partir de 1499 se realizan una serie de singladuras de las que se obtienen oro, perlas, esclavos y poco más. Pero, en general, no resultan buenas empresas comerciales. De un modo u otro, las expediciones acaban incrementando el endeudamiento de los empresarios: los naufragios en algunos casos, los enfrentamientos con los indígenas en otros y, por fin, la intervención de la Corona para llevarse la parte del león dan por tierra con las ilusiones de los inversionistas y de los expedicionarios.

Un ejemplo de ellas es la empresa de Ojeda. Aquel conquistador que, mediante un engaño, había esposado al cacique Caonabó, estaba de regreso en España en 1498. Utilizó sus buenos contactos con el obispo Juan Rodríguez de Fonseca para preparar un viaje a las costas de la actual Venezuela, siguiendo los pasos del tercer periplo de Colón, de cuyos mapas disponía.

En su expedición, que partió del Puerto de Santa María a mediados de mayo de 1499, iban dos hombres célebres: Américo Vespucio, el geógrafo italiano perteneciente a una influyente familia florentina,[1] que involuntariamente daría su nombre al Nuevo Continente, y Juan de la Cosa, también

1. Su bella prima Simonetta Vespucci está admirablemente retratada en *La Primavera* de Sandro Botticelli como figura central del cuadro.

geógrafo y navegante, autor de las mejores cartas de la época.

Recorren la desembocadura del Orinoco, las islas Trinidad, Margarita y Curazao y la península de Guajira. Varias indias de Maracaibo se entusiasman con los extranjeros y se embarcan voluntariamente. Entre ellas, una que se convertirá en la amante del jefe de la expedición, a la cual bautizará con el nombre de su reina. De allí en más, Isabel, paradigma de tantas otras fieles mujeres indígenas, acompañará a Ojeda, un soltero empedernido, hasta el final de sus días.

De regreso, recalan en La Española, donde ya hemos visto a Ojeda enfrentándose con el alcalde mayor Francisco Roldán, que actuaba en nombre del Almirante, mientras trataba de salvar los gastos de su expedición cortando palo brasil y capturando más esclavos[2] para completar el contingente que ya traía de Tierra Firme.

Efectivamente, desde el punto de vista económico, la expedición acabó en un desastre. Pero, a juzgar por los testimonios que dejó Vespucio, él y el resto de sus compañeros se divirtieron bastante en sus andanzas entre los indígenas.

Los aborígenes de Venezuela los recibieron hospitalariamente y sus costumbres no parecieron disgustar al florentino. «El mayor signo de amistad que os demuestran es daros sus mujeres y sus hijas. Y un padre y una madre se tienen por muy honrados si, cuando os traen una hija, aunque sea moza virgen, dormís con ella. Y con esto os dan su mayor prueba de amistad», escribe.

Los hombres de Ojeda y Vespucio no desdeñan los cumplidos. Cerca de Maracaibo, el italiano apunta: «Descansamos allí aquella noche y nos ofrecieron con toda franqueza sus propias mujeres, las cuales nos solicitaban con tanta importunación que apenas podíamos resistirlas.»

Las tierras venezolanas eran pródigas en libertad sexual y en ausencia de celos. Los indios del Orinoco —relata Gonzalo Fernández de Oviedo—[3] «tienen una costumbre en este pueblo de Araucay y otros notables. Es que cuando algún huésped viene a casa de algún indio de éstos, además

2. Vespucio dice que llevaron 200 esclavos que fueron vendidos en Cádiz. Pero como ya lo demostró Navarrete, esa cantidad no hubiera cabido en las naves que llevaban. Tal vez se trate de una errata y hayan sido sólo 20, de los cuales, al menos, 3 hombres y 4 mujeres habían sido capturados en Cumaná y algunos más en Xaraguá.

3. Gonzalo Fernández de Oviedo, *op. cit.*



TIERRA FIRME O CASTILLA DEL ORO
(Istmo de Panamá)
Ruta del Descubrimiento de la Mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa

(En versales: nombres de los caciques que dominaban en cada región [1510-1520].)

de darle de comer como amigo lo mejor que él puede, le da la más hermosa de sus mujeres [para] que duerma con él y [le ofrece] otro bohío apartado en que se agasaje y huelgue con ella. Y si cuando parte, ella se quiere ir con el huésped, es a elección de ella, sin que su marido se lo estorbe; y si se quiere quedar como primero estaba, no es por eso peor tratada ni mal mirada; antes parece que ha hecho un gran favor a su marido, obligándolo a que mucho más la quiera, tanto por haber cumplido con el amigo su huésped como en no haberlo negado a él por el otro nuevo conocimiento».[4]

La falta de celos y el apasionamiento de las mujeres configuran un paraíso que parecía salido de una ensoñación erótica, al menos para los visitantes. Vespucio, hablando de los nativos de la península de Paria, confirma que «son poco celosos pero lujuriosos en extremo, en especial las mujeres, cuyos artificios para satisfacer su insaciable liviandad no refiero por no ofender el pudor».

Es de lamentar la discreción de Vespucio. Pero lo que él llama «artificios para satisfacer su insaciable liviandad», sólo deben de haberle sorprendido a él y a sus compañeros que provenían de una sociedad donde la sexualidad era una actividad culpabilizadora, «sucia», secreta y plagada de tabúes que a los nativos les hubieran provocado risa.

Esos indios tenían pocas limitaciones al placer sexual: a lo sumo la interdicción universal del incesto que les impedía ayuntarse con madre, hermanas, hijas. Por lo demás, tomaban cuantas mujeres podían sustentar. Los caciques «tenían seis o siete mujeres y todas las más que querían tener», narra Oviedo. «Una era la más principal y la que el cacique más quería y a quien más caso se hacía. Comían todas juntas. Y no había entre ellas rencillas ni diferencias, sino que todo era quietud e igualdad y sin rifar pasaban la vida debajo del mismo techo y junto a la cama del marido. Lo cual parece cosa imposible y no concedida sino solamente a gallinas y ovejas, que con un solo gallo y con un solo carnero muchas de ellas, sin mostrar celos ni murmurar, se sostienen.» Para Oviedo cualquier otra moral sexual que no fuera la suya tenía que ser propia de bestias.

4. Coincide con la descripción de Francisco López de Gómara, *Historia general de la Indias* (Barcelona, 1954), al referirse a los indios de Cumaná: «Las doncellas van completamente desnudas..., nada les importa la virginidad. Los señores y ricos hombres toman cuantas mujeres quieren; dan al huésped que viene a su casa la más hermosa; los otros toman una o pocas.»

Por su parte, las mujeres deben de haberse sentido fascinadas por esos hombres tan diferentes. «Manifestáronse sobradamente aficionadas a nosotros», apunta Vespucio con evidente satisfacción. Si la Conquista de América la hubieran hecho los italianos en lugar de los sosos, secos, austeros castellanos de la época, el resultado de la aventura militar seguramente no habría sido la misma, pero las crónicas hubiesen sido deliciosas.

Ojeda regresará a la tierra de su concubina en 1502, en un intento más de resarcirse de las pérdidas de su anterior viaje. Va provisto de un nuevo tipo de capitulación, en la que se le otorga la venia para asentarse y el título de gobernador. Lo autorizan a apoderarse de todo, inclusive de «monstruos, animales o aves de cualquier naturaleza», pero no de «esclavo ni esclavos algunos sin licencia y mandado de Sus Altezas». Van en cuatro carabelas, al mando de su sobrino Pedro de Ojeda, de sus socios Juan de Vergara y García de Ocampo y de Hernando de Guevara, el yerno de Anacaona, capitán de la *Santa Ana* y «veedor de los reyes de la tierra defendida de las Perlas».

La expedición padece de todos los males habituales, pero sobre todo de falta de bastimentos por la agresividad defensiva de los naturales que ya habían tenido penosas experiencias con los extranjeros. Ojeda envía a Vergara a buscar víveres a La Española y mientras tanto funda en la costa de Guajira un efímero asentamiento: Santa Cruz.

Donde se encuentra actualmente la ciudad venezolana de Coro, luchan contra los indígenas y capturan algunas indias para Vergara y Ocampo que estaban sin compañía, mientras que Ojeda llevaba a su leal Isabel. Los indios consiguen rescatar algunas de sus mujeres que les sobraban a los españoles, cambiándolas por oro.

Después de casi cuarenta días de espera, Vergara no aparece. Mandan en una de las naos al piloto Juan López a buscarlo, con instrucciones de que si no lo halla debe volver al lago Maracaibo y desde allí navegar al cabo de Vela, «donde permaneceréis siete u ocho días por amor de Isabel [de allí era la india] y trabajad por saber lo de las perlas».

Vergara llega finalmente con bastimentos, pero sus socios están indignados con Ojeda. Lo hacen descender al fondo de la nave para mostrarle las provisiones y allí aprovechan para reducirlo y engrillarlo. Cuatro meses más tarde parten todos para Santo Domingo después de destruir y despoblar Santa Cruz.

Durante más de un año pleitean los socios hasta que Ojeda es absuelto. En 1508 la reina Juana nombra a Ojeda capitán y gobernador de Urabá. A Diego Nicuesa le da el mismo cargo en una gobernación vecina, la de Veragua, en el actual Panamá. Y esta vez los autoriza a capturar esclavos en Cartagena, isla San Bernabé, isla Fuerte, donde se suponía que había caníbales, para venderlos en La Española.

Pero Ojeda no tiene fondos para montar su expedición y parte a Santo Domingo. Allí se encuentra con su viejo compañero, el cántabro Juan de la Cosa, quien desde su último viaje juntos no había parado: en 1500 había viajado a América con Rodrigo de Bastidas, cuatro años más tarde con Juan de Ledesma y otra vez con Bastidas en 1507, en expediciones de rescate de oro y esclavos.

Asociado con el navegante santanderino, en 1509 sale Ojeda rumbo a su gobernación. Con él iba un todavía joven aventurero que se volvería célebre en sus años maduros: Francisco Pizarro. Y en La Española quedan en tierra dos soldados voluntarios extremeños que, por diversas razones, no pueden embarcarse pese a sus deseos: un tal Hernán Cortés, por culpa de una herida en la rodilla, y Vasco Núñez de Balboa, endeudado hasta la coronilla y, por ello, impedido legalmente de salir de la isla.

Hambre, fiebres, calores insoportables e indios aguerridos que no les daban respiro sufren en el istmo los expedicionarios. En el asalto al pueblo indio de Calamar (febrero de 1510, donde actualmente está Cartagena de Indias), Ojeda manda quemar una choza llena de indios que se dan a la fuga. Juan de la Cosa va a perseguirlos, pero los naturales contraatacan y matan a casi todos, incluso a De la Cosa.

Diego de Ordaz —otro que se hará famoso en la conquista de México— corre a avisar a Ojeda del desastre. El capitán está en ese momento rodeado de indios, luchando en la orilla izquierda del río Magdalena. Con su extraordinaria agilidad y audacia, Ojeda rompe el cerco espada en mano y alcanza a llegar donde su socio ha caído: encuentra su cadáver hinchado por el veneno de las flechas que le atraviesan el cuerpo por todos lados junto a setenta españoles muertos.

Llegan extenuados a la costa después de atravesar cinco leguas (25 kilómetros) y allí divisan la flota de Nicuesa, a cuyos hombres piden ayuda para castigar a los indios. Con trescientos hombres y algunos jinetes realizan una terrible matanza en represalia y cogen un buen botín, del que Nicuesa, caballerosamente, no quiere participar.

Ojeda vuelve a embarcarse con los hombres que le quedan y viaja 180 kilómetros hasta el golfo de Darién, sede de su gobernación de Urabá. Allí funda San Sebastián, el santo martirizado con flechas, que debían constituir entonces la obsesiva pesadilla de los conquistadores.

El socio de Ojeda y De la Cosa, el licenciado Martín Fernández de Enciso, debía llegar con naves repletas de víveres desde Santo Domingo. Pero no aparecía para calmar el hambre desesperante que sufría la mesnada de Ojeda. Las salidas que hacían del fuerte San Sebastián obtenían poco provecho por el hostigamiento permanente de los indígenas. Para éstos también era una frustración no conseguir acabar con los extranjeros. Por fin, traman una estratagema: emboscan a cuatro diestros arqueros tras unos árboles junto al fuerte y aparecen ellos, sin armas, en actitud de querer parlamentar. Ojeda cae en la trampa: sale confiadamente y una flecha envenenada con curare le atraviesa el muslo.

Rápidamente ordena que le apliquen el único remedio que puede salvarlo de una muerte inmediata: con dos planchas de hierro al rojo en los dos orificios de la herida le queman hasta el hueso. Luego tuvieron que emplear un barril de vinagre para aliviar (?) los ardores de la escabechina, pero el infatigable capitán salva la vida.

El traspié convence a Ojeda de que debe regresar a buscar ayuda. Toma sus esclavos y esclavas de guerra y siete mil castellanos de oro que había obtenido y marcha a Santo Domingo, dejando a Francisco Pizarro al frente de la guarnición.

Al llegar a La Española cuenta grandezas y oculta sus increíbles sufrimientos. Setenta aventureros perseguidos por sus deudas e incapacitados de salir de la isla de La Española por ese motivo, entusiasmados por los relatos, asaltan a un comerciante genovés que andaba por la isla, le roban la nave y marchan hacia San Sebastián, al mando de Bernardino de Talavera. Ojeda va tras de ellos. Pero llegan, e inevitablemente la banda de forajidos descubre la verdad. Indignados, se alzan y engrillan a Ojeda, el autor de tantas mentiras.

Emprenden viaje de regreso con su prisionero rumbo a La Española, pero los vientos los llevan a Cuba. Allí los esperan incontables sufrimientos; con Ojeda maniatado, anduvieron un centenar de leguas (500 kilómetros) por ciénagas interminables y manglares hasta que consiguieron lle-

gar a tierras de los indios de Cueyba, que los auxiliaron. Diego de Ordaz va en una canoa a buscar ayuda a la isla de Jamaica, donde estaba Juan de Esquivel. Pánfilo de Narváez es enviado a rescatar a Ojeda, a Talavera y a sus hombres.

En Santo Domingo le aguarda a Ojeda un largo pleito, donde se lo acusa de perpetrar las barbaridades que Talavera había hecho mientras él era su prisionero. Aquí terminan las andanzas del célebre Ojeda: para purgar sus innúmeros pecados se hace monje franciscano y en 1515 morirá de una dolencia en Santo Domingo, a los cuarenta y cinco años de edad, después de una corta pero intensa vida, clara expresión del *vivere pericolosamente*.

Los hombres de San Sebastián, mientras tanto, esperan a Ojeda a lo largo de casi dos meses, hasta que deciden embarcarse en dos naves, abandonando la fundación, al mando de Pizarro y de Valenzuela. La de este último zozobra y todos sus ocupantes perecen ahogados.

Pizarro con cuarenta hombres sigue viaje a la bahía de Calamar, donde se encuentra con Fernández de Enciso y sus provisiones. En la nave de este último viaja en calidad de polizonte otro personaje que pronto se volverá célebre: Vasco Núñez de Balboa.

Enciso consigue capturar a una bella joven india que se jactaba de haber matado a muchos cristianos y que pasa a convertirse en su concubina.[5] Como alcalde mayor de la expedición, toma las riendas y ordena volver a San Sebastián. Sus hombres le ofrecen todo el oro que han rescatado a cambio de que regresen a La Española, pero el licenciado no cede. La suma de desgracias no acaba: el barco de Enciso encalla en el golfo de Urabá y se pierden todas las provisiones. Además, descubren bien pronto que los indios han incendiado San Sebastián.

Agotadas las provisiones de Fernández de Enciso recomienzan las hambrunas, y a eso se suma el hostigamiento de los indígenas con sus temibles flechas envenenadas: bastaba una pequeña herida producida por ellas para acabar con la víctima en pocos minutos.

Vasco Núñez de Balboa no era un novato en las Indias. Había venido en la expedición de Rodrigo de Bastidas en 1500. Sabía que del otro lado del río que servía de límite

5. Kathleen Romoli, *Vasco Núñez de Balboa, descubridor*, Madrid, 1955.

entre la jurisdicción de Ojeda y la de Nicuesa, los indios no empleaban flechas emponzoñadas. Propone cambiar el asentamiento —aun a costa de meterse en la jurisdicción de Nicuesa—, y poco después, en la otra orilla, fundan La Guardia, que acabará llamándose Nuestra Señora de La Antigua porque los conquistadores se encomiendan a esa advocación de la Virgen antes de ganar la primera batalla contra los indígenas liderados por el cacique Cemaco. El combate les deja un botín de 10 000 castellanos, víveres y un buen número de esclavos para vender en La Española y de esclavas para alegrar las noches de los ciento ochenta fundadores de La Antigua. Luego se lanzan alegremente a realizar un «acto de purificación» que será frecuente en el Darién: capturan y ejecutan a muchos indios homosexuales, algunos de ellos travestidos con las enaguas que usaban las mujeres indígenas. «Cuando tomé Darién —dice Enciso—, los apresamos y los quemamos, y cuando las mujeres vieron que los quemábamos se ponían muy contentas.»

Es bastante improbable que las indias vieran como competidores a los homosexuales: el comentario es atribuible, más bien, a las fantasías del bachiller al respecto. La homosexualidad masculina, que, en ocasiones, iba acompañada de la adopción de los roles sociales femeninos por parte de los varones invertidos, estaba muy difundida entre las comunidades indígenas del istmo. Era tolerada y aceptada sin mayores prejuicios por hombres y mujeres.

Por el contrario, para los cristianos «el pecado nefando» constituía una atrocidad digna del mayor ensañamiento. Obviamente no faltaban los casos de prácticas homosexuales en la sociedad española ni entre la tropa castellana. Pero el asunto despertaba las iras de jefes y soldados, que se apresuraban en todos los casos a asesinar a los homofílicos (o a los sospechosos de serlo), por métodos particularmente crueles, tal vez como un modo inconsciente de liquidar dentro de sí mismos a sus propios fantasmas homosexuales, afirmando simultáneamente la fantasía de masculinidad químicamente pura que constituía su ideal.

Balboa ya había mostrado sus dotes de mando y su talento para el liderazgo, cuando se lo disputa a Enciso, un hombre impopular por su excesivo autoritarismo e insensatez manifiesta. En asamblea, los hombres eligen autoridades del ayuntamiento y nombran a Balboa coalcalde de la ciudad, junto a Benito Palazuelos.

Todos saben que están en Veragua, la jurisdicción de Nicuesa, dentro de la cual los poderes de Enciso son nulos. Como «el trigo siempre crece más alto en el campo del vecino», los de La Antigua creen que Nicuesa lo está pasando mucho mejor que ellos y que es un jefe más rico y poderoso que Ojeda-Enciso. Someterse a él no sólo es un modo de legalizar la situación anómala de la fundación, sino encontrar quien los proteja.

Van en busca de Nicuesa, que atraviesa por penurias peores que las de La Antigua. Realizan negociaciones llenas de duplicidad e invitan a Nicuesa a que vaya a La Antigua a tomar el mando. Pero Balboa y el bachiller Enciso abandonan su encono y, ante el adversario exterior, se unen e impiden su desembarco, obligando a Nicuesa a dirigirse a Santo Domingo para intentar resolver el pleito jurídicamente. Pero nunca llegará allí: naufraga en el viaje y pierde su vida y los importantes tesoros que había acumulado.

Enciso, por su parte, se siente acorralado y decide partir, en abril de 1511, a La Española a reclamar el cargo de gobernador. El antiguo polizonte, Balboa, queda como jefe de La Antigua, respetado y querido por sus hombres.

PEZONES DE ORO

¿Quién era ese extraño personaje salido poco menos que de la nada y que se había encumbrado tan rápidamente? No se sabe a ciencia cierta cuándo nació, pero se supone que fue en 1475, en la provincia de Badajoz, en casa de una familia probablemente hidalga de remoto origen gallego: su apellido, en lengua galaico-portuguesa, equivale al castellano Valbuena o Buen Valle y seguramente su familia provenía de la repoblación con familias gallegas que se hizo en la primera mitad del siglo XIII de la ciudad de Jerez de los Caballeros, reconquistada a los moros.

Poco o nada se conoce de su infancia. En los años mozos entró como paje del señor de Moguer, Pedro Portocarrero, *el Sordo*. Instalado en la costa onubense, no le costará mucho al joven Vasco Núñez —un hábil espadachín de veinticinco años— sentirse tentado por la aventura americana. En marzo de 1501 se embarca en la expedición de Rodrigo de Bastidas, notario de Triana, que llevaba como piloto a Juan de la Cosa.

La expedición por Tierra Firme (la costa atlántica centroamericana) es un fracaso y Vasco Núñez acaba recalando en Santo Domingo o La Española. El comendador de Lares, Nicolás de Ovando, gobernador de la isla, probablemente por méritos militares en la represión que desencadenó tras la matanza de Xaraguá, le dio a Balboa algunas tierras y un repartimiento de indios en Salvatierra de la Sabana, ubicado en el rincón noroeste de la isla. Pero Álvar Núñez no tiene vocación de hacendado y lo único que consigue a lo largo de los siete años que permanece en La Española es llenarse de deudas.

Intenta ser aceptado como voluntario en la expedición

de Ojeda, pero no lo consigue. Por fin, cuando la nave de Fernández de Enciso recala en la isla, Vasco Núñez de Balboa, con la complicidad de tripulantes amigos, logra esconderse en un barril de harina (o en una vela de la nave, según otra versión) y ser izado a bordo. Sus amigos se habían ocupado de colar a su bien más preciado junto con su espada: *Leoncico*, su perro de guerra.

Cuando ya en alta mar Balboa sale de su escondite, el licenciado Enciso pretende castigarlo abandonándolo en alguna isla desierta. Seguramente teme que, de lo contrario, puede tener que hacerse cargo de las deudas del polizonte por haberlo ayudado a quebrantar la ley. Pero no hay ningún islote a la vista y sus hombres lo convencen de que Balboa es hombre de armas y le puede resultar muy útil.

Enciso se desencontrará con su jefe Alonso de Ojeda, como ya hemos visto. Balboa es un individuo con carisma. Rubio, fuerte, dotado de capacidad de mando, excelente esgrimista y con buenas dotes diplomáticas, rápidamente se impone por gravitación natural frente al leguleyo Enciso, un personaje arbitrario, psíquicamente inestable que, como tantos otros, esconde su profunda inseguridad personal detrás de gestos de autoritarismo que irritan a sus hombres. Además, Núñez de Balboa conoce la región. Cuando su consejo de abandonar San Sebastián y trasladarse a la otra orilla del golfo de Urabá resulta providencial para salvar a los hombres de Enciso y a los que Ojeda había dejado al mando de Pizarro, su autoridad crece y se impone.

Poco después de la oportuna partida de Fernández de Enciso, Balboa se dirige con su mesnada a tierras del cacique Careta (cuyo verdadero nombre era Chimú). Sigue con él, lo mismo que con otros jefes indígenas, una eficaz política de amedrentamiento por un lado y de pacificación diplomática por el otro que consigue excelentes resultados: obtiene de ellos oro y víveres y los neutraliza militarmente. Los indios dan a Balboa el título de *tibá* o gran jefe. Chimu será durante varios años su leal y consecuente aliado y, para refrendar esa amistad, entrega a Balboa una de sus hijas, cuyo nombre no registran, lamentablemente, las crónicas (algunos la llaman, líricamente, *Anayansi*), pero que tendrá una importancia insospechada en el destino del extremeño. La criatura era de tan corta edad que entró primero como pupila en casa de Balboa en La Antigua hasta que, a los pocos años, se convirtió en una joven hermosa y pasó a los aposentos del conquistador como su principal concubina.

Chimú y Balboa se unen para derrotar a un tercer cacique vecino, Ponca, con lo que consigue atemorizar a otro poderoso jefe indio, Comagre, que renuncia a la guerra y le tributa en alimentos, oro y servidores. Su hijo mayor, Panquiano, le da las primeras noticias de la existencia de un mar en el sur, región donde —le dice— hay también grandes cantidades de oro. En parte al menos, esas informaciones parece que apuntaban a quitarse de encima a los españoles aprovechando la desmesurada codicia que exhibían.

Balboa, a lo largo de los dos años siguientes, logra organizar la colonia de La Antigua, acumular grandes cantidades de oro, de servidores y concubinas y mantener controlados a los jefes aborígenes. Una india, bautizada con el nombre de Fulvia, que formaba parte del serrallo de Balboa, le salva la vida a él y a la población de La Antigua, denunciando una poderosa conspiración de los indios para acabar con los invasores. Fulvia no será la única india que, por amor y devoción a algún español, no duda en traicionar a los suyos: la misma historia se repite a lo largo de todo el Continente durante los primeros decenios de la Conquista.

Los cristianos comienzan por fin a resarcirse de muchos años de penurias infinitas y fracasos sucesivos. Vencidas las dificultades del hambre y las flechas envenenadas, pueden ahora gozar de la acumulación de perlas y de oro. Y, naturalmente, de mujeres, que, según la descripción de los cronistas, resultan especialmente apetecibles.

Son hembras coquetas, limpias («se bañan muy a menudo cada día»), sensuales, lascivas que, no bien pasada la niñez, en cuanto comienzan a madurar sexualmente, «se tornan bestiales y diabólicos ellos y ellas en el curso venéreo», dice el pacato de Fernández de Oviedo.

Muchas mujeres solían renunciar a la maternidad en sus años mozos para mantenerse sexualmente atractivas mediante prácticas abortivas «porque dicen ellas que las viejas han de parir, que ellas no quieren estar ocupadas para dejar sus placeres, ni preñarse para que, en pariendo, se les aflojen las tetas, de las cuales se precian en extremo y las tienen buenas», describe Oviedo, que personalmente no era nada afecto al trato con las aborígenes.

Recurrían a un artilugio para mantener su busto erguido: «Se ponían una barra de oro atravesada en los pechos, debajo de las tetas, que se las levanta, y en ella algunos pájaros y otras figuras de relieve, todo de oro fino, que por

lo menos pesaba ciento cincuenta y aun doscientos pesos una barreta de éstas»,[1] dice Oviedo con agudo ojo clínico de veedor profesional.

«Esta invención de estas barras de oro para levantar las tetas es primor y usanza de las mujeres principales del golfo de Urabá.» Resulta razonable imaginar que el vigor visual de los pechos de las indias desapareció con la llegada de los españoles que se abalanzarían por igual sobre tetas y alzatetas, conjunción ideal para la codicia y la lujuria de los cristianos.

Tanta coquetería tenía una explicación: los indios carecían de una institución como el matrimonio indisoluble católico que permite adquirir de una vez para siempre a un hombre (o a una mujer) a quien ya no es necesario seguir seduciendo. Entre los aborígenes de lo que es hoy territorio de Panamá, Costa Rica y Nicaragua, no sólo imperaba la poligamia irrestricta (especialmente entre las clases dominantes: el cacique Tamaname, por ejemplo, tenía dos esposas y ochenta concubinas), sino también la total inestabilidad matrimonial, que, una vez más, escandaliza a Oviedo: «Algunas veces dejan las mujeres que tienen y toman otras, y aun las truecan unas por otras, o las dan en precio de otras cosas.» «Son viciosos de la carnalidad, y hay putos», dice sucintamente López de Gómara.[2]

No estaban las indias acostumbradas a amar hasta que la muerte las separara. «Si conocen a algún cristiano carnalmente —apunta Oviedo—, guárdanle lealtad, si no está mucho tiempo apartado o ausente, porque ellas no tienen como propósito ser viudas ni castas religiosas.»

Al mismo tiempo, los indios de la provincia de Cueva (Panamá) mantenían un sistema de prostitución bastante bien organizado, de entre las que solían sacar las mujeres para regalar a los cristianos. Esto, dada la experiencia de las hetairas indias, justificaba la sorpresa de los españoles ante sus refinados recursos sexuales.

Oviedo lo sugiere cuando reconoce que «comúnmente en Cueva son buenas mujeres de sus personas, aunque no faltan otras que de grado se conceden a quien las quiere, y son muy amigas de los cristianos las que con ellos han teni-

1. Un peso de oro o un castellano de oro equivalía a la centésima parte de una libra castellana y a la cincuentava parte de un marco de oro: 4,6 gramos. De modo que los sostenes pesarían entre 700 y 900 gramos.

2. Francisco López de Gómara, *op. cit.*

do alguna conversación, porque dicen que son amigas de hombres valientes y ellas son más inclinadas a hombres de esfuerzo que a los cobardes, y conocen la ventaja que hacen a los indios. Y quieren más a los gobernadores y capitanes que a los otros inferiores, y se tienen por más honradas cuando alguno de los tales las quiere bien».

La molicie, a la que son tan proclives los españoles en épocas de bonanza, se veía favorecida por la facilidad y encanto de las mujeres indígenas que abundaban para los españoles en La Antigua. Balboa, cuando acusa ante el rey Fernando V a Nicuesa y a Ojeda, lo señala claramente: «Ambos tenían tanta presunción y fantasía en sus pensamientos que se creían señores de la tierra y que desde la cama han de mandar la tierra y gobernar lo que es menester. Y ellos así lo hicieron y desde que acá se hallaron creyeron que no había más que hacer que darse a un buen vicio», el de la carne, naturalmente.[3] Y esto lo afirma quien no se distinguió, precisamente, por su continencia.

Las noticias sobre el bienestar de la colonia de La Antigua y la buena administración de Balboa llegan a oídos del rey mucho más tarde que las intrigas en contra del alcalde y gobernador del Darién tramadas principalmente por Fernández de Enciso. Balboa no tiene fortuna con los procuradores que manda a la corte para que lo defiendan ante el rey: lo traicionan o se ven impedidos de cumplir sus misiones. De modo que en la Corona se piensa seriamente en mandar un gobernador para reemplazarlo.

Mientras tanto, en setiembre de 1513, el capitán de La Antigua se lanza con ciento noventa españoles y ochocientos indios a la tarea de atravesar de norte a sur el istmo, superando escarpadas cadenas montañosas, para ir a descubrir la mar de la que le habían hablado. Quería realizar una proeza que, a los ojos del monarca, justificara que se le concediera la gobernación de la tierra que había contribuido tan eficazmente a dominar para la Corona. Su marcha hacia la mar del Sur se ve favorecida por las buenas relaciones que mantenía con los caciques que encuentra a su paso.

Antes de alcanzar la cumbre desde donde divisará el

3. Fernández de Oviedo, años más tarde, cuando pierde a su segunda esposa en Santa María de La Antigua se lamenta de su viudedad, que le impide satisfacer su deseo: «Vivir en el estado matrimonial, como cristiano, [pues] no era acostumbrado a las mancebas que mis vecinos tenían [y aun algunos duplicadas].» *Op. cit.*

océano Pacífico, se enfrenta militarmente con Torecha, señor de Cuareca, al que pone en fuga. En casa del cacique, tras la batalla, encuentra al hermano del jefe indio y a otros dos personajes de alcurnia vestidos con enaguas de mujer: eran *camayoas*, en lengua indígena, sodomitas, «que no solamente en el traje, sino en todo, salvo en parir, era(n) hembra(s)», dice Francisco López de Gómara del hermano del cacique. Balboa ordena su rápida ejecución: «Aperreó... a cincuenta putos que halló allí, y después los quemó, informando primero de su abominable y sucio pecado. Conocida en la comarca esta victoria y justicia, le traían muchos hombres de sodomía para que los matase. Y, según dicen, los señores y cortesanos usan aquel vicio, y no el común; y regalaban a los alanos, pensando que de justicieros mordían a los pecadores; y tenían por más que hombres a los españoles, pues habían vencido y muerto tan pronto al cacique Torecha y a los suyos.»[4]

Un destino similar tendría el cacique Pacra, derrotado por Balboa después del descubrimiento de la mar del Sur, a quien los cronistas describen como un ser monstruosamente feo, sucio y «grandísimo puto, y que tenía muchas mujeres, hijas de señores, por fuerza, con las cuales usaba también contra natura».[5] Fue sometido a tormento para que dijera dónde tenia el oro, pero el cacique no habló, de modo que finalmente le echaron los perros y sus restos fueron quemados por sus torturadores. De nuevo López de Gómara asegura que «este castigo agradó mucho a todos los señores y mujeres comarcanas».

Mejor suerte tuvo uno de los caciques cuyas tierras, de regreso a La Antigua, invadieron los españoles: Tumanama, al que pillaron en su casa con ochenta concubinas que, al parecer, no eran sus únicas compañeras de lecho. López de Gómara dice que obraba «tan contra natura» como Pacra: «Aunque no tan públicamente, vivía con hombres y mujeres.»

4. La referencia a los usos de los señores y cortesanos que prefieren el coito anal al «común», hace mención de la difundida práctica entre los indígenas americanos, en general, de la penetración anal, también, en las relaciones heterosexuales. La cultura mochica que floreció en el norte del Perú hasta el siglo IX dejó testimonios inequívocos de esos usos en varios huacos que se conservan en el Museo Nacional de Antropología y Arqueología de Lima y en colecciones particulares. De la única práctica sexual de la que no existe testimonio en la América indígena es del *cunnilingus*.

5. Francisco López de Gómara, *op. cit.*

Pero Balboa «más lo quería vivo y amigo que muerto». Por razones políticas los vicios contra natura de Tumanama fueron juzgados menos nefandos. El capitán español le ahorró sus alanos al cacique y éste le retribuyó dándole a uno de sus hijos para que lo criaran los españoles.

Tras celebrar cristianamente la Navidad de 1513 en tierras de Tumanama, los soldados de Balboa, «por perpetuar con ellos [los indios] la amistad le tomaron, según dicen algunos, mucha cantidad de oro y mujeres por fuerza».

Núñez de Balboa fue recibido con todos los honores en La Antigua, a la que llegó con cien mil castellanos de oro, perlas, cautivos y hembras. Repartió el metal precioso y los esclavos entre sus hombres, «después de apartada la quinta parte para el rey y, como era mucho, alcanzó a todos, aun más de quinientos castellanos a *Leoncillo*, perro, hijo del *Becerrillo* el del Borinquen, que ganaba más que un arcabucero para su amo Balboa; pero bien lo merecía, según peleaba con los indios»,[6] sobre todo devorando carne de homosexuales.[7]

Enterado el rey, varios meses más tarde, de la proeza de Balboa, lo nombró «adelantado de la mar del Sur y del gobierno de las provincias de Panamá y Coiba... debajo y so la gobernación de Pedro Arias Dávila». Pero su estrella comenzaba a declinar. Víctima de las insidias de Enciso y de sus otros enemigos en la corte, y de la lentitud de las comunicaciones, la gobernación de Urabá, que le hubiera correspondido por sus méritos indudables, le sería negada para siempre. Mientras Balboa hacía su viaje descubridor a la otra orilla del istmo de Panamá, en España la Corona nombraba a otro hombre sin ninguna experiencia americana para dirigir los destinos del asentamiento en Tierra Firme.

Muy poco después de la llegada de regreso a La Antigua del descubridor de la mar del Sur, azote y martillo de indios sarasas, zarpaba, en abril de 1514, con rumbo al golfo

6. Ibídem.

7. «De estos perros que emplean en los combates se refieren cosas maravillosas: se tiran a los indígenas armados lo mismo que a fugaces ciervos o jabalíes cuando se los azuza. Acaeció a veces no ser necesario usar las espadas, flechas ni otros dardos para derrotar a los enemigos que salían al encuentro, pues en haciéndoles señal y soltando a los perros que iban delante del escuadrón, aterrorizados por la torva mirada y los inauditos ladridos de los perros, vacilaban y abandonaban la pelea y las filas, asombrados de la prodigiosa invención.» Pedro Mártir de Anghiera, *op. cit.*

de Urabá la armada con el nuevo gobernador de Castilla del Oro (nombre que, finalmente, había recibido la región), Pedro Arias Dávila, conocido como Pedrarias, tal vez el más cruel y siniestro alto funcionario español enviado a América en los primeros años de la Conquista, lo que no es poco decir.

Iba al frente de una poderosa flota, sin precedentes por su importancia, entre las enviadas a América hasta entonces: más de dos mil hombres con pertrechos y herramientas, animales y especies vegetales para aclimatar, demostraban el interés de Fernando el Católico por consolidar su nueva adquisición territorial.

Entre los nuevos viajeros de Indias estaba quien se volvería célebre por su colosal obra histórica sobre los primeros años de la Conquista: Gonzalo Fernández de Oviedo,[8] como funcionario real. Y otros personajes cuyos nombres también adquirirían fama: Hernando de Soto, futuro capitán de la hueste perulera, descubridor del Mississippi y yerno de Pedrarias; Sebastián del Belalcázar, conquistador del reino de Quito; Diego de Almagro y Hernando Luque, socios de Pizarro en la conquista del Perú; Bernal Díaz del Castillo, soldado de Cortés y cronista de la proeza en tierras de

8. Era el primer viaje a América del mayor cronista oficial de la Conquista. Este madrileño de treinta y cinco años iba con el cargo oficial de veedor de las fundiciones de oro, el funcionario real encargado de controlar que se separara la parte correspondiente al monarca en las remesas de metal precioso que se hacían a España. Igual que tantos otros, había estado en las guerras de Italia como soldado del rey de España y del duque de Milán, había servido al rey Fadrique de Nápoles hasta que Francia y España se repartieron ese reino. Se casó con Margarita de Vergara, reputada como la belleza mayor de Toledo en aquellas épocas, pero enviudó tempranamente. Su primera estancia en América duró sólo un año. Cuando regresó a España volvió a contraer matrimonio, y más tarde, nuevamente viudo, se casaría por tercera vez. Consigue que le den la gobernación de la provincia de Santa Marta, a la que quiso convertir en feudo de la Orden de Santiago. Ante la oposición del Consejo de Indias, dimitió. En 1519 es nombrado regidor perpetuo de Nuestra Señora de La Antigua. Fue, además, escribano general de la provincia del Darién y receptor por Su Majestad de las penas de Cámara. Posteriormente llegó a ser gobernador de Cartagena de Indias, cargo que ejerció con especial brutalidad. En 1532 fue nombrado cronista general de Indias y un año más tarde recibe el cargo de alcaide interino de la fortaleza de Santo Domingo. Murió en Valladolid a los setenta y ocho años. Oviedo y su monumental obra representan el punto de vista más etnocéntrico y conservador de la Conquista. Fue enemigo a muerte de fray Bartolomé de Las Casas. Pedrarias, supuestamente, mandó apuñalarlo y casi fenece del atentado. Su obra fue impresa por orden imperial en Toledo en 1526.

México; Francisco de Montejos, conquistador de Yucatán; fray Juan de Quevedo, primer obispo de Tierra Firme; Pascual de Andagoya, cronista y primer explorador del Panamá meridional.

Una muestra de su talante lo dio Pedrarias cuando, tras la singladura atlántica, llegó con su poderosa armada a la isla Dominica, donde los barcos recalaron para aprovisionarse.

A la hora de zarpar, faltaban varios hombres de la tripulación. El último en reaparecer, un tal San Martín, criado de Pedrarias a lo largo de los últimos catorce años, recibió una regañina considerable. Respondió que prefería quedarse con los indios caribes de la isla antes que seguir en la armada: era un espontáneo español aindiado más, de entre los muchos que se dejaron seducir por la vida americana. Pero su confesión, que debe de haber sido vista como una traición a los suyos, le valió que Pedrarias, sin consideración alguna, ni siquiera al hecho de que era un viejo servidor suyo, mandara ahorcarlo de un árbol.

El impiedoso funcionario recién llegado al Nuevo Continente debe de haber creído que había que ejemplarizar con quienes pretendían «pasarse al enemigo».

En Santa Marta (actual Colombia) los hombres de la armada sostuvieron una escaramuza con los indios, en la que consiguieron cobrar numerosas mujeres. Un esclavo negro del cronista y veedor, Gonzalo Fernández de Oviedo, encontró, oculta entre unos matorrales, a una bella «princesa» india de unos dieciséis o diecisiete años, completamente desnuda, de piel muy clara. Se la llevó a su amo. A Oviedo le llamó la atención por sus aires de dignidad y de orgullo. Los otros cautivos la trataban con exagerada deferencia como si fuese realmente una princesa.

Si no lo era, merecía haberlo sido: la adolescente fue llevada a La Antigua, donde murió de pena a los pocos meses, incapaz de soportar el cautiverio.

SEÑORES DE HORCA Y CUCHILLO

Balboa acata el nombramiento de Pedrarias y lo recibe en Santa María de La Antigua modestamente vestido pero con todos los honores. La apariencia de los hombres de la colonia contrastaba notoriamente con el lujo principesco que exhibían Pedrarias, su mujer, Isabel de Bobadilla, y sus oficiales. Desde el primer encuentro se planteará una rivalidad a muerte entre los dos hombres, sobre todo de parte de Pedrarias, que veía en Balboa a un competidor aventajado.

A poco de llegar le inicia juicio de residencia al descubridor del mar del Sur y a sus oficiales y los mete presos. Se los acusaba de haber perjudicado a Enciso y de haber expulsado a Nicuesa, provocando su muerte en naufragio. De lo primero se librará Balboa mediante el pago de una fuerte multa, pero el segundo cargo quedará pendiente sobre su cabeza.

El desgobierno de Pedrarias, el aumento desmedido de la población con la llegada de los miembros de la armada del gobernador y una dura estación de lluvias hicieron reaparecer pronto el hambre, las enfermedades y la desazón generalizada en La Antigua. Los indios, exprimidos hasta la saciedad y maltratados por los capitanes de Pedrarias, se declararon en rebeldía: «A los seis meses del desembarco de Pedrarias en Santa María La Antigua no quedaba ni un solo cacique amigo en Cueva.»[1] Los españoles morían famélicos por las calles mientras pedían, con sus últimas fuerzas, que les dieran pan. «Nunca parece que se vio cosa igual, que personas tan vestidas de ropas ricas de seda, y

1. Kathleen Romoli, *op. cit.*

aun parte de brocado, se cayesen a cada paso, muertas de pura hambre», dice Bartolomé de Las Casas.[2]

Los capitanes de Pedrarias se lanzaron a una encarnizada política de despojo y devastación de los indígenas con la cual se destruyeron los resultados de los esfuerzos pacificadores de Balboa.

Juan de Ayora, teniente de gobernador de Pedrarias, es el arquetipo del conquistador psicópata, desalmado, dispuesto a enriquecerse rápidamente a cualquier precio. Fue el jefe de la primera gran entrada ordenada por Pedrarias. Se puso al frente de tres capitanes y cuatrocientos cuarenta hombres, dispuesto a satisfacer las urgencias que tenía el gobernador de minimizar la proeza de Balboa con otras que se proponía realizar a través de su capitán.

Ayora se dirigió hacia el oeste y llegó a las tierras del cacique pacificado por Balboa, Ponca, que recibió a la hueste cálidamente. Indiferente a la hospitalidad del jefe indio, Ayora le tomó todo el oro que tenía por la fuerza. Cínicamente decía el capitán que «de los amigos había que ayudarse».

De allí pasó a tierras del cacique Comagre y le robó sus mujeres. Enterado Pocorosa de lo que habían hecho con su vecino, buscó refugio en los bosques, pero Ayora, igualmente, raptó a sus mujeres e hijas. Desesperado, el cacique creyó que el español se dejaría seducir por el oro y le devolvería a su familia. Así que se presentó ante él con un buen regalo para conseguir que liberara a su gente. Pero Ayora tomó el presente áureo y lo hizo prisionero, dispuesto a sembrar el pánico entre los aborígenes para conseguir que soltaran su oro más fácilmente.

En Tierras de Tubanamá fue recibido con fiestas y homenajes que de nada sirvieron para calmar la crueldad y codicia del capitán: capturó a su gente y la convirtió en esclavos para vender en Santa María, penetró en su casa y se llevó cuanto halló allí de valor. Al cacique no le quedó otra salida que reunirse con otros indios y atacar a los españoles, con escasos resultados.

El teniente de gobernador oye hablar de Secativa, un rico cacique, y le manda una mesnada al mando del capitán Juan de Gamarra «para que, so color de pedirle la obediencia para los reyes de Castilla, cautivara a la gente que pudiese y tomara la riqueza que había».[3] Rápidamente, Secativa

2. *Historia...*, *op. cit.*
3. Antonio de Herrera, *op. cit.*

puso a salvo a sus mujeres y, con sus indios de guerra, hizo huir a los castellanos.

En el golfo de San Blas decide Ayora fundar la población de Los Ánades para que le sirva de base de operaciones. Desde allí despacha una fuerza al mando de uno de sus capitanes, Francisco de Becerra, y otra liderada por el capitán Francisco Dávila.

Becerra vuelve a visitar devastadoramente a Comagre, llega a las tierras de Tubanamá y luego se dirige hacia el sureste. De sus métodos da una idea Oviedo cuando dice refiriéndose a su hueste: «Parecerá al lector que llamar a un cacique Suegro y a otro llamarle el cacique Quemado, que estos nombres no son de indios (y así es la verdad)... El Suegro se llamó a aquel cacique porque, llegados los cristianos, le tomaron (o él les dio por temor) tres o cuatro hijas que tenía... y por este hospedaje y adulterios de los yernos, que él no hubiera querido, lo llamaron el Suegro; pero su nombre propio era Mahé. Al otro cacique que llamaron Quemado, fue porque de hecho y sin causa lo quemaron porque no daba tanto oro como pedían.»

La tropa de Dávila se desbandó y los soldados se dedicaron por su cuenta a cometer toda clase de excesos con los indios, raptos, violaciones, robos, torturas, asesinatos, en el camino de regreso a Santa María, sin haber dejado a su paso más que «toda la tierra comida, corrida, robada y puestos todos los indios en huida», según descripción del obispo Quevedo.

Mientras tanto, la crueldad de Ayora dejaba estupefactos incluso a sus propios hombres. De acuerdo con el relato del obispo de Santa María de La Antigua ya citado, en una oportunidad en que iba al frente de sus hombres montado en una yegua y los indios marchaban delante de él para limpiarle el camino, se dedicó a alancearlos para entretenerse.

«Salteaba los poblados de noche, atormentaba a los caciques echándolos a los perros que los descuartizaban, cuando no los arrojaba al fuego o los ahorcaba en los árboles y, por descontado, apresaba las mujeres e hijos que como esclavos habían de figurar en el botín de la victoria.»[4]

«Y así hizo muchos crímenes con nuevas crueldades y tormentos —dice Fernández de Oviedo— y dándolos de comer a los perros. Y dejó de guerra toda la tierra alzada y

4. Pablo Álvarez Rubiano, *Pedrarias Dávila*, Madrid, 1947.

dio principio tan diabólico en el crédito de los indios contra los cristianos, que nunca le salió del pecho la indignación y una entrañable enemistad contra el nombre cristiano y con muy justa querella.»

Uno de los capitanes de Balboa, Bartolomé Hurtado, que había sido enviado por Pedrarias para auxiliar a Ayora, no lo hizo mejor: a su paso por tierras de Careta o Chimú, le pidió indios para que le ayudaran como porteadores. Cuando se alejó de sus tierras los esclavizó y luego los repartió entre las autoridades de Castilla del Oro, que los aceptaron encantados. Con estos gestos de generosidad consiguió que de un juicio de residencia que se le estaba sustanciando como ex alguacil mayor de Balboa, saliera absuelto.

La técnica de corromper con regalos a las autoridades también le dio excelentes resultados a Ayora. Pretextando enfermedad, decidió volver solo a Santa María con todas las riquezas obtenidas. Y aprendió de la lección de Hurtado: repartió generosamente oro, hembras y esclavos entre Pedrarias, el obispo Quevedo, los oficiales y consiguió rápidamente la estimación y admiración de la elite de poder de la colonia.

Se había apresurado a regresar a la colonia antes de que llegaran sus oficiales y tropa a contar cuáles eran sus métodos de conquista. Sabía que, surta en el puerto, había una nao que iba a zarpar con rumbo a España. De modo que siguió simulando enfermedad y, gracias a sus regalos, fue autorizado a embarcar en la nave con todas sus riquezas, de las que se olvidó de descontar el quinto real. Pedrarias y su gente hicieron la vista gorda y no actuaron para impedir el robo.[5] Pero, a veces, el azar obra justicieramente: a poco de llegar murió en su casa de Adamuz, Córdoba.

Todas las fundaciones que hizo Ayora o sus oficiales fracasaron. En una de ellas, en Santa Cruz, creada por Juan Zorita, uno de los capitanes del sanguinario cordobés, los indios alzados pasaron a cuchillo a todos sus pobladores. Sólo escapó una mujer cristiana a quien un cacique tomó como concubina, pero por poco tiempo: las otras mancebas del cacique, celosas por el favor que recibía la castellana, la asesinaron y luego dijeron que la había devorado un caimán mientras se bañaba en un río.

5. Juan de Ayora era hermano del cronista real Gonzalo de Ayora, que gozaba del favor del monarca y mantenía excelentes relaciones con Pedrarias y hasta con Pedro Mártir de Anghiera, quien, no obstante, no duda en condenar la conducta de Juan.

El modelo de conquista de Ayora hizo escuela. Todos los oficiales en Santa María se desvivían por conseguir la autorización del gobernador a fin de hacer entradas y conseguir riquezas en oro, perlas y esclavos. El resultado de cada expedición se medía por el botín cobrado, y no por otras razones, desobedeciendo así las piadosas instrucciones que Fernando el Católico le había dado a Pedrarias.[6]

La razón era bien sencilla: cuanto más se rapiñaba más se enriquecían el gobernador, el obispo y los oficiales. «De esta suerte, las autoridades se hallaban personalmente interesadas en que en las entradas se obtuviera el mayor botín posible, para que sus participaciones fueran acrecentadas, y los capitanes se veían obligados a extremar sus exacciones, so pena de que a su llegada a Santa María se vieran envueltos en interminables procesos y de que no se les volviera a confiar ningún mando.»[7]

No es difícil imaginar a estas tropas patéticas internándose en las selvas o las sabanas panameñas, con un calor atroz y una humedad que enmohecía hasta los huesos, nubes de insectos y alimañas. Los jinetes delante, detrás los infantes con sus arcabuces, ballestas, arcos y lanzas al hombro, medio harapientos y hediendo a demonios, custodiando la collera de indios desnudos esclavizados, engrillados al cuello y unidos por largas cadenas cuyo sonido irían acompasando la marcha. Entre medio, las jaurías de alanos y los porteadores llevando enormes bultos. Al final, la caterva de hembras indias que se ocuparían de atender a los soldados en cada vivac.

Así sería seguramente la hueste del capitán Gonzalo de Badajoz, enviado por Pedrarias a la rica región de Parisa, en la península de Azuero, sobre las aguas del Pacífico. Un capitán que no se quedó a la zaga, con respecto a sus compañeros de armas, en crueldad con los indios.

6. El Rey Católico, en sus instrucciones escritas al gobernador de Castilla del Oro, le ordenaba que los indios fueran atraídos y no forzados a la amistad y a la obediencia. Pedrarias debía usar para ello la paciencia, el cariño y la buena fe: no debía hacer promesas a menos que éstas pudieran cumplirse al pie de la letra. Ninguna india podría ser tomada contra su voluntad para «ser utilizada como esposa». La primera infracción a estas reglas sería castigada con la confiscación de todos los bienes del culpable y la reincidencia, con el destierro. Si estas normas se hubiesen cumplido a rajatabla, Castilla del Oro hubiese quedado despoblada de españoles a los pocos meses.

7. Ángel Altolaguirre y Duvale, *Vasco Núñez de Balboa*, Madrid, 1914.

Cuando iba acercándose a Parisa, el cacique Cutatara le envió un embajador con ricos regalos para pedirle que no siguiera avanzando. El jefe indio se había enterado de que el capitán español le había raptado las mujeres e hijas a su vecino Escoria y quería evitar que le ocurriera lo mismo.

«El indio llevó consigo a su mujer, que era prima o hermana del cacique Paris[8] y era moza de gentil disposición e hizo presente al capitán tres mil pesos de oro, y recibióle muy bien. Esa noche misma un devoto clérigo —ironiza el cronista— que este capitán llevaba consigo (porque era costumbre que con los más de los capitanes que salían a entrar iba un clérigo), aquella noche lo hizo echar debajo de su hamaca al principal y tomó en la hamaca a su mujer y durmió con ella, o mejor diciendo, no la dejó dormir ni estar sin entender en su adulterio.

»El prudente indio —añade— disimuló su injuria y al otro día por la mañana, con gentil semblante, mostrando mucho placer, se despidió del capitán con sus cuernos, llevando su mujer consigo; y con mucha diligencia se fue a donde el cacique Paris estaba y le dijo que aquellos cristianos eran villanos y mala gente y le contó su trabajo.»

Cutatara se coligó con otros caciques vecinos e infligió una dura derrota a Badajoz, en la que murieron setenta españoles. El capitán perdió gran parte de los 140 000[9] pesos de oro que habían cobrado y cuatrocientos indios esclavizados.

Pero esta victoria indígena significaría apenas un respiro para los caciques de la región. A fines de diciembre de 1515 salió de Acla el licenciado Gaspar de Espinosa con su tropa, dispuesto a recuperar el botín de Badajoz y castigar a los indios que habían matado a los pobladores de Santa Cruz. Espinosa, aunque haya sido difícil, consiguió superar con creces todas las atrocidades precedentes. Álvarez Rubiano llama a su hueste una banda «de forajidos que, cual nuevos bárbaros, iban sembrando a su paso la devastación y la muerte». Para fray Bartolomé de Las Casas, el licencia-

8. Los españoles solían llamar a las regiones con el nombre de sus caciques y a los caciques, como en este caso, con el nombre de las regiones sobre las que tenían autoridad.

9. Es decir, casi 650 kilogramos de oro. Badajoz tuvo que volver a España en estado de indigencia, pero luego retornó a América. Fue nombrado regidor perpetuo de Panamá en 1521 y consiguió de Pedrarias una encomienda con ciento cuarenta indios.

do era «el espíritu de Pedrarias y la furia divina encerrado en ambos».

Su política de terror consiguió que los indios devolvieran el tesoro de Badajoz, con la esperanza de quitarse de encima a los genocidas. El precio en vidas de la recuperación del botín y el castigo, según fray Francisco de San Román, fue de cuarenta mil indios asesinados en las incursiones contra Cutatara de Parisa y contra el cacique Escoria a lo largo de los quince meses de campaña.

Balboa vio todo su trabajo deshecho en pocos meses. Ante sus protestas, Pedrarias respondía que había que permitir tales desmanes para que los soldados tuvieran con qué sostenerse.

Vasco Núñez y sus oficiales, por su parte, realizaron otras expediciones de exploración y rescate. Uno de sus hombres de confianza (que años más tarde lo traicionaría), Andrés de Garabito, al frente de ochenta hombres, fue a explorar otra ruta para alcanzar el Pacífico. De esa expedición quedó un recuerdo significativo de los usos y las costumbres de la Conquista: el río Tuira fue rebautizado rio del Suegro (otro suegro) en homenaje al cacique Chaoca de Tamahé, señor de la tierra sobre la orilla derecha del golfo San Miguel, que casó ceremonialmente a su hija con Garabito.

Los conflictos entre Balboa y Pedrarias no cedían. La virtual corte de Pedrarias seguía sembrando cizañas contra el descubridor del Pacífico. Al regreso de una de sus expediciones, en un ataque de ira incontenible, Pedrarias ordenó enjaular a Vasco Núñez.

El obispo Quevedo intentó apaciguar al gobernador, que pronto recibiría el mote de *Furor Domini*. Tras meditarlo más calmadamente, Pedrarias decidió abrazar al enemigo que no podía destruir y le ofreció su hija mayor María, a la sazón en España, en matrimonio a Balboa. El extremeño, conciliadoramente, aceptó la propuesta que pretendía sellar la paz entre ambos.

Pedrarias «actuaba con perfecta insinceridad, pues sabía que el matrimonio [por poder] no se consumaría y sólo anhelaba que Balboa dedicara sus energías a preparar una expedición que otro capitán —Diego de Albítez— mandaría».[10]

10. Francisco Morales Padrón, *Historia del Descubrimiento y Conquista de América*, Madrid, 1990.

La boda por poder se celebró en abril de 1516. Posteriormente, Vasco Núñez emprendió una expedición ordenada por el gobernador para repoblar una villa del cacicazgo de Careta, bautizada Acla. Pese a que en ese momento las relaciones entre Pedrarias y el Adelantado de la mar del Sur eran buenas, los enemigos de Balboa no dejaban de conspirar contra él y de persuadir a Pedrarias de supuestas maniobras que Vasco Núñez realizaba para alzarse contra el gobernador.

Al mismo tiempo, la muerte de Fernando el Católico y la regencia de Cisneros alentaban los temores de Pedrarias de que pronto seria reemplazado. Fray Bartolomé de Las Casas y los dominicos, por un lado, habían hecho una eficaz campaña contra las barbaridades perpetradas por el gobernador; además, Fernández de Oviedo, de regreso en la corte, se había ocupado de atizar el fuego contra él.

El cabecilla de la conspiración para acabar con Balboa era el bachiller[11] Diego del Corral, que vivía amancebado con una bella *espave* (india noble) de Bea, un cacicazgo a 30 kilómetros de La Antigua, bautizada con el nombre de Elvira.

Los temores de Pedrarias por su estabilidad al frente de la gobernación de Castilla del Oro no eran infundados. Enterado Balboa de que Lope de Sosa, gobernador de Canarias, iba a ser nombrado para el mismo cargo en Castilla del Oro, se preparó para recibirlo. Los movimientos de Balboa encolerizaron, una vez más, a *Furor Domini*, quien ordenó la prisión del adelantado, acusándolo de sedición.

Decidido Pedrarias a acabar con su yerno, montó un juicio con una sarta interminable de cargos. Balboa, por su parte, vio cómo uno de sus hombres más próximos, Andrés de Garabito, lo traicionaba y se unía a sus enemigos como testigo de cargo. Detrás de su felonía había una repugnante historia de faldas. Garabito se había enamorado de la hija de Careta, concubina de Balboa. Hizo lo posible por seducirla, pero Anayansi, lejos de ceder a sus requiebros

11. Balboa tenia sobradas razones para detestar a los leguleyos, bachilleres y licenciados. En carta al rey le había suplicado que el monarca mandase «que ningún bachiller en leyes ni otro ninguno, si no fuere de medecina, pase a estas partes de la Tierra Firme... porque ningún bachiller acá pasa que no sea diablón y tiene vida de diablo, y no solamente ellos son malos más aún fases y tienen forma por donde haya mil pleitos y maldades». El odio de los conquistadores contra los abogados fue un fenómeno generalizado en América.

y proposiciones, le contó todo a Balboa, quien increpó a Garabito por su proceder. Pero el Adelantado era un hombre poco rencoroso, un sanguíneo que, tras sus prontos, se olvidaba de las ofensas recibidas.

Pensando que podía salvarse del juicio y condena de Balboa y sus oficiales, Garabito le escribió una carta a Pedrarias acusando a su yerno. Su bellaquería y sus servicios al gobernador fueron recompensados con el perdón y con una buena carrera administrativa posterior, mientras que cuatro de sus compañeros, oficiales como él de Balboa, y el Adelantado de la mar del Sur fueron «degollados como carneros» en enero de 1519 en la plaza mayor de Acla. Su cabeza rubia fue clavada en una pica alzada en el mismo sitio de la ejecución.

Tenía entonces cuarenta y cuatro años y su estrella se había apagado definitivamente, al mismo tiempo que la de otro extremeño asomaba por el horizonte: la de Hernán Cortés, que en esos momentos, cientos de kilómetros al norte, en la isla de Cuba, ultimaba los preparativos para lanzarse a su conquista en tierras de aztecas.

El nuevo gobernador que debía reemplazar a Pedrarias, Lope de Sosa, llegó finalmente con su armada, cuatro meses después de la ejecución, en mayo de 1520 a Santa María de La Antigua, pero murió a bordo de su nave antes de desembarcar. Isabel de Bobadilla, con poderosas influencias en la corte, se encontraba en España cargada de oro y perlas. La Corona estaba, en esos momentos, baqueteada por el levantamiento de los comuneros de Castilla. Nada más fácil que quitarse de encima el problema de la remota Castilla del Oro dejando a Pedrarias en su puesto, que mantendrá por seis años más, después de superar, amablemente, el juicio de residencia que le hizo el teniente de gobernador de Lope de Sosa, Juan Rodríguez de Alarconcillo.

Entre los cargos que se le hicieron a Pedrarias durante la residencia, no hay referencias a las atrocidades cometidas por sus capitanes y por él mismo contra los indios, o al difundido amancebamiento por la fuerza de las indias con los españoles en violación de las instrucciones reales. Pero sí una acusación curiosa: no haber castigado a los blasfemos, cargo del que, naturalmente, salió absuelto. Mientras se sustanciaba el proceso, Pedrarias mandó hacer un nuevo y más generoso repartimiento de indios entre los pobladores para taparles la boca a sus potenciales acusadores.

A Pedrarias, Santa María de La Antigua le evocaba ho-

rribles asociaciones: la población había sido fundada por Balboa. Tenía la ventaja de ser la puerta que, a través del océano Atlántico, lo conectaba con España, pero se encontraba lejos de la zona que, a través de la experiencia de los sucesivos despojos perpetrados, había demostrado ser la más rica en oro, perlas y esclavos: la costa de la mar del Sur.

Pocos meses después del degüello de Balboa, Pedrarias fundó Panamá (*pesquería*, en lengua local) en la orilla del Pacífico y meses más tarde ordenó el traslado de la capital de Castilla del Oro a la nueva fundación. Santa María, pese a los esfuerzos de algunos empecinados como Fernández de Oviedo —nombrado por Pedrarias teniente de gobernador de la población—, acabará abandonada e incendiados sus últimos restos por los indígenas. Hoy mismo su localización es difícil de determinar.

El gobernador y algunos empresarios privados liderados por el contador real de Santo Domingo, Gil González Dávila, intentan conquistar las tierras que se encuentran al poniente de Castilla del Oro; los actuales territorios de Costa Rica, Nicaragua y Honduras. Tras los primeros éxitos de González Dávila, que regresa a Panamá en 1523 con 90 000 pesos de oro de una incursión hasta Nicaragua, Pedrarias organiza su propia expedición, y que pone al frente a Francisco Hernández de Córdoba y que lleva como a uno de sus capitanes a Hernando de Soto, el futuro conquistador de la Florida.

Hernández de Córdoba funda Bruselas, Granada, León y Segovia en territorio nicaragüense, mientras Gil González Dávila lanza, desde La Española, una expedición que recalaría en Honduras con la intención de volver a Nicaragua. Era inevitable que ambas corrientes chocaran. Y así ocurrió. Con el agravante de que, desde México, ya conquistado por Hernán Cortés, se envió otra fuerza para disputar el territorio —que Cortés consideraba propio—, una de las cuales estaba dirigida por el propio conquistador de Tenochtitlán y de la que participó el soldado y más tarde cronista Bernal Díaz del Castillo.

Las tropas enviadas por Pedrarias seguían, invariablemente, practicando el rapto y el robo a los indígenas. Bernal Díaz[12] ha dejado una buena descripción de estos forajidos.

«Estando Sandoval [capitán de Cortés] en el pueblo de

12. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*

Naco, atrayendo de paz a todos los más pueblos de aquella comarca, vinieron ante él cuatro caciques de dos pueblos que se dicen Quespan y Talchinalchapa, y dijeron que estaban en sus pueblos muchos españoles, de la manera de los que con él estábamos, con armas y caballos, y que les tomaban sus haciendas e hijas y mujeres, y que las echaban en cadenas de hierro; de lo cual hubo gran enojo el Sandoval; y preguntando que tanto sería de allí donde estaban, dijeron que en un día temprano llegaríamos. Y luego nos mandó apercibir a los que habíamos de ir con él, lo mejor que podíamos con nuestras armas y caballos y ballestas y escopetas, y fuimos con él setenta hombres.

»Y llegados a los pueblos donde estaban [los] hallamos muy de reposo, sin pensamiento de que les íbamos a prender, y desde que nos vieron ir de aquella manera se alborotaron y echaron mano a las armas, y de presto prendimos al capitán y a otros muchos de ellos sin que hubiese sangre de una parte ni de otra. Y Sandoval les dijo con palabras algo desabridas si les parecía bien andar robando a los vasallos de Su Majestad y que si era buena conquista y pacificación aquélla. Y unos indios e indias traían en cadenas con colleras; y se las hizo sacar de ellas y se las dio al cacique de aquel pueblo, y los demás mandó que se fuesen a su tierra, que era cerca de allí.

»Pues como aquello fue hecho, mandó al capitán que allí venía, que se decía Pedro de Garro, que él y sus soldados fuesen presos y se fuesen luego con nosotros al pueblo de Naco; lo cual caminamos con ellos. Y traían muchas indias de Nicaragua, y algunas hermosas, e indias naborias, que tenían para su servicio, todos los más de ellos traían caballos. Y como nosotros estábamos tan trillados y deshechos de los caminos pasados y no teníamos indias que nos hiciesen pan, sino muy pocas, eran ellos unos condes en el servirse para según nuestra pobreza.»

Claro que como entre bueyes no hay cornadas, Sandoval acabó pronto de íntimo amigo del capitán Garro y de «ciertos hidalgos y personas de calidad» que venían con él.

Pero esto es adelantarnos demasiado en el tiempo. Habrá que retroceder algunos años y remontar el mar Caribe hasta la isla de Cuba.

«GRANDES HILANDERAS, BUENAS HEMBRAS»

Hernán Cortés de Monroy y Pizarro Altamirano tenía treinta y cuatro años cuando, en 1519, se lanzó a la conquista de México. Extremeño de Medellín, hijo de familia hidalga de escasos recursos, sus padres previeron para él la carrera de leyes y lo enviaron, cuando sólo tenía catorce años, a estudiar a la Universidad de Salamanca. No concluyó los estudios —estuvo sólo dos años—, pero la ilustre casa salmantina le dio cierta formación jurídica y humanística que lo haría destacar por encima de muchos de sus compañeros de armas poco ilustrados. Su soldado Bernal Díaz del Castillo asegura que hablaba en latín «con letrados y hombres latinos», que era «algo poeta, hacía coplas en metro y prosa, y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica».[1]

«Bullicioso, altivo, travieso, amigo de las armas»[2] y enamoradizo, optó por unirse a los tercios españoles en Italia. Pero antes de llegar a la Península, en sus vagabundeos se detuvo en Valladolid, donde trabajó como empleado en una escribanía, experiencia que le serviría para completar sus conocimientos del lenguaje curialesco y del derecho. Tenía diecinueve años en 1504, cuando consiguió embarcar en Sevilla en una nave de la flota de Alonso Quintero, un comerciante que llevaba mercancías a Santo Domingo.

Hasta 1511 vive tranquilamente en La Española como hacendado, gozando de un repartimiento de indios. En ese año se une a Diego Velázquez en la conquista de Cuba, don-

1. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*
2. Francisco López de Gómara, *La conquista de México*, México, 1943.

de sus merecimientos militares hacen que consiga tierras en Manicarao, indios y el cargo de tesorero de Cuba, secretario del gobernador Velázquez y, más tarde, el de alcalde de Baracoa.

De «buena estatura y cuerpo,[3] y bien proporcionado y membrudo», tenía el color de la «cara algo cenicienta y no muy alegre y que tuviera un rostro más largo mejor pareciera, y era en los ojos en el mirar algo amorosos, y por otra parte graves. Las barbas tenía algo prietas y pocas y ralas, y el cabello, que en aquel tiempo se usaba, de la misma manera que las barbas, y tenía el pecho alto y la espalda de buena manera, y era cenceño [flaco] y de poca barriga y algo estevado y las piernas y muslos bien sentados; y era buen jinete y diestro de todas armas, así a pie como a caballo, y sabía muy bien menearlas y, sobre todo, corazón y ánimo, que es lo que hace al caso».

«Oí decir —continúa Bernal Díaz— que cuando mancebo en la isla Española fue algo travieso sobre mujeres, y que se acuchilló algunas veces con hombres esforzados y diestros y siempre salió con victoria.» En lo que coincide con López de Gómara en su biografía: «Fue muy dado a las mujeres y diose siempre.» El extremeño, efectivamente, cultivó con pasión dos artes en las que destacaría: el de las armas y el de las mujeres, a las que era «con demasía dado y celoso en guardar [sus indias][4] las suyas», dice Díaz del Castillo. Prudente y reservado, Cortés jamás hará, en sus escritos, referencia alguna a su debilidad por las hembras ni a su otra debilidad: el juego. Ambas actividades estaban prohibidísimas por las ordenanzas reales en las mesnadas, especialmente en las instrucciones que llevó a la conquista de México, pero en la práctica ocurrió como si, por el contrario, hubiesen estado incentivadas y premiadas, al menos hasta antes del gran descalabro de la Noche Triste.

En Cuba cortejó a la española Catalina Xuárez Marcaida. A último momento, intentó quitársela de encima incumpliendo las promesas de matrimonio que le había hecho. Diego Velázquez, que mantenía relaciones sentimentales con una hermana de Catalina, se enfrentó a Cortés, lo metió preso y lo obligó a que cumpliera su palabra y se casara con

3. El examen de sus huesos determinó que Cortés medía en vida 1,58 metros, lo que para la estatura media de la época permitiría a Díaz del Castillo hacer esta afirmación.

4. Tachado en el original.

su prometida. El gobernador apadrinó la boda realizada poco antes de que Cortés se lanzara a su aventura en el Continente. En los años siguientes, Cortés no demostrará un especial cariño por su esposa, consecuencia de haber jugado al donjuán y de haber perdido la partida. De todos modos, el tiempo de convivencia del matrimonio será escaso, hasta que, al cabo de la conquista mexicana, en 1522, Cortés enviude de una manera que despertó las sospechas de sus contemporáneos y le costó un proceso por supuesto uxoricidio, del que salió absuelto.

Entre 1517 y 1519 Hernán Cortés ve cómo las expediciones al Continente lanzadas desde Cuba fracasan estrepitosamente. Francisco Hernández de Córdoba (un homónimo del conquistador de Nicaragua) y Juan de Grijalba, capitanes del gobernador Velázquez, enviados al Yucatán, regresan con las fuerzas diezmadas, un botín escaso y noticias fabulosas sobre lo que puede hallarse en el *hinterland* si se consigue superar el obstáculo de las agresivas tribus costeras. Los expedicionarios apenas si consiguen desembarcar y rescatar alguna mísera cantidad de oro, obligados a enzarzarse en combates y escaramuzas con los indígenas, organizados y promovidos —lo sabrían más tarde— por un misterioso español.

Temeroso de que la expedición de Grijalba se encontrase en serio peligro, o que el capitán se le alzase, Velázquez decide enviar a Cristóbal de Olid para auxiliarlo. No satisfecho con esto, el gobernador resuelve elegir a otro jefe para una segunda expedición de rescate. Cortés cree que ha llegado su hora y, con el auxilio y recomendación del secretario de Velázquez, Andrés de Duero, y del contador del rey, Amador de Lares, consigue que Velázquez, no sin muchos recelos, lo elija a él como capitán general.

El caudillo extremeño tenía más de una buena razón para ambicionar convertirse en jefe de una expedición que prometía sustanciosas ganancias: estaba en bancarrota, cargado de deudas, a pesar de que «tenía buenos indios de encomiendas y sacaba oro de las minas, mas todo lo gastaba en su persona y en atavíos de su mujer, que era recién casado, y en algunos forasteros huéspedes que se le allegaban», dice Bernal Díaz. Como buen caballero español, hacía exhibición de prodigalidad y largueza. Para financiar su aventura, al parecer, dos comerciantes le prestaron ocho mil pesos de oro en dinero y mercancías.

El flamante capitán general mandó pregonar su expedi-

ción a fin de conseguir hombres que se unieron a ella. No había completado sus preparativos cuando Olid y Grijalba regresan a Cuba. Los temores de Velázquez de que podía ser víctima de una traición recayeron, entonces, sólo en Cortés.

Advertido de los recelos del gobernador, el extremeño apresuró los trámites. De Santiago de Baracoa se marchó a Trinidad. Velázquez ya estaba convencido de que los planes de Cortés eran insubordinarse, de modo que dio órdenes de que lo aprisionaran en Trinidad. Pero para entonces Cortés era un hombre demasiado fuerte y estaba en condiciones de resistir, con su mesnada, la orden de detención. A eso se unía el gran predicamento que tenía en la región. En vez de ser apresado, Cortés recibió en Trinidad a más soldados que se le unieron junto con capitanes de gran valía, como Alonso Hernández de Puerto Carrero, Gonzalo de Sandoval, los cinco hermanos Alvarado y el mismo Cristóbal de Olid, que acababa de regresar de su fallida expedición a México.

De Trinidad marcharon a La Habana, donde reclutaron más hombres y cargaron bastimentos. Nuevas órdenes del gobernador contra Cortés fueron igualmente ignoradas.

El 10 de febrero de 1519 la flota se dio a la vela rumbo a la isla de Cozumel, en el extremo nororiental de la península de Yucatán. Cuando llegaron, mandó Cortés hacer alarde para comprobar que llevaba 508 hombres más unos 110 marineros y 16 caballos en las once naves. Iban a tener que enfrentarse con una población cifrada modernamente en varios millones de personas.

Cortés no era un forajido más metido a conquistador de Indias, como tantos otros. Era un hombre extremadamente inteligente, con cierta formación intelectual, hábil en el manejo de las armas; tras su arribo a México demostró ser un diestro político, consciente de su debilidad militar, pero además, convencido de la necesidad de guardar, mientras fuera posible, ciertos principios. Pese a su innegable codicia, sus ambiciones iban mucho más allá de un enriquecimiento rápido cazando indios y robando o rescatando oro. Con sus miserias y sus grandezas, Cortés da la talla de conquistador español, diestro en el manejo político de las situaciones y también capaz de combatir sin respiro y sin esperanza cuando las circunstancias no le dejaban otra alternativa menos cruenta. Sus actos de crueldad y sus demostraciones de insensibilidad formaban parte de la mentalidad cas-



RUTA DE HERNÁN CORTÉS
HASTA TENOCHTITLÁN (1519-1520)

trense de la época, avivados por la situación de inferioridad numérica en que se encontró siempre.

El capitán extremeño tenia suficiente información como para darse cuenta de que se enfrentaba a una civilización como la de los aztecas, imperialista, altamente militarizada y no a pueblos primitivos, atomizados y desorganizados. Sabia que con poco más de medio millar de hombres iba a ser incapaz de llevar a buen término su empresa si no conseguía aprovecharse políticamente de la situación que se le presentaba y de la que ya había tenido suficientes pruebas: el odio que numerosos pueblos sometidos por los aztecas profesaban a éstos los convertían en sus aliados potenciales.

Apenas pisa tierra yucateca, da pruebas de que sus métodos de conquista no tienen nada que ver con los de los capitanes de Pedrarias. Dos barcos al mando de Pedro de Alvarado se adelantaron a la flota y llegaron a Cozumel cuarenta y ocho horas antes. Contraviniendo expresas instrucciones de Cortés, que les había ordenado esperar en el mar, Alvarado desembarcó en la isla para encontrarse con que los indios habían huido de sus aldeas. Ni corto ni perezoso, este personaje que destacaría más por su violencia que por su astucia, se dedicó al saqueo de todo lo que halló de valor y cobró tres cautivos indígenas: dos hombres y una mujer.

Cuando Cortés se enteró, dispuso que cargaran de grillos al piloto que había desobedecido sus órdenes y reprendió severamente a Alvarado. «Le dijo que no se habían de apaciguar las tierras de aquella manera tomando a los naturales su hacienda —narra Bernal Díaz—. Y luego mandó traer a los dos indios y a la india que habíamos tomado... Les habló [y les dijo] que fuesen a llamar a los caciques e indios de aquel pueblo y que no tuviesen miedo. Y les mandó devolver el oro y paramentos y todo lo demás, y por las gallinas que se habían comido [los españoles] les mandó dar cuentas y cascabeles y dio a cada indio una camisa de Castilla.» Al día siguiente apareció el cacique con su gente «y mandó Cortés que no se le hiciese enojo ninguno». Como hábil capitán sabía que era muy peligroso avanzar dejando enemigos a sus espaldas.

Por los indios se enteraron de que a dos días de marcha de allí había españoles. Cortés mandó llamarlos entregándole a los indios mensajeros una carta y gran cantidad de cuentas para pagar el rescate de uno de ellos que habia sido sometido a esclavitud por un jefe aborigen.

Eran los dos únicos sobrevivientes de un naufragio ocurrido ocho años atrás: Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero. Una nave al mando de Juan de Valdivia que navegaba desde Tierra Firme a Santo Domingo fue a dar contra los rompientes de Las Víboras junto a la isla de Jamaica, en medio de una fuerte tormenta tropical. Dieciséis hombres y mujeres consiguieron salvarse en un batel de morir ahogados. Las corrientes marinas los lanzaron sobre las costas de Yucatán, tras navegar durante dos semanas a la deriva. Siete murieron de hambre y sed antes de encallar en las playas yucatecas.

Los indios mayas capturaron a todos los sobrevivientes, incluyendo al mismo Valdivia. La mayoría fueron sacrificados a los dioses y devorados ritualmente. Dos españolas, cautivadas por un cacique, pasaron a integrar su serrallo. Allí, por exceso de trabajo, mala alimentación y otras penurias, sucumbieron al poco tiempo.

Jerónimo de Aguilar, clérigo de Écija, hombre de pequeñas letras más que de acción, se las arregló para sobrevivir. Escapó de la prisión en la que esperaba seguir el destino de sus compañeros y acabó en manos de otro jefe indio como su esclavo.[5]

Según contó él —y no debía de ser totalmente cierto—, las numerosas muestras de insobornable castidad que dio a su amo, convencieron a éste de que era el hombre apropiado para cumplir las funciones de eunuco, como cuidador de sus mujeres.

Juan de Torquemada[6] hizo un relato sabroso de las aventuras del clérigo náufrago en cautiverio, sobre cuya verosimilitud quedan serias dudas. Aguilar comenzó ganándose la buena voluntad del cacique, su señor, y debido a que éste «era sabio y deseaba ocuparle en cosas mayores, viendo que vivía tan castamente, que aun los ojos no alzaba para mirar a las mujeres, procuró tentarle muchas veces, y en especial le envió de noche a pescar a la mar, dándole por compañera una india muy hermosa, de edad de catorce o quince años, la cual había sido instruida por el cacique

5. En Écija, cuando la madre de Aguilar se enteró de la ventura de la expedición y creyó que la suerte de su hijo había sido la de ser comido por los indígenas, se volvió rigurosamente vegetariana. No toleraba ver carne asada porque la asociaba con Jerónimo. «Ved aquí la madre más desdichada de todas las mujeres; ved trozos de mi hijo», decía, según cuenta Pedro Mártir de Anghiera (*op. cit.*).

6. Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, México, 1975-1976.

para que provocase a Aguilar. Le dio hamaca en que ambos durmiesen llegados a la costa, esperando tiempo para ir a pescar (que había de ser antes de que amaneciese). Colgando la hamaca de dos árboles, la india se echó en ella y llamó a Aguilar para que durmiesen juntos. Él fue tan templado que, haciendo lumbre cerca del agua, durmió sobre la arena. La india unas veces le llamaba, otras le decía que no era hombre porque quería más estar al frío que abrigado allí con ella. Aunque estuvo vacilando varias veces, al final se decidió a vencerse y cumplir lo que a Dios tenia prometido, que era de no llegar a mujer infiel, para que lo librase del cautiverio en que estaba: caso grave y digno de gran consideración, donde fue necesaria la gracia de Dios, para no pecar por sólo su amor. Porque, como dice el Espíritu Santo por boca del Eclesiastés: es el corazón de la mujer una ancha y extendida red y un lazo de los cazadores donde caen gentes de todo género, así chicos como grandes. Pero Aguilar... atendió más a su voto que a los ruegos y persuasiones de la india desvergonzada, advirtiendo (como dice el Espíritu Santo) que el que así es engañado y vencido de una mujer, es como el buey o novillo que es llevado a la carnicería para ser muerto, o como el pájaro que viendo el grano de trigo, puesto en el lazo, se abalanza a él con la codicia de comerlo, no advirtiendo que le cogen la garganta en el hilo y que con él lo ahogan».

La historia tiene todo el tono de las narraciones morales a las que eran tan afectos algunos cronistas de la época, pero coincide en lo sustancial con los relatos que hizo el clérigo una vez que fue liberado.

En realidad, Aguilar no debe de haber sido el santo y casto varón que intentó parecer delante de sus rescatadores. En la crónica maya de Chac-Xulub-Chen[7] se afirma que el clérigo, en tierra de indios, fue yerno de Ah Naum Ah Pot, dos años antes de su liberación. De modo que muy probablemente el mestizaje en el actual territorio de México fue iniciado por el clérigo y algunas indias. En todo caso, su cacareada castidad no duró demasiado tiempo: tras la

7. «Y el año en que vinieron los señores extranjeros aquí, a la tierra de los cupules, fue en 1511 años.» «En este tiempo no había sido visto ninguno de los señores extranjeros hasta que fue aprehendido Jerónimo de Aguilar por los de Cozumel...» «... nuestra tierra fue descubierta... por Jerónimo de Aguilar, quien... tuvo por suegro a Ah Naum Ah Pot en Cozumel, en 1517 años», *Crónica de Chac-Xulub-Chen*, en *Crónicas de la conquista de México*, México, 1939.

Conquista contrajo matrimonio y, según Bernal Díaz del Castillo, murió en México de sífilis, una enfermedad que no suele contagiarse leyendo el devocionario. No sin antes deponer en contra de su salvador en el juicio de residencia que se le sustanció a Cortés.

El otro náufrago sobreviviente protagonizó una aventura de características totalmente opuestas. Gonzalo Guerrero, andaluz de Palos de la Frontera, marinero de pocas letras pero de numerosos recursos y escasos pruritos morales, se adaptó al medio mimetizándose con los naturales, fue aceptado por los indígenas y escaló posiciones dentro de la sociedad maya hasta convertirse en capitán de guerra. No cabe duda de que le tomó gusto a la vida salvaje, como le ocurriría a lo largo de la Conquista a varios españoles aindiados.

Guerrero asumió por completo su nueva identidad y no dudó en poner sus conocimientos del arte de la guerra y de sus paisanos para organizar las acciones bélicas en las que murieron decenas de españoles de las expediciones de Hernández de Córdoba y de Grijalba cuando intentaban desembarcar en las costas de Yucatán.

El onubense no tenía intenciones de regresar con los cristianos, y rechazó la invitación que le hizo Aguilar en nombre de Cortés. López de Gómara afirma que esto se debió a que sentía vergüenza «por tener horadadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostro y manos a fuer de aquella tierra y gente». Pero Bernal Díaz del Castillo pone en boca de Guerrero otras explicaciones más consistentes que le dio al clérigo que venía a rescatarlo: «Hermano Aguilar: yo soy casado y tengo tres hijos y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras: idos vos con Dios.» Y añadió: «Ya veis mis hijitos cuán bonicos son.» La mujer del cacique Gonzalo no dudó en echar a Aguilar con cajas destempladas. «Mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido: idos vos y no curéis con más pláticas», cuenta Díaz del Castillo que le dijo la india.

Para Guerrero la elección no debe de haber sido difícil. Además de la mala conciencia que tendría por haber contribuido a matar a los suyos, su destino en las filas españolas, como soldado de Cortés, con aspecto de indio que despertaría la burla y la discriminación de sus paisanos, con mujer aborigen e hijos mestizos, ocupando un lugar en el más bajo escalafón social, sería infinitamente menos halagüeño que el de permanecer como cacique o capitán de gue-

rra entre los indios. Es altamente probable, además, que el onubense aindiado tuviera no una, como discretamente dicen las crónicas, sino varias mujeres, según la costumbre de los caciques yucatecas.

Con gran sentido común, Guerrero no quiso cambiar su suerte, con lo que consiguió despertar en Fernández de Oviedo obvios juicios condenatorios: «Bien es de creer que los tales[8] no podían ser sino de vil casta y viles heréticos.»

El marinero de Palos no debe de haber vivido mal en tierra yucateca. López de Gómara califica a las mujeres de esa región de «buenas hembras», amén de «grandes hilanderas». El obispo Diego de Landa[9] se deshace en ponderaciones de las indias, que, a diferencia de las españolas, se bañaban con agua fría y caliente con sorprendente frecuencia para el religioso español, «y no lo hacían con sobrada honestidad porque acaecía desnudarse en cueros en el pozo donde iban por agua para ello».

Porque las indias de Yucatán usaban vestidos: las de Campeche y Bacalar llevaban los pechos cubiertos con una manta que se los sostenía por debajo de las axilas; las otras con sólo una falda abierta a los costados. Coquetas, cuidaban su aspecto físico peinándose los cabellos y adornando la piel con pinturas olorosas. No miraban a los hombres a la cara, ni les sonreían, a menos que quisieran provocarlos para «hacer cualquiera fealdad», comenta Landa, es decir, para tener relaciones sexuales con ellos. «Son avisadas y corteses y conversables, con quien uno se entiende y a maravilla bien partidas. Tienen pocos secretos y son tan limpias en sus personas y en sus cosas, por cuanto se lavan como armiños.»[10]

Esto debe de haberlo sabido bien Aguilar por experiencia. Con su incorporación, Cortés gana un elemento valiosísimo para su hueste: un intérprete que le permitiría comunicarse con los pueblos de la región. Aporte que, ciertamente, compensa la pérdida que sufre, en su siguiente escala después de Cozumel, en Tabasco, cuando uno de sus lenguas indígenas, Melchorejo, huye e incita a los tabasqueños a atacar a los cristianos.

8. Oviedo cree que son seis los tránsfugas y por eso se refiere a ellos en plural. *Op. cit.*

9. Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán...*, Madrid, 1985.

10. Ibídem.

Melchorejo es la cara opuesta de Guerrero: capturado en Cozumel por la expedición de Juan de Grijalba, fue llevado a Cuba, donde recibió el bautismo y aprendió a hablar castellano y a vestir ropas europeas. Incorporado a la tropa de Cortés, Melchorejo aprovechó la primera oportunidad que tuvo en Tabasco para quitarse las prendas de vestir y volver con los suyos en una canoa. Su experiencia con los españoles, al parecer, sólo había exacerbado su odio contra ellos. A los tabasqueños les recomendó que dieran guerra a los cristianos de día y de noche, y aquéllos así lo hicieron, pese a lo cual fueron derrotados. Melchorejo acabaría muerto por los mismos indios cuanto éstos, incapaces de batir a los extranjeros, se vengaron de él por el mal consejo recibido.

LA SIN PAR MARINA

Cortés sedujo a los caciques de Tabasco después de vencer su obstinada resistencia. Les hizo regalos y ellos le retribuyeron con otros: mantas, figuras de oro y veinte mujeres entre las que se encontraba la célebre Malinche o Marina. Siguiendo la inveterada costumbre española, las veinte mujeres fueron bautizadas inmediatamente, lo que las convertía en hembras de cama aceptables.[1]

Las conversas —«las primeras cristianas que hubo en la Nueva España», como dice Bernal Díaz— fueron repartidas por Cortés entre sus capitanes. Marina, «como era de buen parecer y entremetida y desenvuelta, [se la] dio a Alonso Hernández Puerto Carrero..., muy buen caballero, primo del conde de Medellín y desde que fue a Castilla el Puerto Carrero, estuvo la doña Marina con Cortés y hubo allí un hijo que se dijo don Martín Cortés». Tendría entonces unos quince años. Posteriormente, Marina pasaría a manos de un tercer capitán.

Como se ve, no era el amor lo que unía a los conquistadores con las indias, y, no habiendo amor, tampoco apare-

1. López de Gómara, biógrafo oficial de Cortés, se siente obligado a justificar la donación de indias insistiendo en que se trataba de simples servidoras para moler el maiz y cocinarles, «con las cuales [los indios] pensaban hacerles gran servicio, como los veian sin mujeres, y porque cada día es menester moler y cocer el pan de maiz, en que se ocupaban mucho tiempo las mujeres». Lo que, naturalmente, no explica por qué Cortés las adjudicó a cada uno de sus capitanes y no a la intendencia de la hueste, ni cómo nacieron de ellas tantos mestizos. Por otra parte, la hueste cortesiana tenía expresamente prohibido, por el gobernador Velázquez, tener «acceso ni coito carnal con ninguna mujer, fuera de nuestra ley». Bautizando a las indias las metían dentro de su ley.

cían los celos. Constituían seres cosificados, objetos de intercambio entre machos dominantes, apreciadas por sus virtudes, que se retenían con claro sentido de la propiedad privada, pero que, como tales, eran también pasibles de ser obsequiadas o vendidas y podían, así, pasar de mano en mano. Un destino que ellas —en el mundo indígena o español— aceptaban, por lo general, con resignación y hasta, acaso, con indiferencia. Su lugar en la sociedad, en el mundo, dependía siempre del hombre —padre o esposo— al cual pertenecían.

La lealtad de las mujeres americanas, su sentido de pertenencia e identidad, estaban orientados al pequeño universo del hogar, de las relaciones personales y no al de la comunidad, etnia o cultura en la que habían sido criadas. De allí que las indias integradas en el mundo de los españoles no dudasen en traicionar a sus parientes y paisanos para proteger a los extranjeros que se habían convertido en sus amos al mismo tiempo que en sus hombres y padres de su descendencia mestiza.

Marina cumplió tan a la perfección este papel que todavía hoy su nombre indio, Malinche,[2] y su derivado, el malinchismo, se emplean en México para señalar peyorativamente la tendencia a vender el alma a los extranjeros.

No era una india cualquiera. «La doña Marina tenía mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda Nueva España», afirma Bernal Díaz. El soldado-cronista, que la conoció a lo largo de varios años, no oculta la admiración y respeto que sentía por ella (le pone el *doña* por delante cada vez que la menciona), al punto de que le dedica un capítulo entero de su obra.

«Desde su niñez —dice— fue gran señora y cacica de pueblos y vasallos. Y es de esta manera: que su padre y madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Paynala, y tenía otros pueblos sujetos a él a ocho leguas de la villa de Guazacualco. Murió su padre, quedando ella muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo y tuvieron un hijo y, según pareció, queríanlo bien al hijo que habían tenido. Acordaron entre el padre y la madre de darle el cacicazgo después de sus días y, porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche a la niña doña Marina a unos indios de Xicalango, para que no fuera vista y dijeron que

2. Por confusión o por contagio Cortés era llamado también Malinche por los indios.

se había muerto. En aquella sazón murió una hija de una india esclava suya y publicaron que era la heredera. De manera que los de Xicalango la dieron a los de Tabasco y los de Tabasco a Cortés.»

En los momentos más difíciles de la conquista de México, la señora india estuvo a la altura de las circunstancias. Cuando la hueste cortesiana se encontraba al borde de sus fuerzas, convencida de que acabaría sucumbiendo a los reiterados ataques de los tlaxcaltecas, Marina no desmayaba. «Digamos cómo Marina, con ser mujer de la tierra —dice Bernal Díaz—, qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes con ají, y habernos vistos cercados en las batallas pasadas, y que ahora estábamos todos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer.» Y era, entonces, sólo una adolescente.

Marina daría más muestras de su estatura moral años más tarde, cuando el azar de la Conquista la condujo de vuelta a su pueblo natal y se encontró con su madre, su medio hermano y su padrastro, mientras ella estaba en una posición de poder. Bernal Díaz fue testigo del reencuentro en 1523, después de conquistado México.

Cristóbal de Olid se había alzado contra Cortés en las Hibueras, es decir, en el actual territorio de Honduras. Cortés decidió marchar hacia allí con sus hombres, entre los que iba Bernal Díaz del Castillo. La hueste llegó a la villa de Guazacualco y un Cortés triunfante y poderoso mandó convocar a todos los caciques de los alrededores para predicarles la doctrina cristiana. «Y entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre, Lázaro, con otros caciques. Días hacía que me había dicho la doña Marina que era de aquella provincia y señora de vasallos, y bien lo sabía el capitán Cortés y Aguilar, la lengua. Por manera que vino la madre y su hijo y el hermano, y se conocieron que claramente era su hija, porque se le parecía mucho. Tuvieron miedo de ella que creyeron que los enviaba buscar para matarlos y lloraban. Y así como los vio llorar la doña Marina, los consoló y dijo que no tuviesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalango que no sabían lo que hacían y se lo perdonaba, y les dio muchas joyas de oro y ropa, y que se volviesen a su pueblo. Y que Dios le había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos ahora y ser cristiana y tener un hijo de su amo y señor Cortés y ser casada con un caballero como era su marido, Juan

Jaramillo. Que aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva España, no lo sería. Que en más tenía servir a su marido y a Cortés que cuanto en el mundo hay.»[3]

Poco tiempo antes, después de que Marina pariera a Martín Cortés, el capitán general, durante la campaña de las Hibueras, se la dio a Jaramillo, un gesto que Marina encajó resignada, disciplinadamente, como lo había hecho siempre. Con él tuvo una hija, María, que nació en 1526 en el barco en el que regresaban a México de las Hibueras.

Al año siguiente Marina murió en su casa de la calle de Medinas, en la capital mexicana, cuando tendría menos de veinticinco años de edad. Era, por entonces, señora de los pueblos de Olutla y Jáltiplan, cerca de Coatzalcos, merced recibida, junto a su marido, por sus numerosos méritos de guerra.

Sin Marina, Cortés no hubiese podido entenderse con los aztecas o con sus principales aliados, los tlaxcaltecas. Ella y Jerónimo de Aguilar constituyeron un *tándem* inseparable, al menos hasta que Marina aprendió castellano. La Malinche hablaba la lengua maya de Tabasco y el náhuatl de los aztecas, idioma que Aguilar desconocía. De modo que, al principio, Marina traducía el náhuatl a la lengua de Tabasco que Aguilar entendía y éste lo vertía al castellano.

«Doña Marina en todas las guerras de la Nueva España y Tlaxcala y México fue una excelente mujer y de buena lengua... a esta causa la traía siempre Cortés consigo.»

«Fue gran principio para nuestra conquista, y así se nos hacían todas las cosas, loado sea Dios, prósperamente», acota Bernal Díaz del Castillo. En casi todas las representaciones de la Conquista hechas por los indios, Cortés aparece siempre junto a Marina. Aunque una vez acabada la campaña de México, don Hernán, alegremente, se la quitara de encima para siempre.

3. Díaz del Castillo se da cuenta de que hay demasiadas coincidencias entre esta historia y la de José en el Antiguo Testamento, de modo que añade: «Y todo esto digo yo sólo muy certificadamente y esto me parece que quiere remedar lo que le acaeció con sus hermanos en Egipto a José, que vinieron a su poder con lo del trigo. Esto es lo que pasó y no la relación que dieron al Gómara y también dice otras cosas que dejo por alto.»

EL RETORNO DE LOS DIOSES

Moctezuma, el emperador azteca, había sido puntualmente informado de la aparición de los españoles desde que los hombres de Hernández de Córdoba desembarcaran por primera vez. Los datos que le llegaban parecían coincidir con antiguas profecías que, por razones muy difíciles de explicar racionalmente, se repetirían en las dos grandes civilizaciones americanas.

En lo sustancial, los mitos en ambas culturas, la azteca y la inca, narraban que unos seres superiores, venidos de donde nace el sol, es decir de oriente,[1] en el caso mexica, habían enseñado a sus pueblos las artes de la civilización. Eran venerados como dioses fundadores. Pero enfadados y decepcionados con el mal comportamiento de los hombres, Viracocha en Perú y Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, en México habían desaparecido un día, prometiendo que regresarían en fecha cierta.

La llegada de seres tan extraños, nunca vistos, parecía coincidir con las profecías y los mitos que guardaban celosamente en su tradición. A los indios los sorprenden las pieles excesivamente claras, las barbas rubias, los caballos —o «venados», para los primeros mexicanos—, las ropas, los papeles escritos que «hablan», las armas de fuego, sus naves enormes, sus extrañas conductas y sus dioses, incomprensibles para ellos.

Lo más inquietante es que la aparición de los cristianos coincidía hasta en el detalle con los mitos. Quetzalcóatl se había marchado por el este y por el este aparecían los espa-

1. Tampoco faltan en Europa mitos y leyendas sobre misteriosos personajes venidos, coincidentemente, del oriente.

ñoles, del mismo modo que los hombres de Pizarro llegarían al Perú desde el occidente, por donde había desaparecido Viracocha. Entre los mexicas, la profecía indicaba que la serpiente emplumada llegaría en un año *ce-acatl* —una caña— del ciclo de 52 años que utilizaban los aztecas. El de 1519 era un año *ce-acatl*. Como afirma atinadamente Nathan Watchel,[2] «ellos percibieron los acontecimientos a través de la estructura del mito, y al menos en ciertas circunstancias, concibieron la llegada de los españoles como el retorno de los dioses». Popularmente los conquistadores recibieron al principio, en México, el apelativo de *teules*, es decir, dioses.[3]

Moctezuma Xocoyotzin era un hombre serio, melancólico, solemne, con un profundo sentimiento religioso que había destacado como implacable guerrero. Desde el comienzo de su reinado, en 1502, según las tradiciones, habían empezado a aparecer fenómenos extraños que nada bueno presagiaban. En 1505 hubo una gran hambruna y el volcán Popocatepetl, junto a Tenochtitlán, había dejado de echar humo. Tres años después se observó una luz fantasmagórica por el este, que duró varios años. Alarmado, Moctezuma consultó con el señor de Tezcoco, Nezahualpilli, experto en las ciencias ocultas, y éste le respondió: «Dentro de pocos años, nuestras ciudades serán destruidas y asoladas, nosotros y nuestros hijos serán muertos y nuestros vasallos apocados y destruidos», y, además, anunció que nuevos signos de la catástrofe aparecerían en los años siguientes. La hermana de Moctezuma, Papantzin, resucitó en 1510 y contó que había tenido, durante su muerte, una visión de hombres blancos y barbudos, con estandartes y yelmos que venían en enormes naves. Estos hombres, dijo, «se harán dueños con las armas, de estos países».[4]

Un año después apareció un pájaro con cara de hombre junto al templo mayor de la capital. En 1516 surgió en el cielo un gran cometa en el oriente que, según Nezahualpilli, era un anuncio de que no quedaría nada en pie. El anterior señor de Tezcoco, al parecer, sabía esto mismo: en 1467,

2. Nathan Watchel, *Los indios y la conquista española. Historia de América Latina*, Cambridge University Press, Barcelona, 1990.

3. Aunque acabaron siendo, como hasta ahora, los cachupines o gachupines, del portugués, *cachopo* = niño, pero también peligro, escollo, obstáculo.

4. José León Portilla, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, México, 1959.

Nezahualcoyotl habia dedicado, con motivo de la inauguración de un templo que él mandó erigir, un canto a su dios, Huitzilopochtli, que decía: «En tal año como este (ce-acatl) / se destruirá este templo que ahora se estrena... / Entonces irá a menos la tierra / y se acabaran los señores / de manera que el maguey / pequeño y sin sazón será talado / los árboles aún pequeños darán frutos / y la tierra defectuosa siempre irá a menos.»

Moctezuma cree que la venida de los españoles no hace más que confirmar los presagios. Pero duda permanentemente, y lo manifiesta con sus actitudes contradictorias ante los recién llegados.

La armada de Cortés parte de Tabasco y recala en San Juan de Ulúa, donde recibe a una embajada de Moctezuma que pretende averiguar quiénes son, al mismo tiempo que les ofrece auxilio y ayuda. Al día siguiente, los españoles desembarcan, organizan el campamento y, poco después, reciben a unos nuevos enviados del emperador azteca con bastimentos y joyas de oro.

Los hombres de Cortés les retribuyen con cuentas y otros abalorios. El capitán español aprovecha para tratar de instruirlos en la fe cristiana, para hablarles de su emperador e insistir en que quiere ver a Moctezuma. A ello contesta altivamente y con evasivas uno de los enviados, Tendile.

Moctezuma estaba, mientras tanto, sumido en el espanto y en la duda. Manda con sus enviados a varios pintores indígenas encargados de dibujar y pintar todo cuanto veían y «la cara y rostro y cuerpo y facciones de Cortés y de todos los capitanes y soldados... y a doña Marina y a Aguilar y hasta dos lebreles y tiros y pelotas y todo el ejército que traíamos», para informarse gráficamente sobre los intrusos. Los españoles, por su parte, se encargan de impresionar a los aztecas con acciones psicológicas, haciendo demostraciones del poderío de sus armas de fuego y de sus caballos. «Los soportan en sus lomos sus venados. Tan altos están como los techos. Y cuando cae el tiro [del cañón]... si va a dar contra un cerro, como que lo hiende, lo resquebraja, y si da contra un árbol, lo destroza hecho astillas, como si fuera algo admirable, cual si alguien lo hubiera soplado desde el interior»,[5] describen azoradas las crónicas aztecas.

Tendile le manda a su emperador un casco que le había

5. Juan de Torquemada, *op. cit.*

pedido a los españoles, y cuando Moctezuma lo ve, dice Bernal Díaz, se convence de que es igual al que lleva su dios Huitzilopochtli y que, por tanto, los españoles, efectivamente, son los dioses que vuelven. El emperador decide recurrir a la magia simpática y le envía a Cortés un indio que era su sosia,[6] junto con nuevas provisiones y suntuosos regalos, que incluían el casco lleno de mineral de oro, como lo había pedido el capitán extremeño.

Pero el idilio con los indios va a durar poco. Moctezuma cambia de idea ante la insistencia de sus consejeros, que no creen en el carácter divino de los recién llegados, y opta por procurar que los extranjeros se marchen. Un buen día los españoles amanecen con la sorpresa de que todos los indígenas habían huido del real de la tropa. Junto con ellos desaparecía el suministro de provisiones. Cortés se ve obligado entonces a mandar una expedición tierra adentro y otra por mar a la búsqueda de alimentos.

Llegan a tierras de Cempoala, donde, aprovechándose del odio que los indios sienten por sus dominadores aztecas, Cortés realiza una maquiavélica política renacentista para mostrarles que él va a ser su protector contra los mexicas por un lado, manteniendo, a espaldas de ellos y al mismo tiempo, su amistad con Moctezuma de cara a sus enviados y recaudadores.

Los totonecas de Cempoala, como otros pueblos sometidos por Tenochtitlán, la capital del imperio azteca, tenían sobradas razones para odiar a sus dominadores por las constantes exacciones que sufrían. «Cada año les demandaban muchos hijos e hijas para sacrificar, y otros para servir en sus casas y sementeras, y otras muchas quejas, que fueron tantas, que ya no se me acuerdo», dice Bernal Díaz. «Y que los recaudadores de Moctezuma les tomaban sus mujeres e hijas si eran hermosas y las forzaban.»

Cortés manda a los indios prender a cinco recaudadores de Moctezuma y a rebelarse contra las exigencias del emperador mexica y, para evitar que los maten, pone a sus soldados a guardarlos. Secretamente manda soltar a dos de ellos, ante quienes finge total inocencia con respecto a la suerte que habían corrido, los trata generosamente y los envía a Tenochtitlán con mensajes de amistad para Moctezuma. Cuando el emperador los recibe, envía a Cortés nue-

6. Y al cual la soldadesca bautiza, humorísticamente, con el nombre de «Cortés».

vos obsequios en agradecimiento a su acción, junto con quejas acusándolo de haber favorecido la rebelión de los de Cempoala. Pero el extremeño, como nueva muestra de amistad, le envía a los tres recaudadores que habían quedado en manos de los indios.

Aprovechando la hospitalidad de los totonecas o totonacas, Cortés realiza en sus tierras la primera fundación española en tierras mexicanas: Villa Rica de la Vera Cruz, donde se independiza legalmente del gobernador Diego Velázquez, mediante una ficción jurídica. Cortés prosigue sin descanso su política de pacificación de otros pueblos, actuando de justiciero, como en el caso de Cingapacinga, frente a los excesos de los indios de Cempoala, con lo que consigue incruentamente la fidelidad de varias comunidades. Éstos admiten, entre atemorizados y agradecidos, que los hombres del capitán extremeño destruyan sus ídolos y los reemplacen con imágenes cristianas y soportan los sermones de Cortés en contra de «las suciedades de la sodomía», a las que eran afectos algunos indígenas.

Los de Cempoala se convencen de la superioridad de los teules y de que significaban una eficaz protección contra las previsibles represalias de los aztecas. Con la intención de que se quedaran en sus tierras, los totonecas le dicen a Cortés que «pues éramos ya sus amigos, que nos quieren tener por hermanos que será bien que tomásemos de sus hijas para hacer generación; y para que más fijas fuesen las amistades trajeron ocho indias, todas hijas de caciques y dieron a Cortés una de aquellas cacicas, y era sobrina del cacique gordo; y otra dieron a Alonso Hernández Puerto Carrero y era hija de otro gran cacique que se decía Cuesco en su lengua; y traíanlas vestidas a todas ocho con ricas camisas de la tierra y bien ataviadas a su usanza, y cada una de ellas con collar de oro al cuello y en las orejas zarcillos de oro; y venían acompañadas de otras indias para servirse de ellas».[7]

El rango de las mujeres no coincidía con sus atractivos físicos. La que le tocó a Cortés, sobrina del cacique gordo, la máxima autoridad en Cempoala, «era muy fea», pese a lo cual «él la recibió con buen semblante».[8] Otra vez, el mayor beneficiado será Alonso Hernández de Puerto Carrero, que por aquel entonces ya gozaba de los favores de Ma-

7. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*
8. Ibidem.

rina: recibió de manos de Cortés a la hija de Cuesco, bautizada con el nombre de Francisca, mujer «muy hermosa para ser india», dice Bernal Díaz. Sospechosa insistencia esta de Hernán Cortés con su amigo, a quien regalaba y con quien luego intercambiaba las mejores presas femeninas.

Una vez más las hembras cumplen su función como objetos de intercambio entre los hombres indios y los hombres españoles y entre éstos. Cortés seduce con estos regalos. Su actitud cambiará después de la Conquista, cuando ya no necesite más usar a las mujeres-obsequio como elemento aglutinador y estimulador de lealtades.

Al resto de las mujeres, dice la crónica, «Cortés las repartió entre soldados»,[9] que, por la política pacificadora del extremeño, andarían muy necesitados de carne femenina: eran más de seiscientos hombres sin mujeres en la hueste, y llevaban varios meses desde que habían salido de Cuba.

El capitán Hernández de Puerto Carrero no iba a poder disfrutar de su pequeño serrallo durante mucho tiempo. Pocas semanas más tarde es enviado junto con Francisco de Montejo a Castilla como procurador de Cortés, a fin de defender ante el emperador Carlos I la jugada que aquél le había hecho al gobernador Velázquez, alzándose contra él. Marina, desde la partida del capitán embajador, pasa al lecho de Hernán Cortés.

Tras reprimir severamente un conato de levantamiento de los hombres de su hueste afectos a Velázquez, que querían volver a Cuba, el capitán general, con el consentimiento de muchos de sus hombres, manda inutilizar las naves, nombra a Juan de Escalante máxima autoridad en Veracruz y se dispone a lanzarse a la conquista de Tenochtitlán.[10]

Es una hueste casi miserable. Los totonecas les dan cuarenta hombres de guerra y doscientos porteadores indios para llevar la artillería, porque ellos, los «pobres soldados» —dice Bernal Díaz—, no necesitaban indios de carga «porque en aquel tiempo no teníamos qué llevar, porque nuestras armas, así lanzas como escopetas y ballestas y rodelas y todo otro género de ellas, con ellas dormíamos y caminábamos y calzadas nuestras alpargatas, que eran nuestro cal-

9. Ibídem.

10. Ochocientos ocho años atrás, otro jefe militar, Tarik, había mandado también quemar sus naves en las costas de Gibraltar antes de comenzar con nueve mil beréberes la invasión y conquista de la patria de Cortés y de sus hombres.

zado y, como ya he dicho, siempre muy apercibidos para pelear».

Aun para los usos europeos de la época, el ejército cortesiano estaba paupérrimamente armado: apenas dieciséis caballos formaban la fuerza montada y las armas de fuego eran más que exiguas: trece mosquetones, diez cañones de bronce, cuatro cañones ligeros.

Desde la visión de los indios, esta mesnada era, sin embargo, impresionante. En los testimonios recogidos por fray Bernardino de Sahagún,[11] la descripción que hacen los indígenas tiene un inevitable tono de admiración y temor.

«Primero avanzaban cuatro jinetes, mirando a todas partes, observando entre las casas. También los perros iban con las narices contra el suelo, siguiendo las huellas y jadeando. Apartado caminaba el portador de la bandera, agitándola, haciéndola flotar en círculos. Y atrás suyo iban hombres armados.

»Luego seguían los caballos con los jinetes en sus lomos. Los jinetes traían armaduras de algodón, los escudos forrados en cuero, lanzas con puntas de hierro y espadas de hierro. Llevaban cascabeles. Los caballos relinchaban y sudaban mucho, y de sus bocas goteaba la espuma. La tercera fila estaba formada por ballesteros. Algunos llevaban armada la ballesta. Otros la tenían en sus hombros y colgando llevaban el carcaj, lleno de flechas de hierro.

»La cuarta fila estaba formada por jinetes con las mismas armas. Y en la armadura de la cabeza llevaban plumas. La quinta división estaba formada por arcabuceros, que llevaban las armas de fuego. Llevaban el arcabuz en sus hombros... Y venía luego el capitán. Después seguían los habitantes de las tribus vecinas que se habían aliado a los españoles. Algunos llevaban cargas a sus espaldas. Otros empujaban los cañones grandes montados sobre ruedas de madera.»

Los totonecas aconsejan a Cortés que vaya a Tenochtitlán por tierra de Tlaxcala, una isla rodeada del poder mexica. Sus habitantes son acérrimos enemigos de los aztecas, con quienes se mantienen en estado de beligerancia y, a diferencia de los de Cempoala, nunca han podido ser conquistados por la fuerza imperial de Tenochtitlán.

En el camino, Cortés repite sus tácticas para impresio-

11. *La conquista de México según las ilustraciones del Códice florentino*, México, 1978.

nar a los indígenas, les predica el Evangelio, los reprende por sus prácticas antropofágicas y por la homosexualidad que toleraban, y se ocupa de destruir sus ídolos al tiempo que los exhorta a que se conviertan en vasallos de su emperador.

Consigue resultados diversos, pero procura siempre dejar tras de sí pueblos pacificados para guardarse las espaldas.

Los indios les obsequian más mujeres «para moler el maíz» que engrosan la retaguardia del ejército cristiano, además del siempre bienvenido oro.

Cuando se acercan a Tlaxcala, fracasan los intentos de los totonecas de convencerlos de que los españoles son *teules* que no quieren hacerles ningún daño y que, en cambio, son sus aliados naturales contra los mexicas.

Los tlaxcaltecas, celosísimos de su independencia y fieros guerreros, hacen un juego doble con los extranjeros. Uno de sus jefes, ante la llegada de los españoles, propone una estrategia que los otros aceptan y llevan a cabo: Tepetícpac dijo que «le parecía se enviasen embajadores al capitán de aquella nueva gente, que con graciosa respuesta le dijesen que en aquella ciudad sería bien recibido; y que entretanto, pues había gente apercibida, le saliese al camino Xicoténcatl el Joven, con los otomíes y hiciese experiencia de lo que eran aquellos a quienes llamaban dioses; y si los venciese, Tlaxcala quedaría con perpetua gloria; y si no, se daría la culpa a los otomíes, como bárbaros y atrevidos».[12]

Los dos contendientes se enfrentan en durísimas batallas, con fuertes pérdidas en ambos bandos: Cortés en estos combates ve sus fuerzas reducidas en un diez por ciento, pero inflige a los indígenas gran número de bajas. Los españoles se curan de sus heridas y tratan las de sus caballos con la grasa de los indios gordos caídos en el campo de las contiendas.

Después de cada enfrentamiento, el extremeño no se cansa de enviar mensajes de paz a los tlaxcaltecas que, al principio, rechazan altivamente los ofrecimientos, convencidos de que el pequeño número de extranjeros no podrá contra sus cuantiosas fuerzas militares.

El capitán general sabe que no tiene otra alternativa que la paz o la victoria. Los americanos les han dado el papel de dioses y tienen que comportarse como tales o resignarse

12. Antonio de Herrera, *op. cit.*

a morir. Para calmar la desesperación de sus hombres, que se sienten perdidos ante el número y la obstinación de sus enemigos, les hace un razonamiento políticamente impecable que demuestra la lucidez y el realismo de Cortés: «No es cosa bien acertada volver un paso atrás. Que si nos viesen volver estas gentes y los que dejamos en paz, las piedras se levantarían contra nosotros, y como ahora nos tienen por dioses o ídolos, que así nos llaman, nos juzgarían por muy cobardes y de pocas fuerzas. Y a lo que decís de estar entre los amigos totonecas, nuestros aliados, si nos viesen que damos vuelta sin ir a México, se levantarían contra nosotros y la causa de ello sería que como les quitamos que no diesen tributo a Moctezuma, [éste] enviaría sus poderes mexicanos contra ellos para que les volviesen a tributar, y sobre ellos darles guerra, y aun les mandara que nos la den a nosotros, y ellos por no ser destruidos, porque los temen en gran manera, lo pondrían por obra. Así que donde pensábamos tener amigos serían enemigos. Pues desde que lo supiese el gran Moctezuma que nos habíamos vuelto, ¡qué diría!, ¡en qué tendría nuestras palabras ni lo que envíamos decir! Que todo era cosa de burla o juego de niños. Así que, señores, mal allá y peor acullá: más vale que estemos aquí donde estamos, que es bien llano y todo bien poblado y este nuestro real bien abastecido.» Vale «más morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonrados», añade Cortés.[13]

Xicotenga, el jefe tlaxcalteca, le envía cuarenta indios con comidas y cuatro mujeres viejas para que los españoles las sacrifiquen a sus dioses. Por Marina se entera de que, en realidad, son espías y de que Xicotenga tiene veinte mil bravos dispuestos para dar en el real de los cristianos esa noche, después de que los espías regresen con las informaciones.

Cortés manda cortarles las manos y los pulgares a los hombres de Xicotenga y los envía de vuelta con el arrogante mensaje de que resistirían día y noche los ataques de los indios durante dos días. Y si en ese plazo no venían, «los iríamos a buscar a su real, y que ya hubiéramos ido a darles guerra y matarlos si no [fuera] porque los queremos mucho, y que no sean más locos y vengan de paz».[14]

El recurso dio resultado. Cuando Xicotenga vio a sus

13. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*
14. Ibidem.

espías mutilados «perdió el brío y soberbia», dice Bernal Díaz, y se decidió a hacer la paz con los forasteros, aunque lo más probable es que ya estuviera abrumado por la capacidad de resistencia de los españoles y por sus reiteradas ofertas de armisticio.

Las mujeres serán, una vez más, las encargadas de sellar la alianza con los españoles. «Y parece ser —dice Díaz del Castillo— tenían concertados entre todos los caciques de darnos sus hijas y sobrinas, las más hermosas que tenían que fuesen doncellas por casar. Y dijo el viejo Xicotenga: «Malinche: para que más claramente conozcáis el bien que os queremos y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras hijas para que sean vuestras mujeres y hagáis generación porque queremos teneros por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados. Yo tengo una hija muy hermosa, y no ha sido casada, y quiérola para vos.» Los otros caciques respaldaron la oferta del principal jefe tlaxcalteca asegurando que traerían sus hijas «para que las recibiésemos por mujeres». Y al día siguiente aparecieron con cinco indias «hermosas doncellas y mozas, y para ser indias eran de buen parecer y bien ataviadas, y traían para cada india otra india moza para su servicio y todas eran hijas de caciques».

Pero Cortés era un evangelizador obsesivo: el diablo vendiendo cruces. Había planeado con los sacerdotes y con sus capitanes rechazar a las indias de regalo para presionar a los tlaxcaltecas a fin de que abandonaran sus ídolos sangrientos y sus prácticas canibalísticas.

De modo que el capitán general agradeció el obsequio, pero les pidió que guardaran a las jóvenes en casas de sus padres. Ante la sorpresa de los caciques, Cortés les repondió que primero quería que los indios renunciasen a sus ídolos y sacrificios y que no «hagan otras torpedades malas que suelen hacer y crean lo que nosotros queremos, que es un solo Dios verdadero».

Los tlaxcaltecas, muy dignos y más sensatos, se negaron de plano y pidieron a Cortés que no insistiese en el asunto (naturalmente, ya les había dado la lata con la misma monserga), y le advirtieron que, aunque los matase, seguirían realizando sacrificios y confiando en sus dioses.

El sacerdote mercedario de la expedición, el padre Olmedo, tal vez harto de tanta guerra como habían tenido o con más juicio que su capitán, recomendó a Cortés que enfriara su celo, pues «no es justo que por la fuerza los haga-

mos ser cristianos». Otros capitanes respaldaron la petición, a la que finalmente cedió Cortés, no sin antes entronizar una imagen de la Virgen en un altar en el que se dijo misa.

Cumplida formalmente la misión evangélica, aceptaron las doncellas, las bautizaron y Cortés, como siempre, las repartió. Puerto Carrero estaba ausente, de modo que el privilegiado fue Pedro de Alvarado, que recibió a la hija de Xicotenga, bautizada como doña Luisa. Juan Velázquez de León se hizo con doña Elvira, hija de otro cacique principal, Maxixcatzin. Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid y Alonso de Ávila fueron beneficiados con las otras tres, a las que no les sería fácil llamar de viva voz: Toltequequetzalzin, Zacuancozcatl y Huitznahuazihuatzin. Y de este modo comenzó el mestizaje, con los que pronto se convertirían en los mejores aliados de los europeos en las conquistas cortesianas.

Estos españoles tenían ya conciencia de que habían penetrado en un mundo radicalmente distinto del caribeño. El regalo de mujeres era un gesto político y no una actitud de gratificadora sensualidad —que parece no demasiado abundante en la meseta del Anahuac— ni un rasgo de hospitalidad propio de una sociedad sin sentido de la propiedad privada o de los celos, como ocurría en las costas de Venezuela, Panamá o en las islas del mar Caribe.

Los cronistas cristianos —desde su óptica propia— traslucen un respeto hacia las mexicanas, que no aparece cuando hablan de pueblos americanos más primitivos. Y eso pese a que los pueblos mexicanos también tenían mujeres que se prostituían por un poco de cacao, la moneda del mundo precolombino, y no faltaban tampoco los homosexuales travestidos que tan grande conmoción provocaban en los españoles.

Pero en tierras aztecas, tlaxcaltecas o totonecas, las mujeres van pudorosamente vestidas y son severamente educadas en la total sumisión al hombre dentro de una sociedad ascética, militarizada, heroica, pesimista, necrolátrica, que creía ciegamente en la necesidad de realizar horrendos sacrificios humanos para satisfacer a dioses sedientos de sangre humana, que amenazaban siempre con destruir el mundo si no eran suficientemente nutridos.

La poligamia de los señores y cierta liberalidad sexual que practicaban ellos no implicaba que no existieran reglas muy rígidas e impiedosas para castigar las conductas sexuales desviadas de una estricta ortodoxia, como el adulte-

rio o el estupro. La sociedad azteca, en particular, dejaba muy poco espacio a los placeres instintivos: por el contrario, propugnaba un control férreo de las pasiones. Una sociedad militarizada no podía permitirse que las energías o el entusiasmo se orientasen hacia el placer o hacia un alegre amor a la vida.

Las mujeres eran educadas en el recato y en la modestia, en el silencio y la obediencia a los hombres, en muchos casos dentro de una auténtica disciplina monacal.

En el *Códice florentino*, parte del trabajo de recopilación de fray Bernardino de Sahagún, un padre azteca aconseja a sus hijos. Cuando le llega el turno de hablar a su primogénita le dice: «Oh, hija mía, que este mundo es de llorar y de aflicciones, y de descontentos, donde hay fríos y destemplanzas del aire, y grandes calores del sol, que nos aflige, y es lugar de hambre y de sed... Nota bien lo que te digo, hija mía, que este mundo es malo y penoso, donde no hay placeres, sino descontentos...» Y tras proponerle un plan de vida ascético y laborioso, le recomienda: «Mira, hija mía..., que no te des al deleite carnal; mira que no te arrojes sobre el estiércol y la hediondez de la lujuria; y si has de venir a esto, más valdría que te murieras ahora mismo.»

Al hombre hay que recibirlo siempre con humilde resignación y jamás la mujer debe elegir esposo, sino aceptar lo que viniere: «Mira que no desees algún hombre por ser mejor dispuesto; mira que no te enamores de él apasionadamente. Si fuere bien dispuesto el que te demandare [en matrimonio], recíbelo: y si fuere mal dispuesto y feo, no lo deseches; toma aquél porque lo envía Dios, y si no lo quisieres recibir, él se burlará de ti, deshonrarte ha, trabajando a ver tu cuerpo por mala vía; y después te pregonará por mala mujer... Mira, hija, que no te juntes con otro sino con sólo aquel que te demandó; persevera con él hasta que muera; no lo dejes, aunque él te quiera dejar, aunque sea pobrecito labrador u obrero o algún hombre común de bajo linaje; aunque no tenga qué comer no lo menosprecies, no lo dejes, porque poderoso es nuestro Señor de proveeros y honraros, porque es sabedor de todas las cosas y hace mercedes a quien quiere.»[15]

Éstas eran, además, sociedades con clases o estamentos

15. En Fernando Díaz Infante, *La educación de los aztecas*, México, 1988. Con ligeras variantes, éste podría ser también el discurso de un padre castellano a su hija.

que les recordaban a los españoles la suya propia y, por tanto, les inspiraban un mayor respeto. Aquí había «señoras» de calidad y naborias o sirvientas, claramente diferenciadas, nobles, señores y plebeyos, amos y esclavos. Los cronistas no pierden oportunidad de aplicar a los indios adjetivos como *emperador, rey, señor, noble, princesa,* que correspondían a la sociedad europea, ni de destacar la prosapia de los personajes de las elites gobernantes.

Y en eso no se equivocaban demasiado porque era la primera vez que los españoles topaban en América con una civilización, aunque esa civilización tuviera un menor desarrollo tecnológico y mostrara costumbres que espantaban a los españoles, como la «idolatría», el canibalismo ritual y la sodomía.

No es previsible que, en este contexto, las mexicanas resultaran para los españoles un bocado excesivamente delicioso y estimulante desde el punto de vista sexual. Ningún cronista —salvo López de Gómara, que habla de oídas y, aparentemente, del producto de sus fantasías— describe a las mujeres de México como lujuriosas o conocedoras de «artificios de gran liviandad».

Todo indica que, en la mayoría de los casos, serian buenas naborias o criadas y poco más que un desahogo sexual para sus amos.

Hasta Tlaxcala, la tropa sufre de falta de hembras, obligados, como estaban, a seguir una política de pacificación que eliminaba toda posibilidad de tomar mujeres de los aliados por la fuerza. Será a partir de la ruptura de hostilidades posterior que cada soldado podrá disponer de un, a veces, numeroso harén para su goce personal.

LAS TRES MIL HEMBRAS DE MOCTEZUMA

Cortés y sus hombres resolvieron, después de diecisiete días de holgar en tierras tlaxcaltecas, seguir viaje a Tenochtitlán. Desoyendo los consejos de sus flamantes aliados, el conquistador optó por tomar el camino que pasa por la ciudad de Cholula, sometida a los aztecas. Los españoles no llegaban a sumar cuatrocientos hombres después de las bajas sufridas,[1] a los que se unían los guerreros totonecas de Cempoala, un millar de tlaxcaltecas y las mujeres indias de cama y servicio.

Cholula era una de las ciudades principales del Anáhuac, tributaria del imperio azteca. Allí Moctezuma tenía preparada una de sus numerosas trampas. Los cholutecas recibieron a los españoles con reticente hospitalidad y los alojaron dentro de la ciudad, que sorprendió a la hueste por sus construcciones, al punto de que la encontraron parecida a Valladolid.

Los signos de que se preparaba una celada aparecieron pronto. Los hombres de Cortés se vieron obligados a velar armas día y noche a la espera de un ataque. Cortés puso, entonces, en marcha un eficaz sistema informativo que le permitió descubrir a tiempo que el emperador de Tenochtitlán, después de muchas dudas, había ordenado secretamente atacarlos, sacrificar veinte españoles a los dioses y tratar de capturar la máxima cantidad de ellos para llevarlos cautivos a Tenochtitlán. Para ejecutar el plan mexica, los cholutecas habían cavado pozos disimulados en las calles, en cuyos fondos colocaron estacas afiladas a fin de que en

1. «... y nosotros aun no llegábamos a cuatrocientos hombres...», Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*

ellos cayeran los caballos; un sistema de barricadas completaba los preparativos, mientras se aprestaban a echarse sobre los extranjeros en la mañana del cuarto día de su estancia en la ciudad.

Cortés frustró los planes del emperador azteca atacando primero. Desató una matanza terrible de cholutecas, que pretendió ser ejemplarizadora y al mismo tiempo aterrorizadora, de la que participaron con gran euforia y crueldad los tlaxcaltecas que los acompañaban y otros que llegaron para unirse al sangriento festín contra sus viejos enemigos de Cholula. La masacre fue, sobre todo, un claro mensaje de advertencia al soberano de Tenochtitlán, en cuyas manos iban a ponerse pronto los españoles, con su inaudita audacia de meterse en su ciudad.

Cortés y sus hombres serían duramente atacados más tarde por esta primera gran matanza en territorio mexicano y acusados de que los cholutecas estaban desarmados y sin intenciones de agredirlos. Es harto improbable que la hueste hubiese atacado a un grupo de seres indefensos: no era éste el estilo de Cortés, como había demostrado hasta entonces. En su obra, Bernal Díaz apunta que Bartolomé de Las Casas «afirma que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó se hizo aquel castigo, y aún dícelo de arte en su libro a quien no lo vio ni lo sabe, que les hará creer que es así aquello y otras crueldades que escribe, siendo todo al revés, perdóneme su señoría que la diga tan claro, que no pasó como lo escribe».

Aquí los españoles no cobraron cautivas: antes del ataque proyectado, los cholutecas habían enviado a las mujeres y a los niños fuera de la ciudad.

Tras su demoledora matanza, Cortés volvió a su discurso pacificador: ordenó a sus aliados que devolvieran los cautivos y a los jefes de Cholula les mandó retornar a la normalidad, poblando de nuevo la ciudad y organizando los mercados. Repitió una vez más su sermón en contra de los cultos a los dioses sanguinarios, la antropofagia, las prácticas homosexuales y liberó —dice Bernal Díaz del Castillo— a gran cantidad de jóvenes que los cholutecas tenían enjaulados y en engorde para sacrificarlos a sus ídolos y luego devorarlos ritualmente.

Mientras tanto, en Tenochtitlán, las noticias de la matanza de Cholula llenaban otra vez de temor a Moctezuma y a los aztecas, que creían, como dice Bernal Díaz, que los españoles eran «adivinos y decían que no se nos podía en-

cubrir cosa ninguna mala que contra nosotros tratasen que no lo supiésemos».

Como es obvio, el astuto capitán extremeño se aprovechó de esta creencia. Comunicó a Moctezuma que no había tenido más remedio que castigar a los cholutecas porque, además de querer matarlos, acusaban falsamente al emperador de haberles ordenado que les tendieran una celada, «lo cual nunca creímos que tan gran señor como él es tal mandase, especialmente habiéndose dado por nuestro amigo».[2]

Moctezuma debe de haber entendido el metamensaje: volvió a reunirse con sus sacerdotes, ayunaron, pidieron consejo a sus dioses y éstos les reiteraron, a través de los jefes religiosos, que tenía que dejar entrar a los españoles en Tenochtitlán y, una vez dentro, matarlos, dice Díaz del Castillo. No explica el cronista —que se encontraba del otro lado de la trinchera— de dónde sacó él la información, ni aclara si se trataba simplemente de una suposición o especulación alimentada por sus razonables miedos a meterse en la boca del lobo. Pero parecía evidente que Moctezuma oscilaba entre la resignación ante los supuestos enviados de su dios Quetzalcóatl y las presiones que recibía de los suyos para que liquidara de cuajo la invasión extranjera.

De momento, siguiendo el juego de Cortés, el emperador optó por reiterar las expresiones de amistad hacia con los castellanos, al tiempo que condenaba la conducta de los cholutecas y aparentaba resignarse a esperar la llegada de los *teules*, mientras colocaba obstáculos y fuerzas militares en los caminos para detener a los invasores y les enviaba decir que no siguieran porque carecía de recursos para alimentarlos.

Cortés supo, una vez más, aprovecharse del resentimiento de pueblos vecinos contra los aztecas para superar los obstáculos.

Pero sus aliados de Cempoala se aterrorizaron ante la idea de entrar en la capital de los aztecas, ante quienes se habían rebelado, y pidieron al capitán español licencia para volverse a sus tierras. Cortés, siempre cuidadoso de protegerse las espaldas, los llenó de regalos y les permitió partir en premio a sus buenos servicios. Tenían razón los indios de Cempoala. El mismo Díaz del Castillo, pese a su sobriedad castellana, no puede dejar de ufanarse de su locura,

2. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*

para la cual no encuentra precedentes en la Historia: «Miren los curiosos lectores si esto que escribo, si había bien que ponderar en ello, qué hombres ha habido en el Universo que tal atrevimiento tuviesen.»

Los tlaxcaltecas, fieros guerreros, no se arredraron ante el desafío: le ofrecieron diez mil combatientes más, de los cuales Cortés sólo aceptó mil, para no enojar a los mexicas.

El primer día de noviembre de 1519, el capitán extremeño, al frente de sus hombres, inició el tramo final de la marcha hacia la capital azteca. Hasta el último momento Moctezuma no había abandonado su actitud dual, poniéndoles obstáculos y enviándoles, al mismo tiempo, ricos presentes con reiterados ruegos de que no continuaran el camino alegando su escasez de alimentos, a los que, naturalmente, Cortés hizo caso omiso: los fastuosos regalos, en todo caso, sólo sirvieron para avivar la codicia del conquistador y de sus hombres.

Por fin, el 8 de noviembre, los españoles atravesaron los últimos puentes que llevaban a Tenochtitlán, la gran urbe construida en medio de una extensa laguna. Un millar de hombres salieron a recibirlos con toda pompa. Cuando la hueste estaba a la altura de la actual calle de Pino Suárez, apareció Moctezuma transportado en andas y escoltado por doscientos señores ricamente vestidos.

Cortés, por su parte, no bajó la guardia en ningún momento: mantuvo a sus fuerzas «a punto de guerra», con los estandartes desplegados al viento y los tambores redoblando sin parar, con todo el estruendo que eran capaces de hacer. Tiene que haber sido un espectáculo impresionante, al tiempo que en la intimidad de los hombres de ambos bandos deben de haberse ocultado emociones profundas: Moctezuma y Cortés tenían conciencia de la trascendencia de lo que estaba ocurriendo, aunque ignoraban cuál iba a ser el desenlace final de ese encuentro.

El caudillo español se apeó del caballo, se acercó al emperador e intentó darle un abrazo, ademán que sus edecanes congelaron, impidiéndole tocar a Moctezuma.[3] Cortés reemplazó rápidamente el gesto por el obsequio de un collar de cuentas de vidrio que le puso al cuello al empera-

3. Moctezuma había vuelto terriblemente rígido todo el ceremonial y la etiqueta de la corte, convirtiéndola en un santuario exclusivo de la más encumbrada nobleza, cuyos miembros eran los únicos que podían rodear al monarca y ostentar cargos políticos y administrativos.

dor. Éste le retribuyó el presente colocándole otro collar de caracoles y figuras de oro. En los discursos que intercambiaron, el azteca reconoció a Cortés como el enviado de Quetzalcóatl y se sometió a su dominio. Tras lo cual, acompañó a la hueste al palacio de su padre, Axayácatl, ubicado a un lado del Templo Mayor de la ciudad, donde debían alojarse, y llenó de obsequios a los soldados.

Durante una semana la soldadesca pudo descansar en el palacio, bien alimentados y cuidados, pero «muy apercibidos» porque a ninguno se le escapaba que se habían metido en la boca del lobo.

Y no se engañaban. El reposo de los guerreros era, en realidad, un infierno de penurias. «De noche ni de día no dormíamos con este pensamiento», dice Bernal Díaz, esperando que en cualquier momento fueran exterminados, como ya se lo habían anunciado sus aliados. Para ello sólo necesitaban «quitarnos la comida o el agua o alzar cualquier puente, que no nos podríamos valer». La angustia persecutoria debe de haber sido muy grande.

Algunos soldados, por fin, creyeron observar que sus servidores aztecas ya no les traían las viandas con el mismo cuidado y celo con que lo habían hecho los primeros días, sospecha a la que se unieron los tlaxcaltecas a quienes «no les parecía bien la voluntad de los mexicanos de dos días atrás».

Estos hombres de acción no podían soportar la incertidumbre de su destino sin hacer algo, ni esperar pasivamente a que les llegara el momento de ser exterminados y sacrificados a los dioses aztecas: eran cuatro centenares de hombres aislados en una ciudad de trescientos mil habitantes. De nada valía, por otra parte, haber entrado en Tenochtitlán si quedaban convertidos en virtuales prisioneros de lujo, despojados de todo poder y sin posibilidades de apoderarse de las riquezas y llevarlas a España.

Algunos capitanes propusieron a Cortés engrillar a Moctezuma y mantenerlo como rehén a fin de salvaguardarse de un ataque de sus súbditos. Es imaginable que Cortés, antes de atreverse a entrar en la capital mexica, hubiera ya planificado un golpe de mano que cambiara su suerte. La excusa para llevar a cabo la única jugada que podía darles alguna garantía sobre sus vidas les llegó, por fin, al sexto día de estancia en Tenochtitlán, cuando se enteraron de que el emperador había mandado a Cuauhpopoca, señor de Nautla, que matase a los españoles que habían quedado en Ve-

racruz. Juan de Escalante, alguacil mayor, y seis peninsulares más habían sido muertos en un ataque donde numerosos aliados totonecas también habían caído. La situación era grave porque por primera vez quedaba patente para los aztecas que los *teules* podían ser derrotados y muertos.

Al día siguiente Cortés fue a visitar a Moctezuma y le echó un discurso recriminándole lo de Veracruz y unos supuestos planes para asesinarlos a ellos. Tras lo cual lo conminó a que, sin hacer ningún escándalo, los acompañase al palacio de Axayácatl, so amenaza de mandarlo matar por los capitanes que lo acompañaban.

Moctezuma aseguró que él no había enviado a Cuauhpopoca contra los españoles y que tampoco se entregaría prisionero a Cortés. El extremeño comenzó, entonces, una discusión con el emperador que interrumpió Velázquez de León a voz en cuello: «¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O lo llevamos preso o hemos de darle de estocadas. Por eso, tórnele a decir que si da voces o hace alboroto que lo mataremos porque más vale que de esta vez aseguremos nuestras vidas o las perdamos.»

Viendo el enfado de los oficiales, Moctezuma preguntó a Marina qué decían los capitanes. Ésta, hábilmente, le respondió: «Lo que yo os aconsejo es que vayáis en seguida con ellos a su aposento, sin ruido ninguno, que yo sé que se os hará mucha honra, como gran señor que sois, y de otra manera aquí quedaréis muerto, y en su aposento se sabrá la verdad.»

El emperador no podía soportar la afrenta de ser preso y ofreció a sus tres hijos legítimos a cambio. Pero los españoles insistieron en que sólo lo querían a él. Cercado, Moctezuma se dejó llevar sin más resistencias a la residencia de los castellanos, en donde se convirtió definitivamente en títere de Cortés: nunca recuperará su libertad, pero será atendido y mimado por los españoles y por sus numerosos servidores.

Cuauhpopoca, mandado llamar por Moctezuma, fue quemado por orden de Cortés, junto a otros señores involucrados en el ataque de Veracruz, en la plaza mayor de Tenochtitlán, no sin que antes el general mexica confesase que había sido el emperador quien le había ordenado matar a los hombres de Escalante. El cronista-soldado no puede dejar de admirarse de su osadía: «Muchas veces, ahora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos que me parece que las veo presen

tes, y digo que nuestros hechos que no los hacíamos nosotros sino que venían todos encaminados por Dios; porque, ¿qué hombres ha habido en el mundo que osasen entrar cuatrocientos soldados, y aun no llegábamos a ellos, en una fuerte ciudad como es México, que es mayor que Venecia, estando apartados de nuestra Castilla sobre más de mil quinientas leguas, y prender a tan gran señor y hacer justicia de sus capitanes delante de él?»

En aquellos días, «Cortés pedía e inquiría y Moctezuma daba y concedía sin límites».[4] «Y era tan bueno —recuerda Bernal Díaz del Castillo— que a todos [los soldados] nos daba joyas, a otros mantas e indias hermosas.»

El cronista no fue una excepción. «Yo le había hablado al Orteguilla,[5] que le quería demandar a Moctezuma que me hiciese merced de una india muy hermosa, y como lo supo Moctezuma me mandó llamar y me dijo: "Bernal Díaz del Castillo, hanme dicho que tenéis *motolinea* [pobreza] de ropa y oro, y os mandaré dar hoy una buena moza; tratadla muy bien, que es hija de hombre principal; y también os darán oro y mantas."

»Y entonces alcanzamos a saber que las muchas mujeres que tenía por amigas casaba a ellas con sus capitanes o personas principales muy privados —añade más adelante— y aun de ellas dio a nuestros soldados, y la que me dio a mí era una señora de ellas, y bien se pareció en ella, que se dijo doña Francisca.» Bernal Díaz no volverá a mencionar a su concubina, a la que, probablemente, perderá en la Noche Triste.

López de Gómara,[6] tal vez informado por Cortés, asegura que Moctezuma tenía en su palacio a más de mil mujeres, aunque «algunos afirman que tres mil entre señoras y criadas y esclavas; de las señoras, hijas de señores, que eran muy muchas, tomaba para sí las que bien le parecía; las otras daba por mujeres a sus criados y a otros caballeros y señores; y así dicen que hubo vez en que tuvo ciento y cincuenta preñadas a un tiempo».

El *tlatoani* azteca vivía como un príncipe oriental. A Bernal Díaz le sorprende que se bañe una vez por día, a la tarde. «Tenía muchas mujeres por amigas, hijas de señores,

4. José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México, 1990.

5. Orteguilla era un paje español, puesto por Cortés a Moctezuma, que hacía las funciones de intérprete, pues había aprendido algo de náhuatl.

6. Francisco López de Gómara, *Hispania Victrix*.

puesto que tenía dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente que lo alcanzaban a saber sólo alguno de los que le servían. Era muy limpio de sodomías. Las mantas y ropas que se ponía un día, no se las ponía sino después de cuatro días. Tenía sobre doscientos principales de su guarda en otras salas junto a la suya...» que «habían de entrar descalzos y los ojos bajos, puestos en tierra y no mirarle a la cara y con tres reverencias que le hacían y le decían en ellas: "Señor, mi señor, mi gran señor"... No le volvían la espalda al despedirse de él sino la cara y ojos bajos, en tierra, hacia donde estaba, y no vueltas la espalda hasta que salían de la sala.

»En el comer le tenían sus cocineros sobre treinta maneras de guisados hechos a su manera y usanza y teníanlos puestos en braseros de barro chicos debajo para que no se enfriasen y de aquello que el gran Moctezuma había de comer guisaban más de trescientos platos, sin más de mil para la gente de guarda... Oí decir que le solían guisar carnes de muchachos de poca edad» y «desde que nuestro capitán le reprendía el sacrificio y comer carne humana..., mandó que no le guisasen tal manjar».

Después de comer, servido por hermosas mujeres y criados y divertido por cantores y bailarines, fumaba[7] y se dormía.

El emperador disponía de una casa de aves dotada de toda clase de pájaros y de un zoológico con fieras que eran alimentadas con la parte del cuerpo de los sacrificados que los aztecas despreciaban en su dieta y rituales: el tronco.

A lo largo de siete meses, los hombres de Cortés se dedicaron a gozar de la buena vida, confiados en que su rehén les garantizaba su propia seguridad. Bien alimentados y cuidados por una caterva de servidores y con suficiente cantidad de hembras indígenas como para que cada uno pudiese gozar de un harén propio, muchos deben de haber creído que Dios les había premiado con el paraíso en este mundo.

El caudillo español se ocupó de recoger información sobre los recursos minerales y agrícolas del país, enviando expediciones a puntos distantes de Tenochtitlán. Además, paseó, cazó, se entretuvo jugando a los bolos con Moctezuma y no parecía tener ningún plan de futuro, pese a que en términos reales ellos eran carceleros y encarcelados al

7. El tabaco era, entonces, algo completamente desconocido para los españoles.

mismo tiempo, y no obstante que, formalmente y delante de escribano, había conseguido que el emperador hiciese un traspaso de su soberanía y los aztecas prestaran vasallaje al rey de España.

Naturalmente que Cortés también se vio beneficiado con la generosidad de Moctezuma en materia de mujeres. «Mira, Malinche, que tanto os amo, que os quiero dar una hija mía muy hermosa para que os caséis con ella y que la tengáis por vuestra legítima mujer», le dijo el emperador a Cortés un buen día.

Hábilmente, el extremeño —dice Bernal Díaz— le respondió «que era gran merced la que le hacía, mas que era casado y tenía mujer y que entre nosotros no podemos tener más que una mujer y que él la tendría en aquel grado, que hija de tan gran señor merece, y que primero quiere que se vuelva cristiana, como son otras señoras, hijas de señores. Y Moctezuma lo tuvo por bien y siempre mostraba el gran Moctezuma su acostumbrada voluntad».[8]

En esta primera etapa, Cortés debe de haber recibido más de una hija del emperador para su serrallo particular, al que era tan afecto. Cuando, más adelante, sus capitanes le reprocharon un descomedido pronto que tuvo con Moctezuma, recordándole todo lo que había recibido del monarca azteca, le dijeron: «... y mire que hasta las hijas le ha dado.»[9]

Esta larga etapa de calma será interrumpida, finalmente, no por las actividades de los indígenas, sino por la de otros europeos.

8. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.* Como se verá en capítulos sucesivos, la hipocresía de Cortés al respecto era mayúscula.
9. Ibídem, cap. CXXVI.

EL MERCADO DE ESCLAVAS

El gobernador de Cuba, Diego Velázquez, se había enterado por los enviados de Cortés a España, Hernández Puerto Carrero y Montejo, de los éxitos de su antiguo subordinado y de las ingentes riquezas que había cobrado. Utilizando sus influencias en la corte, consiguió autorización para reprimir a Cortés, capturarlo y enviarlo a Cuba.

Pánfilo de Narváez fue el encargado de ir a aprisionar al extremeño, para lo cual Velázquez lo puso al mando de una considerable flota de 19 barcos, 1 400 soldados, 80 caballos y numerosos indios cubanos como auxiliares, gastos que Velázquez esperaba compensar con creces una vez que se hubiese apoderado del botín de Cortés.

No tardaría el extremeño en enterarse del arribo a Cempoala del ejército de Narváez, que venía a echar por tierra todos sus esfuerzos y conquistas. Con un pequeño contingente abandonó Tenochtitlán y dejó a Pedro de Alvarado al mando de la fuerza que mantenía a Moctezuma prisionero en la capital.

Una vez más para Cortés, la correlación de fuerzas le era totalmente desfavorable. Pero el capitán extremeño hizo uso de su proverbial astucia y consiguió, con un ataque por sorpresa, capturar a Narváez y rendir a sus hombres, la mayoría de los cuales, atraidos por la fama de las conquistas de Cortés, se pasaron a su bando. Después de su victoria, el capitán extremeño mandó hacer alarde y encontró que se hallaba al mando de 1 300 hombres con 96 caballos y 160 ballesteros y escopeteros. Jamás había tenido antes a sus órdenes ni la mitad de ese ejército.

Mientras estos hechos ocurrían, en Tenochtitlán los aztecas se preparaban para celebrar la gran fiesta del mes

de *toxcatl* en honor de Tezcatlipoca y Huitzilopochtli, que Cortés y Alvarado habían autorizado, a cambio de que no se realizaran sacrificios humanos.

Los españoles entraron en sospechas de que la fiesta iba a ser, en realidad, el comienzo de una vasta rebelión contra ellos. También los mexicas se habían enterado de la llegada de la fuerte expedición de Cuba que quería acabar con Cortés, lo cual minaba su prestigio y le abría otro frente.

En el palacio de Axayácatl donde se hospedaban, los cristianos, según algunas fuentes, advirtieron que habían sido suspendidas las viandas con que los servidores mexicas los alimentaban.

Haya sido cierto el alzamiento que preparaban los aztecas o se haya tratado de un ataque de paranoia colectiva avivado por las intrigas de los tlaxcaltecas, lo cierto es que el día de la fiesta, cuando toda la nobleza mexica se encontraba celebrándola, Pedro de Alvarado ordenó a sus hombres perpetrar una espantosa matanza de más de seiscientos aristócratas aztecas desarmados.

Hay numerosas versiones discordantes de esta masacre que iba a significar el fin de la autoridad de Moctezuma y el comienzo de una sangrienta y posiblemente inevitable guerra entre españoles y mexicas.

Todo el poder de Cortés estaba asentado en bases demasiado endebles: el mito de que eran enviados de Quetzalcóatl o Huitzilopochtli[1] (contradicho por la obstinación con que los españoles querían destruir los ídolos y la liturgia sangrienta de esos dioses), la tímida complacencia de Moctezuma (resistida por sus capitanes y súbditos), la frágil fama de invencibles de los españoles y la formal trans-

1. Se ha puesto en duda la existencia misma de ese mito antes de la llegada de los españoles. La mexicana Eulalia Guzmán cree que la historia apareció por primera en 1540, narrada por los franciscanos. Cortés no menciona nada al respecto. Fernández de Oviedo descree de la versión de que los mexicas confundieron a Cortés con un enviado de sus dioses. Sin embargo, Bernal Díaz del Castillo, protagonista de la Conquista, se refiere a ella desde el principio de la expedición y, además, resulta difícil explicar la complacencia, las dudas y los temores de Moctezuma y sus capitanes, si no hubiese habido ningún elemento religioso o supersticioso que acompañara la aparición de los españoles. Por otra parte, la historiadora Eulalia Guzmán (*Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anahuac*, México, 1958) profesa tal odio al conquistador, dentro de la tradición mexicana indigenófila que habla y piensa en la Conquista como si hubiera ocurrido la semana pasada, que sus afirmaciones son, *a priori*, dudosas.

ferencia de soberanía, que tenía apenas un valor simbólico.

Cuando el emperador mexica se enteró de la matanza pidió que le dieran muerte. Cortés acababa de llegar a marchas forzadas y se encontró a sus hombres cercados por los aztecas en armas, faltos de provisiones y desesperados.

El extremeño intentó jugar la carta de Moctezuma una vez más y obligó al emperador a presentarse ante su pueblo en armas para ordenarles, desde una azotea del palacio, que cesaran en su violencia contra los españoles. Cuauhtémoc, capitán de dieciocho años, sobrino del emperador, lo increpó llamándole, entre otras cosas, «mujer de los españoles». De varias pedradas lanzadas por la multitud, una, al menos, dio de lleno en la cabeza de Moctezuma, que se desplomó. Poco después el *tlatoani* moría de la herida,[2] no sin antes encargar a Cortés que cuidara de sus hijas legítimas.

Acuciados por el hambre y la perspectiva cierta de morir a manos de los mexicas que no dejaban de hostilizarlos, los españoles decidieron salir de la ciudad la noche del 30 de junio de 1520. El oro fue repartido entre los hombres y se separó, simbólicamente, el quinto para el rey.

Los primeros en evacuar consiguieron hacerlo sin despertar a la población. Pero una mujer azteca que los vio dio la alarma y los indios se echaron sobre ellos.

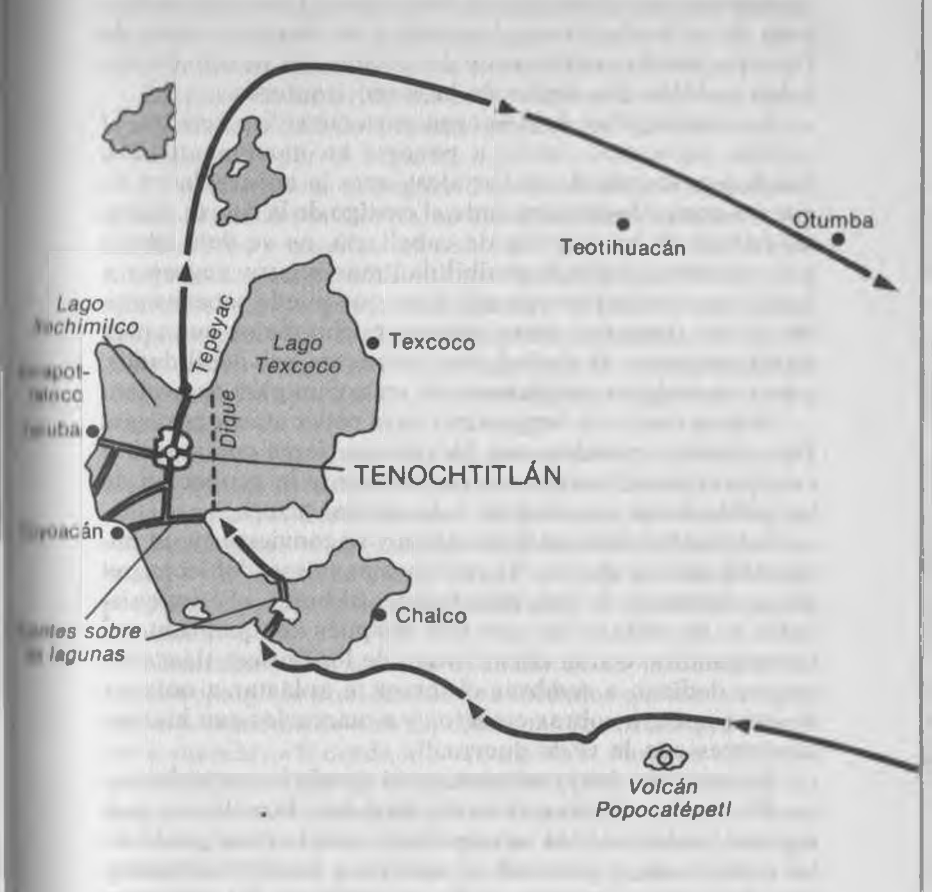
Entre ciento cincuenta y novecientos[3] españoles fueron muertos por los indios o se hundieron en la laguna tratando de escapar cargados, como estaban algunos, con su pesado botín de oro. Una hija de Moctezuma, Ana, embarazada de Hernán Cortés, también pereció en la sangrienta huida, que pasó a la Historia como la Noche Triste, junto con gran cantidad de las concubinas y naborias que tenían los castellanos.[4]

Los aliados tlaxcaltecas consiguieron guiar a los sobrevivientes a sus tierras, mientras eran perseguidos y hostili-

2. Sobre esto también hay varias versiones. Una, de origen indio *(Códice Ramírez)*, asegura que fue apuñalado por los españoles. Otras señalan que Moctezuma cayó herido por los flechazos que le disparó la multitud a la que se dirigía.

3. Cortés confesó sólo 150 bajas, Bernal Díaz habla de 870, López de Gómara, de 450, y Fernández de Oviedo, citando al testigo Juan Cano, dice que fueron 1 170. Las bajas de los indios aliados de los españoles oscilan también entre 2 000 y 8 000, según las fuentes.

4. «... y quedaron muertas las más de nuestras naborias que nos habían dado en Tlaxcala y en la misma ciudad de México», Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*



**RUTA DE HERNÁN CORTÉS
DE ENTRADA Y SALIDA (NOCHE TRISTE)
DE TENOCHTITLÁN**

zados por los mexicas. En Otumba tuvieron que repeler un feroz ataque del que se salvaron de perecer gracias a que lograron matar al capitán de los aztecas. Una semana después de la Noche Triste, llegaron a las tierras amigas de Tlaxcala heridos, enfermos y despojados. El mismo Cortés había perdido dos dedos de la mano izquierda.

Tras veinte días de descanso para curar las heridas, el capitán extremeño volvió a ponerse en movimiento. Dio pruebas evidentes de su fortaleza ante la adversidad y de que era capaz de crecerse ante el castigo de la suerte. Como los héroes de las novelas de caballería, no se deja abatir y ni siquiera admite la posibilidad más segura: regresar a Veracruz a atrincherarse allí. Cree que puede sacar ventajas de sus fracasos: ahora conoce mucho mejor que antes cómo conquistar la ciudad, sus vericuetos, sus debilidades, y está en mejores condiciones de trazar un plan de acción.

Ordena construir bergantines para poder atacar por agua Tenochtitlán, mientras sus fuerzas de tierra comienzan a establecer lentamente un cerco mediante la ocupación de las poblaciones que rodean a la capital azteca.

Cortés abandona su diplomacia y se convierte en un implacable jefe de guerra. Ya no hay más mitos, dobleces, regalos, discursos de paz, limitaciones al botín. «El conquistador se ha endurecido aún más después del quebranto.»[5] Los españoles, con la eficaz ayuda de los feroces tlaxcaltecas, se dedican a sembrar el terror, a aplastar a quienes se les oponen, a cobrar esclavos y a marcarlos con hierros candentes con la G de guerra.

El oro como botín escasea, pero queda la carne humana: fuerza de trabajo y alimento para los tlaxcaltecas, que seguían practicando la antropofagia ante la vista gorda de los castellanos, y personal de servicio y hembras de cama para la hueste cortesiana. A los españoles no les interesan los cautivos de cualquier clase: no hubieran podido cargar con largas tropas de esclavos en sus desplazamientos. Seleccionan lo mejor: muchachas y jovencitos y dejan lo demás para sus aliados: «... y [Sandoval] prendió mucha gente menuda, que de los indios no se preocupaban de ellos por no tenerlos que guardar...[6]

»Y nuestros soldados hasta ponerlos en fuga no se preocupaban de dar cuchilladas a ningún indio porque les pare-

5. José Luis Martínez, *op. cit.*
6. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*

cía crueldad. En lo que más se empleaban era en buscar una buena india o haber algún despojo, y lo que comúnmente hacían era reñir a los amigos [tlaxcaltecas] porque eran tan crueles, y les quitaban algunos indios o indias para que no los matasen», cuenta Bernal Díaz del Castillo.[7]

Después de las primeras campañas en las que se cautivan gran cantidad de mujeres, comienzan las peleas entre los españoles por el reparto.

La primera vez, en Segura de la Frontera, villa recientemente fundada por Cortés, se dan pregones para que todas las hembras y muchachos cobrados por los soldados fueran reunidos en un edificio para marcarlos con la G, para apartar el quinto que le correspondía al rey, y otro quinto, después, para Cortés. Pero el capitán extremeño y sus oficiales hacen trampas: a escondidas, por la noche, sacan las mejores indias para ellos y las reemplazan por otras viejas e inútiles.

Ante las vivas protestas de los soldados, Cortés jura y rejura que es inocente del escamoteo de hembras y, para satisfacer a los descontentos, les promete que la próxima vez las mujeres serán sacadas en almoneda, es decir, a subasta, «y la buena se vendería por tal, y la que no lo fuese por menos precio, y de aquella manera no tendrían que reñir con él».

Naturalmente Cortés se olvidará de su promesa en lo sucesivo, ante lo cual fueron los soldados quienes se dedicaron a escamotear a sus indias cuando tenían que llevarlas a marcar. «Y desde allí en adelante muchos soldados que tomamos algunas buenas indias, para que no nos las tomasen como las pasadas, las escondíamos y no las llevábamos a herrar, y decíamos que se habían huido. Y si era privado de Cortés, secretamente las llevaban de noche a herrar y las apreciaban lo que valían, y les echaban el hierro y pagaban el quinto; y otras muchas se quedaban en nuestros aposentos y decíamos que eran naborias que habían venido de paz de los pueblos comarcanos y de Tlaxcala», cuenta Bernal Díaz del Castillo.

«También quiero decir que como habían pasado dos o tres meses, que algunas de las esclavas que estaban en nuestra compañía y en todo el real conocían a los soldados, cuáles eran buenos y trataban bien a las indias y naborias que tenían, o cuál las trataba mal... O de otra manera, cuando

7. Ibídem.

las vendían en almoneda, si las sacaban algunos soldados que a las tales indias o indios no les contentaban o las habían tratado mal, rápidamente se les desaparecían y no las veían más, y preguntar por ellas era como quien dice buscar a Mahoma en Granada o escribir a mi hijo el bachiller en Salamanca.»[8]

Aquí debe de haber sido donde el soldado Álvarez, lo mismo que muchos de sus compañeros, tiene que haber comenzado su infatigable labor genésica que lo llevó a hacer parir a sus mujeres indígenas treinta hijos e hijas suyos en tres años, según Bernal Díaz, antes de caer mortalmente herido en la campaña de Honduras.

Las esclavas, de todos modos, no eran tan fatalmente esclavas por más hierro que las marcara: siempre tenían el recurso de huir cuando su amo no les gustaba. Pese a ello, parece que la mayoría se quedó gustosa a servir a sus hombres blancos y barbudos que gestaban en sus vientres hijos mestizos.

Como perros domésticos, estas mujeres criadas para obedecer y depender, preferían un amo que formaba parte del mundo de los fuertes y triunfadores antes que ningún señor o que un amo sumido en el desconcierto del derrumbamiento de su propio mundo.

Los españoles, a su vez, deben de haber aprendido también que si querían conservar las hembras de sus harenes tenían que evitar maltratarlas: ellas estaban siempre prestas a desaparecer en el país que conocían mucho mejor que sus amos, si no estaban satisfechas con las condiciones del amancebamiento.

8. Ibídem.

LA NUMANCIA MEXICANA

Mientras la hueste cortesiana preparaba el asalto final a la gran capital de los mexicas, un aliado inesperado comenzó a trabajar en favor de ellos: la peste. Un esclavo negro que había llegado con Narváez, portador de la viruela, llevó la temible enfermedad a suelo mexicano y acabó con la vida de miles de defensores de Tenochtitlán, entre ellos el sucesor de Moctezuma, Cuitlahuac, cuyo cargo fue ocupado por el joven Cuauhtémoc.

Era éste un terrible episodio más de lo que Le Roy Ladurie[1] denominó «la unificación microbiana del mundo», que sobrevino después del aislamiento profundo en que había permanecido el continente americano a lo largo de muchos milenios.[2]

A principios de 1521, ocho mil cargadores indígenas y diez mil guerreros tlaxcaltecas como escoltas, junto a la hueste española de doscientos treinta y cinco hombres, condujeron por tierra hasta la ciudad de Tezcuco, junto al lago Texcoco —en cuyo centro se encontraba Tenochtitlán—, las maderas y demás elementos de los trece bergantines preparados en Tlaxcala para iniciar las operaciones por tierra y agua. Recorrieron 18 leguas (unos 90 kilómetros) en cua-

1. Emmanuel Le Roy Ladurie, *Un concept: l'unification microbienne du monde*, en *Le territoire de l'historien*, II, París, 1978. (Cit. por José Luis Martínez, *op. cit.*)

2. Fray Gerónimo de Mendieta asegura que «en algunas provincias murió la mitad de la gente» por esta epidemia, que no seria la última; otras cinco más (sarampión, influenza, tifus, paperas y tabardillo), hasta fines del siglo, azotaron impiedosamente a la población india, carente de anticuerpos para los virus extranjeros *(Historia eclesiástica indiana)*.

tro días. La columna —según Cortés—, desde la vanguardia hasta la retaguardia, ocupaba 10 kilómetros. En Tezcoco construyeron un dique seco donde armaron los bergantines, que se fueron colocando en una zanja cavada a ese efecto, que conectaba con el lago,[3] listos para ser botados.

A fines de abril, cuando la construcción de las naves se había concluido, Cortés tuvo oportunidad de hacer un nuevo alarde para contar sus tropas. En los meses anteriores, el número de españoles había aumentado considerablemente gracias a varias arribadas de naves con soldados, provisiones, armas y caballos. Las fuerzas cortesianas estaban formadas por 700 soldados de infantería, 86 de a caballo, 118 escopeteros y ballesteros. Contaban con tres cañones gruesos de hierro, otros 15 más pequeños de bronce y una media tonelada de pólvora.

Entre los recién llegados, cuenta Bernal Díaz, se encontraba un personaje singular y muy típico de la época: el franciscano Pedro Melgarejo de Urrea, de Sevilla, que se dedicó a sus propios negocios, indiferente ante la conquista que se presentaba. Vendió a los soldados unas bulas que había traído «de señor san Pedro», con las que éstos conseguían aliviar sus malas conciencias, descargar culpas y asegurarse la impunidad en la vida de ultratumba, ante una posible muerte en combate. «Por manera que en pocos meses el fraile fue rico y compuesto a Castilla y dejó otros descompuestos», ironiza Díaz.

La estrategia de Cortés consistía en destruir toda capacidad ofensiva o defensiva en las ciudades aliadas de los mexicas que rodeaban Tenochtitlán, de manera de quitarles a los defensores de la capital la posibilidad de recibir auxilio exterior.

Simultáneamente, el capitán extremeño, a medida que iba aislando a Cuauhtémoc, hizo algunos intentos de parlamentar con el jefe azteca a fin de evitar el asalto final, de incierto resultado para ambos. Pero sus intentos de lograr una solución negociada naufragaron ante la decidida actitud de Cuauhtémoc de aceptar la guerra «y que cada cual hiciese por defenderse».[4] El joven *tlatoani* ya había sabo-

3. Se cree que los bergantines medían entre 12 y 13,5 metros de eslora, unos 2,5 de anchura y tendrían un calado que no superaría los 70 centímetros. Llevaban seis remeros a cada banda y disponían de una o dos velas. Podían transportar hasta 25 hombres entre remeros y soldados.

4. Torquemada, *op. cit.*

reado los amargos modos del dominio hispánico como para que pudiera convencerse de que una solución negociada que satisficiera a los españoles no iba a resultar humillante y aniquiladora para los aún dueños de la ciudad.

El acoso y asalto a la capital comenzó dos dias después del alarde, el 30 de mayo de 1521. Los mexicas se defendieron con uñas y dientes a pesar de que carecían de alimentos y del agua potable que les llegaba desde Chapultepec, cuyo suministro habían cortado las fuerzas de Cortés, y no obstante el azote de la epidemia de viruela que los diezmaba y aterrorizaba por lo desconocido de la enfermedad.

También los españoles y sus aliados hicieron prodigios de valor y la matanza, lo mismo que la destrucción de tan potentosa urbe, fueron horribles. Cortés intentó en varias oportunidades detener la masacre, pero se encontró ante la obstinada y brava resolución de los aztecas que habían jurado defenderse hasta morir. El mismo capitán español salvó su vida milagrosamente en un par de oportunidades.

Por tierra y por agua los acosa, los mata, les destruye sus construcciones. Todo inútil. Los mexicas por la noche salen a buscar raíces y hierbajos para alimentarse y beben el agua salobre de la laguna. En una ocasión, al menos, se encuentran con las huestes españolas y tlaxcaltecas: «Como eran de aquellos más miserables y que salían a comer, los más venían desarmados y eran mujeres y muchachos. E hicimos tanto daño en ellos por todo lo que se podían andar de la ciudad, que presos y muertos pasaron de ochocientas personas, y los bergantines tomaron también mucha gente y canoas que andaban pescando, e hicieron en ellas mucho estrago. Y como los capitanes nos vieron andar por ella a hora no acostumbrada, quedaron tan espantados como de la celada pasada, y ninguno osó salir a pelear con nosotros. Y así nos volvimos a nuestro real con harta presa y manjar para nuestros amigos»,[5] los caníbales tlaxcaltecas.

Después de casi dos meses de combates los españoles ya han conseguido apoderarse de las nueve décimas partes de la ciudad, pero sus defensores no cejan en hacer alardes de bravura y estoicismo. El mismo Cortés se sorprende de la capacidad de resistencia de sus enemigos, pese «a la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles hallábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles». Conmovido, decide «dejarlos de combatir por algún tiempo y

5. Hernán Cortés, *op. cit.*

moverles algún partido por donde no pereciese tanta multitud de gente. Que me ponían en mucha lástima y dolor el daño que en ellos se hacía, y continuamente les hacía acometer con la paz; pero ellos decían que en ninguna manera se habían de dar, y que uno solo que quedase había de morir peleando.» Los esfuerzos renovados de Cortés por parlamentar con Cuauhtémoc fracasan una vez más: el joven *tlatoani*, igual que sus paisanos, está dispuesto a combatir hasta la muerte y a no dar cuartel.

Pero no lleva a cabo su propósito numantino o los españoles se adelantan a sus designios: el capitán García Holguín, que mandaba uno de los bergantines, consigue apresar la canoa en la que iban Cuauhtémoc, junto a Coanacochtzin y Tetlepanquetzaltzin, señores de Tenochtitlán, Tezcoco y Tlacopan, y otras personalidades mexicas. Ante la actitud de los escopeteros de García Holguín, Cuauhtémoc, según Bernal Díaz, le dice: «No me tire, que yo soy el rey de esta ciudad... lo que te ruego es que no llegues a cosas mías de cuantas traigo, ni a mi mujer ni a mis parientes, sino que llévame en seguida a Malinche [Cortés].» Una vez frente al capitán extremeño, le dijo: «"Señor Malinche: ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad, y no puedo más. Puesto que vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma este puñal que tienes en la cintura y mátame en seguida con él", y esto cuando se lo decía lloraba muchas lágrimas y sollozos y también lloraban otros grandes señores que consigo traía. Y Cortés le respondió... muy amorosamente... que por haber sido tan valiente... le tenía en mucho más su persona, y que no era digno de culpa alguna, y que antes se le ha de tener a bien que a mal. Y que lo que él quisiera era que, cuando iban derrotados, antes de que destruyéramos más aquella ciudad, ni hubiera tantas muertes de sus mexicanos, que viniera de paz y voluntariamente, y que puesto que ya ha pasado lo uno y lo otro, que no hay remedio ni enmienda de ello, que descanse su corazón y el de todos sus capitanes, que él mandará México y a sus provincias como antes.»[6] Cortés, naturalmente, nun-

6. Una de las versiones de los vencidos dice: «Y después prendieron a Cuauhtémoc en su canoa. Y cuando lo conducían todo el pueblo lloraba. Exclamaban: "Ahí va el joven rey Cuauhtémoc, va a someterse a los dioses, a los españoles." Después empezó otra vez la matanza. Entonces comenzó el éxodo: estaba la guerra perdida. El pueblo se puso en movimiento. En todas partes los españoles robaban, buscaban el oro. Y tomaron las mujeres bonitas, las de color moreno claro.

ca cumplió esa, más bien, promesa de consolación, pero ordenó que se recogieran a las mujeres y parientes que habían quedado en la embarcación de Cuauhtémoc, «y a todos les mandó dar de comer lo mejor que en aquella sazón había en el real».[7]

Esto ocurrió el 13 de agosto. Habían transcurrido 93 días de feroces combates durante los cuales los españoles y sus aliados también habían sufrido ingentes bajas. Pero la orgullosa y magnífica ciudad de Tenochtitlán estaba destruida y sus supervivientes «tan flacos y amarillos y sucios y hediondos que era lástima de verlos».

Eso no fue óbice para que los también maltrechos españoles, después de la guerra, quisieran cobrar su botín, no sólo de oro sino también de carne femenina.

Cortés autoriza a los derrotados a salir de la ciudad. Pero tan pronto emergen los sobrevivientes de la capital «algunos soldados comenzaron a robarlos y a cautivarlos. Solamente buscaban el oro que llevaban, y para esto les buscaban las vestiduras a los hombres y a las mujeres, y aun hasta hacerles abrir la boca para ver si llevaban oro en ellas, y escogían mozos y mozas, los que mejor les parecían, y los tomaban por esclavos», dice fray Bernardino de Sahagún.[8]

Las mujeres mexicas tratan de afearse y deformarse el cuerpo, se pintan la piel con tiznes o barro, sabedoras de que el despojo más preciado para los lúbricos españoles eran las carnes claras. La lascivia de los conquistadores no ceja ante tan cruel y desolador espectáculo. Cuando los pobladores de Tenochtitlán salen de la ciudad «iban con andrajos y las mujercitas llevaban las carnes de la cabeza casi desnudas. Y por todos lados rebuscan los cristianos. Les abren las faldas, por todos les pasan las manos por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos», narra la *Relación anónima de Tlatelolco*, una fuente de los vencidos.

También seleccionaron algunos hombres, hombres fuertes. A algunos los marcaban inmediatamente con el sello de quemar en la región de la boca» (*La conquista de México según ilustraciones del Códice florentino*, con textos adaptados por Marta Dujovne..., México, 1978).

7. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.* Aquí aparecen patentes las diferencias culturales entre unos y otros en cuanto a los usos de la guerra y la piedad frente al vencido: si la situación hubiese sido a la inversa, Cortés hubiera sido prontamente sacrificado a los dioses. Cuauhtémoc, que no esperaba sino la muerte, consiguió vivir algunos pocos años más hasta que Cortés mandó ejecutarlo.

8. Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*

«Y ellos cogieron, eligieron las mujeres bonitas, las de color moreno claro. Y algunas mujeres cuando eran atacadas se untaban el rostro de barro y envolvían las caderas con un sarape viejo destrozado, se ponían un trapo viejo como camisa sobre el busto, se vestían con meros trapos viejos», describe otra fuente indígena.[9] Al parecer nadie quedó sin su botín de hembras, que habría de compensarles, una vez más, del flaco despojo en oro que consiguieron.

La victoria se celebra con un gran banquete en Coyoacán con las viandas provistas por un barco que llega oportunamente con vino y cerdos. La fiesta, sólo entre españoles, se convierte en una bacanal que Bernal Díaz describe en sus memorias y luego, arrepentido de la mala imagen que daba de los conquistadores, tacha en el original. «... y valiera más que no se hiciese aquel banquete por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron.»

Comida, «bailes y danzas» y libertinaje «porque esta planta de Noé hizo a algunos hacer desatinos», dice Díaz. Hubo una borrachera de oro y vino porque la de lujuria se reservaba a los bien nutridos serrallos de los españoles. «Hombres hubo en él que anduvieron sobre las mesas después de haber comido, que no acertaban a salir al patio. Otros decían que tenían que comprar caballos con sillas de oro y ballesteros que también hubo que decían que todas las saetas y gujaderas que tuviesen en su aljaba las habían de hacer de oro de las partes que les habían de dar, y otros iban por las gradas abajo rodando. Después que habían levantado las mesas salieron a danzar las damas que había con los galanes cargados con sus armaduras de algodón, que me parece cosa para reír.»

Los aliados tlaxcaltecas, por su parte, se fueron a su tierra llenos de riquezas capturadas a los mexicas y «llevaron harta carne cecinada de los mexicanos», dice Bernal Díaz, para hacer sus banquetes antropófagos en Tlaxcala, con los suyos.

Las mujeres de Cuauhtémoc y de los otros señores indios capturados desaparecieron pronto en manos de los soldados españoles. El *tlatoani* reclamó a Cortés y éste ordenó «que las buscasen y trajesen ante él, y vería si eran cristianas o se querían volver a sus casas con sus padres y maridos, y que en seguida se las mandaría dar. Y les dio licencia para que buscasen [a sus mujeres] en todos los tres reales

9. Recogida por fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*

y un mandamiento para que el soldado que las tuviese se las diese de inmediato si las indias se querían volver de buena voluntad», cuenta Bernal Díaz del Castillo. Hallaron a la mayoría, pero, añade el cronista soldado, «había muchas mujeres que no se querían ir con sus padres, ni madres, ni maridos, sino estarse con los soldados con quienes estaban. Y otras se escondían, y otras decían que no querían volver a ser idólatras, y aun algunas de ellas estaban ya preñadas. Y de esta manera no se llevaron sino tres que Cortés mandó expresamente que las diesen».

Entre las mujeres principales que Cuauhtémoc había perdido estaba su mujer legitima Tecuichpochzin, «bien hermosa mujer para ser india»,[10] hija de Moctezuma y de su esposa principal, Tecalco. Tecuichpochzin estaba al lado de Cuauhtémoc el 13 de agosto, cuando éste había sido prendido en la canoa por García Holguín. Era apenas una niña de unos doce años de edad. Sólo era cuestión de pocos años más para que pasara a la alcoba del conquistador Hernán Cortés.

10. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*

DON HERNÁN Y SUS MUCHAS QUERIDAS

Astuto, discretísimo, sobrio, Hernán Cortés no dejó por escrito en sus cartas y testimonios casi ninguna referencia a su gran afición por las mujeres ni a su fuerte apetito sexual. Al principio de la conquista de México, como hemos visto, no demostraba ante sus hombres demasiado interés personal en apropiarse de las hembras que recibían como presente. Posteriormente, ante Moctezuma, hizo el gesto de rechazar el regalo de una de sus hijas alegando que ya estaba casado. Pero éstas eran, más bien, cortinas de humo para disimular su lascivia y su particular debilidad por las indias, pues no quedaba bien que un capitán que aspiraba a mucho más que a ser un maratónico amante, las exhibiera. Además, en un mundo casi exclusivamente masculino, ser demasiado afortunado con las mujeres, sólo hubiese despertado la malsana envidia.

Su primera mujer conocida es Leonor (o Inés) Pizarro, en Cuba, con quien tuvo una hija, Catalina Pizarro, la primogénita de Cortés que se casaría luego con Juan de Salcedo, compañero de Cortés en la conquista de México. Otra española que el capitán extremeño tuvo entre sus brazos fue Antonia o Elvira Hermosilla, que le dio un hijo, Luis Cortés Altamirano, a quien Cortés reconocería posteriormente. Como ya hemos visto, antes de salir a su campaña en México, Cortés se casó con Catalina Suárez o Juárez Marcaida, que no le dio hijos.

De su estancia en Cuba también salieron a relucir en el juicio de residencia al conquistador sus amores con Marina de Triana, una española adolescente. La denuncia la hizo el ex compañero de Cortés, Bernardino Vázquez de Tapia, que, para el tiempo del proceso, 1529, se había convertido

en su feroz enemigo. Marina —la primera de este nombre en la vida sexual de Cortés—, junto a su madre, Catalina González, narraron cómo el conquistador de México no se había conformado con la más joven de la familia sino que, años después en Coyoacán, México, también intentó llevarse al huerto a la madre.

Ocurrió cuando Catalina fue a hablar con don Hernán a su casa para pedirle que le diese algunos indios. Cortés acababa de comer y dijo que se iba a echar una siesta, por lo que Catalina lo siguió hasta el dormitorio para insistir en su petición mientras el dueño de casa yacía en su cama. Desde luego, la situación resultaba algo equívoca para los usos de la época. «El dicho don Hernán no le dijo cosa ninguna y [...] se levantó de la cama y se abrazó con ésta, que declara y anduvo con ella a los brazos asido un gran rato y rogándole que se echase con él.» Catalina cuenta que lo rechazó, después de haber gozado de sus achuchones, diciéndole: «Cómo, ¿no sois cristiano, habiéndoos echado vos con mi hija queréis echaros conmigo? Bien me podéis matar y hacer lo que quisiéredes, mas no haré yo tal cosa...». Tras la parrafada, dijo, se marchó.[1]

En el supuesto de que el testimonio de Catalina haya sido cierto (nada se probó al respecto), Cortés queda en esta historia como un burdo amante y torpe seductor —tal vez por eso prefería a las indias, que exigían menos ceremonias previas— que, al mismo tiempo, mostraba cierta perversa debilidad por ayuntarse con mujeres que eran parientes entre sí, como veremos en seguida en otros casos.

A poco de desembarcar en tierras mexicanas vino a su lecho la famosa Marina, que él da inicialmente a Hernández de Puerto Carrero, la toma para sí cuando éste marcha a Castilla y la acaba entregando a otro de sus capitanes, Juan Jaramillo, después de haber engendrado en ella a Martín Cortés.[2] También se acostaba, por la misma época, con una sobrina de Marina, según acusaciones del tesorero de Cortés, Gonzalo Mejía.

Antes de llegar a la capital azteca recibe como regalo a Catalina,[3] sobrina del cacique gordo de Cempoala, Tla-

1. Cit. por José Luis Martínez, *op. cit.*, según actas del juicio celebrado en México, 1529.

2. Este bastardo, reconocido por el conquistador, moriría joven, sin descendencia. Marina tuvo otra hija, María, con Jaramillo.

3. Estos nombres españoles son, por supuesto, los que adquieren las indias por bautismo cristiano, ceremonia que solía preceder, obligatoriamente, a la posesión sexual.

cochcalcatl, que pasa a integrar su serrallo. Es probable, con todo, que Cortés haya sido con ella poco más que un padre: todas la crónicas indican que era horriblemente fea. La más bonita de aquella partida de mujeres, Francisca, hija de Cuesco, la cedió a Hernández de Puerto Carrero, una vez más. Pero no se sabe qué se hizo de ella cuando el capitán tuvo que partir a España. Este conquistador era primo del conde de Medellín y, como tal, el de más ilustre linaje de la mesnada. Venia aureolado por una fama de mujeriego: había llegado a América en 1516 llevando consigo a una española raptada por él, a la que luego abandonó.

Posteriormente Cortés mantuvo relaciones en Tenochtitlán por lo menos con una mujer a la que dejó embarazada: Ana, hija de Moctezuma, que muere en la Noche Triste. Pero no es ésta la única descendiente del *tlatoani* azteca con la que Cortés fornica: sus otras hijas, Elvira e Inés, también, muy probablemente, pasaron por su cama. Si fuese cierto lo que se dijo en el juicio de residencia a Cortés, una de éstas parió un hijo de él.

Francisca, hermana del rey Cacama de Tezcoco, también fue su amante conocida. Y, por último, se casó Cortés canónicamente, tras la misteriosa muerte de su primera mujer, con Juana Zúñiga, noble dama española, de quien tuvo a su primogénito legítimo, Martín, y a tres hijas: Catalina, que murió joven, María, que casó con el conde de la Luna, Luis de Quiñones, y Juana, esposa de Enríquez de Ribera, duque de Alcalá.

Pero la más interesante de las mujeres de Cortés fue, sin duda, Tecuichpochzin, la hija mayor de Moctezuma. Primero la casaron con Cuitláhuac y luego con Cuauhtémoc, hasta que este último fue hecho preso. Bautizada con el nombre de Isabel Moctezuma, Cortés la desposó con Alonso de Grado,[4] pero enviudó al poco tiempo, por lo que se fue a vivir a la residencia que don Hernán había mandado construir en la capital mexicana. Tenía, entonces, entre diecisiete y dieciocho años.

Buen bocado para el ya maduro conquistador que mantuvo relaciones con ella, y la dejó embarazada. Tuvo a Leo-

4. De Grado habia sido teniente y capitán de Veracruz, mientras Cortés estaba con Moctezuma en Tenochtitlán. Bernal Díaz dice que maltrató a los vecinos y los obligó a ir a los pueblos indígenas que estaban en paz «a demandarles joyas de oro e indias hermosas». Cortés mandó detenerlo y enviarlo a Tenochtitlán. Pero Alonso de Grado consiguió seducirlo y hacerse perdonar.

nor Cortés Moctezuma, de mayor casada con Juanes de Tolosa, vizcaíno, conquistador de Nueva Galicia. Claro que antes de que diera a luz a su hija, seguramente para disimular el escándalo, Cortés le hizo contraer matrimonio con Pedro Gallego de Andrada, natural de Burguillos del Cerro, Badajoz. De esta unión Isabel tuvo un solo hijo: Juan de Andrada Moctezuma, en 1529, de quien descienden los condes de Miravalles, de Granada.

A la muerte de su marido, Isabel volvió a casarse, esta vez con Juan Cano Saavedra, hidalgo de Cáceres —como se ve, todo quedaba entre extremeños—, a quien le dio cinco hijos. Esta portentosa dama, que moriría joven, con poco más de cuarenta años en 1550, acabó sus días con un récord para la época: siete hijos mestizos, cinco maridos y un amante conocidos.

Pese a que Isabel Moctezuma era una mujer de notable belleza, sus encantos no eran únicamente estéticos. Como primogénita del antiguo emperador, podía presumir de ser la heredera del imperio azteca, y así se cuidaron de hacerlo sus consortes.[5] Y, en términos reales, tenía en encomienda el pueblo de Tacuba con ciento veinte casas y cuatro estancias (concedida por Cortés cuando se casó con Alonso de Grado), que le permitía vivir como una señora y atraer a sus sucesivos maridos hidalgos.[6]

En vida, Cortés gozaba de merecida fama como infatigable visitador de camas ajenas. Durante el juicio de residencia, uno de los testigos de cargo, Juan de Burgos, lo acusó de que «se echaba carnalmente con más de cuarenta indias». Otros recordaron en el proceso el escándalo que significaba que en su casa vivieran varias hijas de Moctezuma jóvenes y de buen ver con quienes también compartía el lecho. Vázquez de Tapia aseguró que Cortés tenía «más de gentílico que de cristiano», sobre todo porque «tenía infinitas mujeres», ya que en su casa de México disponía de un serrallo bien provisto de hembras «de la tierra y de Castilla», a las que llevaba a su cama sin tener prejuicio alguno porque algunas fuesen parientes entre sí, según sus propios criados. Cortés, dijo Vázquez de Tapia, no se detenía

5. Cano fue informante de Gonzalo Fernández de Oviedo, quien, en su obra, transcribe sus narraciones de hechos de los que fue testigo o tuvo conocimiento directo.

6. Amada López de Meneses escribió una detallada biografía de Isabel Moctezuma publicada en *Estudios Cortesianos*, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1547-1947, Madrid, 1948.

ni ante señoras casadas: acostumbraba enviar a los maridos de las mujeres que deseaba fuera de la ciudad «por quedar con ellas». Debido a estas relaciones, «algunas de ellas parieron de dicho don Fernando».

Es probable que estas acusaciones fuesen algo exageradas, pero parece forzoso reconocer que si no se ayuntaba con todas, al menos quedan pruebas de que lo hizo con algunas y esas algunas eran muchas.[7] Su biógrafo López de Gómara no lo desmiente: «Fue muy dado a las mujeres y diose siempre», escribe en su *Historia de México.*

Cierto es que Moctezuma antes de morir le había encargado a sus tres hijas, según escribió Cortés,[8] «que eran las mejores joyas que él me daba y [me pidió] que partiese con ellas de lo que tenía porque no quedasen perdidas, especialmente la mayor, que ésta quería él mucho». No caben dudas de que el extremeño cumplió su promesa, aunque a eso de «partir con ellas lo que tuviese» le dio también un sentido erótico.

La mayor de las que vivían con él de un modo estable era Tecuichpochzin/Isabel y las otras dos: Marina (rebautizada por confirmación con el nombre de Leonor) y María. Estas últimas eran hermanas por ambos progenitores, pero tenían menor rango, pues su madre había sido sólo concubina de Moctezuma.

La primera, después de residir en la mansión de Cortés, se marchó a casa de Isabel y Pedro Gallego de Andrada, hasta que contrajo matrimonio con el conquistador Juan Páez o Paz y luego, tras enviudar, con el cántabro Cristóbal de Valderrama.

María, por su parte, fue la protagonista de una historia romántica y, forzosamente, trágica. El secretario de Cortés, tras la conquista de México, Alonso Valiente, se enamoró perdidamente de ella. Parece que la casa de Cortés en México era, efectivamente, un templo del amor.

María correspondió a la pasión de Valiente, pero don

7. En sus *Descargos* a las acusaciones recibidas, escritos en 1534, Cortés se refiere por única vez en su vida a su vida sexual, asegurando respecto a los cargos de promiscuidad que «lo tal no pasa», puesto que él es un buen cristiano y se defiende señalando que las acusaciones no están debidamente probadas y que sus acusadores son «hombres de baja suerte y manera e infames» (Cit. por José Luis Martínez, *op. cit.*)

8. En la cédula de la encomienda de Tacuba, publicada por William Prescott, *History of the Conquest of Mexico*, Londres, 1860.

Alonso tenía un inconveniente: había llegado a México muy poco después de la caída de Tenochtitlán con armas, bagajes, criados y esposa legítima española, Juana Mansilla. Una mujer de temple que, para más *inri*, sería convertida en heroína en México.[9]

«Vencido por un irresistible amor», según escribió Alonso Valiente en sus *Diálogos*,[10] el hidalgo cometió la locura de repudiar a su legítima y santa esposa, tras lo cual, a punta de espada, obligó a un canónigo a casarlo con María. Generosa locura la del secretario de Cortés por la india, que quiso en vano santificar su unión con ella mediante métodos tan poco canónicos. Tuvo que intervenir la Curia romana, que, naturalmente, declaró nulo el matrimonio.

María, embarazada de Valiente, de quien tendría un único hijo mestizo, acabó sus días en un convento de monjas en Castilla. Y Valiente, en obligada convivencia con su legítima Juana.

Pedro de Alvarado, el lugarteniente de Cortés, también tuvo descendencia conocida con la india Luisa, hija de Xicotenga, el gran jefe de sus aliados tlaxcaltecas, una de las escasas sobrevivientes de la Noche Triste: Pedro y Leonor Alvarado Xicotenga. La hija mestiza de Alvarado casó con Francisco de la Cueva, primo del duque de Alburquerque, con quien tuvo cinco hijos que aportaron su sangre americana a encumbradas familias españolas.

Todas estas uniones, de las que han quedado algunos registros, son buen ejemplo de la fertilidad de la primera miscegenación entre las dos razas. Otros miles de conquistadores y colonizadores contribuían, igualmente y al mismo tiempo, a poblar de mestizos las tierras que, durante milenios, no habían conocido a hombres de otras etnias.

9. Durante la ausencia de Cortés, en su expedición a las Hibueras, dos tiranuelos que pretendían reemplazarlo, Salazar y Chirinos, apresaron a la noble dama y la hicieron azotar en público porque se negaba a afirmar que su marido y Hernán Cortés habían muerto en Honduras, en contra de la verdad oficial que querían imponer los déspotas. Al regreso de Cortés, Juana Mansilla fue paseada en triunfo por la ciudad de México en desagravio por la humillación sufrida.

10. Cit. por Alberto y Arturo García Carraffa, *Diccionario heráldico y genealógico de apellidos españoles y americanos*, Salamanca, 1936.

QUINIENTAS VÍRGENES PARA LOS HIJOS DEL SOL

Mientras los conquistadores de México se dedicaban a celebrar su triunfo, a gozar de sus botines y a reconstruir la capital de los mexicas, en el istmo de Panamá, un vasco de noble origen, Pascual de Andagoya, se lanzaba a una aventura incierta.

Desde los tiempos de las exploraciones de Núñez de Balboa los españoles habían escuchado versiones de que por el océano Pacífico, hacia el sur, había una civilización rica en oro y plata. No tenía nombre conocido. Y aquí aparece otra vez la confusión como madre de la toponimia: junto a Panamá había una región denominada Pirú, cerca del golfo San Miguel, en la dirección a las ignotas tierras del sur. Andagoya realizó por esa región acciones punitivas para castigar al cacique de Pirú por los abusos que había cometido con un jefe indio aliado de los españoles. Desde entonces, se le dio el nombre de Pirú a toda la *terra ignota* que existía hacia el sur y, en la versión *Perú*, ha llegado hasta hoy. Pero ese Perú quedaba mucho más lejos de lo que imaginaban entonces los españoles de Panamá.

Andagoya se lanzó a recorrer la costa colombiana, dispuesto a averiguar qué había de cierto sobre el gran imperio del sur y llegó hasta las bocas del río San Juan. No consiguió muchos datos ciertos ni oro de rescate. En cambio, en un accidente, quedó tullido para el resto de sus días. Esta circunstancia lo impulsó a dedicarse a escribir la narración de sus aventuras antes que meterse en otras nuevas.

Pedrarias, alentado por las versiones de Andagoya, intentó lanzar otra expedición, pero el capitán que nombró para dirigir la hueste murió antes de zarpar. Es entonces cuando uno de los españoles de Panamá, con más rica ex-

periencia en América, comienza a interesarse por las tierras del sur.

Al capitán Francisco Pizarro lo habíamos dejado en esta historia cuando se encargaba de detener a Vasco Núñez de Balboa por orden del gobernador Pedrarias Dávila, antes de la ejecución del descubridor de la mar del Sur u océano Pacífico.

Este extremeño de Trujillo había llegado al Nuevo Continente varios decenios antes, con la expedición de frey Nicolás de Ovando en 1502, a la isla de La Española cuando tenía veinticuatro años de edad. Hacia 1508 recala en el Continente con Alonso de Ojeda y, desde entonces, no hizo más que acumular experiencia militar en la lucha contra los indios a las órdenes del bachiller Enciso, de Vasco Núñez de Balboa, de Morales y del gobernador Pedrarias Dávila.

Entusiasmado con los relatos de Andagoya, el capitán Pizarro se asocia con un amigo suyo, Diego de Almagro, y con el clérigo Hernando de Luque, este último como representante del opulento y cruel Gaspar de Espinosa, para formar una compañía exploradora y descubridora. El extremeño tendría a su cargo la dirección de las fuerzas militares, Almagro se ocuparía del pertrechamiento y la logística y Luque-Espinosa serían los financieros de la empresa.

En 1524 el capitán Pizarro, de 46 años, al frente de un centenar de hombres, sale en barco hacia el sur. La expedición es un fracaso: consiguen llegar apenas a donde había arribado Andagoya, recogen escasa información y menos riquezas. Pero no se arredran. Hacia 1526, tras vencer las resistencias de Pedrarias, la compañía fleta una nueva expedición formada por dos naves.

Logran avanzar más hacia el sur para encontrarse con el mismo desolador escenario: manglares, mosquitos, alimañas e indios que los hostilizan permanentemente. Después de infinitas penurias recalan en la isla del Gallo. La hueste está llena de descontentos que quieren regresar, convencidos de que por allí no hay nada que descubrir ni conquistar. Almagro parte a Panamá a buscar refuerzos, y luego otra nave se vuelve al istmo con los desesperanzados. Pizarro y un puñado de hombres se quedan a lo largo de cinco meses en la isla a la espera de los refuerzos, que por fin llegan en las postrimerías de 1527.

El jefe de la expedición de rescate enviada por el gobernador de Panamá, Juan Tafur, ante el espectáculo que le dan las huestes de Pizarro, ordena que todo el mundo re-

grese. El trujillense se niega de plano y recurre a un desafío trazando una línea en la arena de la playa y diciéndoles a sus soldados: «Por aquí se va a Panamá a ser pobre. Por allá al Perú a ser rico y a llevar la santa religión de Cristo. Y ahora, escoja el que sea buen castellano lo que mejor estuviere.» Sólo trece hombres se atrevieron a seguir a Pizarro, cruzando la línea: los *Trece de la Fama*, como serían conocidos de allí en adelante.

Con una nave al mando del experto piloto Bartolomé Ruiz se dirigen al sur y llegan hasta el actual Guayaquil. En la travesía detienen una balsa a vela que llevaba mercancías que sólo podían haber sido producidas por una civilización compleja: «Espejos guarnecidos de la dicha plata..., muchas mantas de lana y algodón... y traían unos pesos chiquitos de pesar oro como hechura de romana.» Todo esto levanta el ánimo y aviva las esperanzas de los osados. Escuchan historias de templos llenos de vírgenes sagradas «muy hermosas» y quedan los «castellanos locos de placer de oir tantas cosas, esperando en Dios gozar de su parte», dice el cronista Herrera.[1]

En Túmbez, al extremo noroccidental de la actual República del Perú, uno de los españoles enloquece realmente de una extraña fiebre amorosa: el soldado Alcón, que se deja sorber el seso por los encantos de la cacica Capillana.

La jefa indígena había invitado a los españoles a desembarcar y visitarla. Alcón se emperifolla como si fuera a una fiesta en palacio: «Escofión de oro con gorra y medalla y un jubón de terciopelo y calzas negras, ceñida su espada y puñal, con que dijeron los de aquel tiempo que parecía más soldado muy bizarro de Italia que trabajado descubridor de manglares.»

Túmbez está a poco más de tres grados del ecuador terrestre: no es difícil imaginar lo que sudaría el pobre galán debajo del terciopelo y las calzas.

Cuando Alcón ve a la cacica su corazón se enciende y comienza a dar profundos suspiros. Al término de las ceremonias de bienvenida ofrecidas por Capillana, el soldado de Pizarro ya había enloquecido de amor por ella y sufría ante la perspectiva de tener que abandonar a la inspiradora de sus desgarrados suspiros y deliquios amorosos.

«Rogó al capitán que lo dejase en aquella tierra —cuenta Herrera—. Y porque lo tenía por de poco juicio no quiso,

1. Antonio de Herrera, *op. cit.*

pareciéndole que alteraría a los indios. [Alcón] lo sintió tanto que luego perdió el seso, diciendo a grandes voces: "Bellacos, que esta tierra es mía y del rey mi hermano y me la tenéis usurpada". Y con una espada quebrada se fue para la gente. El piloto Bartolomé Ruiz le dio con un remo y cayó al suelo. Lo metieron debajo de la cubierta con una cadena y así estuvo por entonces...» Difícil es precisar, a la luz de su delirio, si el español estaba enamorado de Capillana o, más bien, de sus posesiones terrenas.

De todos modos, el pobre Alcón perdió la amada y la cabeza, pero salvó la vida. Un soldado, Alonso de Molina, y un marinero, Ginés, también quedaron fascinados con los encantos de las tumbecinas, pero obraron con mayor cordura: le pidieron autorización a Pizarro para quedarse en Túmbez y éste se la dio. Sus compañeros nunca más volverían a verlos con vida.

El resto decide regresar a Panamá. Llevan noticias ciertas del imperio de los incas, reciben noticias de una terrible guerra civil que estaba en curso entre dos hermanos herederos del poder máximo, y cobran un valioso auxiliar: el indio Felipillo, intérprete o lengua, que le será a Pizarro de gran utilidad en el futuro.

De regreso en Panamá, la compañía descubridora halla que tiene un pasivo difícil de enjugar. Los socios se ponen de acuerdo para que el mismo Pizarro, acompañado de indios apresados en sus expediciones, oro y tejidos como regalos, se dirija a España a solicitar al emperador Carlos I ayuda en su empresa.

Pizarro vuelve, pues, a la Península después de veintiséis años de ausencia. El emperador lo recibe en Toledo y escucha, complacido, el relato de sus hazañas y descubrimientos. Y le da a Pizarro un espaldarazo sustancial: el cargo de gobernador, capitán general, adelantado y alguacil mayor del Perú, junto con la bendición imperial a fin de que continúe sus descubrimientos y conquistas. A Hernando de Luque lo nombra protector general de indios y obispo de Túmbez. Almagro es erigido en titular de la fortaleza de Túmbez con una renta de trescientos mil maravedíes anuales. *Los Trece de la Fama* son convertidos en hidalgos, lo mismo que Almagro, quien, además, consigue que el emperador legitime a Diego, un hijo habido con una india panameña.

Por esos tiempos de su estancia en España, Pizarro coincide con su primo lejano Hernán Cortés, ya entonces mar-

qués del Valle de Oaxaca y el más célebre conquistador de América. Se reúnen a charlar y Cortés transmite a su pariente lo más sustantivo de su experiencia conquistadora, que el trujillano sabrá aprovechar muy bien en los años venideros. Tras lo cual, el ya gobernador Pizarro se va a su pueblo, donde consigue enganchar a la expedición a su hermano Hernando y a sus medio hermanos Gonzalo, Juan y Francisco Martín de Alcántara, antes de regresar a Panamá.

Cuando Almagro se entera del contenido de las capitulaciones, monta en cólera: se considera traicionado por Pizarro, que ha conseguido para sí los mayores y mejores privilegios. Pero por delante está la empresa en común para la cual, al menos, es necesario disimular el encono nacido entre los socios. A comienzos de 1531, 180 soldados, tres sacerdotes y 37 caballos son embarcados en Panamá en tres naves que ponen la proa al sureste.

Navegan durante dos semanas y, por fin, los 37 caballos con sus jinetes son desembarcados en San Mateo, 100 kilómetros al norte de la línea ecuatorial, para que hagan el camino por tierra, mientras los barcos siguen su navegación costera.

Pero el medio natural los castiga con fiereza. Aparte del insoportable calor húmedo, alimañas e insectos los enloquecen y las enormes verrugas, endémicas en la región, atacan a muchos españoles y les causan la muerte. Con el botín logrado en la bahía de Coaque —18 000 pesos en oro y alguna plata— mandan pedir refuerzos a Panamá, mientras el resto de la expedición espera durante ocho meses. Cuando llegan los nuevos contingentes, reemprenden la marcha. Lo que les espera ahora es todo lo contrario: desiertos sin agua que los tortura y mata de sed. El jefe de la hueste, abatido por las dificultades, quiere volverse atrás, pero el duro Hernando Pizarro se opone con firmeza «aunque muriesen todos».[2]

Por fin, llegan a Túmbez, donde buscan en vano a los dos españoles que allí habían quedado. El marinero Ginés, les dijeron, había sido muerto en el pueblo de Cinto «porque miró a una mujer de un cacique», afirma Trujillo. Molina, por su parte, se había pasado a la isla de Puna, donde lo convirtieron en capitán de guerra para luchar contra los

2. Diego de Trujillo, «Relación del descubrimiento del Reino del Perú que hizo...», en *Francisco de Xerez: Verdadera relación de la conquista del Perú*, Madrid, 1985.

de Túmbez y contra los indios chonos. Estos últimos lo habían matado mientras el español estaba pescando. Antes de morir, el español aindiado había tenido tiempo de catequizar a su manera a algunos indios: cuando la hueste perulera llegó a un pueblo llamado El Estero, halló un gran crucifijo en una casa de la que salieron una treintena de jóvenes gritando: «Loado sea Jesucristo, Molina, Molina», para sorpresa de los hispanos.

A partir de Túmbez, Pizarro y su gente se hallaban ya en territorio controlado por el inca.

Cerca de esa localidad el gobernador se entera de que el emperador Atahualpa se encontraba en la sierra andina, y ordena proseguir la marcha en esa dirección hasta que llega a Piura, donde funda *la Veracruz* del Perú: San Miguel, un asentamiento que le servirá de base en la retaguardia. Igual que Cortés, Pizarro va procurando dejar pacificados y asegurados los pueblos que van quedando a sus espaldas.

Desde allí manda al capitán Hernando de Soto al frente de cuarenta hombres para que se adelanten en dirección a la sierra. Llegan al pueblo de Cajas, «de grandes edificios. Había allí —cuenta Trujillo que integraba la partida— tres casas de mujeres recogidas, que llamaban *mamaconas*». Los españoles descubrían por primera vez lo que conocían de oídas y excitaba sus fantasías.

Lo que Trujillo y sus compañeros vieron eran tres *acllahuasi* o casas de reclusión, instituciones que se hallaban diseminadas por todo territorio del imperio incaico. Cada año los *apupanaca*, funcionarios del Estado, recorrían el país para seleccionar a las niñas de ocho a diez años más hermosas y mejor dotadas, las que eran llevadas a las *acllahuasi* (de *aclla*, nombre de las niñas escogidas, y *huasi*, casa). Allí, unas mujeres mayores llamadas *mamaconas* se ocupaban de su educación y cuidados: les enseñaban las labores femeninas y les daban instrucción religiosa. Cuando cumplían 14 años, una parte de estas jovencitas eran entregadas como esposas o concubinas a los altos dignatarios del Estado, mientras otras entraban definitivamente a servir en los templos dedicados al culto como «vírgenes del Sol».

La violación de las reglas que protegían a estas vírgenes era castigada con la muerte.[3] Según Pedro Pizarro, sin em-

3. Francisco de Xerez añade a esta historia de Cajas que los españoles encontraron a la entrada del pueblo varios indios «ahorcados

bargo, esas normas eran quebradas con frecuencia. Dice del templo del Sol de la capital incaica, Cuzco: «Aquí vivían muchas mujeres que decían ellas eran mujeres del Sol y fingían guardaban virginidad y ser castas. Y mentían porque también se envolvían con los criados y guardadores del Sol, que eran muchos.»[4]

En Cajas los españoles no pierden la oportunidad que se les presenta. Ordenan sacar las mujeres de las *acllahuasi* a la plaza «y el capitán dio muchas de ellas a los españoles»: eran en total unas quinientas, de modo que cada uno de los cuarenta españoles debe de haber podido refocilarse perpetrando estupros con más de una de estas menores de 14 años.[5]

Ante el espectáculo, el jefe de las fuerzas del inca que estaba en Cajas al frente de una guarnición de 2 000 soldados, espeta indignado a De Soto: «¿Cómo osáis vosotros hacer esto estando Atahualpa a veinte leguas de aquí? Porque no ha de quedar hombre vivo de vosotros.»

El capitán español decide ser prudente y pedir instrucciones a Pizarro sobre qué hacer con el indio insolentado. Aquél le responde que aguanten con paciencia las iras del peruano y le den a entender que le temen porque «con esto, disimuladamente, [quería Pizarro que] le trajésemos a Carran, donde el gobernador estaba». Se hizo así y Pizarro se encargó de sacarle información sobre los movimientos del inca Atahualpa. Al rapto de las vírgenes, Pizarro y sus hombres parecen haberle dado una nula importancia. El problema de De Soto era que el jefe indio de Cajas había increpado altivamente y con soberbia a los españoles y éstos se habían sentido tocados en su honor.

Entretanto el conjunto de la hueste perulera empieza a

---

de los pies». «Atabaliba los mandó matar porque uno de ellos entró en la casa de las mujeres a dormir con una; al cual y a todos los porteros [de las *acllahuasi*] que [lo] consintieron, ahorcó». Los españoles pudieron hacerlo impunemente.

4. Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, Buenos Aires, 1944.

5. No en vano el historiador peruano Raúl Porras Barrenechea apunta que aquí se gestaron los primeros mestizos del Perú, aunque es más que improbable que no hubiera ya otras indias peruanas, de las que aparecieron al paso de los españoles, que no tuvieran para ese entonces en su vientre algún hijo mestizo. En Puná y Túmbez los indios combatieron a los españoles precisamente porque éstos les robaban las mujeres, dice López de Gómara.

trepar la cordillera de los Andes en dirección a Cajamarca, donde se halla el inca con su ejército gozando de unos baños termales. La historia de México se repite:[6] Atahualpa envía varios emisarios con presentes y amenazas exigiendo a los extranjeros que se vuelvan a sus tierras, mientras Pizarro retribuye los regalos y hace permanentes protestas de admiración e intenciones pacíficas a Atahualpa. Como Moctezuma, el inca se confía excesivamente en su poder y desprecia a los «barbudos». Los deja avanzar seguro de que podrá destrozarlos cuando quiera y a su antojo: son apenas 170 hombres, él tiene un ejército de 40 000 soldados y está en su imperio, donde nada se mueve si no lo quiere el inca.

Planean salvar la vida a sólo tres españoles: al barbero, «que hacía mozos a los hombres»; al herrador, que sabía usar un metal desconocido para ellos y calzaba a los caballos, y al volteador, es decir al vaquero que era capaz de enlazar con destreza a esos prodigiosos animales y sabía cómo dominarlos.

El 15 de noviembre de 1532 la hueste de Pizarro entra en Cajamarca, extenuada por la marcha en las alturas andinas. Atahualpa está a cinco kilómetros de la ciudad. Sin demora, el gobernador envía a su capitán Hernando de Soto, a su hermano Hernando Pizarro y a un puñado de soldados entre los que se encuentran los cronistas Diego Trujillo y Miguel de Estete.

Hernando, un hombre henchido de soberbia, pues es el único hijo legítimo de los Pizarro, ordena al inca —a quien llama «perro»— que salga y éste aparece con dos vasos de oro con chicha para invitar a sus visitantes. Promete que al día siguiente irá a Cajamarca a conocer al gobernador.

De Soto realiza exhibiciones de doma con su caballo: entre otras cosas, lo pone al galope y sofrena el animal a un palmo de la nariz del inca, ante lo cual Atahualpa permanece impasible. Pero los miembros de su corte y los soldados que lo rodeaban huyen aterrorizados ante la furia de un animal enorme que no habían visto nunca en su vida. Ese mis-

6. El paralelismo parece alcanzar también a las profecías que anunciaban el regreso de Viracocha, el dios civilizador, con quien es confundido Pizarro. El padre de Atahualpa, Huayna Cápac, había vaticinado el regreso de los hijos del Sol, quienes dominarían su tierra. Al menos eso dice el Inca Garcilaso de la Vega. Aunque otros autores creen que esto es sólo una leyenda copiada de México que se forjó después de la conquista del Perú.

mo día Atahualpa manda ejecutar a centenares de los guerreros que se habían espantado ante las carreras y evoluciones del caballo.

El terror que disimulan malamente los españoles no es menor. Acaban de descubrir un ejército entero que los deja en una proporción de 235 indios por cada castellano. Llegan a Cajamarca también impresionados por la altivez y dignidad de Atahualpa, que ni siquiera se ha dignado dirigirles la palabra directamente: le hablaba a uno de sus subordinados y éste se dirigía a Felipillo, el intérprete.[7]

Esa noche Pizarro celebra consejo de guerra con sus capitanes. El ejemplo de Cortés con Moctezuma está fresco. Pero tampoco hubiese sido necesario éste: sin un golpe de mano espectacularmente eficaz, los españoles ya podían considerarse cadáveres.

En la tarde del día siguiente el inca Atahualpa, acompañado por un impresionante cortejo, inicia su marcha hacia Cajamarca.[8] Pizarro y sus hombres se apostan, mientras miles de indios empiezan a llenar la plaza de la ciudad donde va a instalarse la litera en la que viene el emperador.

Cuando llega, no ve a ninguno de los españoles.

—¿Qué es de esos barbudos? —pregunta con desprecio.

—Estarán escondidos de miedo —le responde uno de los suyos.

Pizarro manda a fray Vicente de Valverde, quien a modo

7. «Hernando Pizarro volvió espantado de la grandeza y autoridad de Atahualpa y de la mucha gente, armas y tiendas que había en su campamento, y hasta de la respuesta, que parecía declaración de guerra. Pizarro habló a los españoles, porque a algunos hasta se les soltaba el vientre de ver tan de cerca tantos indios de guerra, animándolos a la batalla...» (Francisco López de Gómara, *Hispania Victrix*).

8. «... la delantera de la gente comenzó a entrar en la plaza; venían delante un escuadrón de indios vestidos de una librea de colores a manera de tablero de ajedrez; éstos venían quitando las pajas del suelo y barriendo el camino. Tras éstos venían otras tres escuadras vestidos de otra manera, todos cantando y bailando. Luego venía mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata. Entre éstos venía Atahualpa en una litera forrada de plumas de papagayos de muchos colores, guarnecida con chapas de oro y plata. Traíanle muchos indios sobre los hombros en alto, y tras de ésta venían otras literas y dos hamacas en que venían otras personas principales. Luego venía mucha gente en escuadras con coronas de oro y plata. Luego que los primeros entraron en la plaza, apartáronse y dieron lugar a los otros. En llegando Atahualpa en medio de la plaza hizo que todos estuviesen quedos, y la litera en que él venía y las otras, todas en alto: no cesaba de entrar gente en la plaza.» (Francisco de Xerez, *op. cit.*).

de *requerimiento* le suelta un discurso de carácter teológico. El inca escucha con paciencia lo que consigue traducirle Felipillo.

—¿Quién dice todo esto? —quiere saber.

—Dios lo dice —contesta apodícticamente Valverde.

—¿Cómo lo dice? —vuelve a preguntar, indignado, Atahualpa.

El fraile le da su breviario, donde él supone que está la palabra divina. Pero para Atahualpa no significa nada más que un montón de hojas y arroja el libro al suelo. Muestra su irritación ante lo que, seguramente, considera una conducta caprichosa o demencial y empieza a dar órdenes a sus guerreros para que procedan contra los extranjeros.

El fraile corre a buscar a Pizarro, que está vestido con ropas ceremoniales, a la espera de los acontecimientos. Rápidamente se quita sus lujos, se coloca los arreos de combate y sale a la plaza con veinte hombres. Las armas de fuego comienzan a disparar, los jinetes en sus caballos con pecho-petrales de cascabeles emergen de sus encierros en casas vecinas mientras el resto de los españoles dan voces de guerra, invocan a Santiago y empiezan a repartir lanzazos y estocadas a diestra y siniestra que ponen en fuga y desorden a los indios.

Pizarro se adelanta y se apodera de la muy digna persona del inca Atahualpa por la fuerza. La hueste perulera mata sin descanso y deja, dicen las crónicas, entre 2 000 y 8 000 cadáveres de soldados indígenas en dos horas de combates, la mayoría de ellos víctimas del tumulto. Sólo bastaron 120 minutos para poner fin a uno de los dos grandes imperios de América. Todos los españoles salieron ilesos de la refriega.

Nada dicen las crónicas contemporáneas sobre lo que ocurrió con las vírgenes de las *acllahuasi* de Cajamarca. Pero, al parecer, en los primeros momentos después del triunfo, los españoles no tuvieron tiempo para ocuparse de ellas.

Al día siguiente, fueron al campamento de Atahualpa y «hallaron en el baño y aposentos de Atahualpa 5 000 mujeres que, aunque tristes y desamparadas, se divirtieron con los cristianos».[9]

Si la cifra del cronista es cierta, habrán tocado a razón de casi 30 hembras por cada uno de los 170 españoles: de-

9. Francisco López de Gómara, *Hispania Victrix*.

masiado, tal vez, para unos hombres que habían combatido hasta la extenuación el día anterior, estresados por un miedo cerval a ser hechos picadillo por el ejército del inca, por más hambre sexual que hubiesen acumulado en los largos meses de campaña.

«ENCERRABAN LOS GENITALES EN CHOZAS»

«Atahualpa era hombre de 30 años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso, el rostro grande, hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre; hablaba con mucha gravedad como un gran señor. Hacía vivos razonamientos que, entendidos por los españoles, conocían ser hombre sabio; era hombre alegre, aunque crudo. Hablando con los suyos era muy robusto y no demostraba alegría.» Así describe al inca prisionero de Pizarro uno de los testigos de los acontecimientos.[1]

Atahualpa estaba, en aquellos tiempos, enzarzado en una encarnizada guerra con su medio hermano Huáscar, de la que había emergido vencedor y en la que ambos habían perpetrado atrocidades, dignas del más escalofriante relato de terror.

En 1523 Huayna Cápac, el inca emperador del Tahuantinsuyu, señor de «los cuatro puntos cardinales», había muerto. El heredero, Ninán Cuyuchi, siguió la misma suerte muy pronto: a padre e hijo la viruela, peste llegada al Continente de mano de los europeos, los había alcanzado antes de la aparición física de éstos.

El imperio quedó, entonces, en manos de Huáscar, otro hijo de Huayna Cápac y de una coya (es decir, esposa legítima),[2] que gozaba de la fama de ser el único descendiente no bastardo del inca fallecido.

Lo primero que hizo Huáscar fue mandar traer desde

1. Francisco de Xerez, *op. cit.*

2. Los incas realizaban matrimonios incestuosos, siguiendo el mito de la unión sexual del Sol y la Luna, que eran hermanos. La coya era, por lo general, hermana paterna del inca.

Quito la momia de su padre hasta el Cuzco. Atahualpa, medio hermano suyo y señor de Quito, decidió no acompañar los restos de su padre, lo cual provocó las iras del flamante inca. Todos los integrantes de la comitiva funeraria quiteña —orejones o miembros de la nobleza—[3] fueron ejecutados por orden de Huáscar.

Poco después llegó al Cuzco una embajada del soberano quiteño que iba a rendir obediencia al nuevo inca. Otra vez, Atahualpa —«príncipe inquieto y resentido, peligroso por su ambición»—[4] no venía con ellos. El inca mandó cortar las narices de los embajadores, les quitó la ropa de la cintura para arriba y los obligó a volver a Quito en estas condiciones humillantes. Atahualpa montó en cólera ante las afrentas que, además, le daban buenos motivos para combatir a su medio hermano y apoderarse del imperio. Mientras iniciaba con sus tres generales —Quisquis, Calcuchímac y Rumiñahui— los preparativos para lanzarse a la ofensiva, Huáscar, sospechando de sus intenciones, mandó dos espías orejones para que le informaran de los movimientos de Atahualpa. Éste los capturó, los sometió a tormento para que confesaran todo cuanto sabían sobre las tropas de Huáscar y luego los desolló vivos. Siguiendo una bárbara costumbre, fabricó con sus pieles tambores de guerra.

Los dos ejércitos se enfrentaron en más de una docena de batallas. Las primeras fueron ganadas por Atahualpa. Tras cada victoria venían las represalias, de una refinada crueldad. El señor de Quito, por ejemplo, mandó construir pirámides con los huesos de los soldados enemigos.

Un Atahualpa triunfante y ensoberbecido se autoproclamó inca de los Cuatro Puntos Cardinales, y se dispuso a apoderarse de la capital del imperio. Pero Huáscar, al frente de sus tropas, puso en fuga a los quiteños a las puertas del Cuzco, que tuvieron que refugiarse en un pajonal. El defensor de la capital prendió fuego a las hierbas secas y consiguió quemar vivos a muchos soldados enemigos. Pero los sobrevivientes huyeron a los abruptos cerros vecinos. Desde allí emboscaron a las tropas de Huáscar hasta aniquilarlas por completo. Calcuchímac hizo con el inca del Cuzco lo mismo que más tarde Pizarro iba a hacer con su jefe Atahualpa: lo prendió personalmente. Luego se puso

3. La aristocracia incaica se deformaba las orejas como signo de distinción, por lo que los españoles los llamaban *orejones*.
4. José Antonio del Busto, *Perú incaico*, Lima, 1981.

los vestidos de Huáscar y fue al encuentro del ejército cuzqueño.

Los soldados de Huáscar salieron, alborozados y sin armas, a recibir al que creían era su jefe. Calcuchímac dio la señal y sus hombres cayeron sobre la tropa indefensa y la masacraron en los aledaños de la ciudad.

Pero Calcuchímac y Quisquis temían entrar en el Cuzco, de modo que recurrieron a una nueva estratagema. Enviaron a decir a la nobleza cuzqueña que sus vidas serían respetadas y que no iban a ser castigados aquellos que habían ayudado a Huáscar, a condición de que fueran a donde estaban las tropas de Atahualpa, en la población de Yavira, para rendir pleitesía al nuevo inca, Atahualpa.

Los orejones así lo hicieron. Quisquis seleccionó a los principales defensores de Huáscar, los humilló y los mató a pedradas. A los otros los perdonó, pero obligándolos a que se sentaran en cuclillas en dirección a Cajamarca, donde estaba el señor de Quito, y a repetir letanías del tipo: «Viva muchos años Atahualpa, nuestro inca, cuya vida acreciente su padre el Sol», mientras se arrancaban cejas y pestañas y las echaban al aire en señal de adoración al nuevo emperador.

Mandó luego traer a Huáscar, a su madre la coya Arahua Ocllo y a su mujer Chucuy Huaipa y los denigró delante de la tropa.

Por orden de Atahualpa, todas las mujeres e hijos de Huáscar fueron ahorcados. «A las que estaban preñadas, antes de morir, se les abrió los vientres para que los fetos cayeran al suelo y, una vez caídos, se los ataban a los brazos. Las crónicas afirman que de ésta y de otras formas mataron a Huáscar más de ochenta hijos e hijas. Ahorcaron también a los hermanos que les habían sido fieles; tras éstos fueron presos y ahorcados los orejones y pallas que lo secundaron. El perdón que los generales quiteños dieron en nombre de su señor no tuvo ningún efecto. Entre deudos y criados del desventurado Huáscar, los muertos pasaron del millar y medio.»[5] El inca prisionero fue obligado a presenciar todas estas atrocidades, que soportó con la dignidad de su rango y el estoicismo de su raza: en ningún momento pronunció ni una sola palabra. Hasta que le tocó el turno de contemplar cómo torturaban y asesinaban a sus mujeres y hermanas —Coya Miro con dos de sus hijos y a

5. Ibídem.

Chimbo Sisa, hermosa joven—, ante lo cual suspiró y pidió a su dios, Viracocha, que hiciera a sus verdugos lo que éstos hacían con él.

Alguien debe de haber oído sus plegarias porque poco después llegaron al Cuzco *chasquis* o mensajeros narrando que de la mar habían surgido unos dioses blancos, uno de los cuales, el mayor, era Viracocha mismo, dicen las crónicas de la época.

Este dios, sin embargo, no iba a ser favorable para ninguno de los contendientes. Atahualpa, que parecía estar muy poco convencido del carácter divino de los recién llegados por el poniente, estaba gozando de su victoria en los baños sulfurosos de Cajamarca, henchido de soberbia, esperando a los «barbudos» para aniquilarlos, cuando fue sorprendido por Pizarro y tomado prisionero.

Rumiñahui, uno de sus tres generales, se encontraba con sus tropas a la entrada de Cajamarca por orden de Atahualpa, para detener a los españoles cuando éstos —según imaginaba el inca— intentaran huir ante el ataque indígena que nunca llegó a producirse por la confusión que provocó el osado golpe de mano de Pizarro. Con sus 5 000 hombres Rumiñahui se puso en marcha hacia Quito, seguro de que su jefe sería muerto por los españoles.

El general fue a «visitar la casa de las vírgenes que llamaban escogidas con intención de sacar para sí las que mejor le pareciesen de las que estaban dedicadas para mujeres de Atahualpa como que tomándolas por suyas se declaraba rey y tomaba posesión del reino», cuenta el Inca Garcilaso.[6]

«Hablando con ellas de los sucesos de aquella jornada, entre otras cosas contó el traje y figura de los españoles, mostrando con grandes encarecimientos la valentía y bravura de ellos, como disculpándose de haber huido de gente tan feroz y brava. Dijo que eran unos hombres tan extraños que tenían barbas en la cara y que andaban en unos animales que llamaban caballos, que eran tan fuertes y recios que ni mil ni dos mil indios no eran parte para resistir un caballo, que sólo con la furia del correr les causaba tanto miedo que les hacía huir. Dijo que los españoles traían consigo unos truenos con los que mataban a los indios a 200 y 300 pasos, y que andaban vestidos de hierro de pies a cabeza.

6. Inca Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú*, Buenos Aires, 1944.

Y para mayor admiración y encarecimiento, dijo, a lo último, que eran tan extraños que traían casas hechas a manera de chozas pequeñas en que encerrar los genitales. Díjolo por las braguetas... Las escogidas se rieron del encarecimiento desatinado de Rumiñahui, más por lisonjearle que por otra cosa. Él se enojó cruelmente, juzgando mal la risa, atribuyéndola a deseos deshonestos. Y como su crueldad y la rabia que contra los españoles tenía corriesen a la par (que quisiera hacer de ellos otro tanto) fue menester poca o ninguna ocasión para mostrar la una y la otra. Y así, con grandísima ira y furor, les dijo: "Ah, ah, malas mujeres, traidoras, adúlteras. Si con la nueva sola os holgáis tanto, ¿qué haréis con ellos cuando lleguen acá? Pues no lo habéis de ver, yo os lo prometo." Diciendo esto, luego al punto mandó que las llevasen todas, mozas y viejas, a un arroyo cerca de la ciudad, y como si hubieran pecado en el hecho, mandó ejecutar en las pobres la pena que su ley daba, que era enterrarlas vivas. Hizo derribar sobre ellas parte de los cerros que a una mano y a otra del arroyo estaban hasta que las tierra, piedras y peñascos que de lo alto caían las cubrieron.» Como se ve, ninguno de los grandes jefes indios se quedaba a la zaga en materia de crueldades.

El ensañamiento y el sadismo de que había hecho gala Atahualpa no fue óbice para que despertara en sus captores sentimientos de simpatía. Atahualpa era, además, un hombre particularmente inteligente (que, por ejemplo, aprendió pronto a jugar al ajedrez con sus carceleros), virtud a la que unía una particular astucia y un profundo sentido de su majestad que provocaron desde el comienzo la admiración de todos los españoles que lo conocieron.

Poco después de su captura, Pizarro lo tranquilizó, asegurándole que no lo iban a matar. Inicialmente, el inca preso fue tratado con generosidad: continuó mandando y actuando como si estuviera en libertad, aunque bajo el obvio control de los castellanos. Viendo la enorme codicia de los extranjeros, creyó que recuperaría su libertad si entregaba sus tesoros de oro y plata, «una sala que tiene 22 pies de largo y 17 de ancho, llena hasta una raya blanca que está a la mitad del altor de la sala, que será lo que dijo de altura de estado y medio,[7] y dijo que hasta allí henchiría la sala

7. Es decir, una habitación de 6,15 metros por 4,75 metros por 2,50 metros de altura, unos 73 metros cúbicos de piezas de oro y plata.

de diversas piezas de oro, cántaros, ollas y tejuelos y otras piezas, y que de plata daría todo aquel bohío dos veces lleno, y que esto cumpliría dentro de dos meses».[8]

La promesa de Atahualpa debe de haber hecho salir chiribitas de los ojos de los hispanos que, rápidamente se dispusieron a hacer observar el cumplimiento de la orden del inca para que, de todas partes del imperio, llevaran a Cajamarca los tesoros del rescate.

El gobernador dispuso que Hernando Pizarro se dirigiera al santuario de Pachacámac, cerca de la actual ciudad de Lima, a recoger su tesoro. Otros españoles marcharon a distintos puntos del país con el mismo propósito: uno de ellos llegó hasta el Cuzco y regresó contando historias fabulosas sobre la capital del imperio.

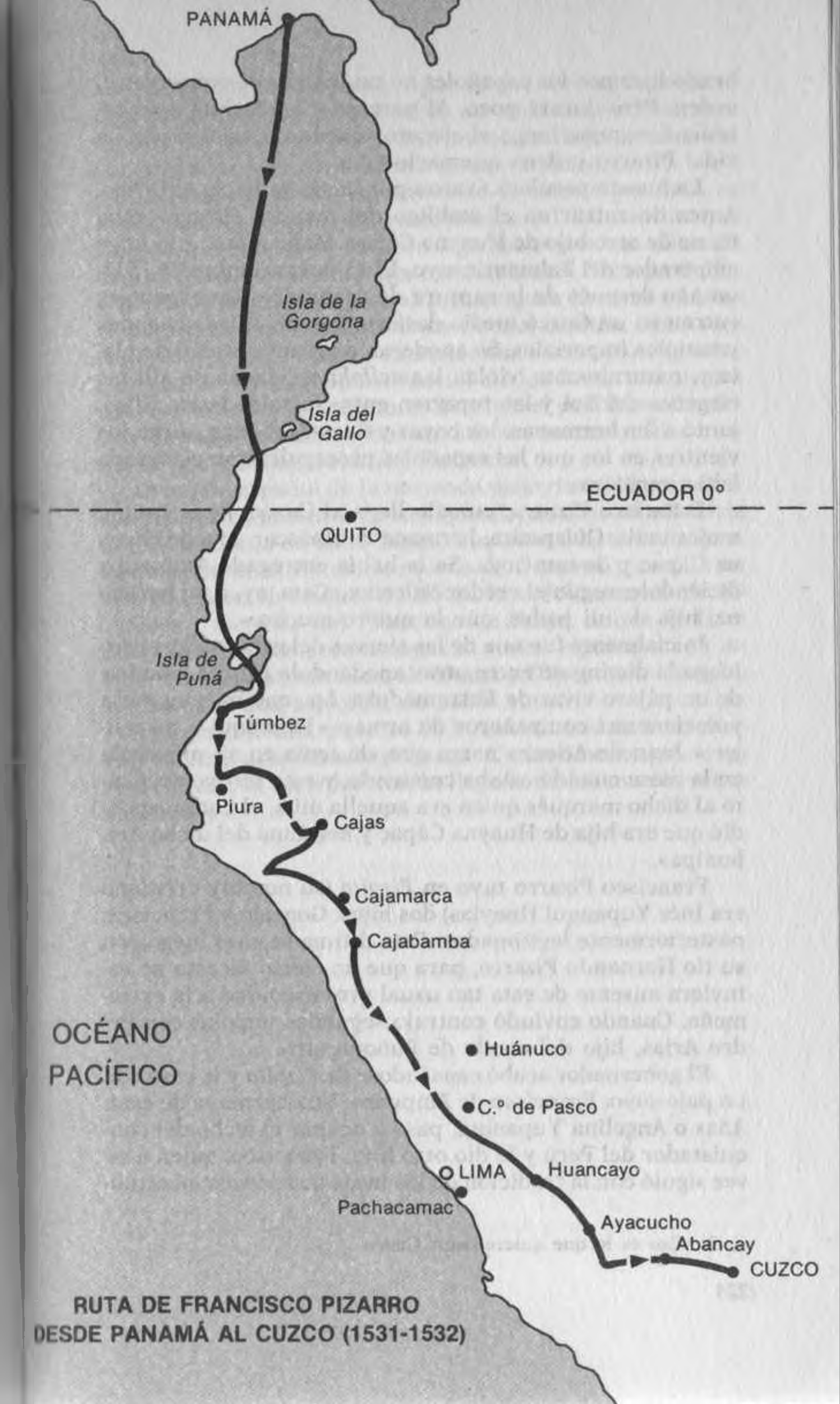
Atahualpa, por su parte, mandó que su general Rumiñahui le trajera a su prisionero: Huáscar. Tras sondear a Pizarro, ordenó que lo mataran para poner término al problema sucesorio, pues no dudaba de que sería puesto en libertad una vez que hubiese pagado su rescate.

Pero no ocurrió así. La supervivencia de Atahualpa podía poner en peligro el dominio español. En un Estado tan férreamente estructurado, todo había comenzado a desmoronarse con la simple prisión de la cabeza, pero todo volvería a lo que era si el inca recuperaba la libertad.

Hernando Pizarro y Hernando de Soto, los dos principales amigos de Atahualpa en prisión, fueron alejados con dos misiones distintas: el primero llevó el quinto real del tesoro a España y el otro partió en misión de exploración. Pizarro, presionado y, aparentemente, muy a su pesar, abrió juicio a Atahualpa y lo condenó a morir en la hoguera. La conversión al cristianismo, en el último momento, del quiteño le permitió morir por la aplicación del garrote vil. Los cargos que se le hicieron fueron de haber usurpado el poder del imperio —algo que Pizarro mismo, su acusador, estaba intentando hacer y lo hizo—, de asesinar a su hermano, practicar la idolatría, maquinar una conspiración para liquidar a los españoles. Y no podía faltar: haber practicado «el vicio nefando». Atahualpa, tan lleno de mujeres, según sus acusadores, no despreciaba las oportunidades de desfogarse con mancebos.

La muerte del inca sume al imperio en la anarquía. Otro de los cien hijos de Huayna Cápac, Túpac Huallpa, es nom-

8. Francisco de Xerez, *op. cit.*



RUTA DE FRANCISCO PIZARRO
DESDE PANAMÁ AL CUZCO (1531-1532)

brado inca por los españoles en un intento de conservar el orden. Pero durará poco. Al parecer, Chalcuchímac lo envenena, aunque luego el ejecutor pagara el crimen con su vida: Pizarro ordena quemarlo vivo.

La hueste perulera avanza por la sierra hacia el Cuzco. Antes de entrar en el ombligo del mundo,[9] Pizarro echa mano de otro hijo de Huayna Cápac, Manco Inca, y lo unge emperador del Tahuantinsuyu. El 15 de noviembre de 1533, un año después de la captura de Atahualpa, los españoles entran en un Cuzco medio desierto y ocupan las viviendas y templos imperiales. Se apoderan de gran cantidad de plata y, naturalmente, violan las *acllahuasi*, sacan de allí las vírgenes del Sol y las reparten entre la soldadesca. Ellas, junto a las hermanas, las coyas y *ñustas* del inca, serán los vientres en los que los españoles proseguirán su esforzada labor genésica.

Francisco Pizarro, cuando llega al Cuzco, lleva ya una mujer india: Quizpezira, hermana de Huáscar, hija de Huayna Cápac y de una coya. Se la había entregado Atahualpa diciéndole, según el veedor Salcedo: «Cata, ay, a mi hermana, hija de mi padre, que la quiero mucho.»

Inicialmente fue una de las siervas del gobernador, pero luego la distinguió entre otras apodándola *Pizpita*, nombre de un pájaro vivaz de Extremadura. La sentaba a su mesa y decía a sus compañeros de armas: «Veis aquí a mi mujer.» Juan de Atienza narra que «la tenía en su presencia en la mesa cuando estaba comiendo, y este testigo preguntó al dicho marqués quién era aquella niña, el cual respondió que era hija de Huayna Cápac y hermana del dicho Atahualpa».

Francisco Pizarro tuvo en *Pizpita* (su nombre cristiano era Inés Yupanqui Huaylas) dos hijos: Gonzalo y Francisca, posteriormente legitimados. Esta última se casó luego con su tío Hernando Pizarro, para que un cierto incesto no estuviera ausente de esta tan usual promiscuidad a la extremeña. Cuando enviudó contrajo segundas nupcias con Pedro Arias, hijo del conde de Puñonrostro.

El gobernador acabó cansándose de *Pizpita* y la casó con un paje suyo: Francisco de Ampuero. Una hermana de ésta, Añas o Angelina Yupanqui, pasó a ocupar el lecho del conquistador del Perú y le dio otro hijo, Francisco, quien a su vez siguió con la tradición de los incas de uniones incestuo-

9. Eso es lo que quiere decir Cuzco.

sas, ahora algo morigeradas por la presencia hispana: se casó con su prima Inés, hija de su tío Gonzalo Pizarro y de una *ñusta*. Juan Pizarro fue un cuarto hijo mestizo del conquistador, del cual existen pocas noticias.

La mayoría de los capitanes de la hueste perulera se amancebaron, igualmente, con nobles del Tahuantinsuyu, aunque muy pocos se casaron legítimamente con ellas. El capitán Garcilaso de la Vega tuvo en Isabel Chimpu Ocllo, sobrina de Huayna Cápac, al primer gran literato e historiador mestizo, el Inca Garcilaso. Pero el capitán, como tantos otros, repudió luego a su mujer americana para casarse con una de su raza, Luisa Martel de los Ríos, tan pronto apareció ésta en su horizonte. Resolvió el problema dándole a Chimpu una dote y buscándole un oscuro soldado español por marido, Juan del Pedroche.

Otro jefe español de la mesnada pizarriana, Martín García de Loyola, pariente de san Ignacio, se casó con Beatriz Clara Coya, hija de Sairi Túpac. Tuvieron a la mestiza Ana, que recibió el título de marquesa de Oropesa y casó, a su vez, con Juan Henríquez de Borja, hijo del marqués de Alcañices y nieto de san Francisco de Borja, duque de Gandía. También se dieron uniones al revés: españolas con indios. Carlos Inca, un nieto de Huayna Cápac, por ejemplo, se casó con una española de noble cuna.

Esto es sólo una muestra de lo que ocurrió entre la nueva y la vieja aristocracia peruana. Un fenómeno que se repite en toda la sociedad con la llegada de los nuevos amos «barbudos».

«LOS FRAILES ANDAN COMO POTROS DESATADOS»

La caída de la clase gobernante en el Incario provocó en esta sociedad férreamente estructurada una enorme castástrofe social y psicológica. La situación se vio agravada, años más tarde, por la anarquía que sobrevino cuando los defensores de Almagro y los de Pizarro se enfrentaron en crudelísma guerra civil que, con intermitencias, duró más de un decenio.

Los españoles aparecen desde el principio en el Perú como un elemento corruptor de las estrictas costumbres indígenas, monogámicas indisolubles, con una severa ética del trabajo, y de la honradez bajo el mando de los incas.[1] Muchos cronistas se escandalizan bien pronto ante el cariz que toman las cosas.

«No eche nadie la culpa, no, de las cosas que en el Perú pasaron, a la venida del virrey —dice Pedro Cieza de León—,[2] sino a los grandes pecados que cometían las gentes que en él estaban. Pues yo conocí a algunos vecinos que en sus mancebas tenían pasados de quince hijos. Y muchos dejan a sus mujeres en España quince y veinte años y se están amancebados con una india haciendo la cumbleza[3] de su natural mujer. Y así como los cristianos e indios pecaban grandemente, así el castigo y fortuna fue general.»

Las hembras aborígenes, en general, se pliegan a la vo-

1. La promiscuidad y la poligamia con abundancia de concubinas sólo era privilegio de los orejones y el incesto estaba permitido únicamente a los incas.

2. Pedro Cieza de León, *Tercero libro de las guerras civiles del Perú...*, Madrid, 1877.

3. Cumbleza es un arcaismo que define a la amante del hombre casado.

racidad española en materia de lujuria. Más allá de sus apetitos sexuales, también en Perú las mujeres indias —siempre pragmáticas— descubren que en el nuevo orden impuesto más les vale tener hijos mestizos, que no indios. No solamente porque convirtiéndose en mancebas de hombre español conseguían insertarse en el mundo colonial, sino también porque como mestizas su prole va a tener un estatus de privilegio que le estaba negado al indio: los mestizos no tributaban y tenían acceso a muchas de las posiciones reservadas a los españoles. La legislación imperante, de este modo, favorecía el ayuntamiento carnal entre españoles e indias, aunque lo hiciera sin intenciones de que así fuera. Lo mismo que las hembras de cualquier mamífero, las indígenas se entregan con placer a los machos triunfantes.

Menos de un decenio después de la captura de Atahualpa, en plena guerra civil entre españoles, las mujeres de piel morena dan muestras de terror de que sus hombres blancos mueran en batalla. En la guerra de Chupas entre el hijo mestizo de Almagro y el nuevo gobernador Vaca de Castro (1541-1542), había en el campamento muchas señoras de la nobleza cuzqueña, las *pallas*, «por los españoles muy queridas y ellas teniendo para con ellos el mesmo amor», cuenta Cieza de León. Las indias se deleitaban «por andar en servicio de gente tan fuerte y de ser cumblezas de las mujeres legítimas que ellos tenían en España», añade. Viendo que llegaba el final de la guerra y, «barruntando la muerte que por ellos había de venir, aullaban gimiendo y al uso de su país andaban mesándose los pelos de una parte a la otra».[4]

Lo cierto es que los españoles tiene éxito con las mujeres del Perú, y si no, se apoderan de ellas por su imperio y voluntad. Nadie se conforma con poco habiendo tanto. El cronista lo describe sin ambages: «Asimismo daban mujeres para el inca y para el Sol. Pero en mucha más cantidad la han dado a los cristianos o se las han tomado ellos: los solteros para estar amancebados con ellas y si son casados, para chinas[5] de sus mujeres y a veces para mancebas de ellos y de otros. Negros y mestizos y anaconas todos son incas en cuanto a tomar mujeres, salvo que el inca las to-

4. Pedro Cieza de León, *Las guerras civiles del Perú. La guerra del Chupas*, Madrid, 1906.

5. Chinas: mujeres indias o mestizas de servicio o de baja condición social.

maba para tenerlas encerradas y honestas y bien ocupadas y mantenidas y al presente para toda la disolución que se puede imaginar en todo género de vicios. Y aun además de las que andan de esta manera, que son por cada una de las del inca, mil, también algunos encomenderos tenían, y algunos las tienen hoy, sus casas de encerramiento de mujeres como las del inca, con la mejor guarda y recaudo que podían para satisfacer su sensualidad, a lo cual ha aprovechado mucho y se va perdiendo aquella costumbre con mandarse casar a los encomenderos», escribía veinte años después de la Conquista el licenciado Fernando de Santillán.[6]

Como en otras partes, fueron los varones indios los principales perjudicados. «Muchas indias dejan a sus maridos indios o aborrecen y desamparan a los hijos que de ellos paren, viéndolos sujetos a tributos y servicios personales, y desean, aman y regalan más a los que fuera de matrimonio tienen con españoles y aun con negros, porque los ven del todo libres y exentos, lo cual está claro que no se debe permitir en ninguna república bien gobernada», escribe Solórzano Pereira.[7]

A fines del siglo XVI Huamán Poma de Ayala observa que las indias se visten como españolas, «traen faldellines, mangas, botines y camisas» y que «ya no quieren casarse con sus iguales indios». «El cacique principal viene a casar a sus hijas y hermanas con mestizos y mulatos. Como ven a la cabeza y a las demás se huelgan de parir mestizos, ya no quieren casarse con los indios, y se pierde el reino.»[8]

El amancebamiento relaja las relaciones familiares, inventa un nuevo caos en la filiación, impone un desorden en la sociedad, que alarma a obispos y virreyes. Inútil preocupación. El atractivo que tiene el sexo más libre en la muelle sociedad colonial es demasiado poderoso, al punto de que pervivirá hasta nuestros días:[9] en el siglo XVI las medidas que se intentan no tienen ningún efecto real. El virrey Francisco de Toledo apunta que es tanta la libertad

6. Fernando de Santillán, *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los incas*, Asunción del Paraguay, 1950.

7. Juan de Solórzano Pereira, *Política indiana*, Madrid, 1930.

8. Huamán Poma de Ayala, *La nueva crónica y buen gobierno*, Lima, 1956.

9. Hace algunos años el gobierno peruano se vio obligado a lanzar una campaña publicitaria en favor de «la paternidad responsable» ante el escandaloso aumento de hijos de padres desconocidos.

con que se vivía la lujuria que casi no se tenía por ilícito el amancebamiento.

Bien pronto mestizos y mestizas se unen a estas prácticas *non sanctas*, en un clima social de permisividad y tolerancia. El presidente de la Audiencia de Lima y pacificador del Perú Pedro de La Gasca, cuando decide enviar a dos hijas mestizas de Juan y Gonzalo Pizarro en 1549, le explica al rey sus razones: las mestizas, dice, «suelen tener el ánimo que de españolas heredan de sus padres, para hacer lo que se les antoja, y el poco cuidado de su honra que toman de sus madres». Peligrosa mezcla para la salud moral que en la sociedad peruana querían imponer en vano las autoridades.

Ni clérigos ni monjas escapan de la licenciosidad generalizada. A fines de 1592, el chantre de la catedral de La Plata,[10] eleva al rey de España un memorial que éste le había solicitado sobre la situación del clero en su jurisdicción. El doctor Felipe Molina enumera una larga serie de irregularidades cometidas por los religiosos altoperuanos; pero cuando llega al «monasterio de monjas de esta ciudad de La Plata», describe una vida de intramuros verdaderamente licenciosa. Las monjas se roban las unas a las otras y se apropian de los objetos de valor de la sacristía. Esto parece escandalizar más al chantre que el hecho de que «la priora... estaba preñada» y de que «en el proceso de esta causa y antes de ser concluida abortó artificiosamente». «Otras dos monjas... pocos días antes habian parido sin haberles aprovechado muchos y varios remedios que aplicaron para abortar.» En el «día del bautismo de uno [de los hijos de las monjas] hubo regocijo en la reja del comulgatorio con merienda, hallándose presente a ello el padre del bautizado».

La priora, denuncia el chantre Molina, «era muy fea», por lo que a fin de atraer a sus amantes y «regalar [a] los que amaba», se dedicaba a explotar vilmente el trabajo de las otras monjas de modo «que cociesen y lavasen la ropa blanca para los hombres con quienes trataba», robándoles hasta el alimento.

La situación no es más edificante entre los frailes españoles de las doctrinas, encargados de catequizar a los indígenas. El amancebamiento de los religiosos con sus catecúmenas es un hecho harto frecuente. Hay curas, dice Molina,

10. La actual ciudad de Sucre, Bolivia.

«que están criando [a sus hijos] públicamente. Otro, que estando con hastío de las mujeres ordinarias entre indios y buscándolas doncellas» y no hallándolas «dio en desflorar niñas, viniendo a morir algunas por ser de muy poca edad». Los frailes actuaban a su capricho merced a la pasividad con que los indios soportaban los desmanes de los curas: «Estos vicios en que viven en sus doctrinas —dice el chantre— son impunidos, y aún más, permitidos, porque los indios jamás se osan quejar.»

Semejante actividad sexual de los sacerdotes no era, con todo, gratuita para ellos. Los frailes están «henchidos de bubas y públicamente se curan de ellas en esta ciudad fuera de sus conventos, donde yo los he visto en funciones. Y unos cojos, otros sin narices, vienen a esta ciudad a negocios que tienen... y solos andan negociando por la ciudad, plaza y tiendas comprando cosas y a veces muy indecentes al hábito, apeándose para esto en la plaza y descubriendo greguescos[11] de color y con pasamanos a vista de todos...». Es decir, que amén de libertinos, coquetos.

No contentos con las indias, los frailes van «donde les parece como exentos», también «a casas de mujeres sospechosas, de mal vivir. Y finalmente andan como potros desatados y dados a su libertad. Y muchos de ellos, buenos religiosos se hacen muy malos doctrinantes y curas, sin quedarles muestra de religión ni aun de cristianos más que el hábito». Pobre ejemplo para los indios que tenían que «adoctrinar y civilizar».

Semejante abuso generalizado de las mujeres de la tierra contribuyó, una vez más, a la decadencia y postración del mundo indígena masculino. Los hombres aborígenes no sólo se veían despojados de hembras para reproducirse y formar sus familias. También este hecho mismo era prueba inequívoca de su impotencia y de su incapacidad para proteger a sus mujeres, para atraerlas y conseguir mantenerlas a su lado y así poder proyectarse a otras generaciones.

Esto ocurría medio siglo después de la llegada de los españoles al imperio de los incas. Ciento cincuenta años más tarde, los viajeros españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa[12]

11. Greguescos: calzones muy anchos que estuvieron de moda en el siglo XVI.

12. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Noticias secretas de América*, Madrid, 1988. Edición facsimilar de la de don David Barry, Londres, 1826. Los autores, tenientes de navío españoles, participaron, a me-

constatarán que la situación no sólo no había cambiado, sino que incluso se había agravado considerablemente.

«Entre los vicios que reinan en el Perú —apuntan—, el concubinato, como más escandaloso y más general, deberá tener la primacía. Todos están comprendidos en él, europeos, criollos, solteros, casados, eclesiásticos seculares y regulares.»

La situación que denunciaba un siglo y medio antes el virrey Toledo permanecía igual o peor. «Es tan común el vivir las gentes de aquellos países en continuo amancebamiento, que en los pueblos pequeños llega a hacerse punto de honor el estarlo. Y así, cuando algún forastero de los que llegan a ellos y residen algún tiempo, no entra en la costumbre del país, es notado y su continente se atribuye, no a virtud, sino a efecto de miseria y de economía creyendo que lo hacen por no gastar.» Lo decían por experiencia: en Quito, ellos mismos fueron preguntados por el vecindario por sus concubinas, y, cuando respondieron que vivían sin mujeres, los lugareños quedaron estupefactos.

El estado en que viven los religiosos escandaliza a los marinos españoles. Sus descripciones superan con creces a las del chantre de la catedral de La Plata. «Los conventos —escriben— están sin clausura y así viven los religiosos en ellos con sus concubinas dentro de las celdas, como aquellos que las mantienen en sus casas particulares, imitando exactamente a los hombres casados.

»Es tan poco o tan ninguno el cuidado que ponen estos sujetos en disimular esta conducta, que parece que hacen ellos mismos alarde de publicar su incontinencia. Así lo dan a entender siempre que viajan, pues llevando consigo la concubina, hijos y criados van publicando el desorden de su vida.»

No sólo eso: los bastardos de los religiosos heredan socialmente los títulos honoríficos de sus padres, sin ninguna vergüenza. Gracias a esto, en Quito se ven «una infinidad de provincialas de todas las religiones prioras, guardianas, lectoras», porque «los hijos conservan siempre como título de honor los de la dignidad de su padre y en público casi

---

diados del siglo XVIII, de una expedición francesa dirigida por Charles La Condamine, cuyo propósito era efectuar mediciones más exactas del globo terrestre. Pasaron once años en América del Sur y, aparte de sus investigaciones científicas, rindieron un informe secreto, encargado por el marqués de la Ensenada, sobre la situación de las colonias que visitaron y en las que vivieron.

no son conocidos por otros». A su vez, las concubinas se contagian del prestigio social y de la autoridad de sus hombres de sotana y a la gente de los pueblos «avasállanlos y trátanlos con menosprecio o [los] reducen a la vida servil como si fueran sus propios domésticos». De Ulloa y Juan sólo exceptúan de su generalización a los jesuitas. De los demás, «apenas hay uno que escape de este desorden».

Cuentan que en una ocasión fueron «a uno de aquellos conventos» a despedirse de algunos religiosos que habían conocido. Cuando llegaron a la celda del primero se encontraron con que había allí «tres mujeres mozas de buen parecer, un religioso y otro que estaba en la cama accidentado y fuera de sentido, al cual íbamos nosotros a visitar. Las mujeres lo sahumaban y hacían algunas otras diligencias para que volviese en sí». Por uno de los frailes se enteraron de que una de esas tres jóvenes era manceba del accidentado. El día anterior habían tenido una rencilla conyugal, por lo que la concubina del cura, para fastidiarlo, fue a pararse delante de la iglesia donde el religioso estaba predicando. El fraile montó en cólera y en pleno ataque de ira se cayó del púlpito y quedó inconsciente. Las otras dos mujeres, le informó un tercer religioso, eran la hembra del superior de la comunidad y la suya propia.

«Lo que se hace más notable —escriben— es que los conventos estén reducidos a públicos burdeles, como sucede en los de las poblaciones cortas y que en las grandes pasen a ser teatro de abominaciones inauditas y execrables vicios.»

Los curas de las parroquias no se comportaban con mayor castidad. Los autores de las *Noticias secretas de América* cuentan que el párroco de un pueblo de la provincia de Quito llevaba una vida tan escandalosa que las quejas llegaron al obispo. Cuando lo llamaron para reconvenirlo fraternalmente, el cura le dijo a su provincial «que si necesitaba del curato para algo, sólo era para mantener a sus concubinas y para enamorar, pues por lo que tocaba a su persona con un saco y una ración de refectorio tenía bastante para vivir; y así que si intentaba prohibirle las diversiones que tenía podía guardarse el curato, que no lo necesitaba para nada». El resultado —añaden los cronistas— fue que el religioso volvió al pueblo «y continuó en su pervertida vida lo mismo que antes». Seguramente quien lo reprendía no llevaría una vida mucho más casta que el cura.

Otro sacerdote que conocieron los viajeros, hombre que «pasaba ya de ochenta años», hacía, no obstante, «vida ma-

ridable con una concubina moza y de buen parecer, de suerte que ésta se confundía con las hijas del religioso tenidas en otras mujeres, porque ésta era la cuarta o quinta que había conocido de asiento. Y como hubiese tenido hijos en casi todas, era un enjambre de ellos el que había, unos pequeños y otros grandes». Lo que no dejaba de tener ventajas para el cura pues tenía en su prole muchos acólitos para celebrar misa.

Los curatos eran, sobre todo, un excelente negocio desde el punto de vista económico —resaltan De Ulloa y Juan— por la explotación inmisericorde que hacían de la feligresía con misas, bulas y otras ceremonias pagadas, y un medio de conseguirse abundantes muchachas jóvenes de cama y servicio.

En la jurisdicción de Cuenca (actual Ecuador), un cura se prendó de la hija de un cacique que era particularmente hermosa. La había solicitado de amores muchas veces, pero siempre se había encontrado con el rechazo de la adolescente. De modo que la pidió a su padre en matrimonio, asegurándole que iba a requerir una dispensa especial a su obispo para poder contraer matrimonio.

El pícaro cura envió a un mensajero con otra finalidad cualquiera a llevarle papeles a su obispo y, mientras tanto, fraguó una «patente falsa en que suponía que aquel prelado le daba licencia para que se desposase. Tan pronto como regresó el mensajero le mostró al cacique la supuesta autorización para casarse. Aquella misma noche quedó hecho el fingido desposorio y el teniente de cura hizo la función de párroco sin concurrencia de más testigos, ni otra circunstancia, porque dio a entender la malicia de que para tales casos no se necesitaban, y desde entonces quedaron viviendo juntos» (el cura y la hija del cacique).

Después de muchos años, y cuando el sacerdote ya había tenido varios hijos con su falsa esposa, se descubrió el engaño y los superiores del religioso lo castigaron desterrándolo a otra jurisdicción. «La desdichada india quedó cargada de hijos y el cacique, lleno de pesar por la burla que le habían hecho, murió en breve tiempo, viniendo a recaer la mayor parte del castigo sobre los que no habían tenido otra culpa que la de haber creído en las palabras de un sacerdote», dicen.

La celebración de fiestas orgiásticas era un hábito común entre los curas. A Jorge Juan y Antonio de Ulloa nada les parece más repugnante, al punto de que imaginan que

se trata de «invenciones del mismo maligno espíritu». Pero no: son invenciones de los ministros del Señor.

Ellos costean, organizan, participan de las juergas. «Y juntando a sus concubinas arman la función en una de sus mismas casas. Luego que empieza el baile empieza el desorden en la bebida de aguardiente y mistelas y, a medida que se calientan las cabezas, va mudándose la diversión en deshonestidad y en acciones tan descompuestas y torpes que sería temeridad el quererlas referir o poca cautela el manchar la narración con tal obscenidad. Y así, dejándolas ocultas en la región del silencio, nos contentaremos con decir que toda la malicia con que se quiera discurrir sobre este asunto, por grande que sea, no llegará a penetrar el abismo en que se hallan encenegados aquellos pervertidos ánimos, ni será bastante para comprenderlo: tal es el grado de exceso a que llega allí la disolución y la desenvoltura.»

La sociedad civil sigue pautas de libertinaje parecidas, al punto de que, como se sorprenden los marinos, no hay prostitutas en el virreinato del Perú: es tal la liviandad y facilidad con que las mujeres se van a la cama con quien les place, que las rameras se morirían de hambre. Para azoramiento de los cronistas españoles, la virtud de las mujeres peruanas consiste, simplemente, en no acostarse con todo el que pase y las requiera, sino con los que ellas eligen. Algo demasiado disoluto para la puritana moral de la época.

EL PARAÍSO DE MAHOMA

En la primavera de 1534 las multitudes se amontonaban delante de la Casa de Contratación de Sevilla puñando por entrar y poder ver lo que allí se exponía. En la ciudad no se hablaba de otra cosa que del fabuloso tesoro de los incas, pagado por Atahualpa como precio a una libertad que nunca le llegaría. Ante el espectáculo del oro y la plata exhibidos en la Casa de Contratación, los sueños y delirios de riquezas y fama que podían conseguirse rápidamente en las Indias volvieron a reverdecer en la mente de muchos españoles y de algunos extranjeros que habían hecho de la aventura militar su profesión.

En esos mismos dias una poderosa expedición se aprestaba en el puerto del Guadalquivir para lanzarse a las tierras del río de la Plata, en el meridión americano. Hasta el nombre resultaba prometedor.

Más de dos mil españoles se enrolan en ella junto a un centenar de alemanes, holandeses y austriacos. Otros miles se quedan en tierra frustrados porque la empresa no admitía más soldados ni tripulantes. Dieciséis naves se encargarán de llevarlos a las Indias, al mando de Pedro de Mendoza, biznieto del primer duque del Infantado, guerrero con experiencia en las campañas de Italia, donde había pillado riquezas en el saco de Roma.

Entre los extranjeros viaja un soldado de fortuna, Ulrico Schmidl, bávaro, que ha llegado de Amberes para engancharse a la expedición y que, treinta años más tarde, va a escribir el testimonio directo de sus aventuras.[1]

1. Con él va un oscuro soldado: Rodrigo de Cepeda, hermano de santa Teresa de Ávila y, por tanto, como ella, de origen judío converso. Ambos de niños habían intentado fugarse a tierras de moros.

Mendoza, capitán general y adelantado del Río de la Plata, no es el mejor jefe posible. Tiene unos 35 años de edad, pero está enfermo de una avanzada sífilis que lo tiene a mal traer, recuerdo, seguramente, de sus aventuras galantes en Italia.

Las expectativas sobre la expedición son enormes: la mayoría cree que en el Atlántico Sur, por un río que allí desemboca, se puede llegar a la sierra de la Plata, sede probable de otro reino poderoso comparable al de México o al del Perú. La Corona quiere darse prisa en tomar posesión de esas fabulosas tierras, antes de que lo hagan los portugueses, desde Brasil.

Otros exploradores ya han andado por la región y su adversa fortuna, en vez de darle a aquella zona la mala fama que se merecía, no ha hecho más que inflar su mitología. Juan Díaz de Solís, el primero en 1516 descubrió el enorme río y lo bautizó mar Dulce, antes de que los indios charrúas, que habitaban el territorio del actual Uruguay, lo capturaran y se lo comieran. Luego, Hernando de Magallanes, en su periplo alrededor del globo, pasó junto al rebautizado río de Solís. Una expedición que debía ir a las Molucas en 1526, la dirigida por Sebastián Caboto o Gaboto, se internó por el río de Solís, después de que los portugueses de Pernambuco le aseguraran que por allí se llegaba a la sierra de la Plata y a las posesiones del Rey Blanco. En el río Paraná, uno de los tributarios del mar Dulce, se encontró Caboto en 1528 con Diego García de Moguer, otro español que venía con su flota a explorar. Juntos navegaron a la búsqueda del Rey Blanco hasta llegar al norte de la actual República del Paraguay por el río homónimo.

Sólo hallaron hambre, indios belicosos y un clima tórrido y húmedo, alimañas, insectos torturantes. No obstante lo cual, regresaron convencidos de que, en alguna parte, estaba la sierra de la Plata, el Rey Blanco y un mito añadido: la Ciudad de los Césares.[2] Si en lugar de estas fantasías

2. Un grumete de la expedición de Caboto, Gerónimo Romero, se quedó a vivir entre los timbúes. Siete años más tarde, la expedición de Mendoza lo recogió. Éste y dos hombres más que quedaron en las cercanías, según Fernández de Oviedo, Juan de Fustes y Etor de Acuña, fueron quienes seguramente iniciaron en la región el proceso de profuso mestizaje. La Ciudad de los Césares era un mito inventado a partir de las noticias de Francisco César, enviado por Caboto tierra adentro a explorar y que llegó hasta la actual provincia argentina de Córdoba.

hubiesen conocido la patética verdad, ni aun vaciando las cárceles andaluzas hubieran conseguido voluntarios para la aventura en el río de la Plata.

En agosto de 1535 la flota de Pedro de Mendoza pone rumbo a las islas Canarias. Cuando atracan en Las Palmas, un primo del capitán general, Jorge de Mendoza, rapta a una hija de un rico comerciante canario con la que andaba en amores y la mete a escondidas en su nave. A la mañana siguiente parten y Jorge cree haber conseguido su objetivo. Pero una fuerte tempestad obliga al barco a regresar a puerto. Allí los están esperando los canarios, que, enterados del rapto, los reciben a cañonazos. Después de horas de negociaciones, Jorge de Mendoza consigue eludir su entrega a las autoridades, asegurando que ya había yacido con la canaria y que quería casarse con ella. Así se hizo. Pero la pareja tuvo que quedarse en Las Palmas por orden del adelantado, que no quería a bordo a semejante donjuán ni a su flamante esposa, pese a que en la expedición iban ya algunas mujeres.

Cinco meses más tarde, a comienzos de 1536, la flota avista la ribera izquierda del río de la Plata, donde Solís había sido merendado por los charrúas. Mendoza ordena seguir viaje hasta la orilla opuesta y allí funda una población a la que bautiza con el nombre de Puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Aire, una advocación italiana, patrona de los navegantes. Los indios querandíes, cazadores y pescadores nómadas que vivían por las inmediaciones, los reciben pacíficamente.

Con todo, la colonia se enfrenta a duras dificultades. La tierra no ofrece piedras ni maderas para construir viviendas y hay que optar por el adobe y la paja. La caza es escasa y, paradójicamente, la que luego será ubérrima pampa, no les da alimentos fáciles de conseguir. Mendoza manda una nave a Brasil a buscar provisiones y otra en dirección al norte, por el río Paraná. Esta última expedición funda, cerca de la actual ciudad de Santa Fe, la población de Corpus Christi.

Mientras tanto, los indios querandíes, que habían provisto a los extranjeros con pescado y carne, desaparecen súbitamente. Indignado, el adelantado manda a tres españoles para que vayan a exigirles la entrega de alimentos. Pero los aborígenes, lejos de amedrentarse, los muelen a palos. Don Pedro de Mendoza decide, entonces, darles una lección definitiva y envía a sus hermanos Jorge y Diego con

trescientos arcabuceros y treinta jinetes para que «mataran, destruyeran y cautivaran a los nombrados querandíes, ocupando el lugar donde éstos estaban. Cuando allí llegamos, los indios eran unos 4 000, pues habían convocado a sus amigos», relata Schmidl.[3]

Una confederación de tribus vecinas se opone a los españoles con bravura. Frente a los caballos, los indios tenían un arma simple y eficaz que empleaban para cazar guanacos,[4] avestruces o venados: las boleadoras.[5] Con ellas y con sus arcos y flechas mataron a los dos parientes del adelantado y a 26 capitanes y soldados, según Schmidl. Los españoles no consiguieron ni un solo prisionero, pues los indios habian escondido a sus mujeres y niños.

A los pocos días los aborígenes comenzaron el asedio de Buenos Aires. El hambre volvió a hacer estragos entre los españoles, que acabaron comiéndose «hasta los zapatos y cueros»[6] y a sus mismos compañeros que iban muriendo. Hombres y mujeres en el precario fuerte del Buen Aire hicieron prodigios de valor y resistencia. Pero también los indios fueron víctimas del hambre y, finalmente, abandonaron el cerco.

Enfermo y abatido, Pedro de Mendoza resuelve trasladarse a Corpus Christi. Otra vez la falta de alimentos vuelve a hacer estragos entre los españoles, mientras la enfermedad corroe a su adelantado. Desde la fundación, Mendoza decide enviar a su capitán Juan de Ayolas hacia el norte. Él regresa a Buenos Aires resignado a su destino, deseoso de ir a morir a España. Pero el noble, cubierto de chancros

3. Ulrico Schmidl, *Relación del viaje al río de la Plata*, en *Alemanes en América*, Madrid, 1985.

4. Guanacos: camélidos *(Lama guanicoide)* pertenecientes a la misma familia que las llamas, que habitaban las llanuras pampeanas y cordilleranas, presa favorita de los indígenas cazadores de la región.

5. Ingenio que consiste en dos o tres ramales de cuerda unidos por un extremo que en el otro tienen una pesada bola de piedra. El cazador hace girar por encima de su cabeza las cuerdas y las lanza con precisión hacia el objetivo, por lo general las patas de guanacos, avestruces o, tras la llegada de los españoles, caballos. Las cuerdas con las bolas se desplazan por el aire girando hasta que, al tropezar con el objetivo, se enrollan en torno a éste, trabando al animal e impidiéndole continuar la carrera. La única defensa contra esta arma es entrenar al caballo para que aprenda a galopar boleado, como hacian los gauchos pampeanos. Una variante es la bola perdida, que tiene un solo ramal y una bola que se usa de modo parecido o bien como objeto contundente para golpear la cabeza del adversario.

6. Ulrico Schmidl, *op. cit.*

y aquejado de horribles dolores, nunca volverá a ver su patria: muere en alta mar y su cuerpo asaeteado por la enfermedad es arrojado a las aguas. Sus dos últimos meses de vida los pasó a bordo de su carabela, zangoloteado por el mar y soñando con llegar a un puerto imposible. Había perdido toda su fortuna en la malhadada empresa.

Juan de Ayolas queda al frente de la hueste. Hace recuento de los hombres de que dispone y comprueba que son sólo 560 soldados de los más de 2 000 que habían embarcado; los otros habían perecido a lo largo de los primeros cinco meses.

Remonta el río Paraná en busca de bastimentos. El ansia de honra y riquezas, para estos hombres, ha quedado por el momento en un segundo plano. Los acucia el hambre, sobre todo, y las flechas de los indios. No encuentran ni siquiera mujeres atractivas como consolación. Schmidl apunta escrupulosamente su valoración erótica de las hembras indias con las que se encuentran en el viaje: «Las mujeres son horribles y, tanto jóvenes como viejas, tienen la parte baja de la cara llena de rasguños[7] azules», dice de las timbúes. De las corondaes repite algo similar: «Las mujeres [son] feas», frase que vuelve a reiterar con respecto a las mocoretaes. Los chanás «son bajos y gruesos y no tienen más comida que carne, pescado y miel. Las hembras llevan sus vergüenzas al aire: todos, hombres y mujeres, andan completamente desnudos». Las observaciones del bávaro giran obsesivamente en torno a la comida y al sexo.

Por fin, llega a tierra de los agaces, ya sobre las riberas de río Paraguay, en la actual provincia argentina de Formosa, y descubre con satisfacción que «los hombres y las mujeres son hermosos y altos; las mujeres son lindas y se pintan la cara». Pero se lamenta de que, durante el combate con ellos, los indios habían «hecho huir a sus mujeres e hijos... de tal manera que no pudimos quitárselos».

Siempre en dirección al norte, los conquistadores se encuentran, en lo que hoy es territorio paraguayo, con otra etnia indígena que, inicialmente, los llena de alegría: los carios o guaraníes, indios agricultores, además de pescadores y cazadores, en cuyas tierras abundan los alimentos. Cierto es que también descubren que tienen hábitos antropofágicos, ya que se comen a los prisioneros después de ce-

7. En realidad, cicatrices a modo de tatuajes, con introducción de colorante.

barlos. Pero, llevados por la necesidad, los españoles harán, una vez más, la vista gorda ante el canibalismo, como lo habían hecho antes los hombres de Cortés frente a similares hábitos de los tlaxcaltecas.

Fieros guerreros, los guaraníes se atrincheran detrás de Lambaré,[8] una población fortificada con empalizadas dobles y fosas-trampas disimuladas para que en ella cayeran los enemigos.

Los cristianos hambrientos los exhortan a hacer la paz, «pero no quisieron hacer caso». En la refriega, los carios descubren el misterioso efecto, para ellos, de las armas de fuego y huyen despavoridos hacia su pueblo. Durante dos días se defienden valientemente, pero viendo que, tarde o temprano, los extranjeros iban a penetrar en su fortificación para apoderarse de sus mujeres e hijos, deciden pedir la paz.

En los siguientes cuatro años los guaraníes serán los principales aliados de los españoles. Para sellar la alianza, Juan de Ayolas recibe como presente «seis muchachitas, la mayor como de 18 años» y «a cada hombre de guerra dos mujeres para que cuidaran de nosotros, cocinaran, lavaran y atendieran a todo cuanto más nos hiciera falta».[9]

En ningún otro sitio de América los indios empleaban a las mujeres como objetos de intercambio en el mundo masculino con tanto entusiasmo como entre los guaraníes. Schmidl no puede dejar de sorprenderse de que «el padre vende a su hija; lo mismo el marido a su mujer cuando no le gusta, y el hermano a la hermana; una mujer cuesta una camisa, un cuchillo, una hachuela, u otro rescate cualquiera».

Los carios eran una sociedad estratificada en la que los plebeyos, el común, o *mboyás* en lengua guaraní, actuaban como siervos de los señores: trabajaban sus tierras, les construían las casas, combatían a sus órdenes en las guerras. Estaban —dicen Pedro Lozano—[10] en «tan estrecha sujeción que ni aun de sus hijas eran dueños, porque si los caciques las apetecían por mujeres se las quitaban y las agregaban a sus familias. Porque en la poligamia procedían con libertad gentílica, especialmente dichos caciques, que tenían

8. Lambaré fue rebautizada, un año después, Nuestra Señora de la Asunción, cuando se produjo su fundación formal.

9. Ulrico Schmidl, *op. cit.*

10. P. Pedro Lozano, S. J., *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, Buenos Aires, 1873-1875.

tantas concubinas como podía mantener su potencia, llegando en algunos el número a veinte y treinta, sin escrúpulos en recibir por mujeres a las que lo fueron del hermano difunto, o los suegros a sus nueras».

El mundo guaraní parecía la pesadilla de una feminista actual. «El agasajo principal con que festejaban los caciques la venida de personas de respeto a su pueblo era enviarles una o dos de sus concubinas. Pero sin esta licencia les era a ellas ilícito admitir otro amante, so pena de pagar la traición con la vida, despeñadas de algunos lugares altos del río Paraná o a cimas profundas. En la gente plebeya era menor la licencia, no por más arreglados en materias lúbricas, sino por menos poderosos para mantener tantas obligaciones.» Las únicas limitaciones a la lascivia que se ponían era el incesto, porque «a las madres y hermanas, guardaron siempre particular respeto, reputándose lo contrario por un exceso abominable».

Por lo demás, las mujeres guaraníes «de costumbre no son escasas de sus personas», dice el escribano Pero Hernández.[11] «Y tienen por gran afrenta negarlo a nadie que se lo pida, y dicen que ¿para qué se lo dieron [a los genitales] sino para aquello?».

Los triunfantes españoles ocuparon en seguida el lugar de los caciques y recibieron todos los privilegios inherentes a su condición: siervos, soldados, hembras en abundancia. Gracias a esto último, los castellanos emparentaron pronto con los indígenas, con gran alegría de ellos. Unos y otros comenzaron a tratarse entre sí de *tobayás*, es decir, de cuñados.

Más de un espíritu puritano no puede menos que escandalizarse por la publicidad sin recatos que se daba a los amancebamientos. A los hermanos de las indias de servicio que los castellanos tienen no los llaman «hermanos de mis criadas o mozas, sino hermano de mis mujeres y mis cuñados, suegros y suegras, con tanta desvergüenza como si en muy legítimo matrimonio fuesen ayuntados a las hijas de los tales indios e indias que así de suegro intitulan».[12]

De este modo se creará lo que en la época se llamó «El Paraíso de Mahoma», en referencia a la única experiencia

11. Pbro. Francisco González Paniagua, «Carta al cardenal Juan de Tavira...», en *Documentos históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense*, Buenos Aires, 1941.

12. Pero Hernández, *Comentarios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, Madrid, 1970.

de poliginia bien conocida por los europeos: la del mundo islámico y sus creencias escatológicas en paraísos con abundancia de bellas huríes para los buenos creyentes, que se convertía en realidad para un puñado de cristianos españoles, en el cálido y húmedo Paraguay.[13]

Y mucho más abundante, según juzga un presbítero: «Es el otro segundo caso muy en favor de Mahoma y su Corán, y aun me parece que usan [los asunceños] de más libertades, pues el otro no se extiende a más de siete mujeres y acá tienen algunos hasta setenta. Digo a Vuestra Señoría Ilustrísima que pasa así que el cristiano que está contento con cuatro indias es porque no puede tener ocho, y el que con ocho porque no puede tener dieciséis... si no es alguno muy pobre no hay quien baje de cinco y de seis.»[14]

Y su afirmación la refrenda otro clérigo, Martín González: «Querer contar y enumerar las indias que al presente cada uno tiene es imposible, pero paréceme que hay cristianos que tienen a ochenta y a cien indias, entre las cuales no puede ser sin que haya madres e hijas, hermanas y primas.»[15]

13. En un relato, algo legendario, de la fundación de Asunción hecho varios decenios más tarde por un sacerdote jesuita se dice: «Navegando los españoles por el río Paraguay arriba, que es muy caudaloso, los indios que estaban poblando en este puerto les preguntaron quiénes eran, de dónde venían y a dónde y qué buscaban; dijéronselo; respondieron los indios que no pasasen adelante porque les parecía buena gente, y así les darían sus hijas y serían parientes. Pareció bien este recaudo a los españoles. Quedáronse aquí; recibieron las hijas de los indios y cada español tenía buena cantidad» (Cit. por Efraím Cardozo, *El Paraguay colonial. Las raíces de la nacionalidad*, Buenos Aires, 1959).

14. Pbro. Francisco González Paniagua, *op. cit.*

15. Martín González, «Carta al emperador don Carlos dando noticias...», en la edición de Ulrico Schmidl *Viaje al Río de la Plata*, Buenos Aires, 1903.

«EL PUERTO DE LA JODIENDA»

Ayolas promete a sus flamantes aliados indígenas fundar un fuerte cristiano tan pronto pueda. Pero tiene prisa por alcanzar el norte para lanzarse desde allí a la conquista de los reinos imaginarios de la sierra de la Plata.

La flota fluvial pone rumbo al septentrión y, en febrero de 1537, llega a un puerto sobre el río Paraguay que bautizan con el nombre de Candelaria. Ayolas deja allí a uno de los capitanes de sus barcos, el guipuzcoano Domingo Martínez de Irala, al mando de un destacamento y él se adentra a pie en dirección al poniente, donde se suponía que estaban las tierras del Rey Blanco.

Martínez de Irala recibe instrucciones de esperarlo durante cuatro meses. Pero Ayolas se demora más de la cuenta. Durante este tiempo, Juan de Salazar, uno de los capitanes del adelantado que había sido enviado tras los pasos de Ayolas, se encuentra con Irala en Candelaria. Juntos intentan localizarlo, pero sus esfuerzos son inútiles. Salazar baja, entonces, hasta Lambaré para fundar Asunción el 15 de agosto de 1537, mientras el vasco mantiene la espera.

A los seis meses, según testimonio de Schmidl que integraba el retén de Irala, evacuan Candelaria y regresan a Asunción. Ayolas, que había alcanzado los contrafuertes andinos hasta la tierra de los indios charcas, regresa varios meses más tarde cargado de tesoros y no encuentra a nadie de los suyos en Candelaria. Los indios payaguás aprovechan la circunstancia y los atacan. Ayolas y sus hombres son muertos en abril de 1538 y sus riquezas caen en poder de los nativos.

La paz con los guaraníes no duraría tampoco demasia-

do tiempo. Los indios prepararon una sublevación general para la Semana Santa de 1539, que, como siempre ocurría, fue denunciada a Juan de Salazar por una de sus mancebas indias. La represión fue brutal. Pero no suficiente para acabar con la sucesión periódica de alzamientos indígenas contra los excesos permanentes de los españoles, aunque conseguiría que los indios sobrevivientes se sometiesen por completo a sus nuevos amos. Los caciques les entregaron a sus hijas y a sus hermanas en señal de sumisión y con el propósito de establecer parentescos.

Una real cédula traída al Paraguay por el veedor Alonso de Cabrera, enviado de la Corona, autoriza a los pobladores a elegir gobernador. La elección recae en Domingo Martínez de Irala, lugarteniente del fallecido Ayolas, «pues él había mandado durante largo tiempo, tratando bien a los soldados, y era bien visto por todos».[1]

El nuevo jefe sale en expedición a tierras de los payaguás en otra búsqueda de su capitán perdido, del cual no se tenían ni noticias. Encuentran unos indios que parecen saber algo. «Se les dio tal tormento[2] que los payaguás debieron confesar y declararon que era cierto y verdad que ellos habían matado a los cristianos. Tomamos entonces a los payaguás, los condenamos y se los ató contra un árbol y se hizo una gran hoguera a alguna distancia. Así, lentamente, se fueron quemando», relata Schmidl.

Mientras tanto, a España habían llegado las noticias de la situación crítica en que vivían los restos de la expedición de Mendoza. La Corona resolvió, entonces, nombrar a un prestigioso conquistador, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, como gobernador y segundo adelantado del Río de la Plata para enviarlo al frente de una fuerza de 400 hombres a socorrer a los de Paraguay. Cabeza de Vaca era un hidalgo de Jerez de la Frontera, nieto del conquistador de Gran Canaria, Pedro Vera, que se había hecho famoso como náufrago de la expedición a la Florida de Pánfilo de Narváez, tras lo cual había sobrevivido casi milagrosamente conviviendo con los indios a lo largo de seis años en el sur del actual territorio de Estados Unidos.

1. Ulrico Schmidl, *op. cit.*

2. La tortura formaba parte legítimamente de los procesos judiciales en la Europa del siglo XVI. Las confesiones obtenidas de este modo sólo podían probar que el reo estaba dispuesto a cualquier cosa —incluso a declararse culpable de haber asesinado a Cristo— con tal de que no siguieran atormentándolo.

Su armada llega al golfo de Santa Catalina en la costa brasileña a la altura de Asunción, aproximadamente, y desde allí decide atravesar por tierra, en una memorable travesía, el sur del Mato Grosso, de este a oeste, hasta la precaria capital. Este infatigable caminante, en cinco meses, recorrió los más de 2 000 kilómetros y llegó a Asunción, en marzo de 1542, con un centenar de hombres menos. En Santa Catalina se le habían unido dos pintorescos frailes franciscanos que le iban a dar muchas sorpresas: Bernaldo de Armenta, cordobés, y Alonso Lebrón, canario,[3] quienes empezaron por desobedecer las órdenes del adelantado y seguir viaje hasta Asunción con él.

Irala cede sin inconvenientes su poder al recién llegado, quien no tarda en darse cuenta de la escandalosa situación moral en que vivía el medio millar de cristianos en Asunción. Intenta poner orden en ese gran lupanar y comienza por disponer que «ninguna persona pueda tener ni tenga en su casa ni fuera de ella dos hermanas, ni madre e hija, ni primas hermanas por el peligro de las conciencias». Con estas y otras medidas, como prohibir la salida nocturna de los pobladores o el ausentarse de la ciudad sin su autorización, Álvar Núñez Cabeza de Vaca va ganándose el odio de los españoles y también el de los indios, a quienes prohíbe comer carne humana, aunque éstos hicieron poco caso de la interdicción.

De todos modos, será con la ayuda de los guerreros guaraníes con quienes tendrá que lanzarse a someter a las tribus que vivían al norte de Asunción, camino inevitable hacia la fantástica sierra de la Plata. Ulrico Schmidl marcha con él y otros 500 españoles. A medida que van encontrándose con los pueblos aborígenes, el bávaro sigue dejando constancia de los atributos de las hembras, codiciadas presas. «Las mujeres son muy hermosas y no se tapan parte alguna de su cuerpo, pues andan desnudas tal como su madre las echó al mundo», registra sobre las surucusis. Las xarayes no sólo lo maravillan por su aspecto sino por su lascivia, que él parece haber probado.

«Las mujeres están pintadas en forma muy hermosa des-

3. Los conflictos con los frailes, unos pícaros de siete suelas, comenzaron durante la travesía, cuando los hombres de Núñez Cabeza de Vaca se dieron cuenta de que los religiosos se adelantaban por el camino al resto de la expedición «a recoger y tomar los bastimentos y cuando llegaba el gobernador con la gente no tenían los indios que dar». Pero Hernández, *Comentarios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca.*

de los senos hasta las vergüenzas, también de color azul. Esta pintura es muy hermosa y un pintor de Europa tendría que esforzarse para hacer este trabajo. Las mujeres son bellas a su manera y van completamente desnudas. Pecan llegado el caso: pero no quiero hablar demasiado de eso en esta ocasión.» Años más tarde, en su tierra natal, hará de memoria un grabado sobre las xarayes y sus pinturas corporales. Y también se acordará de anotar que «son grandes amantes, afectuosas y de cuerpo ardiente, según mi parecer».

Pero no encuentran la plata que iban a buscar, ni reino alguno. Fundan el Puerto de los Reyes como base, al norte de Candelaria. Sufren las inclemencias del infierno verde de la selva, la falta de alimentos, alimañas e insectos. Combaten, matan indios hostiles y se apoderan de muchas mujeres. «Allí conquisté para mí —registra Schmidl en tierras de los mbayás— 19 personas como botín, hombres y mujeres jóvenes; nunca he querido gente vieja sino, por el contrario, jóvenes.» En lucha con los corotoquis «ganamos como 1 000 esclavos, aparte de los hombres, mujeres y niños que matamos». De regreso a Asunción, «ganamos como 12 000 esclavos entre hombres, mujeres y niños; por mi parte conseguí unos 50 entre hombres, mujeres y niños», sigue contabilizando el bávaro.

Uno de los capitanes de Cabeza de Vaca, Hernando de Ribera, cree haber encontrado a las amazonas, un pueblo de hembras guerreras exclusivamente, que sólo una vez al año se ayuntaban con hombres de tribus vecinas, guardaban con ellas a las niñas y mandaban a sus padres a los varones. Pero no las ve: sólo sabe de ellas por relatos de otros indios, como tantos conquistadores.

Por fin, en abril de 1544, Álvar Núñez Cabeza de Vaca regresa a Asunción. Los pobladores le tenían preparada una asonada que el Adelantado había favorecido con su estrictez y falta de entendimiento de la situación en que vivían estos españoles que «iban vestidos con cueros de animales o lienzos de algodón tejidos por las indias»,[4] que soportaban una pobreza franciscana, pues por no tener no tenían ni moneda de oro ni plata,[5] y cuya única riqueza o compensación consistía en indias que les daban solaz y placer y tra-

4. Francisco Morales Padrón, *op. cit.*
5. Por moneda empleaban trozos de hierro conocidos como «cuñas» que usaban a modo de hachas.

bajaban para ellos las sementeras a fin de que pudieran comer.

Dos semanas después del arribo del Adelantado, la población de Asunción se levanta en armas al grito de «¡Libertad!» y encarcela a Núñez Cabeza de Vaca. Horas más tarde, Martínez de Irala es elegido nuevamente gobernador y capitán general del Paraguay.

Casi un año estuvo Álvar Núñez preso en Asunción hasta que en marzo de 1545 fue embarcado con rumbo a España, donde le esperaba un ingrato proceso que duró ocho largos años.

Con Irala todo volvió a ser mucho más fácil. Él mismo era un infatigable amante que no ocultaba su fiebre lasciva por las indias y un cruel explotador de la labor aborigen. Pero Hernández, escribano de Álvar Núñez, cuenta cómo los pobladores de Asunción habían contemplado el espectáculo que daban 80 indios agaces frente a la casa de Irala, haciendo «gran regocijo» con tambores para celebrar «la fiesta del virgo que había sacado Domingo Irala a la hija [del cacique] Abacote», que éste le había regalado como manceba.

Con justicia o sin ella, sobre el libertino Martínez de Irala cayeron acusaciones de que por su afición a las indias había incumplido sus deberes de militar y de gobernante. Hernández asegura que los indios se alzaron contra Ayolas y lo mataron debido a que éste había dejado al cuidado de Irala una joven india que le había entregado el cacique de los payaguás. Irala entendió la misión en un sentido poco paternal y la metió en su lecho. «Se estaba todo el día con ella en la cámara del bergantín —dice Pero Hernández—, de que se alborotaron los payaguás y se la quitaron.» Una hipótesis poco verosímil, pero que no deja de ser pintoresca.

Cuando tenía que proteger el puerto Candelaria —añade Hernández—, Martínez de Irala no dudaba en escaparse en un bergantín 400 kilómetros al sur, al puerto de Tapua, en tierras de guaraníes, donde tenía como amante a la hija de un cacique con la que se refocilaba «15 o 20 días, y los que con él andaban le llamaban el puerto de la jodienda».

Schmidl tiene de él una opinión más bien pobre en su calidad de amante. Cuando, en una oportunidad, la hueste de Irala llegó a tierras de los mbayas —cuyas «mujeres son muy hermosas» y «dan placer a su marido y a los amigos de éste que lo pidan»—, los caciques le regalaron tres bellas muchachas. «Hacia la medianoche —narra Schmidl—,

cuando todos estaban descansando, nuestro capitán perdió a sus tres muchachas. Tal vez fuese que no pudo satisfacer a las tres juntas, porque era ya un hombre de 60 años y estaba viejo. Si, en cambio, hubiera dejado a las mocitas entre los soldados, es seguro que no se hubieran escapado.»

En su testamento, el guipuzcoano reconoció una decena de hijos naturales tenidos con «María, mi criada», «Juana, mi criada», «Águeda, mi criada», «Leonor, mi criada», «Escolástica, mi criada» y «María, criada de Diego de Villapando». A través de esta descendencia, la familia española de los Primo de Rivera recibió su cuota de sangre guaraní.[6]

Con justa razón escribía Alonso Riquel de Guzmán,[7] yerno de Irala: «Éstos son guaraníes y sírvennos como esclavos y nos dan sus hijas para que nos sirvan en casa y en el campo. De las cuales y de nosotros hay más de 400 mestizos entre varones y hembras, porque vea vuestra merced si somos buenos pobladores, que no conquistadores...»

Los frailes Armenta y Lebrón, por su parte, no se habían quedado atrás. Mantenían en clausura a un numeroso grupo de supuestas catecúmenas que, en realidad, no eran más que las hembras de sus serrallos particulares. Aprovecharon la prisión del Adelantado para huir al Brasil con su hato de huríes indias, lo que, pese a todo, no dejó de constituir un escándalo para los asunceños y los indios amigos.

Hacia 1570 —33 años después de la fundación de la capital—, la infatigable actividad sexual de los españoles con las indias había hecho que ya hubiera en la capital del Paraguay 4 000 mil mestizos.[8] Esto lo habían conseguido un puñado de sementales hispánicos que nunca pasaron de 1 000 individuos y que, a menudo, tampoco llegaban a 500.

Cuando tres años más tarde Juan de Garay, desde Asunción, se dispone a fundar la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, a 500 kilómetros al norte de Buenos Aires, sobre el río Paraná, la amplia mayoría de los primeros pobladores

6. Ángel Rosenblatt, *op. cit.*

7. Carta de Alonso Riquel de Guzmán en *Información hecha en Xerez a pedimento de Cabeza de Vaca para verificar ciertas cartas*, en *Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Relación e los naufragios y comentarios...*, Madrid, 1906.

8. Ángel Rosenblat, *op. cit.* Hay que tener en cuenta que la mortalidad infantil en la época tiene que haber sido muy alta.

son «montañeses» o «criollos», como se llamaban a sí mismos los hijos de español e india[9] a fin de evitar la ominosa calificación de mestizos.

Estos «mancebos de la tierra» son gente poco fiable para la Corona. Y así lo demuestran muy pronto.

A poco de fundada Santa Fe, los criollos se alzan contra las autoridades y las deponen, en lo que se llamó *La revolución de los siete jefes*. Expresan así su resentimiento por lo que será una constante hasta la independencia de las antiguas colonias: la política oficial de privilegiar siempre para los cargos públicos a los españoles peninsulares. En el caso de Santa Fe, la situación era aún más sangrante para los nativos: un flamenco, Simón Jacques, había sido nombrado por Garay teniente de gobernador.

Éste, el alcalde Pedro de Olivera, el escribano Alonso Fernández Montiel y el capitán Francisco de Vera y Aragón fueron encarcelados por los insurgentes. Acto seguido nombraron nuevas autoridades nativas e hicieron saber que aspiraban a extender su rebelión a Buenos Aires, entonces recién refundada, y a Asunción. Entre sus primeras medidas, dictaron un bando por el que se desterraba a todos los españoles peninsulares.[10]

«El movimiento no fue más que la aspiración de los mancebos que habían conquistado el país a gobernar la ciudad y no ser relegados por gentes venidas de otras partes.»[11]

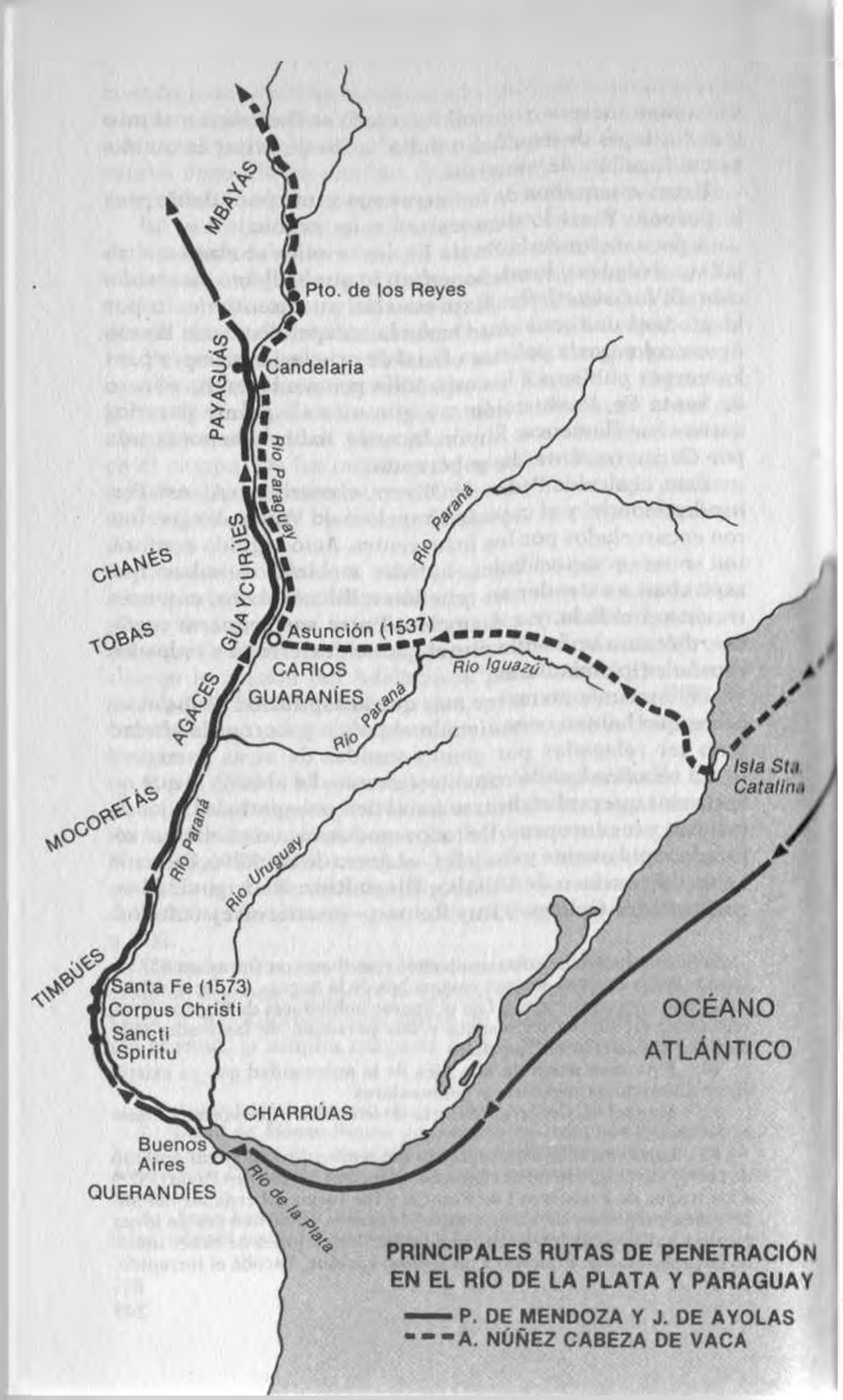
La rebelión quedó como testimonio del abismo —que no haría más que profundizarse con el tiempo— entre los hijos de la tierra y los europeos. De todos modos, esta revuelta fue sofocada rápidamente y sus jefes —Lázaro de Benialvo, Diego de Leiva,[12] Francisco de Villalta, Diego Ruiz, Rodrigo de Mosquera, Pedro Gallego y Ruy Romero—murieron ejecutados.

9. Los expedicionarios asunceños que iban con Garay en 1573 a fundar Santa Fe eran setenta «mancebos de la tierra», es decir, mestizos, y unos pocos europeos. Los primeros pobladores de Buenos Aires refundada (1580) fueron sesenta y seis personas, de las cuales sólo diez habían nacido en España.

10. Esta resolución da una idea de la animosidad que ya existía entre americanos mestizos y peninsulares.

11. Manuel M. Cervera, *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, Santa Fe, 1907.

12. Leiva, mestizo asunceño, era descendiente de general Antonio de Leiva, navarro, oficial del Gran Capitán, que derrotó en Pavía (1525) a las tropas de Francisco I de Francia y fue luego gobernador del Milanesado y defensor de Viena contra los turcos. El mismo era un joven fuerte y valeroso: había adquirido notoriedad después de haber matado en lucha cuerpo a cuerpo a un famoso cacique, Tacobá el Intrépido.


MBAYÁS
Pto. de los Reyes
PAYAGUÁS
Candelaria
Río Paraguay
Río Paraná
CHANÉS
GUAYCURÚES
TOBAS
Asunción (1537)
CARIOS
GUARANÍES
Río Iguazú
AGACES
Río Paraná
Isla Sta. Catalina
MOCORETÁS
Río Paraná
Río Uruguay
TIMBÚES
Santa Fe (1573)
Corpus Christi
Sancti Spiritu
OCÉANO ATLÁNTICO
CHARRÚAS
Buenos Aires
QUERANDÍES
Río de la Plata
PRINCIPALES RUTAS DE PENETRACIÓN EN EL RÍO DE LA PLATA Y PARAGUAY
P. DE MENDOZA Y J. DE AYOLAS
A. NÚÑEZ CABEZA DE VACA

Epílogo

LA AMÉRICA MESTIZA

Las primeras generaciones de mestizos fueron, por lo general, fácilmente asimiladas. Algunos se incorporaron al mundo indígena de sus madres, pero otros, la mayoría, se insertaron en la cultura de sus padres, y fueron aceptados como criollos,[1] es decir, como españoles americanos.

Pero pronto la denominación y la condición de mestizo comenzó a asociarse con tres disvalores importantes. El primero, con el nacimiento ilegítimo, con la calidad de bastardo, equivalente al popular insulto en castellano de «hijo de puta»; el segundo, con la «impureza de sangre», ya que el individuo mezclado llevaba los genes de la raza vencida, primitiva, en muchos casos enemiga y, de todos modos, no podía contar con el valor de la «pureza» genealógica castellana, de extraordinario valor en aquellos tiempos.

Estos dos aspectos ya serían suficientes, pero se añadía un tercero: por más integrados a la cultura de sus padres que estuviesen estos «españoles americanos» no habían pisado nunca la Península, conocían sólo de oídas la vida europea originaria y no podía presumírseles un amor patrio visceral hacia España como a los nativos peninsulares. Sus sentimientos de afecto se dirigían, obviamente, a la tierra en la que habían nacido y vivido por encima de cualquier otra lealtad. El virrey del Perú, conde de Nieva, ya en el

1. En sentido estricto, criollo es hijo de español y de española nacido en América.

siglo XVI advirtió, en carta al monarca español,[2] que los mestizos, lo mismo que los criollos, «no tenían amor a los reyes ni reinos de España ni a las cosas de ellos por no haberlos conocido y nacido acá, antes aborrecimiento como regularmente se ve y entiende ser los de un reino gobernado por otro, aunque sean descendientes de españoles. Porque el amor que por nacimiento y naturaleza de nacer el hombre de la tierra adquiere es muy grande, tanto y más que a los padres y a la tierra de donde descienden. Esto por experiencia se muestra y se ha visto en Italia en el reino de Nápoles, que hijos de españoles acuden antes al llamado de la patria que al llamado de españoles de donde traen origen».

La Corona no previó ni pudo haber previsto el fenómeno del mestizaje, lo que explica sus titubeos, oscilaciones, incoherencias cuando trataba de establecer normas al respecto. Mientras el mestizaje fue un fenómeno de escasas proporciones, no se plantearon mayores problemas. «Es un hecho sociológico simple —recuerda Magnus Mörner—[3] el de que las personas de origen mixto tienden a ser absorbidas por el grupo paterno o el grupo materno cuando son pocas. Pero cuando son numerosas, lo probable es que constituyan un grupo por si mismas.» La extraordinaria actividad sexual de españoles e indias multiplicó rápidamente la generación de mestizos que, en muchos casos, pasaron a sustituir a la población aborigen diezmada. Y ya en las segundas generaciones constituyeron un grupo definido dentro del sistema de castas de la colonia, cuyas conductas anárquicas y sospechosa lealtad al sistema originaron hondas preocupaciones en las autoridades.

Aunque muchos de ellos siguieron integrándose en el *establishment* colonial,[4] otros se dedicaron al vagabundeo, a las actividades delictivas y socialmente marginadas. Y más que eso: una vez «fundadas las sociedades civiles, el control social exigía estabilidad personal y legitimidades de otro

2. «Carta de información a S. M. del conde de Nieva... (1562)», en *Gobernantes del Perú. Cartas y papeles. Siglo XVI*. Cit. por Alberto M. Salas, *Crónica florida del mestizaje*, Buenos Aires, 1960.

3. Magnus Mörner, *op. cit.*

4. Esto mismo es lo que hizo el gaucho Martín Fierro y su amigo Cruz en el famoso poema de José Hernández, situado en la segunda mitad del siglo XIX, es decir, trescientos años después de esta denuncia en el Perú, lo que revela que el recurso de huir de la justicia blanca refugiándose en tierra de indios fue largamente usado.

tipo; importaba especialmente que el matrimonio confirmara la paternidad de cada sujeto, y así los mestizos tenidos fuera de la institución empezaron a ser causa de discriminación y de marginalidad social».[5] Nacidos de uniones establecidas fuera del ordenamiento social dominante, los mestizos se mostraron, por lo general, reacios a integrarse en un sistema que, al menos en parte, podían considerar ajeno.

En 1568 Felipe II prohibió que se ordenaran sacerdotes mestizos por sus conductas desordenadas, aunque poco tiempo más tarde el Papa permitió que algunos recibieran las órdenes sagradas. En el decenio de 1570 se promulgaron numerosas limitaciones a los derechos de los indoespañoles. Todas estas medidas eran consecuencia de la infinidad de denuncias que se recibían de las autoridades españolas en América sobre la conducta de los mestizos.

«... este linaje de hombres que se dicen mestizos —escribía el virrey de Perú, Francisco de Toledo en 1572— va en crecimiento en este reino» debido a que «al principio de su conquista, como faltaban mujeres españolas, casi todos los hombres usaban de las indias naturales de esta tierra. Parecía que habiendo ya tantas mujeres de España no hay ocasión para que naciesen tantos», pese a lo cual «todavía como el número de varones es mucho mayor que a los principios, y estos muchos andan vagando por los caminos y campos, es mucho el uso [sexual] de las mujeres de la tierra...».[6]

Las acusaciones de vagos y mal entretenidos se repiten hasta el hartazgo. «Si por dejar de trabajar y ser propensos a la ociosidad y a la pereza se debiera imponer como castigo la mita,[7] a ninguna otra gente le correspondería mejor que a tanto mestizo como hay en aquellos países, porque éstos están de más en él, particularmente cuando no tienen algún oficio», denuncian Jorge Juan y Antonio de Ulloa en la primera mitad del siglo XVIII. «Estos jenízaros tienen por deshonra emplearse en el cultivo de la tierra o en aquellos ejercicios más bajos, y la consecuencia es que las ciudades y los pueblos son un conjunto de ellos viviendo de lo que roban u ocupados en cosas tan abominables que por no ofender a los ojos no se debe manchar el papel con su explica-

5. C. Esteva Fabregat, *El mestizaje en Iberoamérica*, Madrid, 1988.

6. Carta del virrey don Francisco de Toledo, 1-3-1572. Cit. por Alberto M. Salas, *op. cit.*

7. Mita: trabajos forzados en el sistema incaico adoptado por los españoles.

ción.» Desde el punto de vista militar, en cambio, los mestizos les merecen una opinión más elevada a los marinos españoles: «... son regularmente bien hechos, fornidos y altos, algunos son de tan buena estatura que exceden a los hombres regularmente altos; y son propios para la guerra porque se crían en sus países acostumbrados a trajinar de unas partes a otras, hechos a andar descalzos, desabrigados por lo común y mal comidos, por lo que ningún trabajo se les haría extraño en la guerra, y la falta de conveniencias no será para ellos incomodidad».[8]

Pero, proféticamente, De Ulloa y Juan desconfían de la lealtad de la casta mixta: «Si se pudiera tener algún recelo de sublevación de alguna clase de gente en las Indias de aquella parte meridional, debería recaer esta sospecha sobre los criollos o sobre los mestizos, los que entregados a la ociosidad y abandonados a los vicios son los que causan disturbios.»

En realidad, el sistema de castas basado en factores raciales ya había ido deshaciéndose poco a poco hasta que, en el siglo XVIII, apenas si quedará sombra de él. La mezcla de sangres es insondable a medida que pasa el tiempo y se suceden las generaciones. La trihibridación (indios, españoles, negros) y las combinaciones de éstas[9] producen tal complejidad de mezclas que los intentos de la época por clasificarlas hoy resultan tan irrisorios como vanos fueron entonces. Para colmo, las uniones de hecho dejan pocos registros de las genealogías y el aspecto físico de los descendientes no suele permitir una identificación racial segura. Juan y De Ulloa se sorprendían de ello: «De una y otra casta [europeos e indios] van saliendo con el discurso del tiempo de tal suerte que llegan a convertirse en blancos totalmente, de modo que en la mezcla de españoles con indios, a la segunda generación ya no se distinguen de los españoles en el color...»[10]

8. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *op. cit.*

9. He aquí la nomenclatura peruana de los distintos mestizajes: mestizo: de español e india; cuarterón de mestizo: de español y mestiza; quinterón: de español y cuarterona de mestizo; español o requinterón de mestizo: de español y quinterona de mestizo; mulato: de español y negra; cuarterón de mulato: de español y mulata; quinterón: de español y cuarterona de mulata; requinteron: de español y quinterona de mulata; gente blanca: de español y requinterona de mulato; cholo: de mestizo e india; chino: de mulato e india; cuarterón de chino: de español y china; zambo de indio: de negro e india; zambo: de negro y mulata.

10. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *op. cit.*

Al mismo tiempo, en América, cada vez iban quedando menos familias antiguas que no hubiesen sido mestizadas en alguna medida, aunque las más encumbradas procurasen ocultar y negar esos deslices cuidadosamente:[11] «Es rara la familia donde falte mezcla de sangre y otros obstáculos de no menor consideración», constatan los autores de las *Noticias secretas de América* en el Perú a principios del siglo XVIII.[12]

Las diferencias de razas irán volviéndose más definidamente culturales y de clase. Aunque el color de la piel y los rasgos fisognómicos sigan teniendo importancia, es la adscripción a una u otra clase social, cultura o subcultura la que irá determinando la identidad de cada individuo. Así como aparecen multitud de indios, mestizos, mulatos que adoptan totalmente la cultura española o europea, no dejan de darse casos de comunidades de európidos que se aindian, como el grupo descubierto por Gillin[13] cerca de Cajamarca, Perú.

La cultura mestiza, mientras tanto, irá adquiriendo caracteres propios, pero no dejará de ser denostada y criticada acervamente por las élites blancas gobernantes, ostentadoras de una axiología bien distinta. Las estructuras básicas de los sistemas de dominación política y social no cambian con la independencia, aunque cambien los personajes y algunas ideas. Son los charros mexicanos, los llaneros venezolanos, los gauchos pampeanos o los guasos chilenos, los peones y labradores, amén de los mestizos urbanos, quienes irán convirtiéndose en mayoría de la población en muchos de los nuevos países.

Su situación no sufrirá cambios radicales con la independencia de los antiguos virreinatos, aunque sean ellos y los antiguos esclavos negros quienes contribuyan mayoritariamente con su sangre en las guerras contra las fuerzas coloniales.

Otras necesidades, sobre todo la de inventar la identidad nacional, provocarán una transformación en este pro-

11. En el siglo XVIII la genealogía es una obsesión que ocupa a americanos encumbrados lo mismo que a sus paisanos peninsulares. Sólo que en las Indias la miscegenación vergonzante agudizaba la preocupación por borrar los rastros de sangre negra o india en quienes querían posar a toda costa de españoles puros y sin mácula. Estos especímenes siguen existiendo.

12. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *op. cit.*

13. J. Gillin, *The social transformation of the mestizo*. México, 1961.

fundo desprecio a los mancebos de la tierra hacia fines del siglo XIX. A partir de entonces los mestizos rurales[14] —gauchos, llaneros, charros— se convertirán en arquetipos nacionales, imágenes folklóricas emblemáticas e idealizadas de las identidades colectivas. Pero para esa época ya habían sido más o menos domados por la civilización impuesta por el sistema imperante, con la consecuente pérdida de gran parte de su sentido anárquico de la libertad, de su desprecio a la ética judeocristiana del trabajo, de su sentido lúdico de la existencia con escasa o ninguna proyección hacia el futuro. Aunque mantuvieran y mantengan su escaso interés en pasar por la vicaría o por el registro civil,[15] como sus ancestros blancos y morenos.

Al mestizaje americano, vilipendiado por unos, ensalzado por otros, no se le puede ignorar el mérito de que permitió la fusión de dos grupos de culturas, la española y las americanas, que eran en principio antitéticas e incompatibles en sus sistemas de valores, en su visión del mundo y de la vida, en sus usos y costumbres, en su adaptabilidad a las tendencias dominantes después de la Revolución Industrial. Que el resultado siga siendo execrable para unos o admirable para otros, es harina de otro costal.

Simón Bolívar tenía una negra visión de la génesis de la población de la América hispana: «El origen más impuro es el de nuestro ser: todo lo que nos ha precedido está envuelto con el negro manto del crimen. Nosotros somos el compuesto abominable de esos tigres cazadores que vinieron a la América a derramarle su sangre y a encastar con las víctimas antes que sacrificarlas, para mezclar después los frutos espúreos de estos enlaces con los frutos de esos esclavos arrancados de África. Con tales mezclas físicas, con tales elementos morales, ¿cómo se pueden fundar leyes sobre los héroes y principios sobre los hombres?»

Pero esta imagen, indudablemente influida por la inter-

14. La situación varía en sociedades de base agraria. El caballo da siempre un aura heroica y de libertad a los jinetes de la tierra, muy por encima de los labradores de a pie.

15. En Argentina, la generación del 80, organizadora del país, tuvo muy en cuenta que la inmigración de europeos representaba una gran ventaja sobre la población nativa mestiza: los inmigrantes contraían matrimonio y, por tanto, permitían al Estado organizar y registrar las filiaciones, importantísimas en el sistema de propiedad privada y transmisión hereditaria y en la reglamentación del derecho de familia. Los mestizos siguen prefiriendo «atarse con lazos de seda», tal vez porque, además, sus haberes hereditarios no son nunca cuantiosos.

pretación racista de la miscegenación, tan en boga en el siglo pasado y a comienzos de éste, podría aplicarse a muchas otras comunidades humanas, incluyendo tantas europeas como la española, la italiana o la griega. Son numerosos los pueblos que han sufrido la invasión de «tigres cazadores» fecundadores de las mujeres de la tierra, cuyos hijos recibieron, además, el aporte de sangre africana proveniente de esclavos, todo esto en medio de la sanguinaria violencia que ha sido una constante en la especie humana.

La desvalorización de indios y negros como razas inferiores condujo a abominar de las mezclas de éstos con los blancos europeos como una forma aún más «impura» y, por tanto, aún más perversa. «Impuros ambos [mulatos y mestizos], ambos atávicamente anticristianos; son como las dos cabezas de una hidra fabulosa que rodea, aprieta y estrangula, entre su espiral gigantesca una hermosa y pálida virgen, Hispanoamérica...», escribía el argentino Carlos Octavio Bunge a principios de este siglo. Y por la misma época su compatriota José Ingenieros consideraba que todo lo que se podría hacer por «las razas inferiores» era protegerlas «para que se extinguieran agradablemente».

Con el mismo verbo encendido, el mexicano José Vasconcelos, por esa época, cantaba el nacimiento de una raza «hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica». Porque la América hispana es la «patria y obra de mestizos, de dos o tres razas por la sangre, y de todas las culturas por el espíritu». Como se ve, la fantasía humana da para todo, sobre todo cuando se trata de exaltar la proyección social del propio narcisismo: Bunge era hijo de alemanes; Ingeniero, de españoles; Vasconcelos, mestizo.

Movimientos como el indigenista, surgidos en los primeros decenios de este siglo, contribuyeron eficazmente a revalorizar los aportes americanos originarios a la cultura contemporánea del continente, pero al mismo tiempo ahondaron en un problema que todavía sigue sin resolverse: la identidad de los pueblos de la América hispana, oscilando siempre entre la adscripción a la cultura aborigen en tanto que son americanos, y a la cultura aluvional europea, en la medida en que quieren ser «civilizados» y distanciarse de las llamadas culturas primitivas.

En otras palabras: cinco siglos después del inicio del proceso de miscegenación, los hispanoamericanos, en su mayoría mestizos, siguen peleándose con uno de sus abuelos

—el conquistador malo contra el indio bueno e inocente, o bien, el español civilizado contra el indio salvaje —para asumir sólo la identidad de uno de ellos con exclusión del otro, como si eso fuese posible.

Un conocido chiste —que tal vez, en alguna ocasión, haya sido una anécdota— ilustra sobre el absurdo del indigenismo mestizo. Es aquel del mexicano que increpa al español recién llegado queriendo cargar sobre sus espaldas todos los crímenes perpetrados en América por sus antepasados. La respuesta del peninsular es recordarle que, en todo caso, los genocidas habrán sido los ancestros del mexicano y no los de él, porque sus abuelos nunca salieron de España.

Otro chiste, pergeñado por argentinos, desvela —desde el otro lado de la trinchera— la voluntad de negar la realidad indígena de su propio país: «Argentina —reza la humorada— es el único país blanco al sur de Canadá.» Aunque la broma tiene la malévola intención de sugerir que Estados Unidos es un país de negros, también pretende que Argentina es un país mayoritariamente de pura raza europea, una creencia más bien mítica y falsa (pero que intentan avalar especialistas como el español Claudio Esteva Fabregat),[16] que aún después de la guerra de las Malvinas sigue estando vigente en aquel país.

Aunque indigenismo y europeísmo (o, últimamente, norteamericanismo de Miami) respondan social e históricamente a circunstancias diversas, ambos son las caras de una misma moneda que contribuye a mantener pendiente la asignatura de la identidad colectiva en la mayor parte de los países con mayoría mestiza, mediante la fantástica demonización o negación de la otra cara.

Hay países, como México, en los que Cortés y Cuauhtémoc siguen vivos y dando la lata todavía, y otros como Argentina, en el extremo opuesto de la geografía y del delirio, donde el aporte indígena, contra toda evidencia, no existe.

No tengo receta alguna para curar esta dolencia continental, como no sea sumergirse en un baño de realismo, algo que en Hispanoamérica no resulta tan sencillo. La América que habla español, y algunas pocas lenguas indígenas,

16. Este académico asigna a Argentina un 9 por ciento de mestizos y un 90 por ciento de europidos, basándose en criterios tan curiosos como el de los grupos sanguíneos. Menos «científico» pero más contundente sería invitarlo a que se diera una vuelta por el país (no sólo por Buenos Aires) y se fijara en la alta proporción de «cabecitas negras» que forman la amplia mayoría demográfica argentina.

es predominantemente mestiza, racial —lo que menos importa ya— y culturalmente, sin negar la existencia y vigencia de otras valiosas contribuciones.

Porque ésa es la herencia étnica y cultural que hemos recibido de este largo y complejo proceso de miscegenación cuyos orígenes aquí he reseñado. Y que debería aceptarse, finalmente, sin beneficio de inventario.

Índice onomástico